

# MATHIAS ÉNARD

## Calle de los ladrones



Lectulandia

Lajdar es un joven marroquí de Tánger, un chico sin historia, un musulmán moderado, deseoso de alcanzar la libertad en una sociedad represiva. En el instituto aprende algo de español y el suficiente francés como para apasionarse por la novela negra. Mientras espera a ser mayor de edad, se deleita a escondidas observando los pechos de su prima Meryem. Con ella acaba «pecando» una vez, tan solo una, pero más que suficiente para que su padre lo eche de casa. Abandonado a su suerte en las inclementes calles de Tánger, Lajdar utilizará la lectura de forma inesperada para salir adelante, plantará cara a sus pesadillas y se entregará al amor y a su proyecto de exilio.

*En Calle de los Ladrones*, Mathias Énard se adentra en un territorio hipersensible tras el impacto de las primaveras árabes. Mientras el Mediterráneo se incendia, Europa se tambalea. Se requiere toda la juventud, toda la inocencia y toda la energía de este joven tangerino para cruzar el campo de batalla sin volver la vista atrás. Calle de los Ladrones es la historia de un viaje iniciático que avanza gracias a un sueño improbable en un futuro confiscado que, sin embargo, iluminan la compañía de los libros, el amor por la escritura y la afirmación del humanismo árabe.

**Lectulandia**

Mathias Énard

# **Calle de los ladrones**

ePub r1.0

Titivillus 30.11.15

Título original: *Rue des voleurs*  
Mathias Énard, 2012  
Traducción: Robert Juan-Cantavella

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Pero cuando uno es joven debe ver mundo, adquirir experiencia, ideas, ampliar horizontes. «¡Aquí! —lo interrumpí—. Nunca se sabe. Aquí encontré al señor Kurtz».

JOSEPH CONRAD, *El corazón de las tinieblas*

I

# ESTRECHOS

Los hombres son perros, se atacan los unos a los otros en la miseria, se revuelcan en la mugre sin poder escapar, se lamen el pelo y se lamen el sexo durante todo el día, tendidos en el polvo, dispuestos a todo por unos despojos o el hueso podrido que puedan echarles, y yo, lo mismo que ellos, soy un ser humano, un detritus vicioso esclavo de sus instintos, un perro, un perro que muerde cuando tiene miedo y que busca las caricias. Lo veo claro en mi niñez; en mi vida de cachorro en Tánger; en mis andanzas de joven chucho, en mis gemidos de perro abatido; entiendo mi delirio entre las mujeres, que yo tomaba por amor, y entiendo sobre todo la ausencia del maestro, que nos hace vagar tras su rastro en la oscuridad olfateándonos los unos a los otros, perdidos, sin una meta. En Tánger yo hacía cinco kilómetros a pie dos veces al día para ver el mar, el puerto y el Estrecho, ahora sigo caminando mucho, también leo, cada vez más, una forma agradable de engañar el aburrimiento, la muerte, de engañar el propio pensamiento distrayéndolo, alejándolo de la verdad, la única, que es esta: somos animales enjaulados que viven para disfrutar, en la oscuridad. Nunca regresé a Tánger, aunque me he cruzado con tipos que soñaban visitarla como turistas, alquilar un hermoso chalet con vistas al mar, beber té en el Café Hafa, fumar hachís y follarse a algún indígena, indígenas masculinos casi siempre aunque no solo, los hay que esperan tirarse a alguna princesa de *Las mil y una noches*, os lo aseguro, cuántos no me habrán pedido si les podía arreglar un viajecito a Tánger, con hachís y autóctonas, para descansar, si ellos supiesen que el único culo que vi antes de tener dieciocho años fue el de mi prima Meryem se hubiesen caído de espaldas o no me hubiesen creído, hasta tal punto asocian Tánger con una sensualidad, con un deseo, con una permisividad que para nosotros nunca existió, pero que allí se le ofrece al turista a cambio de dinero contante y sonante depositado en el monedero de la miseria. A nuestro barrio, no venían turistas. La casa donde crecí no era ni rica ni pobre, mi familia tampoco, mi padre era un hombre piadoso, lo que se llama un hombre de bien, un hombre de honor que no maltrataba a su mujer, ni tampoco a sus hijos (aparte de alguna patada en las posaderas de vez en cuando, algo que nunca ha hecho mal a nadie). Hombre de un solo libro, pero de uno bueno, el Corán, allí estaba todo cuanto necesitaba para saber qué debía hacer en esta vida y lo que le esperaba en la otra, rezar cinco veces al día, ayunar, dar limosna, su único sueño era ir en peregrinaje a La Meca, que nosotros llamamos Hadj, Hadj Mohsen, esa era su única ambición, tanto le daba transformar a base de trabajo su colmado en un supermercado, tanto le daba ganar millones de dirhams, él tenía el Libro los rezos el peregrinaje y punto; mi madre lo reverenciaba, y rendía una obediencia casi filial a la servidumbre doméstica; así es como crecí, entre las suras, la moral, las historias del Profeta y de los tiempos gloriosos de los árabes, fui a una escuela media donde aprendí un poco de francés y de español y todos los días bajaba al puerto con mi amigo Basam, a la parte baja de la Medina y al Gran Zoco para ver a los turistas, desde que nos salió pelo en los cojones esa fue para Basam y para mí nuestra actividad principal, mirar a las extranjeras, sobre todo en verano, cuando se

ponen pantalones y faldas cortas. De todas formas, en verano no había mucho que hacer aparte de seguir a las chicas o ir a la playa a fumar porros cuando alguien nos pasaba algo de hachís. Leía un montón de viejas novelas de detectives francesas que le compraba a un librero de viejo por unas monedas, novelas de detectives porque a veces había carne, había rubias, cochazos, *whisky* y pasta, todo cosas que nos faltaban tanto como soñar, atrapados como estábamos entre los rezos, el Corán y Dios, que era un poco como un segundo padre, sin contar las patadas en el trasero. Nos instalábamos en lo alto del acantilado de cara al Estrecho, rodeados de tumbas fenicias, que no eran más que agujeros en la roca, llenos de paquetes de patatas fritas y latas de Coca-Cola en lugar de fiambres antiguos, cada uno un *walkman* en las orejas, y mirábamos las idas y venidas de los ferrys entre Tánger y Tarifa durante horas. Nos aburríamos a base de bien. Basam soñaba con largarse, probar suerte en el otro lado como él decía, su padre era camarero en un restaurante para ricos frente al mar. Yo no pensaba demasiado en el otro lado, en España, en Europa, me gustaba lo que leía en mis novelitas de detectives, pero eso es todo. Con ellas aprendía un idioma, descubría países; estaba orgulloso de conocerlos, de tenerlos para mí solo, no necesitaba que ese patoso de Basam los contaminase con sus ambiciones. Lo que de verdad me tentaba en aquellos tiempos era Meryem, la hija de mi tío Ahmed; vivía sola con su madre, en el mismo rellano que nosotros, su padre y sus hermanos trabajaban en los campos de Almería. No era demasiado guapa, pero tenía unas buenas tetas y un culo bien rollizo; en casa solía llevar pantalones ajustados o ropa interior semitransparente, Dios mío, Dios mío, cómo me ponía, me preguntaba si lo hacía adrede, y en mis sueños eróticos antes de dormirme imaginaba que la desnudaba, que la acariciaba, que ponía mi cara entre sus enormes tetas, pero era incapaz de dar el primer paso. Era mi prima, podía casarme con ella pero no meterle mano, eso no estaba bien. Me contentaba con soñar, con hablar de ella con Basam, durante nuestras tardes contemplando la estela de los barcos. Hoy me ha sonreído, hoy llevaba esto o aquello, creo que llevaba un sostén rojo, etcétera. Basam movía la cabeza diciéndome te quiere, está claro, le molas, si no no haría esos numeritos, ¿qué numeritos?, le respondía yo, es normal que se ponga un sujetador, ¿no? Sí, pero rojo, venga, hombre, venga, ¿no te das cuenta? El rojo es para excitar, y así durante horas. Basam tenía una buena cabezota de pobre, redonda y de ojos pequeños, iba a la mezquita todos los días con su viejo. Se pasaba el tiempo haciendo planes para emigrar de forma clandestina, disfrazado de aduanero, de policía; soñaba con robarle los papeles a un turista y, bien vestido, con una hermosa maleta, tomar tranquilamente el barco como si nada. Yo le preguntaba: pero ¿qué vas a hacer en España sin pasta? Curraré un poco para ahorrar, luego me iré a Francia, me contestaba, a Francia y luego a Alemania y de ahí a Estados Unidos. No sé por qué pensaba que sería más fácil ir a Estados Unidos desde Alemania. En Alemania hace mucho frío, le decía yo. Además, allí no les gustan los árabes. Eso es mentira, decía Basam, los marroquíes sí que les gustan, mi primo es mecánico en Dusseldorf y bien



contento que está. Solo tienes que aprender alemán y, aunque suene raro, según parece, te respetan. Y dan los papeles con más facilidad que los franceses.

Hacíamos castillos en el aire: o las tetas de Meryem o la emigración; meditábamos así durante horas, frente al Estrecho, y luego volvíamos a casa a pie, él para ir a su oración de la tarde, yo para tratar de ver a mi prima una vez más. Teníamos diecisiete años, pero una edad mental de doce. No éramos muy astutos.

Unos meses más tarde me daban mi primera paliza, una avalancha de golpes como nunca había conocido, terminé medio aturdido y llorando, tanto por el dolor como por la humillación, mi padre también lloraba, de vergüenza, y recitaba fórmulas de conjuración, Dios nos guarde de todo mal, Dios nos ayude, no hay más Dios que Dios y todo eso, añadiendo bofetadas y golpes con la correa; mientras, mi madre gimiendo en un rincón, ella también lloraba y me miraba como si yo fuera el diablo en persona, y cuando mi padre quedó agotado, cuando ya no era capaz de seguir golpeando, se produjo un gran silencio, un silencio inmenso, me miraban los dos fijamente. Yo era un extraño, sentí que aquellas miradas me propulsaban hacia el exterior, me sentía humillado y aterrorizado, mi padre tenía los ojos llenos de odio, me escapé corriendo. Cerré la puerta tras de mí, en el rellano oí llorar y gritar a Meryem a través de la puerta, se oían golpes, también insultos, perra, puta, bajé corriendo las escaleras, una vez fuera me di cuenta de que estaba sangrando por la nariz, solo llevaba una camisa, apenas tenía diez dirhams en el bolsillo y ningún sitio al que ir. Era a principios del verano, por suerte la noche era templada, el aire salado. Me senté en el suelo contra el tronco de un eucalipto, me cogí la cabeza con las manos y me puse a gimotear como un niño, hasta que cayó la noche y llamaron a la oración. Me levanté, tenía miedo; sabía que no iba a volver a casa, que ya no volvería, era imposible. ¿Qué iba a hacer? Me fui a la mezquita del barrio, a ver si podía pillar a Basam a la salida. Él me vio, abrió los ojos como platos, yo le dije por señas que dejase a su padre y viniese conmigo. Mierda, ¿te has visto la cara? ¿Qué te ha pasado? Mi viejo nos ha pillado a mí y a Meryem desnudos, le dije, y el solo recuerdo de aquel momento me hacía apretar los dientes, las lágrimas de rabia me inundaban los ojos. La vergüenza, la terrible vergüenza de ser descubierto desnudo, nuestros cuerpos expuestos, la vergüenza abrasadora que aún hoy me paraliza. Basam masculló vaya putada, la que te ha debido de caer, eso mismo, dije yo, eso mismo, sin entrar en detalles. ¿Y ahora qué vas a hacer? No sé nada. Pero no puedo volver a casa. ¿Dónde vas dormir?, me preguntó Basam. No tengo ni idea. ¿Tienes dinero? Veinte dirhams y un libro, eso es todo. Me dio unas monedas que llevaba encima. Tengo que irme. ¿Nos vemos mañana? ¿Como de costumbre? Yo dije de acuerdo, y se fue. Di una vuelta por la ciudad, un poco perdido. Subí por la avenida Pasteur, luego bajé hacia el mar por las pequeñas calles empinadas; había luces rojas en los bares, camareras haciendo de gancho en la puerta, tipos turbios sentados delante de los escaparates. En la cornisa, las parejas paseaban tranquilamente cogidas del brazo, eso me hizo pensar en Meryem. Volví al puerto y me dirigí hacia las Tumbas, me

senté frente al Estrecho, había luces hermosas en España; me imaginé a la gente bailando en las playas, la libertad, las mujeres, los coches; ¿qué iba a hacer ahora, sin un techo, sin dinero? ¿Pedir limosna? ¿Trabajar? Debería volver a casa. Esa perspectiva me estaba destruyendo por adelantado. Imposible. Me acosté, miré las estrellas durante un buen rato. Dormité hasta que el frío del amanecer me obligó a levantarme y a caminar para entrar en calor. Me dolía todo, los golpes, pero también el entumecimiento de la noche entre las rocas. De haberlo sabido, hubiese vuelto a casa prudentemente, hubiese implorado el perdón de mi padre. De no haber sido tan orgulloso, eso es lo que debería haber hecho, me hubiese ahorrado muchas humillaciones y heridas, puede que hubiese llegado a ser tendero, puede que hubiese desposado a Meryem, puede que a estas horas estuviese en Tánger, cenando en un bonito restaurante frente al mar o dándole la tabarra a mis críos, toda una camada de cachorros hambrientos y gritones.

He pasado hambre, he devorado las frutas podridas que los hortelanos les dejaban a los mendigos, he tenido que luchar por manzanas mordidas, por naranjas mohosas, dando manotazos a tarados de todo tipo, gente con una sola pierna, mongólicos, una horda de muertos de hambre que merodeaban como yo por el mercado; he pasado frío, he pasado noches empapado en otoño, cuando las tormentas se cernían sobre la ciudad, persiguiendo a pordioseros bajo las arcadas, en los rincones de la Medina, en los edificios en construcción donde había que sobornar al guardia para que nos permitiese mantenernos al raso; en invierno partí hacia el sur, donde no hallé nada aparte de unos policías que acabaron moliéndome a palos en una infecta comisaría de Casablanca para animarme a regresar a casa de mis padres; di con un camión para volver a Tánger, y con un buen tipo que me dio la mitad de su almuerzo y un guantazo porque me negué a servirle de mujer y cuando fui a ver a Basam, cuando me atreví a poner un pie en el barrio, había perdido sabe Dios cuántos kilos, mi ropa estaba hecha jirones, no había leído un libro desde hacía meses y acababa de cumplir dieciocho años. No era probable que me reconociesen. Estaba agotado. Temblaba. Estaba medio limpio, me lavaba en el agua de las mezquitas, bajo la mirada de desaprobación de los conserjes y los imanes, luego tenía que hacer como que rezaba para calentarme un poco en las acogedoras alfombras, cogía un ejemplar del Corán y me dormía sentado en un rincón, el volumen sobre las rodillas, con un aire inspirado, hasta que un verdadero creyente se hartaba de verme roncando sobre el Texto Sagrado y me echaba fuera con una patada en el culo y a veces diez dirhams para que me fuese a otra parte. Quería ver a Basam para que visitase a mis padres, decirles que lo sentía, que había sufrido mucho y que quería volver a casa. Lo recuerdo, pensaba a menudo en mi madre. En Meryem, también. En los momentos más duros, los momentos horribles en que tuve que humillarme ante el vigilante de un aparcamiento o ante un policía, cuando el olor atroz de mi vergüenza escapaba de los pliegues de su ropa, cerraba los ojos y pensaba en el perfume de la piel de Meryem, en aquellas pocas horas con ella. Estaba aturdido por la velocidad a la que el mundo podía cambiar.

Uno se convierte en el equivalente humano de la paloma o la gaviota. La gente te ve sin verte, te da patadas para que desaparezcas y pocos, muy pocos, llegan a imaginarse en qué borda, en qué balcón duermes por la noche. Me pregunto en qué pensaba en aquella época. Cómo lo soporté. Por qué no me limité a regresar a casa de mis padres al cabo de un par de días y derrumbarme en el sofá del salón; por qué no fui al Ayuntamiento o Dios sabe dónde a buscar ayuda, quizá porque hay en la juventud una fuerza infinita, un poder que hace que todo se deslice, que hace que nada te afecte realmente. Por lo menos al principio. Pero luego, después de diez meses de fuga, trescientos días de vergüenza, no podía más. Ya había pagado, puede que sí. No me venían poemas, ni consideraciones filosóficas sobre la existencia, ni arrepentimiento sincero, apenas un odio sordo y una desconfianza creciente hacia todo lo que era humano.

Antes de ir a ver a Basam, lo recuerdo, me bañé. Era una hermosa mañana de primavera, había dormido en una grieta en la parte inferior del acantilado, en dirección a Cabo Espartel, a pocos kilómetros del centro de Tánger, después de ingerir una lata de atún y un pedazo de pan, ahumado por un fuego hecho con trozos de cajas y periódicos. Andaba envuelto en el largo abrigo de lana sisado en un mercado que me había acompañado durante todo el invierno y estaba adormecido, arrullado por las olas. Por la mañana, el Mediterráneo estaba en calma, en calma y de un azul profundo, el sol naciente acariciaba con suavidad las manchas de arena entre las rocas. Mala suerte, iba a congelarme pero aquella belleza me tenía cautivado, aquella paz líquida. El agua estaba terriblemente fría. Entré un poco en calor nadando rápidamente hacia el norte, a unos cien metros tal vez, la corriente era fuerte, tuve que luchar para llegar a la costa. Me desplomé sobre la arena, bajo el sol; no había viento, solo la cálida caricia de sílice, volví a dormirme, agotado y casi feliz. Cuando me desperté dos o tres horas más tarde, el sol de abril calentaba intensamente y yo tenía hambre. Me comí el resto del pan del día anterior, bebí mucha agua; metí el abrigo en mi bolsa y puse un poco de orden en mi ropa, la camisa estaba desgarrada en las axilas, tenía manchas de grasa en la espalda, mis pantalones estaban completamente raídos en el dobladillo, ya no se distinguían las rayas de mi chaqueta gris, obtenida en un centro de solidaridad islámica para desheredados. A pesar de todo, me sentía en forma. Basam me pasaría una camisa limpia y unos pantalones. No lo había visto desde finales de diciembre, desde que me marché a Casa; me había ayudado tanto como había podido, dándome un poco de dinero, papeo e incluso, una vez, noticias de Meryem: su madre la había enviado a vivir con su hermana a lo más profundo del Rif. Tanto como decir en prisión. Basam seguía con el cuento de la lechera para llegar a España y la última vez que lo había visto, siempre en el mismo lugar, frente al Estrecho, de cara a Tarifa la inalcanzable, me dijo no te preocupes. Ve a Casa y cuando vuelvas habré dado con una forma para llegar al otro lado. Yo seguía sin ver qué íbamos a hacer nosotros en España sin papeles y sin dinero, aparte de vagabundear y acabar arrestados y expulsados, pero bueno, era un sueño hermoso.

Pasé por su casa al mediodía, sabía que su padre estaría en el trabajo. Reencontrarme con las calles del barrio me encogió el corazón. Caminé muy rápido, evité cuidadosamente pasar por delante del colmado familiar, llegué al edificio de Basam, subí a toda prisa y llamé a su puerta como un loco, como si fuese un fugitivo. Allí estaba. Me reconoció de inmediato, lo cual me tranquilizó acerca de mi apariencia. Me hizo entrar. Me olió y me dijo que para ser un vagabundo tampoco olía tan mal. Eso me hizo reír. Es posible, en efecto, pero aun así me gustaría ducharme y comer algo, le dije. Tenía la impresión de haber llegado por fin a alguna parte. Me pasó ropa limpia, debí de estar al menos una hora en el baño. Nunca habría pensado que disponer de agua abundante pudiese ser un lujo divino. Mientras tanto él me había preparado un desayuno, huevos, pan, queso. Sonreía todo el tiempo, con aire de conspirador. Apenas me preguntó qué había estado haciendo durante los

últimos tres meses, solo: entonces, ¿bien, en Casa?, sin insistir. Estaba agitado, no paraba de levantarse y sentarse, sin dejar de sonreír. Venga, desembucha, le dije finalmente. Él hizo una mueca como si hubiese robado una gallina. Que desembuche ¿qué? ¿Por qué dices eso? Ok, te cuento, creo que he encontrado algo para ti, un lugar donde puedes quedarte tranquilamente, donde se ocuparán de ti. Y volvió a su aire de conspirador sonriente. ¿Qué es este lugar, un asilo? Yo me imaginaba que detrás de todo aquello había un proyecto de viaje demencial, una de esas historias típicas de Basam. No, colega, no, no es un asilo, ni un hospital tampoco, mejor todavía: una mezquita.

Pero ¿qué crees que puedo hacer yo en la mezquita?, le pregunté.

No es un lugar como los otros, dijo Basam, ya verás, es gente distinta.

En efecto, para qué negarlo, eran distintos. Barbudos, vestidos con estrictos trajes oscuros. Aparte de eso, es cierto que eran bastante amables y generosos, aquellos islamistas. Cuando Basam nos presentó, el jeque Nuredine (se hacía llamar Jeque, pero no debía de tener más de cuarenta años) me pidió que le contara mi historia: aquí lo tienes, este es de quien te hablé, Jeque, es un verdadero creyente, pero está necesitado. Entonces Dios proveerá, respondió el otro. La mezquita no era realmente una mezquita, era la planta baja de un edificio, con moqueta en el suelo y una placa de bronce en la puerta que decía «Grupo Musulmán para la Difusión del Pensamiento Coránico». Basam parecía muy orgulloso de haberles llevado a una oveja descarriada. Yo lo conté todo, con pelos y señales, o casi. El jeque Nuredine me escuchó atentamente mirándome a los ojos, sin parecer sorprendido, como si ya conociese toda la historia. Cuando terminé permaneció en silencio por un momento sin dejar de mirarme, y me preguntó: ¿eres creyente? Yo me las arreglé para contestar sí sin parecer que dudaba. Tú no has pecado, mi joven amigo. Te dejaste atrapar en la trampa de esa chica. La responsable es ella, tu padre no ha sido justo. Tú has sido débil, eso es cierto, pero es tu juventud quien ha hablado. El culpable es tu padre, es él quien debería haber vigilado a las mujeres de su familia, inculcarles la decencia. Si tu prima hubiese sido decente, nada de todo esto hubiese sucedido. Basam lo interrumpió: Jeque, su padre va gritando por el barrio que ya no tiene hijo, que lo ha desheredado.

Nuredine sonrió tristemente. Todo eso se arreglará, puede que con el tiempo. Ahora lo importante eres tú. Basam me dice que eres piadoso, serio, trabajador y que amas los libros, ¿es cierto? Desde luego. Eh, me refiero a los libros, murmuré.

En cinco minutos ya estaba contratado como bibliotecario del Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico; me ofrecieron una pequeña habitación en la parte trasera y un sueldo. No era una mina de oro, pero en cualquier caso era algo de dinero para gastar. No me lo acababa de creer. Le di las gracias efusivamente al jeque Nuredine, sin descartar que un imprevisto lo mandase todo al traste. Pero no. Un auténtico milagro. Me dieron unos pocos dirhams por adelantado, para que fuese a comprarme ropa y unos zapatos; Basam me acompañó. Estaba muy orgulloso y

sonreía todo el rato. Te lo dije, decía, te dije que había encontrado una solución. ¿Ves lo útil que resulta ir a la mezquita?, dijo.

Él había encontrado este Grupo de Pensamiento en la oración del viernes, con su padre. De tanto verlos, acabó por simpatizar con ellos. Son gente como corresponde, decía Basam. Vienen de Arabia y tienen mucha pasta.

Recorrimos el centro como nababs para comprar tres camisas, dos pantalones, calzoncillos y unos zapatos negros un tanto apretados al final, un poco puntiagudos. También adquirí un peine, una loción para el pelo y betún, estaba de nuevo sin blanca, o casi, pero feliz, y Basam también, por mí. Se sentía tan contento de tenerme fuera de peligro que daba gusto verlo. Aquello me reconfortó por lo menos tanto como mis relucientes zapatos. Lo tomé en mis brazos y le revolví su pelambarrera rizada. Ahora vamos a cambiarnos y luego a dar una vuelta, le dije. Vamos a ligar con unas chavalitas, localizamos a dos hermosas turistas y les descubrimos el paraíso de Alá. Y tal vez hasta nos paguen un par de cervezas después para darnos las gracias. Basam refunfuñó no sé qué, y luego sí sí, buena idea, ¿por qué no? Él sabía muy bien que a menos que se produjese un segundo milagro en el mismo día no íbamos a dar con un par de minifaldas acogedoras, pero me siguió el juego. De vuelta a la Difusión del Pensamiento Coránico para estrenar mis trapos, aquello estaba lleno; era la hora de la oración de la tarde y nos tocó tragárnosla. Hice cuatro postraciones detrás del jeque Nuredine, aquello me pareció muy largo.

Solo fue por falta de práctica. Durante los dos años siguientes, tuve toda la tranquilidad necesaria para acostumbrarme. Mi trabajo en el Pensamiento era de lo más tranquilo, así que me dejaba un montón de tiempo libre para el estudio y la oración. Librero, la cuestión consistía en recibir las cajas de libros, abrirlas, retirar el plástico, ponerlos en pilas en las estanterías y, una vez a la semana, el viernes, sacar una mesa a la puerta de la mezquita para venderlos. En fin, venderlos sería decir demasiado. La mayoría (pequeños libros de bolsillo, un poco como manuales escolares baratos) costaba 4,90 dirhams. Un infierno, había que tener cajas de monedas para devolver el cambio, casi tantas como para los libros. A ese precio podríamos regalarlos, le dije al Jeque. No, no, imposible, la gente debe ser consciente de que ese papel tiene un valor, de lo contrario se desharían de ellos o los utilizarían para encender el fuego. Entonces podríamos venderlos a cinco dirhams, eso me ayudaría con las monedas. Demasiado caro, respondió el Jeque. Deben ser accesibles a todos.

Aquellos manuales tenían un gran éxito. Nuestro *best seller*: *La sexualidad en el islam*; vendí cientos de ellos, seguramente porque todo el mundo pensaba que tenía chicha, recomendaciones sobre posturas o argumentos religiosos de peso para que las mujeres admitiesen ciertas prácticas, pero nada de eso, allí se hablaba del acto como «el coito», «la cópula» o «el encuentro» y en conjunto constituía una compilación comentada de frases de grandes juristas medievales nada excitante; en mi opinión una estafa, aunque solo costase cinco dirhams. Los compradores de ese manual eran hombres en un noventa y cinco por ciento de los casos. Nuestra mejor venta femenina era *Las heroínas del islam*, un panfleto más bien simple y eficaz sobre el mundo contemporáneo, sobre la injusticia de los tiempos y sobre cómo solo el regreso de las mujeres a la religión podría salvar el mundo, apoyándose en los ejemplos de las grandes damas del islam, sobre todo Jadiya, Fátima y Zaynab.

El resto de nuestro catálogo era más caro, 9,90 el volumen. Se trataba de libros encuadernados, por lo general en varios tomos, que pesaban más que una vaca en brazos. La colección se titulaba *El patrimonio del islam* e incluía reediciones de obras de autores clásicos: vidas del Profeta, comentarios sobre el Corán, libros de retórica, teología, gramática. Como esos tomos tenían unos hermosos lomos de polipiel caligrafiados en color, servían sobre todo para decorar los comedores de todo el barrio. Hay que admitir que el árabe de hace mil años no es precisamente lo más fácil de leer. También vendíamos grabaciones en CD del Corán, e incluso un DVD de una enciclopedia coránica bastante interesante, ya que te evitaba tener que acarrear con los cincuenta volúmenes de comentarios diversos que contenía. El sueño de todo librero, vaya.

El Pensamiento estaba abierto todo el día, y mi librería con él, pero había pocos clientes. Algunos pasaban de vez en cuando a comprar alguno de los títulos que no me estaba permitido poner en las mesas. Le pregunté al jeque Nuredine si estaban prohibidos por la censura, me dijo por supuesto que no, lo que pasa es que son textos

que requieren de un mayor conocimiento, que podrían ser malinterpretados. Entre ellos estaba *El islam contra la conspiración sionista* y panfletos de Sayyid Qutb.

Una de mis tareas (la más agradable, de hecho) consistía en ocuparme de la página web y del Facebook de la asociación para informar de las actividades (por otro lado escasas), lo cual me permitía tener acceso a internet durante todo el día. Yo hacía mi trabajo con esmero. El jeque Nuredine era agradable, culto y amable. Me explicó que había estudiado la teoría en Arabia Saudí y la práctica en Pakistán. Me recomendaba lecturas. Cuando me hartaba de porno en la red (un pequeño pecado no hace daño a nadie) me pasaba horas leyendo, cómodamente tumbado en la alfombra; poco a poco me fui acostumbrando al árabe clásico, que es una lengua sublime, poderosa, cautivadora, de una extraordinaria riqueza. Me pasaba horas descubriendo las bellezas del Corán a través de los grandes comentaristas; la sencilla complejidad del Texto me dejaba boquiabierto. Era un océano. Un océano de luces. Me gustaba imaginar al Profeta en su cueva, envuelto en su manto, o rodeado de sus compañeros, de camino a la batalla. Pensar que yo reproducía sus gestas, que repetía las frases que ellos mismos habían salmodiado me ayudaba a soportar la oración, que seguía siendo una penitencia interminable.

Tenía la impresión de redimirme, de librarme de la culpa de mis meses de errar perdido. Incluso podía imaginar que me cruzaba con mi padre o mi madre sin vergüenza. Con frecuencia le daba vueltas a esa cuestión, el viernes detrás de mi mesa; llegará el día en que me encuentre con ellos, es inevitable. Sabía que se negaban siquiera a mencionar mi nombre en público; sentía vagamente que Basam me estaba ocultando algo, que evitaba hablarme de mi familia cuando yo le preguntaba: solo respondía descuida, descuida, se les pasará, y cambiaba de tema. Yo echaba de menos a mi madre.

Por la noche, salía a dar un paseo con Basam. Cada vez pasábamos menos tiempo contemplando la costa española y más mirándoles el culo a las chicas en la calle. Tánger tenía la ventaja de ser lo suficientemente grande como para sentirnos libres fuera de nuestro barrio; de vez en cuando hasta nos permitíamos un par de cervezas en un bar discreto; me tocaba insistir durante horas para que Basam aceptase, dudaba hasta el último momento, pero la perspectiva de encontrarnos con alguna extranjera siempre me ayudaba a llevarme el gato al agua. Una vez en el bareto, todavía tardaba en decidirse, una Coca-Cola o una cerveza, pero siempre acababa tomando alcohol, luego se sentía culpable durante horas y se comía un kilo de caramelos de menta para ocultar el olor. No muy lejos del bar había una hermosa librería francesa rehabilitada en la que me encantaba trastear, aunque nunca compraba nada porque los libros eran demasiado caros para mí. Pero al menos podía echarle un ojo a la librera, después de todo éramos colegas. Nunca me atreví a hablar con ella. En cualquier caso, llevaba una alianza y era mucho mayor que yo.

Luego, invariablemente, acompañaba a Basam a casa y volvía a mi habitación minúscula en la Difusión, cogía una novelita de detectives y leía una o dos horas



antes de dormirme. El librero del barrio tenía un botín inagotable en la trastienda, no tengo ni idea de dónde los sacaba: Río Negro (los más baratos), Máscara, Serie Negra (mis favoritos) y otras colecciones oscuras de los años sesenta y setenta. Todos aquellos títulos en los estantes de metal componían un inmenso poema incomprensible y delirante, *El salón listo para sangrar / El carnaval de los perdidos / Perlas a los marranos / Martes gris / Sueño de plomo*, no sabía qué elegir, aunque prefería los que sucedían en Estados Unidos antes que en Francia, su *bourbon* parecía más real, sus cochazos más grandes y sus ciudades más salvajes. El librero no iba a hacerse rico; de hecho, aparte de su botín de novelitas que seguramente solo yo revolvía, vendía viejos libros escolares, periódicos de otra época, revistas españolas anticuadas y algunas novelas rosa egipcias. Era un tipo bastante curioso que se pasaba el tiempo empinando el codo a escondidas al fondo de su tienda, un librepensador de tendencia nasserista, una figura del barrio. A menudo me contaba que apenas veinte años antes todas las colinas de los alrededores estaban vacías, solo un par de casas aquí y allá, y que desde allí hasta el aeropuerto era todo campo. Soy un auténtico tangerino, decía.

Después de leer, dormía cuatro o cinco horas hasta la oración del alba: el jeque Nuredine venía, y con él una buena parte del Grupo (excepto Basam, quien decía que rezaba en casa, aunque yo no lo acababa de creer). Cuando se iban yo volvía a acostarme hasta las ocho o las nueve, luego desayunaba y a las nueve y media abría la librería. A menudo, el Jeque volvía hacia el mediodía, charlábamos un rato, me pedía que añadiese esto o aquello en la web, comprobaba las existencias, por lo general encargaba él mismo los libros que se estaban agotando (una caja de la *Sexualidad*, una de *Heroínas*, las obras completas de Ibn Taymiyyah en veinte volúmenes) y regresaba a sus asuntos. Las obras tardaban más o menos un mes en llegar desde Arabia, así que había que ser previsor. Y luego toda la tarde en paz. Me quedaba tranquilo estudiando, como decía el jeque Nuredine. El paraíso. Alojado, limpio y educado. Después de la oración de la tarde, Basam pasaba a recogerme y nos íbamos otra vez a dar una vuelta, y así sucesivamente. Una rutina sana.

Solo una cosa me inquietaba, acaso un deseo, y era cruzarme con mi familia; ellos sabían dónde estaba yo, yo dónde estaban ellos; una vez vi a mi madre en la acera de enfrente. Me escondí, volví la espalda, el corazón palpitante. Sentí vergüenza. Ellos también, aun sin saber yo hasta qué punto, por qué motivo. Me hubiese gustado ver a mi hermana pequeña, debía de haber cambiado mucho, habría crecido. Trataba de no pensar en ello. Sigo haciéndolo. Me pregunto qué deben de saber de mí hoy día. Siempre hay habladurías, rumores que llegan al país; imagino que deben de taparse los oídos.

A menudo pensaba en Meryem, me decía que podría haber encontrado el valor para tomar un autobús hasta el pueblo e ir a visitarla discretamente. Yo le escribía, y las cartas siempre terminaban en la basura, por cobardía sobre todo. Meryem ya estaba en los dominios de los sueños, en el cuerpo susurrante de la memoria.

El año pasó con rapidez, y cuando comenzaron las manifestaciones en Túnez ya hacía más de un año que estaba allí. Debo decir que mi tranquilidad quedó un poco socavada por aquellos acontecimientos. El jeque Nuredine y todo el Grupo estaban como locos. Se pasaban el tiempo delante de la tele. Rezaban durante toda la jornada por los hermanos tunecinos. Luego iniciaron unas colectas para los hermanos de Egipto. Luego, cuando la lista creció a los hermanos libios y yemeníes, comenzaron a organizar acciones «para nuestros hermanos árabes oprimidos».

Cuando el 20 de febrero empezaron las protestas en Marruecos, ya no podían estarse quietos. Se turnaban en las sentadas, en las manis. Mi librería se había convertido en un CG de campaña: el grupo veía las revueltas árabes como la marea verde tanto tiempo esperada. Por fin los auténticos países musulmanes, del Golfo al océano, soñaban con ella. Por lo que me explicó el jeque Nuredine, la idea era conseguir el máximo de elecciones libres y democráticas para tomar el poder y luego, desde dentro, por la fuerza conjunta de lo legislativo y de la calle, islamizar las constituciones y las leyes. Sus proyectos políticos me eran un poco igual, pero la militancia incesante y ruidosa era absolutamente letal para mi rutina. Ya no me permitían acceder a internet con tanta frecuencia (necesitaban hacerlo ellos todo el tiempo), ni leer tranquilamente. Siempre había una actividad, una manifestación en la que participar, un programa que ver en la tele. Fue así como empecé a pasar más y más tiempo en el centro de la ciudad. Por la tarde iba a leer una de detectives ante una taza de té en la plaza de Francia. El jeque Nuredine empezó a reprocharme mis ausencias, me decía podrías participar más activamente en nuestra lucha, y fruncía el ceño.

Se llevaban algunos palos. Los policías habían recibido la orden de dispersar el final de las manifestaciones sin gases lacrimógenos, sin balas de goma, a la antigua, con las manos y las porras, y se les daba bastante bien: bajo sus barbas aparecían los primeros moretones. Como la juventud debía situarse en la vanguardia del movimiento, Basam fue el primero en llevarse unos buenos mamporros, cerca de la plaza de las Naciones, a altas horas de la noche, y en volver como un héroe, el pecho lleno de magulladuras, un apósito en la nariz, los ojos morados y cantando todavía «Dios, Patria y Libertad». El modelo era Egipto. Es lo que siempre decían, El Cairo, la plaza de la Liberación. Egipto es una sociedad avanzada, decía el jeque Nuredine, los Hermanos iban a lograrlo. Casi lloraba de la emoción. Recuerdo cuando escuchamos en la tele a un especialista francés en el mundo árabe diciendo que ya no había Hermanos Musulmanes en la plaza Tahrir, el jeque Nuredine parecía herido de muerte. Mentiras, decía. Dios destruya a esos infieles. Qué cabrones los franceses, no respetan nada, ni siquiera la verdad. Dispuestos a todo por conservar su poder, esos hijos de puta. Y luego se recuperó, diciendo que después de todo no era malo permanecer en la sombra, eso todavía le daba un aire más legítimo a la protesta. Además, las noticias de Egipto eran excelentes: los Hermanos estaban convencidos de salir vencedores de las elecciones libres cuando estas tuviesen lugar, así como de

formar un gobierno. El primero desde la estafa argelina veinte años antes.

En Tánger todo fue un desastre durante al menos una semana, pero al jeque Nuredine le parecía bien que aquello no tomase el camino de Túnez o Egipto, que el Palacio fuera más astuto o más legítimo (después de todo, ¿acaso no es el rey el comandante de los creyentes?), y que hubiera que pasar por una alianza con un partido si se llevaba a cabo la reforma de la Constitución.

Unas semanas más tarde, el rey amnistió a todo un contingente de presos políticos, entre los que había miembros del Grupo que se pudrían en las cárceles del régimen desde las redadas masivas después de los atentados de Casablanca unos años antes. El Jeque estaba eufórico. Dio la bienvenida a sus compañeros como si fueran el mismísimo José volviendo de Egipto para encontrarse con sus hermanos. La Difusión del Pensamiento Coránico se había convertido en un nido de barbudos.

Yo solo tenía ganas de que terminase toda aquella agitación para poder reanudar mi rutina de lecturas y recuperar mi tranquilidad. El Grupo era un auténtico hervidero de criaturas enjauladas, no hacían más que dar vueltas esperando la noche y el momento de la acción. Habían decidido aprovechar el desorden, de las manifestaciones y de la policía, para llevar a cabo una «limpieza del barrio», como ellos decían. Basam, deseoso de vengar su nariz rota con el primero que pillase, estaba en la proa de los levantiscos. Salían en bandas de diez, armados con porras y palos tras un sermón belicoso y elocuente del jeque Nuredine, que trataba de las expediciones del Profeta, de la batalla de Badr, de la del Fossat, de la tribu judía de los Banu Qaynuqa, de Hamza el héroe, de la gloria de los mártires en el Paraíso y de la belleza, la enorme belleza de la muerte en la batalla. Luego, bien calentados tras esta puesta a punto teórica, salían a la noche casi corriendo, los nervios y el garrote de Basam a la cabeza. Yo no supe nada sobre el resultado de las primeras salidas, aparte de que regresaban contentos, sin aliento, sin heridas ni mártires. El jeque Nuredine creía que por cuestiones de seguridad era importante que él mismo no se involucrase en aquella guerra santa, pero fruncía el ceño cuando yo le decía que prefería quedarme a hacerle compañía en la Difusión. Después de dos noches de combates sin bajas, quiso llevar él mismo las tropas a la victoria; yo me disponía a quedarme tranquilamente por fin solo frente al ordenador, pero al jeque Nuredine le bastó con lanzarme una mi rada para convencerme de que era mejor que me uniese a ellos; me dieron un palo que oculté, como hacía todo el mundo, en mi caftán.

La expedición podría haber sido divertida; nuestra banda, capuchas en la cabeza, barbas, abrigos largos y oscuros barriendo las aceras, no hubiese desentonado en una comedia egipcia.

A mí no me habían revelado el objetivo; el sermón había mencionado la lucha contra la impiedad, el pecado y la pornografía, pero nada más concreto. La noche era fría y húmeda. Éramos seis, caminábamos en fila, empezó a llover un poco, lo cual le sustraía su encanto a la expedición. La lucha contra la embriaguez y el materialismo no era un juego de niños.

Cuando vi que girábamos a la izquierda a doscientos metros del Pensamiento Coránico, empecé a inquietarme; al final de la avenida había un posible objetivo, aunque yo esperaba que no fuese el nuestro. Pero sí. No podía ser otro. Todo el mundo parecía saber adónde íbamos excepto yo; con Basam a la cabeza, el grupo avanzaba sin dudar. Llegamos a la tienda del librero; había retirado el escaparate debido a la lluvia, pero la luz se filtraba por la puerta a pesar de que era tarde; yo imaginé que estaría trincándose un par de botellas de vino cabezón y mirando viejas revistas españolas o francesas con muchachas desnudas. En efecto, el viejo estaba en la parte trasera de su tienda con un litro de tinto; alzó la vista de su *Playboy* con un aire furioso, me reconoció, sonrió con timidez, desconcertado. La mirada del jeque Nuredine estaba llena de desprecio, pronunció un sermón en árabe clásico, eres la vergüenza del barrio, nuestro barrio es respetable, respeta a Dios y nuestro barrio, Infiel, somos el castigo de los Infieles, la ruina de los impíos, sal de nuestro barrio, respeta a Dios, a nuestras mujeres y niños, el librero no salía de su asombro; su mirada iba muy rápidamente de derecha a izquierda, se posaba en Basam, en mí, y regresaba al jeque, que despachaba su anatema. Todavía tenía el vaso en la mano, con aspecto incrédulo, preguntándose si yo le estaba gastando una broma de mal gusto o algo así. Entonces el Jeque gritó ¡¡¡la ira de Dios caiga sobre ti!!! y se volvió hacia mí, Basam abrió su abrigo para sacar el mango de pico que llevaba escondido y también me miró. Los tres me miraban, el librero le dijo ¿qué es esta broma de mal gusto?, Basam parecía implorarme, como diciendo vamos, a qué estás esperando, no seas mierda, ¡venga!, el Jeque me juzgaba, yo abrí los faldones de mi abrigo, saqué a su vez mi garrote, el librero parecía muy asustado, sorprendido y asustado, de repente se levantó de su silla, dio la vuelta al mostrador por mi lado, muy veloz, como para escapar, yo no quería hacerle daño, él trató de agarrar mi bastón, empezó a insultarnos, bastardos, perros, hijos de puta me follo a vuestras madres, entonces Basam lo golpeó con fuerza, en el hombro, un ruido sordo resonó, él gritó de dolor, se desplomó aferrado a mi abrigo y a mis piernas, Basam le dio con la porra en el costado, muy fuerte, el librero rugió de nuevo, blasfemaba horriblemente, Basam volvió a darle, en el muslo, buscando el hueso, el hombre empezó a gemir. Basam sonrió, agitando su bastón. Por un momento me pregunté si no iría a partirme la cara a mí también. El jeque Nuredine se inclinó sobre el librero que gemía en el suelo, le dijo espero que hayas aprendido, y luego le dio una patada que lo hizo gritar más fuerte. Las lágrimas corrían por el rostro de aquel pobre hombre, yo no podía mirar, cogí con fuerza mi trozo de madera y salí de allí. Basam me siguió, luego el Jeque; oí que le escupía a la víctima antes de salir. Yo volví corriendo, los otros detrás de mí. En cuanto llegamos al Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico tiré sobre las alfombras el mango de pico y me encerré en mi habitación. Temblaba de odio, hubiese cortado en pedazos al jeque Nuredine y a Basam. Y a mí mismo. Me habría cortado en pedazos. Sentado en la cama me preguntaba qué debía hacer. No quería quedarme allí. Estaba lleno de una energía sobrehumana, una terrible cólera me

embriagaba. Cogí todo el dinero que tenía y salí de allí. El Grupo estaba rezando otra vez, crucé la gran sala sin la menor discreción, Basam abandonó un momento su prosternación para levantar la cabeza y hacerme una señal, yo salí dando un portazo.

Tenía doscientos dirhams en el bolsillo, para pagarme las copas. Pensé en dárselos al librero a modo de indemnización, pero estaba demasiado avergonzado para regresar allí. Además, puede que estuviese en el hospital. Tenía la esperanza de que Basam no le hubiese roto nada, debería haberme enfrentado con el jeque Nuredine, un par de hostias no le hubiesen ido mal. La mirada de Basam me había helado el alma. Aquello había sido una prueba. Y ahora, ¿qué iba a hacer yo, dejar el Grupo, volver a las calles, buscar trabajo? Mejor pensarlo mañana. De momento, olvidar mi miseria.

Atravesé Tánger hasta el bareto de la avenida Pasteur, entré, saludé como el cliente habitual que no era, me senté a una mesa, pedí una primera botella, luego una segunda, y empecé a sentirme mejor. ¿Por qué la vida me estaba tratando así? Tal vez una maldición se había cernido sobre mí por deshonar a mi padre, quién sabe. Puede que fuese el propio Dios quien me hundía en una desesperación cada vez mayor. Yo qué sé. En cualquier caso, la cerveza estaba buena. A lo mejor debería haberme puesto a rezar, y no a beber, pero bueno.

En el bareto no había más que cuatro marroquíes en traje charlando y bebiendo *whisky*, ningún turista solitario; yo empezaba a sentirme borracho, me entraron ganas de llorar. Me vino a la memoria Meryem, a esas horas debía de estar durmiendo, allá en el Rif. Tal vez soñaba conmigo, quién sabe.

En la televisión se veían las protestas en Egipto, en Túnez, en Yemen, la revuelta en Libia. No está ganado, pensé. Primavera Árabe, los cojones, eso va a terminar a porrazos, acorralados entre Dios y la pared.

Lamenté no haber cogido un libro, eso me hubiese ayudado a aclarar mis ideas.

Cuando aquel tipo entró en el bar, yo seguía ocupado viendo la tele; apenas lo vi. Fue él quien se acercó a mí. Se acercó, se apoyó en mi mesa, me miró con una sonrisa maliciosa. Ojos pequeños, bigote castaño un poco encanecido. Enseguida me volví.

—¡Fíjate, si es mi pequeño gallina! —dijo.

Yo me volví hacia el dueño del bar con aire ofendido, diciendo algo así como no se puede insultar así a los clientes, el corazón me latía con fuerza, las mejillas me ardían. El camarero nos miraba sorprendido.

—¿Te acuerdas de mí?

Imposible olvidar aquella cara, la penumbra y el olor a meado del fondo del *parking*.

Las rodillas empezaron a temblarme, solo quería que desapareciese, como por arte de magia, y que con él se borrasen la vergüenza y la memoria.

Le hubiese reventado la cabeza con un palo.

Se fue riendo a carcajadas el cabrón, estaba borracho, su aliento de subsuelo me salpicó, una ola de podredumbre y de recuerdos, casi me caigo de espaldas y el desequilibrio me puso en movimiento como a mi taburete, huí en silencio como un cobarde, salí apresuradamente del bar sin mirar atrás, sin lograr escapar a las frases del tipo, no te vayas tan rápido, pequeño, con unas cuantas obscenidades que me llenaron de rabia y de impotencia, encajando los golpes sin poder devolverlos.

Fuera, un viento helado procedente del océano barría la avenida, la ciudad estaba desierta, ni siquiera había gente delante de los Cañones, algunos turistas regresaban a sus hoteles de lujo, bajé la calle hacia el Gran Zoco, di una vuelta por la plaza como un autómatas, compré un paquete de cigarrillos sin pensarlo, dos tíos a los que ya tenía vistos se calentaban alrededor de un brasero, les regateé un poco de hachís a cambio de uno de los billetes que me quedaban, fui a fumármelo tranquilamente en un banco un poco apartado. Todo quedó en silencio. La droga me calmó. La ciudad quedó cubierta por un velo tranquilo y negro, de repente estaba lejos, tras un muro entre mi cuerpo y el mundo, volví a pensar en el librero, en el guardia del *parking*, en el jeque Nuredine, en Basam, como si me fuesen ajenos por completo, como si nada de todo aquello tuviese ninguna importancia. Tánger era una sombra inmensa, un pasillo bloqueado por el mar; el estrecho de Gibraltar una grieta, un abismo que borraba nuestros sueños; el Norte era un espejismo. Una vez más estaba perdido, y la única tierra firme que había bajo mis pies era de un lado la inmensa África hasta el Cabo, y hacia el este todos esos países en llamas: Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Palestina, Siria. Me lie un segundo porro bien cargado pensando que aquella mierda venía del Rif, que a lo mejor Meryem había visto crecer las plantas desde su ventana, que ella misma había prensado el polen en grandes cedazos para después moldear la pasta oscurecida por la oxidación y envolverla en un plástico transparente; en los bolsillos se guardaba algunas migajas que rascaba del plástico de sus guantes, para comérselas en soledad y reír ella sola o quedarse dormida, puede que soñar, quién sabe si recordar las pocas horas que pasamos juntos, cómo la desnudé casi sin querer, tímidamente, cuando me besó en la boca sosteniendo mi mano, había una ternura sencilla y hermosa en aquellos recuerdos retocados por el costo que en cierto modo me devolvían la alegría. La danza de las luces de Tánger aceleraba mis pensamientos, necesitaba un plan, esta vez no era cuestión de dejarlo todo sin más y volver al lodo y la humillación. Pensé en mis padres, especialmente en mi madre, en mis hermanos pequeños, ¿qué debían de saber de mí, qué pensarían? Me vino a la mente la sura de José, «Padre mío, he visto once estrellas postrándose ante mí, y el sol y la luna», había olvidado que me sabía aquellos versículos de memoria, José, vendido por menos de nada a un comerciante de Egipto, José, a quien Dios instruyó en la interpretación de los sueños, José, tentado por Zuleijja. Las luces de los ferrys rayaban el Estrecho, una caravana marítima. Quizá pudiese encontrar un trabajo en el nuevo puerto de Tanger Med o en la Zona Franca, a lo mejor más tarde podría emigrar, después de todo Basam tenía razón, hay que partir, hay que partir, los puertos nos abrazan el corazón. La soledad se convertía en una masa de niebla, una nube espesa, la del mal o el miedo; sentí una leve náusea. Empecé a temblar de frío sentado en mi banco y de repente estaba hambriento, muy hambriento.

Después de comerme un bocadillo en dos bocados volví a mi habitación en la Difusión; todo estaba desierto, silencioso, con un silencio que me golpeaba los tímpanos; me dormí como un lirón.

A la mañana siguiente tenía un cenicero en la boca y los ojos rojos, pero me encontraba bastante bien. Arreglé algunos libros, desayuné, leí el comentario de la sura de José en el *Kashshaf*, el sol se desparramaba sobre las alfombras. Por momentos, los rostros de la víspera me volvían a la cabeza, las lágrimas del librero, el bigote del perro del *parking*, como el hedor de una alcantarilla que yo trataba de reprimir concentrándome en la lectura. Procuraba convencerme, lo hecho, hecho está. Lo hecho, hecho está. Lo que importa es el futuro.

El jeque Nuredine reapareció al mediodía vestido de civil, es decir con un traje azul oscuro, bastante elegante. Me saludó cortésmente, se diría que incluso calurosamente. Me preguntó si tenía preparados los libros (era jueves), yo le dije que sí. Él dijo perfecto. Esta noche tenemos una reunión fuera, volveré mañana por la mañana. Y salió. Ningún comentario, ninguna alusión a la expedición punitiva de la víspera.

Por fin volvía a estar solo. Navegué un poco por internet, envié algunos mensajes de Facebook a chicas a las que no conocía, todas francesas, como botellas lanzadas al mar. «Soy un joven marroquí de Tánger, busco vuestra amistad para compartir mi pasión: los libros».

Os muestro hasta qué punto soy alguien cultivado, pensé, eso explica mi apostilla sobre los libros, puede que un poco exagerada, pero sobria y precisa. Hay que añadir que escogía a chicas guapas, pero además con gafas y originarias de ciudades de las que no sabía nada pero que imaginaba frías, aburridas y propicias por tanto a la lectura. (No hace falta decir que jamás recibí la más mínima respuesta; en descargo de estas señoritas, hay que reconocer que si le echaban un ojo a mi perfil, que yo me había asegurado de dejar accesible, entre mis amigos no solo se encontraban con la cabezota de Basam, sino también con el Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico o Al-Jazira, lo cual, se mire por donde se mire, era difícil que inspirase ternura).

Me adormecí un poco, soñando despierto con las jóvenes mencionadas. Después leí el principio de *Total Keops*, una de mis novelitas favoritas; me imaginé que de pronto Tánger se convertía en Marsella, algo que tenía pocas posibilidades de suceder, mientras comía una bolsa de patatas fritas; la noche caía suavemente; el olor del mar me envolvía.

Me quedé tirado en el suelo sin luz hasta que oscureció por completo.



Basam llegó como una exhalación, a punto estuvo de pisarme.

—¿Qué haces a oscuras? ¿Estabas durmiendo?

—En realidad, no —le dije.

Estaba sobreexcitado, como siempre. Daba vueltas como un cachorro alrededor de la cesta de su madre.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunté—. ¿Hay que moler a palos a otro?

—No, esta vez es más grande que eso.

—¿Es la espada del Profeta?

—Deja de blasfemar, infiel. Es la hora de la venganza.

Por un instante pensé que estaba de broma, pero encendí la luz y comprobé que sus ojillos brillaban con una extraña locura en medio de su enorme cabezota de cateto.

—¿Con qué tontería vienes ahora?

Entonces me soltó un embrión de teoría paranoica, según la cual solo un atentado que removiese las conciencias serviría de algo y lograría que Occidente, la población y el Palacio se precipitasen a la confrontación. Aquello era muy Jeque Nuredine, pero muy poco Basam. Él tenía un guisante en lugar de cerebro.

—Tienes un guisante en lugar de cerebro —le dije.

Además yo sabía perfectamente que en el fondo el islam político le daba igual. Después de todo, ambos habíamos caído en la religión de pequeños, ya habíamos tenido bastante.

—Deja estar esas historias de atentados, venga, vamos a dar una vuelta. El Jeque no volverá hasta mañana.

Basam me miró como si quien estuviese completamente chiflado fuese yo.

—Tengo que rezar para purificarme.

Yo suspiré. Me preguntaba qué le habría hecho el jeque Nuredine, o qué le habría prometido. Puede que las huríes del Paraíso. Basam sentía debilidad por las historias de huríes todavía vírgenes que podría tirarse durante toda la eternidad a orillas del Kozar, el lago de la abundancia del más allá.

Pero también yo tenía mis huríes.

—¿Sabes? Ayer por la noche conocí a dos chicas bien guapas, dos estudiantes españolas. Estarán hasta mañana. Nos fumamos un porro juntos, y quedé en volver a verlas justo ahora.

—Deja de decir tonterías.

Se le había iluminado el rostro.

No lo acababa de ver claro.

—No me lo creo.

—Esa no es la cuestión. Necesito que vengas conmigo para ocuparte de la segunda. No voy a mentirte, es menos guapa que la otra, pero es muy simpática. Venga, hazlo por mí.

—Ah... ¿cómo se llaman?

Ya lo tenía, lo había embaucado.

—La tuya se llama Inés y la mía Carmen.

Podría haber sido más original, pero dije lo primero que se me ocurrió, sin dudar un instante.

—¿Y qué edad tienen?

—No sé, veinticuatro o veinticinco —le dije.

—Hala, hala, suena de puta madre, pero es que le prometí al Jeque que me quedaría aquí esperando órdenes. Que pasaría la noche rezando.

—Podemos quedarnos un rato con ellas, y luego volver a rezar, ¿acaso no es lo mismo?

Si todos los reclutas del jeque Nuredine son tan fáciles de manipular como Basam, la victoria del islam puede esperar, pensé.

De repente tenía el aspecto aliviado de quien ha tomado una decisión dolorosa.

—Ok, pero solo un rato, ¿de acuerdo? Luego yo vuelvo.

—Como quieras.

De momento, algo es algo, pensé. Pero cuando descubra que Inés la gorda y la hermosa Carmen nos dejan en la estacada me hará picadillo.

No pasa nada, ya pensaré algo.

Por lo menos eso será algo que el jeque Nuredine no va a tener, esas horas de rezos. Una minúscula venganza.

Basam se roció con mi loción capilar, exhaló aire en la mano para comprobar cómo tenía el aliento, estaba nervioso.

—De camino hablamos español para entrenarnos un poco —dijo.

—Con mucho gusto, hijo de puta —le respondí en español.

Y nos fuimos; empezaba a caer una lluvia ligera.

El chaparrón no duró mucho, pero puede que el tiempo estuviese a punto de darme una excusa para justificar la ausencia de nuestras amigas imaginarias, todo el mundo sabe que las españolas no salen cuando llueve. Caminamos media hora para llegar al centro. Basam me bombardeaba con preguntas en un íbero mezclado con francés y árabe, bastante incomprensible pero divertido, quería saberlo todo, dónde me había encontrado exactamente con aquellas chicas, qué nos habíamos dicho, de dónde venían, etcétera. Yo improvisaba esos detalles con la esperanza de recordarlos y no contradecirme más tarde. Valencia (Madrid o Sevilla me parecían demasiado evidentes), estudiantes, vacaciones entre semestres, y así sucesivamente. Me preguntaba si Basam era así de crédulo o si el juego le hacía soñar, como a mí. Con tanto hablar de ellas, hasta yo iba a quedar decepcionado cuando no encontrásemos a nadie en el lugar de la cita, supuestamente en un salón de té cerca de la plaza de las Naciones. Le regalé un pastel a Basam, lo devoró en dos minutos, probablemente por el nerviosismo. Los dos teníamos una pinta sospechosa, en aquella pastelería; estábamos rodeados de tontos con sus novias, todas ellas llevaban hermosos velos de colores y se atiborraban de tarta de limón o de batidos de color rosa mientras que sus bigotudos acompañantes soñaban sin duda con sobarles las tetas y calculaban que tampoco les salía tan caro, unos dulces por una sesión de magreo, más tarde, al calor de un coche o en un sofá. Creo que estaba un poco celoso de aquellos hombrecitos, un poco mayores que nosotros, que se habían ganado el derecho de meter la mano en los pantalones de sus primas a cambio de pedir su mano y con solo un poco de pasta para anillos y collares. Nosotros esperábamos a las españolas fantasma, con aire de catetos del extrarradio bien engominados.

Basam movía nervioso los pies ante las migajas de su torta de la Selva Negra cuya cereza confitada reinaba abandonada en medio del plato.

Yo también fingía que me impacientaba, pero qué hacen estas, qué coño pueden estar haciendo, cinco minutos y le propondría a Basam ir a alguna parte a ahogar nuestras penas en cerveza. De nuevo estaba lloviendo.

Lo sabe todo el mundo, las españolas no salen cuando llueve.

De repente Basam dio un respingo; levantó la cabeza como una jirafa y me dio unas cuantas patadas bajo la mesa. Yo me di la vuelta, dos jóvenes europeas acababan de entrar; morenas, pelo largo y suelto, flequillo por encima de los ojos, llevaban pantalones bombachos, docenas de brazaletes, bolsas de cuero y una especie de zuecos del mismo material: estaba claro, eran españolas, increíble. De hecho no, tampoco era tan increíble, pero me ponía en una difícil situación.

—No, no son ellas —le dije a Basam.

Él me miró con aire confuso, suspirando.

Las dos chicas debían de haber entrado en la pastelería para protegerse de la lluvia.

Basam estaba nervioso, empezaba a preguntarse si no le habría tomado el pelo; que llegasen dos españolas justo cuando nosotros esperábamos a otras dos le hacía

pensar que algo no acababa de cuadrar. Dos jóvenes íberas paseándose solas por Tánger en aquella época del año no era muy habitual.

Una idea se abrió paso en su cerebro:

—Ve a preguntarles si por casualidad conocen a Inés y a Carmen.

Yo estuve a punto de responderle ¿quién? Pero me acordé a tiempo del nombre de mis dos quimeras.

—Puede que sean del mismo grupo.

Tenía una mirada desafiante, un aire peligroso; estaba poniéndome a prueba, quería saber si le había mentido.

Yo suspiré; no podía decirle que no me atrevía, no lo hubiese entendido. Lo había visto la noche anterior, con un garrote en la mano, dándole una paliza al librero; entonces me pregunté qué estaba haciendo allí, en un salón de té con mi colega el pirado del mango de pico.

—Ok, voy.

Basam literalmente se relamió, su gruesa lengua se deslizó sobre su gran labio superior para disfrutar de las últimas virutas de chocolate; cogió la cereza confitada y se la llevó a la boca, yo desvié la mirada antes de ver si la masticaba.

—Ok, voy.

Nunca me había atrevido a abordar directamente a una extranjera; había hablado mucho de ello, Basam y yo lo habíamos comentado muchas veces, durante todas aquellas horas mirando el Estrecho; habíamos mentido mucho, soñado mucho, en realidad. Él me miró con su aire ingenuo y fraternal, recuerdo haber pensado en mi familia, mi familia es Basam y Meryem y nadie más.

—Ok, voy.

Me acerqué a la mesa de las dos chicas, eso seguro; sé que les dirigí la palabra; no sé en qué galimatías, en qué sabir me las arreglé para hacerme comprender; solo sé —más tarde tuve todo el tiempo del mundo para pensar en ello— que parecí tan sincero, tan poco interesado por ellas con mi historia de Carmen e Inés, tenía tales esperanzas en que conociesen a aquella Carmen y a aquella Inés, que no sospecharon nada, me respondieron con franqueza, todo resultó de lo más natural, y entonces vieron, al oír a Basam, al ver la cabezota de Basam, que aquello no era una trampa, que en realidad había en Tánger una Carmen y una Inés flotando en el aire como fantasmas, y lo sentían por nosotros, pero está lloviendo, ¿sabéis?, dijeron ellas, está lloviendo y yo me reí por dentro, me moría de risa pensando en la lluvia, a la que tan poca atención prestamos, la lluvia puede cambiar tu destino tan fácilmente como el mismo Dios, Alá me perdone.

Bien miradas, no eran tan idénticas nuestras dos españolas; venían de Barcelona, se llamaban Judit y Elena, una era más morena y la otra más rolliza; los dos eran estudiantes y venían, milagro, a pasar una semana en Marruecos, de turistas, justo como yo lo había imaginado, porque tenían vacaciones de invierno, o de primavera, no me acuerdo, pero para mí era la Primavera Árabe que llegaba; que llegasen estudiantes simpáticas bien valía todas las revoluciones, chicas que imaginábamos con ropa interior extraordinariamente refinada e inclinadas a mostrarla, sin molestas preguntas sobre la familia, la religión, el decoro o las buenas costumbres, chicas ricas que, si se encaprichaban contigo, podían hacerte cruzar aquel reluciente Estrecho con solo una firma, presentarte a sus padres con aire distraído, este es mi novio, y el padre pensaría con razón que tenías pinta de moro pero movería la cabeza como diciendo hija mía, la decisión es tuya, y acabaríamos felices como Dios en España, país de los jamones negros y puerta de Europa.

Todo eso decían los ojos de Basam, todo eso excepto lo del cerdo, por supuesto; miraba a la joven que tenía delante como a un pasaporte con fotos de chicas desnudas en vez de visados, hasta tal punto que Elena se pasó el rato subiéndose la camiseta hasta los hombros para ocultar su torso, en un gesto que Basam no interpretó como fruto del pudor, sino de la provocación; también se subía el sostén, avergonzada por sus miradas, sin advertir que le estaba señalando a Basam su objetivo oculto, que sus finas manos sobre su propia piel, cogiendo el tirante, apartando la tela para colocar los dedos y dándole luego un ligero movimiento hacia arriba acentuado por el ruido involuntario del elástico, perlaban de sudor la frente de Basam, quien no podía apartar los ojos de la cavidad del hombro, de aquellos saleros o más bien pimenteros que ocultaba la blancura de la tela secreta y sin embargo tan visible, y Basam se lamía el dedo índice, inconscientemente se lamía la punta del índice y aplastaba la migas que quedaban de torta de la Selva Negra diseminadas por el plato para que se le quedasen pegadas, sin decir nada, ocupado en la contemplación; Elena trataba de desactivar aquella trampa visual mediante la conversación, articulaba, gesticulaba al hablar para asegurarse de que la mirada de aquel crío subiese unos veinticinco grados, que pasase del pecho a la cara, como acostumbra a hacerse entre la gente que no se conoce, pero su deseo, aquellos senos y aquella mano perdida en el tejido inspiraban tanta vergüenza en Basam que era incapaz de mirar a Elena a los ojos, porque habría sido como enfrentarse a sus propios pensamientos, a su propio ser y a toda su educación que le impedía tanto levantar la cabeza como disfrutar realmente —como quien no quiere la cosa, tal como hacen los europeos— de aquel extraordinario espectáculo, de la excitación que causa la castidad aunque, a pesar de sí misma, se desmienta, se niegue al tiempo que revela, a la imaginación de quien contempla, aquello que trata de ocultar.

Basam solo era más sincero que yo, más simple quizá; es una cuestión de temperamento, o de paciencia; yo hablaba mucho con Judit; incluso de vez en cuando le preguntaba algo a Elena; también yo lo intentaba, trataba de adivinar qué ocultaba

bajo su blusa, discretamente, sin insistir, me aseguraba de mantener mis pupilas en las suyas, pero cuando se volvía para dirigirse a su amiga o a mirar con aire afligido al pobre Basam me entregaba en cuerpo y alma, asumiendo con tristeza que aquella que la suerte había sentado delante de mí no era la mejor dotada de las dos, aunque tampoco era tan grave, ya que de entrada Judit me parecía más próxima, más abierta y sonriente.

Las tres palabras que sé en español enseguida resultaron insuficientes, así que pasamos al francés; si no me equivoco, era la primera vez que lo hablaba realmente con extranjeros, cada vez tenía que buscar las palabras. Afortunadamente, el acento catalán de Judit me facilitaba la comprensión. Basam no decía nada, o casi nada; de vez en cuando murmuraba algo en un idioma impenetrable; cuando se dio cuenta de que aquellos dos ángeles caídos del cielo estudiaban árabe en Barcelona, empezó a hablar en clásico, sin contar las faltas de gramática, aquello sonaba como un sermón del jeque Nuredine. Empezó a preguntarles a Judit y a Elena si conocían el Corán, si ya lo habían leído en árabe, y qué pensaban del islam. Tenía que repetir dos o tres veces cada pregunta, porque hablaba rápido y no articulaba bien, mirando al suelo.

La noche anterior habíamos participado en una expedición punitiva con nuestras porras, y aquella tarde convertíamos a dos extranjeras a la religión del Profeta. El jeque Nuredine podía sentirse orgulloso.

A mí me costaba creer que fuesen en realidad estudiantes de árabe; es decir, que estuviesen interesadas en mi país, mi lengua, mi cultura; era un segundo milagro, un extraño milagro que yo me preguntaba si no sería diabólico. ¿Cómo a dos jóvenes barcelonesas les podía apetecer interesarse por esta lengua hasta el punto de aprenderla? ¿Para qué? Judit decía que su árabe era muy malo, que le daba vergüenza hablarlo; a Elena no le costaba tanto lanzarse, pero su pronunciación se parecía a la de Basam en español o en francés, incomprensible. Yo sentía un poco de vergüenza; a nuestro alrededor los tipos que observaban cómo sus prometidas bebían batidos a grandes sorbos, los ojos cerrados sobre la pajita, no se perdían ni un detalle de nuestra conversación. Seguramente se decían mira a esos dos imbéciles, se han camelado a dos turistas y les hablan del Profeta, los muy gilipollas.

Yo propuse irnos a algún sitio. Basam me susurró algo en marroquí, muy rápido, en voz baja.

Eran las nueve de la noche. Elena sugirió ir a comer algo; yo pensé en los pocos dirhams que me quedaban, podían servirme para un bocadillo, pero no para mucho más. Elena propuso ir a un pequeño restaurante que le había llamado la atención en el casco antiguo. Yo debí de poner cara rara y al parecer Judit lo entendió, ¿por qué no vamos mejor a un café?, dijo con la excusa de no tener mucha hambre, el té le había quitado el apetito. Su amiga se enfadó un poco, Judit pronunció dos frases en catalán. Basam me cuchicheó algo al oído, con gesto de conspirador, ¿por qué no las llevamos a la Difusión para una lección de árabe? A mí me costó no echarme a reír; me imaginaba al jeque Nuredine encontrándose a dos mujeres infieles en su mezquita y a

Basam medio desnudo, explicándoles a Judit y a Elena las hazañas de Hamza. Hoy no, ahora no, le dije.

Por mi parte, yo podía invitarlas a fumar un porro en las murallas, me quedaba un trozo de hachís de la noche anterior, aunque no era muy romántico; además, igual les daba miedo, podrían negarse, rebotarse, sobre todo aquella Elena, que no parecía muy aventurera.

Cinco minutos más tarde seguíamos delante de la pastelería.

Vamos a por el café, dije yo.

Judit respondió perfecto, ¿adónde vamos? ¿Adónde nos lleváis?

Basam daba vueltas a nuestro alrededor a pequeños saltitos.

Yo nunca había pensado tan rápido.

Y se me ocurrió la idea:

—Al local de Mehdi. Vamos al local de Mehdi.

Basam abrió los ojos sorprendido, se frotó las manos, claro, a ver a Mehdi, eres un figura. Estaba eufórico.

Judit sonrió, una gran sonrisa resplandeciente, me sentí un héroe.

El local de Mehdi era el único lugar de Tánger donde dos moros de diecinueve años como nosotros podían llegar con dos extranjeras sin contrariar a nadie ni arruinarse, uno de los únicos lugares mixtos —ni pobres ni ricos, ni europeos ni árabes— de la ciudad. Durante el día, sobre todo en verano, era una cafetería donde los estudiantes tragaban sodas bajo cañizos y enredaderas, y por la noche, en invierno, o cuando llovía, había una pequeña sala bastante acogedora, con bancos y cojines, donde los jóvenes, marroquíes y extranjeros, tomaban té. En mis recuerdos, la decoración era una mezcla de orientalismo turístico y modernidad desamparada, algunas fotos en blanco y negro en marcos de aluminio entre alfombras bereberes y falsos instrumentos de música antiguos. El lugar no tenía nombre, solo un letrero de plástico hecho polvo con la marca de una bebida gaseosa, era conocido por el nombre del dueño, Mehdi, un tipo flaco como un fideo, no demasiado cordial pero discreto, que se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en su propia terraza, con una gorra así como parisina en la cabeza, fumando Gitanes. Basam y yo, como todo el mundo, habíamos estado allí, y una o dos veces, en verano, yo incluso le había pagado una Pepsi a Meryem.

Estaba un poco lejos, había que subir la colina hacia el oeste del casco antiguo, pero ya no llovía; Judit y Elena estaban contentas de dar una vuelta. Yo caminaba al lado de Judit y Basam justo detrás con la otra; lo oía hablar árabe y cada vez que Elena decía que no lo entendía, es decir, la mayor parte del tiempo, él repetía exactamente la misma frase pero más fuerte; Elena reiteraba su incompreensión, en tono de disculpa; Basam subía un poco más el volumen hasta berrear igual que un ternero, como si vociferando las palabras que ella ignoraba, la pobre catalana fuese capaz de comprenderlas. Al parecer pensaba que una lengua extranjera era como un clavo que había que clavar en la oreja reacia, a grandes golpes de mazo vocal: con un garrote, igual que inculcaba el respeto a la religión a los infieles, pero con una sonrisa.

La vida me parecía hermosa, incluso con Basam gritando en medio de la noche, y atravesar, acompañado por una chica, aquellos barrios alrededor del mercado que ya había frecuentado un año antes borraba —al menos por un tiempo— toda la serie de pruebas y maldiciones de los dos últimos años y, sobre todo, los recuerdos de la noche anterior, tan próximos y dolorosos, el rostro del librero y de aquel tipo inmundo del *parking*, a pesar de que hubiese preferido que no me molestasen justo en aquel momento, recuerdo que apreté los dientes con fuerza, acuciado por un auténtico mal, el poder de la vergüenza, un eco casi tan potente como la noche anterior, la réplica de un seísmo, hasta tal punto que mi acompañante, al verme de repente víctima de aquellos escalofríos, me preguntó si tenía frío o me sucedía algo.

Judit era observadora y atenta; hablamos de la Revolución, de la Primavera Árabe, de esperanza y democracia, y también de la crisis de España, donde no parecían estar en su mejor momento, sin trabajo, sin dinero, con porrazos para todo aquel que tuviera la pretensión de indignarse. La indignación (de la cual había oído



hablar vagamente en internet) no me parecía un sentimiento muy revolucionario, sino una cuestión de señoras mayores apropiada más que nada para que te hinchén a palos, un poco como si un Gandhi sin proyecto ni determinación se sentase un buen día en la acera porque estaba indignado por la ocupación británica, fuera de lugar. Sin duda los ingleses se hubiesen reído de eso. Los tunecinos se habían inmolido con fuego, en la plaza Tahrir a los egipcios les habían disparado, e incluso si todo aquello corría el riesgo de terminar en manos del jeque Nuredine y los suyos, por lo menos permitía soñar. No me acuerdo si unas semanas más tarde evocamos la evacuación de los Indignados que ocupaban la plaza Cataluña en Barcelona, cazados como una bandada de palomas por unas cuantas furgonetas de polis y sus porras, supuestamente para que pudiese celebrarse la victoria del Barça: eso sí que era indignante, que el fútbol le gane la mano a la política, pero al parecer nadie protestó realmente, en su fuero interno la población reconocía que el logro de su club era en sí mismo una hermosa fiesta de la democracia y de Cataluña, una Gran Noche que convertía la de la Indignación en una cantidad despreciable.

Judit también me preguntaba sobre Marruecos, sobre Tánger, sobre el rumor de la protesta; yo respondía con evasivas. Cuando me preguntó si era estudiante le respondí que trabajaba, que era librero, pero que estaba pensando en estudiar algo. Aquello del librero pareció inspirarle cierto respeto. Después de todo, no era mentira. Había una pregunta que me quemaba por dentro, pero la guardé para más tarde, imagino que por timidez, o puede simplemente que porque había oído cómo Basam se la hacía a Elena justo detrás de mí, aunque a decir verdad de una forma un poco distinta: ¿por qué había decidido aprender árabe, para convertirse al islam? Muy afortunadamente, Elena no había entendido el estilo coránico de Basam, que podría traducirse por «¿Deseas hacer acto de islam?». A punto estuve de echarme a reír, pero más valía no herirlo; después de todo, él debería estar rezando, y por mi culpa allí estaba, flirteando con una española; se le podía perdonar su árabe profético.

En el local de Mehdi, sentados los cuatro alrededor de nuestro té, sin nadie más aparte del propio Mehdi, sumergido en la lectura de su periódico, Basam se retiró un poco de la conversación, principalmente por razones lingüísticas: estaba cansado de desgañitarse y nosotros hablábamos francés, o por lo menos algo que se le parecía. Yo me hacía un poco el chulo, y le decía que había aprendido la lengua solo leyendo novelas policíacas, Judit parecía admirada. Me gustaría poder hacer eso con el árabe, dijo. Debe de haber novelitas de detectives árabes, seguro que egipcias (no sé por qué, pero El Cairo me parecía más propicio para aquellas turbias historias de bajos fondos). Le dije que a lo mejor podría regalarle algunas, lo que me recordó la expedición de la noche anterior a la librería; me dije que si hubiese encontrado a aquellas chicas veinticuatro horas antes habría tenido el valor suficiente para no participar en aquella expedición cobarde y furiosa, pero seguro que era mentira.

Basam empezaba a mostrar signos de impaciencia, pataleaba y ya no sonreía. Tenía ganas de volver, y yo mismo, muy a mi pesar, también sentía que aquel té no

podía durar eternamente; Elena bostezaba de vez en cuando. Judit me explicó que tenían previsto quedarse un día más en Tánger antes de bajar a Marrakech. Un día, no era mucho. Con las cosas que hay que ver aquí, dije, aunque enseguida lo lamenté; me hubiese costado hacer una lista.

Menos mal que ninguna de las dos me preguntó en qué consistían todas aquellas maravillas, y diez minutos después, cuando Basam bostezaba hasta casi desencajar la mandíbula, cuando parecía completamente hipnotizado por el balanceo de los pechos de Elena hasta el punto de cerrar los párpados, Judit dio la señal de partida. No insistí para que se quedasen, incluso asentí sí es la hora, mañana por la mañana trabajo. Les expliqué que al día siguiente por la mañana tenía que montar una mesa de libros delante de la mezquita del barrio, repetí dos veces el nombre de la mezquita y el del barrio, como hacía Basam, para asegurarme de que lo habían entendido. Si andáis por allí, podéis pasar a verme, añadí para mayor claridad. Teniendo en cuenta el inmenso interés turístico de nuestro barrio, no había muchas posibilidades de que «anduviesen por allí», sin contar con que no estaba muy seguro de que me apeteciese mucho que vieses de cerca el contenido de mis pilas de libros, pero entended que era muy frustrante dejar que se fuesen sin más, sin proponerles nada, aunque fuese indirectamente. Judit y Elena se alojaban en un pequeño hotel del casco antiguo, las acompañamos; me hubiese encantado contarles la historia de Tánger, de la ciudadela, sus callejuelas, pero era absolutamente incapaz de hacerlo.

Siempre hay algo odioso en decir adiós, sobre todo en una calle silenciosa y desierta, junto a los cubos de basura de una pensión cuyo neón exhausto, en el balcón, bajo el letrero, electriza de vez en cuando las gotas de fina lluvia que de nuevo comenzaba a caer. Es un momento de sobra, que uno no sabe si debería alargarse o por el contrario menguar hasta desaparecer. Vais a mojaros, dijo Judit. Gracias por la velada, murmuré yo. Basam le tendió la mano a Elena sin alzar los ojos; más valía dejarlo allí, lo que nos esperaba era la ciudad brillante y la Difusión del Pensamiento Coránico; la luz estroboscópica que por momentos alumbraba el rostro de Judit paralizaba sus cejas, sus labios y su barbilla. Hasta la próxima tal vez, dije, *Ilâ-l-liqâ'*, respondió ella, eran las primeras palabras en árabe que le oía, *Ilâ-l-liqâ'*, su pronunciación fue tan perfecta, tan árabe, que, sorprendido, yo respondí automáticamente *Ilâ-l-liqâ'*, y tomamos el camino de regreso.

No sé si fue la lluvia lo que despertó a Basam, pero cien metros después de habernos despedido de las chicas no dejaba de hablar. Madre mía, madre mía, qué noche, colega, ¿tú has visto?, están locas por nosotros, debería haber insistido con mi historia de las lecciones de árabe, seguro que colaba, ¿has visto cómo me enseñaba las tetas?, ha sido increíble, pensaba que todo el rollo de Carmen e Inés era un camelo, menuda potra tenemos. Madre mía.

Lo más raro es que no parecía frustrado ni decepcionado por haberlas acompañado a su hotel, simplemente estaba contento y parecía burlarse de la lluvia como de un mal augurio. Yo, por el contrario, medio empapado —y todavía teníamos por delante nuestros buenos tres cuartos de hora de caminata—, sentía un terrible vacío, una lasitud como si el Destino, al mostrarme primero a Judit para luego arrebatármela, no hubiese hecho sino acrecentar mi soledad. En aquel momento, caminando hacia nuestro barrio, era el recuerdo de Meryem el que me asaltaba dolorosamente, su ternura y su cuerpo; la aparición de la española reavivaba aquella ausencia, me mostraba el camino a mi auténtico amor, creía yo, y cuanto más se alejaba la realidad de aquel único contacto carnal —cerca de dos años—, más creía yo darme cuenta de lo mucho que significaba para mí, pues la presencia de Judit, en lugar de suscitar inmediatamente nuevos deseos, me devolvía a la memoria ese tipo de detalles (aromas, texturas, vahos) que suelen manifestarse bajo la lluvia: la incurable melancolía de los cojones. Basam se había despabilado, seguía con sus «madre mía», que empezaban a agobiarme. Basam, cierra el pico de una vez, grité. Cállate, por favor. Él se paró de golpe, plantado en el medio del bulevar sin entender. Tenías razón, ¿sabes?, vociferé. Tenemos que salir de aquí, irnos de Tánger, irnos de Marruecos, aquí ya no hacemos nada.

Él me miró como si fuese un retrasado, un débil mental al que hubiese que dirigirse con delicadeza.

Entonces paciencia, dijo, porque Dios está del lado de los pacientes.

Estaba citando al Profeta, quién sabe si con ironía. Si es que era capaz de ser irónico. De repente tuve la impresión de estar completamente borracho, una ebriedad inmensa, gigantesca, sin razón alguna. Ayer la expedición con el Grupo, hoy Judit. Si todo aquello tenía un sentido, me resultaba particularmente oscuro.

Cada vez llovía con mayor fuerza, acabamos tomando un taxi que pasaba por allí, y que me costó mis últimos dirhams.

Al llegar a la Difusión del Pensamiento Coránico, Basam se puso a rezar. Yo me fumé un porro, él frunció el ceño. Al jeque Nuredine eso no le gusta, ya lo sabes. Tenemos que ser puros.

Yo alcé el dedo corazón haciendo una peineta, él se rio.

El hachís me calmó un poco. Con Judit en bucle en mis pensamientos, reviví la velada, sus sonrisas, sus reflexiones sobre Marruecos, sobre la Primavera Árabe, sobre España, veía sus ojos castaños en primer plano, sus labios, sus dientes. Corrí a meterme en internet, la busqué en Facebook, en Cataluña había montones de Judit,

algunas de ellas sin foto, otras con, ninguna que se pareciese a ella.

Acabé aterrizando en webs dedicadas a Barcelona, recorrí la ciudad desde el puerto a las colinas, subí por las Ramblas, busqué la universidad, el estadio del Barça, contemplé las fachadas de Gaudí; de repente descubrí una torre moderna y extraña en medio de la ciudad, un gigantesco pene irisado, un falo colorido lleno de despachos que se alzaba frente al mar, un órgano desproporcionado que me hizo preguntarme si no sería aquello la broma obscena de un *hacker* loco o el fantasma desmesurado de un director de cine porno, cómo habían podido construir aquella torre en medio de una ciudad tan hermosa, un insulto, una provocación, un juego, aquel edificio estaba allí por mí, para recordarme lo que tenía yo en el lugar del cerebro, puede que un presagio, una oscura baliza del Destino, Barcelona estaba bajo el signo del rabo, apagué el ordenador. Basam se había dormido en medio de las alfombras; roncaba un poco, de espaldas, con una media sonrisa, tranquilo.

Yo me acosté; la noche volteaba un poco, había estrellas fugaces en el techo, me dormí.

Los viernes eran siempre días agotadores, me tocaba hacer dos o tres viajes con una carretilla para llevar los libros y los CD, depositarlos en el interior de la mezquita, mover luego los tableros, y después con la ayuda de alguien las tablas grandes, lo cual me llevaba mis dos buenas horas. A continuación, tenía que colocar los libros en pilas ordenadas y cubrir las tablas con un mantel de papel, y estar más o menos listo para cuando llamasen al rezo; el jeque Nuredine me echaba una mano, luego me traía la caja y los cartuchos de monedas de diez céntimos nuevas en las que una abeja libaba tranquilamente una flor de azafrán.

Por supuesto, tenía que renovar la oferta con frecuencia, puesto que los clientes casi siempre eran los mismos. Aquella mañana había llevado una caja de *Sexualidad* y otra de *Heroínas*, claro está, la base de mis ventas, pero también unos hermosos coranes con comentarios al margen, algunos opúsculos de Sayyid Qutb, *La vida del Profeta* en dos grandes volúmenes, tres títulos ilustrados para niños (*El rezo*, *El peregrinaje*, *El ayuno*), y un hermoso libro que me gustaba, *Las historias de los profetas*, relatos desde Noé hasta Mahoma. Luego algunas versiones salmodiadas del Corán en CD y DVD.

Por lo general, los clientes echaban un ojo rápido al entrar a la mezquita y se detenían un poco más al salir; durante el rezo y el sermón, aparte de algunos que pasaban, apenas había nadie y de todos modos Nuredine me tenía dicho que no podía vender durante el rezo, los musulmanes deben dejar de lado cualquier comercio.

El tiempo parecía amenazante; yo me había cuidado de proveerme del gran plástico que utilizaba para proteger los libros en caso de chaparrón, aunque según las predicciones no iba a llover.

En la explanada había unas cuantas personas, un adolescente me miraba con los ojos muy abiertos, era mi hermano pequeño Yassine, el día comenzaba bien. Llevaba una bolsa con pan, hacía unos dos años que no lo veía. Se dio cuenta de que yo lo había visto, se dio la vuelta, vaciló y se alejó unos pasos, volvió atrás, yo lo esperaba con una gran sonrisa, le tendí la mano por encima de los libros, él no la tomó, simplemente soltó:

—Deberías tener vergüenza de volver por aquí.

Ya estaba bien, toda aquella historia por pasar un rato con Meryem en pelotas.

—¿Y a ti eso qué te importa, mierdecilla?

Al escuchar la palabrota, algunos curiosos se volvieron. Entre ellos, el jeque Nuredine, que estaba a unos metros de allí.

De repente la actitud de Yassine cambió por completo.

—¿Sabes? A pesar de todos los dolores de cabeza que le has causado, mamá te echa mucho de menos.

De repente parecía muy emocionado.

Yo no sabía muy bien qué añadir.

—Dile que yo también, que la echo de menos.

Tampoco íbamos a ponernos a llorar encima de *La vida del Profeta* o *La*

*sexualidad en el islam*. Durante un momento nos miramos sin decir nada, yo quería odiarlo, tenía ganas de estrecharlo entre mis brazos, como cuando era un chaval, ahora tenía catorce años, me limité a tenderle la mano por segunda vez, él la tomó con tristeza, me dijo simplemente hasta otra vez, sí, eso es, hasta la próxima, tuve la impresión de que aquello significaba hasta nunca, buen viaje cabrón, tú tienes a mamá y a papá, a Nur que acaba de cumplir doce años y a Sarah, la última, con dos años menos, tú tienes a toda esa gente a tu alrededor, y hasta un colmado que te espera con los brazos abiertos, un porvenir radiante gracias a mí, así que no me toques las pelotas, me hubiese gustado regalarle un libro como recuerdo, pero se fue, la gente a la que uno quiere insultar siempre se va demasiado rápido, o soy yo quien no es lo suficientemente rápido para el insulto y la violencia, es posible.

De momento temblaba montando y desmontando las pilas de libros, el corazón enfurecido, sin comprender nada de nada, como de costumbre, no entendía la desmesura de su odio; no veía que me faltaban piezas, fragmentos del puzle, imaginaba con ingenuidad que todo aquello tenía que ver con nuestros dos cuerpos desnudos, el mío y el de Meryem, y nada más, porque los hombres son perros, ciegos y malvados, como mi hermano Yassine, como yo, listos para morder y sobre todo no para el intercambio, un viernes a mediodía en la explanada de una mezquita de los suburbios, en Tánger o en otro lugar. Y todo aquello que yo no sabía, lo sabía el jeque Nuredine, quien, apenas se hubo marchado Yassine, se acercó a mí, me preguntó si aquel con quien había estado hablando era mi hermano, me regaló una mirada compasiva, una palmadita en la espalda y unos versículos para reconfortarme. Con el corazón en un puño y los ojos ardientes, me sentí de nuevo como un niño, un niño dispuesto a llamar a su madre, esa madre que me faltaba, mientras la masa de orantes se apresuraba hacia la mezquita, y solo entonces advertí que ya no tenía familia, que por más que gritase hasta morir no vendría nadie, nunca, jamás, y que aunque mi progenitor o mi progenitora estuviesen entre aquella masa me ignorarían, y hasta tal punto estaba encerrado en mí mismo, mocosco herido, que era absolutamente incapaz de adivinar las olas de fatalidad que se habían alzado a mi alrededor.

Vendí un *Heroínas del islam* a un tipo que lo compraba para regalárselo a su mujer, lo recuerdo, me preguntó si se lo podía envolver para regalo, cuando le respondí que no puso mala cara: por cinco pobres dirhams me estaba exigiendo un libro y el papel de regalo, me hubiese gustado decirle que podía metérselas por el culo, sus heroínas, su moneda y hasta a su mujer, si quería, pero no me atreví. La revolución no iba a llegar mañana.

Escuché el sermón, que se retransmitía por los altavoces, trataba de la sura de las Gentes de la Caverna y de los viajes de Alejandro al país de Gog y Magog; el imán era sabio y piadoso, un hombre moderado poco versado en política; al jeque Nuredine y a nuestros amigos los ponía muy nerviosos.

Yo esperaba que llegase Judit, sabía que no iba a venir, tenía que venir. Esperaba que se acordase del lugar, del nombre del barrio. Si había acarreado una pila de

historias de los profetas era por ella, tenía pensado regalarle uno, era un libro hermoso para alguien que estudiaba árabe clásico, y no demasiado difícil, pensé.

Todo el mundo salió de la mezquita, Basam el primero; vendí algunos libros, como de costumbre, el tiempo pasaba lentamente, yo miraba a todas partes buscándola, sin fijarme demasiado en mi trabajo. Basam se había dado cuenta y no dejaba de joderme.

Dos horas más tarde, cuando empecé a recoger, tuve que rendirme ante la evidencia: no iba a venir. La vida es una putada, pensé. La única visita, el cabrón de mi hermano.

Doblé las varas con la muerte en el alma. Basam seguía burlándose de mí. Yo no estaba de humor. El jeque Nuredine nos invitó a almorzar en un pequeño restaurante en la esquina, como cada viernes, con el resto de «miembros activos» del Grupo; les oí hablar de política, revoluciones árabes, etcétera. Era divertido ver a aquellos conspiradores barbudos relamiéndose; el Jeque se había extendido la servilleta sobre el pecho, con uno de sus extremos sujeto al cuello de la camisa, para no mancharse, la salsa de azafrán no perdona. Otro de ellos sujetaba la cuchara con todas sus fuerzas como una porra y papeaba a diez centímetros del plato, para tener el menor camino posible que recorrer: devoraba la sémola con su enorme boca abierta como grava en una hormigonera. Basam ya había terminado, dos largos trazos amarillentos le agrandaban la boca hasta mitad de las mejillas y chupaba con pasión un último hueso de pollo. En las barbas proféticas florecían granos de sémola, se manchaban de un chaparrón de nieve dorada, y luego había que desempolvarlas como a alfombras.

Yo seguí vagamente la conversación, de lejos, sin participar: sabía que, como cada viernes, hablarían de la prédica del detestado imán, que acabarían por tratarlo de *místico*, en francés (para el jeque Nuredine, *místico* era un insulto todavía mayor que *infiel*; no sé por qué, pero siempre decía *místico* este o aquel, en la lengua de Voltaire, puede que debido a la similitud con *mosquito* o *tísico*; esos sufíes o presuntos sufíes eran su bestia negra, casi tanto como los marxistas). Efectivamente, la conversación giró alrededor de la Caverna y de su comentario; uno preguntaba por qué el imán no había insistido en los primeros versículos, en el ataque a los cristianos y el hecho de que Dios no tenía hijos; al otro le preocupaba el énfasis que había puesto en la figura del perro, el guardián de los siete durmientes que los vela durante el sueño; a un tercero le parecía que había muchas otras cuestiones más urgentes para abordar que el país de Gog y Magog y Alejandro el cornudo. El jeque Nuredine zanjó la conversación, escupió *Mistik! Mistik! Kullo dhalik mistik!*, lo cual divirtió a todo el mundo.

Yo no lograba interesarme en nada más que en Judit. No había venido. ¿Cómo volver a verla? A priori, si las dos muchachas seguían el plan previsto, por lo menos el que a mí me había parecido entender la noche anterior, al día siguiente dejaban Tánger para viajar a Marrakech. Una idea: todavía podía pasarme por su hotel. Dejar una nota, quién sabe, con un *mail* y un teléfono; yo tenía un móvil con el crédito

eterna mente agotado, pero que me servía para recibir llamadas. Mejor todavía: podía llevarle el libro (o incluso varios libros, sintiéndolo mucho por el peso en su mochila; me la imaginaba con una mochila, símbolo de la juventud europea, más que con una maleta con ruedas) y en su interior escribirle la nota. Hasta entonces nunca había cogido nada de las existencias, leía los libros que me interesaban y listos. No creía que al jeque Nuredine fuese a molestarle que faltasen unos pocos ejemplares, después de todo, el objetivo de la asociación era la difusión del pensamiento coránico, así que estaría obrando con rectitud.

No quería rebajarme a esperar toda la noche delante de la pensión hasta que apareciesen. Tenía que ser firme al respecto, aunque la tentación era grande. El almuerzo parecía interminable.

Al final el Jeque se puso de pie y todos lo siguieron; yo le di las gracias, él me sonrió cálidamente, entonces aproveché la oportunidad para preguntarle si podía adelantarme doscientos dirhams de mi sueldo del mes siguiente, y quinientos también si los necesitas, me respondió, ¿para qué son? Yo no quería mentirle, le dije que eran para hacerle un regalo a una amiga, e invitarla a un helado, tuve la impresión de ser un niño, un adolescente que le pide a sus padres el dinero de una entrada de cine para comprar cigarrillos, parecía muy feliz con mi franqueza, me dijo ningún problema, es para una causa noble, y me sacó cinco billetes de cien, yo no le pedía tanto, aquello era una fortuna, la mitad de mi salario. Haces bien tu trabajo, eres uno de los nuestros, estudias mucho, también tienes derecho a divertirte. Me gustaba aquella amistad casi fraternal, de repente sentí vergüenza por traicionarla, de una forma o de otra. Basam me miraba con envidia, el jeque Nuredine se había sacado aquellos billetes sin esconderse, él tenía derecho a otro tipo de salario, el de la violencia y el peligro.

A partir del viernes por la tarde y hasta el domingo, yo estaba de fin de semana; no tenía que responder ante nadie sobre en qué ocupaba mi tiempo. Mi gratitud hacia el jeque Nuredine decía mucho de mi ingenuidad, por no decir de mi estupidez. Tenía el pensamiento pringado de mermelada de rosas. Como dice el refrán español: «Tiran más dos tetas que dos carretas». Pasé por la Difusión al mismo tiempo que los otros, se preparaban para una reunión de la que yo estaba eximido, tanto mejor; una vez al año no hace daño, en lugar de instalarse tranquilamente en las alfombras, se encerraron en el pequeño despacho del Jeque, con aire de conspiradores. Supuse que aquello tenía que ver con el atentado del que me había hablado Basam el día anterior, pero era incapaz de imaginar que pudiese tratarse de una acción real, y todavía menos de la violencia más cínica y paranoica. El hecho de que el Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico fuese solvente garantizaba que mantuviese sus actividades dentro de los límites (laxos, sin duda) de la ley, o eso es lo que yo pensaba.

Cogí tres libros, los envolví bastante pobremente con papel de periódico (pero bueno, también el periodicucho estaba en árabe, eh, el tema cuadraba) y me fui. Me cuidé de meterme una novelita de detectives en el bolsillo; si las chicas no aparecían,



ahogaría mi decepción puliéndome la pasta del Jeque en cervezas y leyendo.

Y así me fui en dirección a su hotel, decidido a montar guardia delante de aquella pensión hasta que se presentasen. Aunque no tenía muchas esperanzas.

Aquella noche, a pesar de haber pasado la tarde con Judit, a pesar de que en efecto estaba triste por haberme separado de ella otra vez pero sobre todo contento por haberla visto de nuevo, tuve mi primera pesadilla, es decir mi primera auténtica pesadilla como adulto. No un sueño erótico que me permitiese volver a ver a aquella de la que acababa de despedirme sino un sueño atroz, en el que aparecían mi hermano pequeño al que había visto aquella mañana, y visiones infernales que iban a repetirse con pocas variaciones hasta hoy mismo; la materia del sueño oscila poco, su forma es más variable, la violencia, el color, las imágenes del miedo persisten, uno no se acostumbra nunca, por más que se repita: el ahorcamiento, ya sea yo al que cuelgan o que dé con un cuerpo ahorcado todavía pataleando; el mar recorrido de repente por una corriente roja más y más espesa que acaba por ahogarme mientras me baño; la violación, en que unos ancianos esqueléticos me fuerzan riéndose sin que yo pueda moverme ni gritar, todas esas escenas interrumpidas en su punto álgido por un despertar jadeante o por el contrario prolongándose eternamente, la larga agonía de la contemplación de un cadáver familiar flotando en el aire, el nado frenético entre olas de sangre: los que han sido testigos de mi sueño me dicen que puedo gemir durante mucho tiempo, retorciéndome, el brazo enroscado en la cabeza, o volverme una y otra vez entre gritos ahogados. El orden de las secuencias puede variar, desapareciendo algunas por un tiempo para luego regresar, inesperadamente, sin que nunca logre entender el porqué de su reaparición.

Me desperté en medio de la noche con esas imágenes y por un instante me puse a rezar mentalmente, mi primer reflejo contra el miedo fue rezar, implorar a Dios, hubiese dado cualquier cosa por tener a alguien a mi lado, hasta que al encender la luz me deshice de aquellas representaciones mentales y las reemplacé por los objetos familiares de mi minúscula habitación. Me costó un buen rato calmarme. Me aferré al rostro de Judit. Me había prometido que volvería a pasar por Tánger a su vuelta, al cabo de cinco días, que me escribiría por *mail* para contarme el viaje. Poco a poco el sueño terrorífico desaparecía ante el recuerdo de Judit. Yo las hubiese acompañado a Marrakech, nunca había ido. Era extraño que ellas fuesen a conocer mejor mi país que yo. Pero ¿era aquel realmente mi país? Mi país era Tánger, eso es por lo menos lo que yo creía; pero en el fondo, tal como había comprobado por la tarde, el Tánger de Judit no coincidía con el mío. Ella veía la ciudad internacional, española, francesa, americana; ella conocía a Paul Bowles, Tennessee Williams, William Burroughs y tantos otros cuyos nombres me sonaban de forma lejana pero a los que no conocía en absoluto. Incluso Mohammed Chukri, figura tangerina, yo sabía más o menos quién era, pero estaba completamente seguro de no haber leído ni una sola línea de su obra. Me sorprendió mucho descubrir que en la Universidad de Barcelona sus novelas se estudiaban en literatura árabe moderna. Hablando de Tánger con Judit, tenía la impresión de que evocábamos ciudades distintas, dos imágenes, dos territorios extraños vinculados por un mismo nombre, un error de homofonía. Seguramente Tánger no era ni la una ni la otra, ni el recuerdo de los tiempos pasados de la ciudad

internacional, ni el extrarradio, ni Tanger Med o la Zona Franca. Aún así, con Judit y Elena, mientras caminábamos toda la tarde y hasta bien entrada la noche, después de haber prácticamente tropezado con ellas a doscientos metros de su hotel, mi paquete bajo el brazo, tuve la extraña sensación de ser un desposeído. Finalmente fue Judit quien me contó la historia del casco antiguo, por ejemplo; fue ella la que sabía, la que buscaba lugares, huellas, recuerdos; fue ella quien finalmente me regaló un ejemplar en árabe de *El pan desnudo* de Chukri que compró en una librería elegida al azar durante el paseo. Yo trataba de demostrar que también yo sabía mis cosas; intentaba ser divertido, por lo menos, mostrarme inteligente, pero la escasa agilidad de mi francés oral y su absoluta ignorancia de marroquí me hacían parecer un palurdo, un poco brusco, sin matices; a veces tenía la impresión de pasar directamente por un retrasado. Entonces me esforzaba por comunicarme en árabe clásico, ahí podía brillar, pero aunque ella no lo comprendía mal del todo y lo pronunciaba muy bien, yo tenía la sensación de estar hablando como un periodista o como el predicador del viernes, lo cual les sustraía a mis bromas toda naturalidad y espontaneidad. Tratad de mostraros divertidos y seductores en árabe clásico, no es tan fácil, os lo aseguro; siempre parece que estés a punto de anunciar una nueva catástrofe en Palestina o de empezar con un versículo del Corán. No obstante, Judit parecía interesada en mí; me hacía preguntas sobre mi familia, yo le conté que mi padre era rifeño, que venía de un pueblo cercano a Nador y que mi madre era árabe, de Tánger, que había crecido en Casa Barata. No tenía la menor intención de abundar en esa cuestión, pero había que mencionarla. Número de hermanos y hermanas. Estudio, instituto. Gustos, ocio. Religión. Evidentemente, problema; cómo decirle que era musulmán practicante sin pasar por un enemigo de las mujeres occidentales, cuando no por un retrógrado. Había la opción Basam, que consistía en cantar las alabanzas del islam durante horas hasta conseguir la conversión o la muerte por hartazgo de la infiel. Opté por soltar una banalidad del estilo «La fe está en el corazón de cada cual» o «Todas las cosas cantan las alabanzas de su Creador», lo cual me sonaba bien y menos pomposo en árabe, y luego cambiar de tema. Judit asintió. Elena todavía debía de tener en la cabeza su interminable conversación de la noche anterior con Basam y me lo agradeció. Por otra parte no hablaba demasiado, y yo debía estar atento a que mi pasión por su amiga no la excluyese nunca de la conversación. ¿Prometida, novia? Por lo menos tan difícil como la cuestión anterior; por un instante pensé en Meryem, dije ahora mismo ya no, lo cual daba a entender que tenía una cierta experiencia en mujeres aunque estaba disponible. Astuto.

Me tocaba a mí hacer las preguntas, y sobre todo la que más me interesaba: ¿por qué el árabe? ¿Por qué estudiaba árabe? Más allá de que a nivel profesional no me parecía una especialidad con demasiada salida, me preguntaba a santo de qué unas jóvenes catalanas de Barcelona se comprometían a seguir un camino ciertamente generoso, pero que era radicalmente opuesto a los deseos de la mayoría del mundo árabe, los cuales consistían en deshacerse de esa injusta maldición y emigrar al norte.

A Judit no le costó explicarse acerca de su elección; ella siempre había amado los viajes y la literatura; había empezado a estudiar inglés, y aprovechó la posibilidad de tomar algunos cursos de árabe como optativa, para probar; finalmente, la lengua la había fascinado y acabó escogiéndola como especialidad. Nada más y nada menos. En cuanto a Elena, no sabía muy bien qué responder; decía no lo tengo muy claro, fue así, por casualidad.

La otra pregunta que ardía en mi interior no me atrevía a plantearla, saber si tenían novio.

Luego la conversación volvió a la literatura; Ibn Battuta, el viajero tangerino medieval que recorrió casi todo el mundo conocido hasta China (a ese sí que lo conocía, aunque, por supuesto, no lo había leído: treinta años de caravana para terminar en Fez, había valido la pena, ya ves tú).

—No deja de ser sorprendente que Tánger sea famosa ante todo por aquellos que la han abandonado —dije en mi más hermoso árabe literario.

—Por Dios, vaya si es extraño —añadió Judit riendo, en la misma lengua.

—Ibn Battuta inició sus viajes con veintidós años, así que no me queda mucho tiempo para decidirme por la fama.

Y así durante horas. Cuando tuve que dejarla a eso de la medianoche, después de comer, de tomar un té en el local de Mehdi, luego otro, sabiendo que al día siguiente se iban a Marrakech, que no era nada probable que volviésemos a vernos a pesar de su promesa de detenerse en Tánger al regreso, cuando igual que la noche anterior había que enfrentarse a aquel momento tan embarazoso de los hasta luego, por no decir de los adioses, cuando yo me había preguntado durante toda la tarde si no intentaría besar a Judit, como quien no quiere la cosa, posar mis labios en los de ella y quedarnos allí, Elena un poco en segundo plano, un poco borrada en la sombra que proyectaba el balcón donde seguía parpadeando aquel infecto neón, en aquel preciso instante en que la gente se mira con cariño a medida que avanza hacia la ausencia y la memoria, cuando el deseo agujonea con tal agudeza que adivina su vanidad frente a la partida de su objeto, nosotros estábamos el uno frente al otro en silencio, y yo era incapaz de hacer nada aparte de largarme, imbuido en el flujo de mis pensamientos románticos de pacotilla, era el momento de ser un hombre, de avanzar hacia ella como un hombre y de besarla en la boca pues era eso lo que me apetecía, lo que soñaba, y si no nos esforzamos por alcanzar nuestros sueños desaparecen, solo la esperanza o la desesperanza cambian el mundo, a partes iguales, los que se inmolan en el fuego en Sidi Buzid, los que sufren los golpes y las balas en la plaza Tahrir y los que se atreven a darle un morreo a una estudiante española en la calle, evidentemente eso no tiene nada que ver pero para mí, en aquel silencio, aquel momento perdido entre dos mundos, ¡me hacía falta tanto valor para besar a Judit como para degollar a Gadafi! ¡Hijo de puta!, ante un *jeep* de militares libios o gritar ¡Viva la república de Marruecos! solo en medio del Majzen en Rabat, y aquel instante se alargaba, acabábamos de decirnos adiós y fue ella seguro quien acabó por acercar su rostro al

mío y darme un beso ambiguo, desconcertante, en un lado de mis labios, un beso que podía pasar tanto por una torpeza como por una prueba, lo cierto es que sentí su aliento tan cercano, la dulzura de sus labios, que estreché un momento sus manos entre las mías, me volví como un soldado de plomo y salí de allí casi corriendo a reencontrarme con el mundo de las pesadillas.

La duda en el corazón. La certeza en el corazón.

La Difusión del Pensamiento estaba vacía, ni rastro de Basam.

Me senté enseguida ante el ordenador, saqué el trozo de periódico en que ella me había apuntado su correo electrónico, le escribí una larga y apasionada carta que poco a poco fui borrando, pedazo a pedazo, para al final no dejar más que «¡Buen viaje! ¡Te abrazo dentro de muy poco, espero!». Le envié el mismo mensaje por Facebook, Judit Foix; desgraciadamente, en el perfil no tenía foto.

Iban a tomar el tren al día siguiente a las siete y media hacia Marrakech, donde llegarían tras diez horas de ferrocarril y un trasbordo en Casa; me imaginé que llegarían al hotel a eso de la siete de la tarde, quizá Judit no se conectase enseguida, necesitaría tiempo para encontrar un cibercafé, o wifi, de forma que no hacía falta que esperase su respuesta antes de, por lo menos, las nueve de la noche. Si es que me respondía. Estuve tentado de tomar el tren yo también para acompañarlas a Marrakech; el billete valía doscientos dirhams, quizá un poco menos el de bus, pero además tendría que pagar el hotel, comer, allí no conocía a nadie, el adelanto del jeque Nuredine me hubiese durado dos días. Y sobre todo tenía miedo de malgastar, por una presión demasiado fuerte, el dinero que había podido ganar. Así que debía ser paciente. Escribirle, pero sin pasarme.

Al día siguiente, tras una noche atroz entrecortada de pesadillas, de ahorcados y de olas de sangre, fui a la orilla del mar; pasé gran parte de la jornada leyendo una novela de detectives, sentado en una roca; un hermoso sol de abril calentaba el dique. Conseguí concentrarme en la lectura; por momentos levantaba los ojos de la página para observar los ferrys, a lo lejos, entre el nuevo puerto, Tarifa o Algeciras.

Ya por la noche estuve viendo la tele española, haciendo *zapping* entre los canales andaluces y los nacionales, tratando de estar atento a la lengua, de impregnarme de ella; no apareció nadie del Grupo, ni Basam ni el jeque Nuredine. Dios sabe cuántas veces consulté mi *mail*, sin noticias de Judit; acabé por acostarme, y hasta por dormirme.

Noche movida; pesadillas; la misma imagen del ahorcado. Al levantarme, unas palabras de Judit; me decía que Marrakech es maravillosa, rumorosa, misteriosa y animada. El viaje en tren había sido muy agradable, Marruecos era un país magnífico. También me mandaba un abrazo y hasta pronto.

Respondí enseguida.

Ya no me acuerdo de mis gestas y proezas de aquel día, como si el acontecimiento demasiado luminoso, demasiado brillante de la noche anterior condenase a los otros a las sombras, a contraluz. Debí de hacer como de costumbre, leer, dar una vuelta, navegar por internet.

A las siete y media de la tarde, estaba viendo la tele; vi fotografías de un café destruido, destripado, mesas rotas, sillas esparcidas; imágenes de la plaza Jamaa el Fna medio desierta, excepto en un rincón, lleno de curiosos que se habían reunido frente a un cordón policial; algunas ambulancias y coches de bomberos iban y venían con las sirenas a todo trapo y en el primer piso había una terraza y un techo arruinado, un letrero medio arrancado en el que se podía leer «Café Argan» en árabe. El subtítulo de los informativos en la cadena española decía «Atentado en Marrakech: al menos 16 muertos». Me pasé la noche entre la tele e internet, tratando de averiguar algo más; alrededor de las diez estaba tranquilo, no había ningún español entre las víctimas, en su mayoría francesas. Se trataba, sin duda, de un atentado con bomba, no de un terrorista suicida como se había conjeturado al principio, decían las webs de noticias en línea. En una foto, especialmente atroz, el cadáver de un hombre que yacía entre los escombros; una imagen que aparecía en todas las webs. Los terroristas todavía no habían sido arrestados; la policía francesa y española acudiría a echarles una mano a sus colegas marroquíes. El presidente Sarkozy había presentado sus condolencias a los familiares; el rey también.

Aunque ya estaba tranquilo por Judit, aquellas imágenes me aterrorizaban. Las cifras llegaron en plena noche, dieciséis muertos, ocho de ellos franceses. Una catástrofe para Marruecos, según los periódicos. Ya llegaban menos turistas debido a la agitación política, aquella masacre no iba precisamente a animarlos. Me pareció bastante indecente hablar de economía con todos aquellos muertos.

De forma confusa, yo tenía la esperanza de que Basam no estuviese implicado en todo aquello. Seguía sin aparecer por la Difusión; ni él ni el Jeque ni nadie. Entonces recordé sus palabras un par de noches antes, un atentado, remover las conciencias, precipitar la confrontación: imposible.

Le escribí otro *mail* a Judit, preguntándole si había novedades; ella me respondió casi enseguida diciéndome que estaban bien, que se hallaban en la plaza cuando tuvo lugar la explosión, pero bastante lejos, que habían pasado mucho miedo, que estaban bastante afectadas y se preguntaban si no regresarían directamente. Los padres de Elena estaban muy inquietos, creían que podía haber otros atentados y le ordenaban a su hija que saliera de Marruecos inmediatamente. Así que quizá no pasarían por Tánger para tomar el avión como habían previsto.

Pequeña compensación: el correo terminaba con un te mando un beso, pienso en ti. Mi corazón se estremeció al leer aquellas palabras.

Era domingo, fui a la terraza de un café en la plaza de Francia; todo el mundo hablaba del atentado, pensando seguramente que también nosotros podríamos acabar explotando. Me pregunté si aquel hombre echado en el suelo sin vida en la terraza del café había sentido algo, si había entendido lo que es taba pasando antes de que todo se volviese negro en el trueno.

—Es la primera vez que veo a alguien leer un Serie Negra en un café de Tánger.

La voz venía de detrás de mí y hablaba francés. Me volví, un hombre calvo de unos cincuenta años me sonreía.

—Menuda coincidencia, yo colecciono novelitas de detectives —añadió.

Por un momento pensé que quería ligar conmigo o comprarme lo que tenía entre manos, *La posición del tirador tumbado*, pero no, solo quería saber de dónde lo había sacado. Dudé en responderle, por múltiples razones. Estuvimos cinco minutos charlando, ha sido un placer hablar de mis autores preferidos, de Pronzini, de McBain, de Manchette, de Izzo, y olvidar las imágenes del cuerpo echado y las mesas desparramadas del Café Argan. El tipo flipaba al descubrir que un joven marroquí podía conocer aquellos libros.

—Es una de mis pasiones —le expliqué—. He aprendido francés leyéndolos.

Jean-François vivía en Tánger desde hacía unos meses; dirigía una sucursal de una empresa francesa en la Zona Franca. La ciudad le gustaba: si además había un librero que pudiese abastecerlo de viejas novelitas de detectives ya sería el colmo.

Le di la dirección del librero, añadiendo que no podía asegurarle que estuviese abierto, pero si era así allí sería feliz. Él me dio las gracias, luego me preguntó si sabía utilizar un ordenador. Yo respondí por supuesto.

—¿Y escribes rápido?

—Por supuesto.

—¿Con cuántos dedos? ¿Dos?

—Más bien cuatro.

Entonces me dijo escucha, puede que tenga un trabajo para ti. Mi empresa trabaja para editoriales francesas. Digitalizamos una parte de su catálogo. Siempre estamos buscando estudiantes que sepan francés y que les gusten los libros.

Ayer el atentado, anteayer Judit y hoy un trabajo en la Zona Franca. Entonces pensé en la primera frase de *A la deriva en el Nilo* de Mahfuz: «Fue en abril, mes del polvo y las mentiras». La idea de poder salir un poco de la Difusión del Pensamiento Coránico era más que tentadora. Le expliqué a Jean-François que trabajaba en una librería religiosa, pero que tenía tiempo libre. Pareció impresionado.

—¿Qué edad tienes?

—Casi veinte años —respondí.

—Pareces mayor.

—Es por las canas.

Desde hacía unos meses tenía unos trazos blancos sobre las sienes. Por otra parte, si en realidad hubiese parecido mayor no me habría hecho la pregunta; mi rostro debía de tener todavía algo infantil, contradicho por la mirada y las canas.

—Ven a verme a mi despacho este lunes entre las cuatro y las cinco y hablamos.

Me dio la dirección y se marchó del café. Yo miré *La posición del tirador tumbado* ante mí. Las novelitas de detectives eran cosas poderosas. Me pregunté como se traduciría **الله أعلم** al francés. ¿Dios sabe más que nosotros? ¿Solo Dios conoce el Destino?

Entonces ignoraba que apenas me quedaban cuatro meses para pasar a este lado, no sabía que pronto iba a partir hacia España, pero entreveía la fuerza del Destino, el poder de esa maraña de invisibles series causales a la que llamamos Destino. Al regresar a la Difusión cuando cayó la noche, me pareció que el mundo ardía; Marruecos, Túnez, Libia, Siria, Grecia, Europa entera, todo en llamas; todo se parecía a aquellas imágenes de Marrakech que la televisión difundía una y otra vez, un café arrasado, sillas por todas partes, cadáveres. Y en medio de todo aquello, la asombrosa ironía de un amante de novelitas de detectives que me ofrecía trabajo sin siquiera conocerme, solo porque me había visto leyendo a Manchette. Y Meryem. Y Judit. Y Basam, con su porra. Y lo peor, que todavía estaba por venir.

El lunes a mediodía no había nadie en la Difusión, y yo empezaba a estar más o menos seguro de que habían tenido algo que ver con el atentado en Marrakech. Hay quien podría burlarse de mí, decir que era un ingenuo, pero imaginemos por un segundo que vuestros vecinos de rellano, vuestro jefe y vuestro mejor amigo están implicados en un acto terrorista; no lo creeríais ni por un instante; miraríais a vuestro alrededor, alzaríais los brazos en señal de impotencia, moveríais la cabeza diciendo no, no, conozco a esa gente, no son nada. En mi cabeza existía todo un mundo entre el apaleamiento de los borrachos del barrio y la organización, a setecientos kilómetros de allí, de la muerte de dieciséis personas en un café. ¿Por qué Marrakech? ¿Para conservar su posición en Tánger? ¿Para golpear la ciudad más turística de Marruecos? ¿De dónde habrían sacado los explosivos? ¿Estaba Basam al corriente, desde hacía semanas, tal vez? Una acción como aquella no se prepara de un día para otro, me parecía a mí. Y pensaba que Basam era demasiado franco, demasiado directo para esconderme una historia tan increíble durante mucho tiempo. Debía de haberse enterado la noche en que me habló de ello.

Habían asesinado, quizá, a unos desconocidos; incluso podrían haber matado a Judit, quién sabe. Habían apaleado a mi librero preferido; me habían ofrecido un techo, abrigo y una educación. Mi habitación era demasiado pequeña, los comentarios del Corán, las gramáticas, los tratados de retórica, los Dichos del Profeta, sus Vidas, mi estantería de novelitas: aquellos libros magníficos me impedían ver. ¿Dónde estaban todos los miembros del Grupo? A mediodía, llamé al jeque Nuredine y a Basam a sus móviles desde nuestro teléfono fijo: no hubo respuesta. Presentí que ya nadie iba a venir, que el tiempo de aquel despacho se había cumplido,



que me habían abandonado, a mí, ingenuo, para recibir los golpes de la policía. Por eso el Jeqe me había dado tan fácilmente quinientos dirhams. No volvería a ver a nadie. A ninguno de ellos. Quedarme con mis libros hasta que llegase la poli. No, me estaba poniendo paranoico; imposible. Había leído tantas novelitas en que el narrador se daba cuenta de que se la habían jugado, de que había sido utilizado por los mafiosos o por las fuerzas del orden, que me veía, como único representante del Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico, esperando tranquilamente a la poli y siendo torturado en lugar de los barbudos.

El despacho del jeque Nuredine no estaba cerrado con llave. Durante un instante me dije que me estaba montando una película yo solito, que en cualquier momento aparecerían y se partirían de risa a mi costa hasta el final de los tiempos.

La caja de la librería estaba allí, encima de la mesa, hacía semanas que nadie la había vaciado, puede que hubiese unos doscientos dirhams.

En una cartera de cuero encontré otros billetes, euros y dólares, en total unos diez o quince mil dirhams, no creía lo que veían mis ojos.

El resto en cambio estaba vacío, las agendas habían desaparecido, los contratos, los cuadernos de los pedidos, los registros, las actividades, los asuntos del jeque Nuredine, nada de nada. Ni siquiera su ordenador personal estaba allí, solo quedaba la pantalla.

Me hallaba solo en medio de decenas, de centenares de libros metidos en su plástico.

Di una vuelta por el barrio, para ver si me cruzaba con alguien conocido que perteneciese al Grupo; nadie. Pasé por casa de Basam, a dos pasos de la casa de mis padres, me encontré con su madre y le pregunté si sabía dónde estaba; ella me echó ese tipo de miradas que se reserva para los mendigos contagiosos, gruñó una maldición y cerró la puerta, luego volvió a abrir para entregarme un viejo sobre manchado, con mi nombre en él, escrito por Basam. Le eché un ojo a la misiva, la fecha no era de ese día; al parecer, algo antiguo que no había llegado a enviar, por no saber adónde. Su madre cerró la puerta sin consideración ni mayores explicaciones.

A las cuatro había quedado en la Zona Franca con Jean-François para el nuevo trabajo; quería cambiarme, estar lo más presentable posible, tenía la impresión de que el mundo se desmoronaba. Al volver a la Difusión, me pareció ver a dos tipos sospechosos rondando alrededor de nuestros locales: polis de civil, quién sabe. Miré mis *mails*, había uno de Judit, me decía que finalmente pasaría por Tánger tal como había previsto, pero sola; no tenía dinero para comprar un nuevo billete a Barcelona; llegaría un poco antes de la fecha prevista, pasado mañana, decía, después de meter a Elena en el avión.

La noticia me confortó el corazón, aunque me dolió que hubiese tomado aquella decisión no para verme antes y durante más tiempo, sino por tristes razones financieras.

Tome una decisión, sin esperar al resultado de la entrevista de la tarde. Reuní toda

la pasta que podía haber en el despacho del jeque Nuredine, incluso las monedas de diez céntimos. Tenía entre quince y veinte mil dirhams en divisas y en monedas. Más cambio del que nadie había visto jamás, podría haber ido en taxi hasta las afueras de Nador a buscar a Meryem, decir me llevo a esta joven, aquí tenéis diez mil dirhams por vuestra pena, y nadie hubiese dicho nada.

Fue en abril, mes del polvo y las mentiras.

Recogí mis cosas, el centenar de novelitas ocupaba un lugar increíble, vacié los paquetes que acabábamos de recibir de Arabia para meterlas: en total, con el *Kashshaf*, *Las historias de los profetas*, el diccionario, los libros que me gustaban, había tres cajas grandes; mi escasa ropa estaba distribuida en cada una de las cajas; además me llevaba el ordenador portátil de la Difusión, la pantalla, el teclado y dos o tres cosas que quería conservar.

Toda una mudanza y ningún sitio al que ir.

Cuando lo tuve todo listo, me fui a la Zona Franca en autobús; dejé todas mis cosas en la Difusión, solo cogí la pasta y el ordenador portátil, eso me hacía parecer importante, un ordenador portátil. Yo pensaba que Jean-François no se acordaría de mí, o que las secretarias (marroquíes muy morenas, faldas cortas, pantys negros, hermosas piernas, desprecio en la mirada y en la voz) no me iban a permitir acceder a su jefe, pero no, diez minutos después de mi llegada a la empresa le estaba estrechando la mano a Jean-François; ahora me trataba de usted, mira dijo él, he aquí el señor amigo de la Serie Negra, y en consecuencia aquellas mujeres de medias negras y minifaldas empezaron a tratar al joven cateto que acababa de llegar como a un ser humano; el jefe desapareció enseguida, me encerraron en una habitación minúscula que lindaba con la oficina del di rector, apareció un francés y me dio un libro; venga me dijo, nuestro trabajo consiste en hacer de estas cosas objetos informáticos, copia dos páginas de este libro en este ordenador. Yo lo cogí, lo puse sobre un atril, y copié mientras el francés se miraba el reloj, un cronómetro grueso y brillante, al cabo de las dos páginas dije ok, ya está, no está mal respondió él, tiene usted nervio, déjeme echarle un ojo, pues sí, sí, no está nada mal, espere un segundo. Jean-François volvió a aparecer, el otro le llamaba señor Bourrelier, le dijo por mí está bien señor Bourrelier, ningún problema, Jean-François me miró sonriendo, ya sabía yo que era un buen elemento dijo, encárgate de los detalles, Frédéric.

Frédéric llamó a la secretaria, quien se llevó mis papeles para fotocopiarlos; Frédéric me preguntó cuándo podría empezar, yo lo pensé durante un segundo: si Judit volvía a Tánger me gustaría pasar tiempo con ella. ¿El próximo lunes? Me parece bien, respondió Frédéric. Te pagaremos por página, 2.000 caracteres, 50 céntimos de euro. Eso quiere decir unos 100 euros por un libro mediano. Luego hay que descontar las correcciones, 2 céntimos por cada una. Si copias 20 libros al mes son unos 2.000 euros, más o menos, si el trabajo está bien hecho.

Hice un cálculo rápido: para llegar a 20 libros al mes, digamos 200 páginas al día, había que copiar 25 páginas en 60 minutos. Una página cada dos minutos más o

menos. Ese Frédéric era un optimista. O un esclavista, según se mire.

—¿No sería más sencillo escanear los libros?

—En ciertos casos, no. Con aquellos en los que el papel es un poco transparente es casi imposible, sale cualquier cosa. El OCR no entiende nada, además tienes que desmontar el libro, maquetarlo de nuevo, corregir, y al final de todo te resulta más caro.

Para mí era como si hablase en chino, pero bueno, él sabría lo que se hacía.

—¿Puedo llevarme el trabajo a casa?

—Sí, por supuesto. Pero tiene usted que trabajar aquí por lo menos cinco horas al día, por temas fiscales.

—De acuerdo.

La secretaria me hizo firmar un contrato, el primero de mi vida.

—Ya está, hasta el lunes. Bienvenido a nuestra casa.

—Sí, hasta el lunes. Y gracias.

—Gracias a usted.

Pasé a saludar a Jean-François, me dio la mano diciendo hasta la semana que viene, pues.

Y volví a entrar en Tánger. Durante el trayecto, el mar brillaba.

Al día siguiente llegaba Judit. En quince días cumpliría veinte años. El mundo era una extraña mezcla de incertidumbre y esperanza.

En el periódico seguía sin aparecer noticia alguna sobre los autores del atentado de Marrakech.

A eso de las siete llegué al barrio; caía la noche. Había tenido tiempo de preparar un plan. Primero quería aclarar ciertos asuntos; me sentía pleno de energía. Regresé para ver al librero.

No las tenía todas conmigo cuando me hallé frente a la tienda; no había sacado el escaparate, pero el local estaba abierto. Yo tenía un nudo en la garganta, reuní todo mi valor y empujé la puerta; después de todo yo iba por allí desde que tenía catorce o quince años, no iba a dejar que el jeque Nuredine me lo robase.

El tipo estaba sentado tras su mesa de despacho, alzó la cabeza; en su mirada vi la sorpresa, luego el odio, el desprecio o la lástima. Yo esperaba que me insultase; me había imaginado pidiéndole perdón, él me habría perdonado, y hubiésemos retomado nuestras conversaciones de siempre. Pero permaneció en silencio, me miraba fijamente, el ceño fruncido; no decía nada; contemplaba mi estupidez, me anegaba en mi propia cobardía; yo me hacía más y más pequeño, muerto de vergüenza; no lograba soltar palabra, ni sacar el sobre con los dirhams que en mi ingenuidad había preparado para él, murmuré unas palabras, buenos días, perdón, me atraganté y me volví de espaldas, y huí una vez más, huí de mí mismo; salí de allí corriendo; hay cosas que no se pueden arreglar. Por otra parte, nada puede arreglarse. Al salir de la librería pensaba que iba a salir tras de mí gritando «ven aquí, pequeño, ven aquí», pero no, claro, y hoy cuando vuelvo a pensar en ello me parece perfectamente lógico

que no sintiese más que desprecio por un chaval perdido que había elegido el garrote y al jeque Nuredine, ninguna lástima. Caminé deprisa hacia los locales de la Difusión, mi culpabilidad se volvía agresividad, insultaba mentalmente a aquel pobre tipo, cómo se me había ocurrido, Díos mío, volver allí, y dos pequeñas lágrimas de rabia se asomaron a mis ojos, había humo en la noche, un humo espeso, blanquecino, mezclado con ceniza dispersa por el viento; un vapor de cólera que espesaba el aire de primavera, un olor a quemado me raspaba la garganta, fue al llegar a la esquina, al ver la aglomeración de coches de bomberos, cuando comprendí que el Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico ardía; llamas de varios metros de altura salían por las ventanas y lamían el piso de arriba; había bomberos regando con sus mangueras las aberturas desde el exterior, bocas con lenguas de fuego que escupían toneladas de restos de papel medio consumido, mientras que una escuadra de gendarmes trataba mal que bien de mantener a la muchedumbre alejada de la catástrofe. Cientos de libros desaparecían con la brisa, invadiendo el aire hasta Larache o Tarifa; yo imaginaba cómo se fundían las fundas de plástico, cómo el calor atacaba las páginas compactas de las obras amontonadas que acababan por prender y transmitir a su vez la destrucción a sus vecinas, conocía bien mi stock, cerca de esta ventana de aquí estaba la reserva de *Heroínas*, de *Sexualidad* y todos los pequeños manuales, allá los metros cúbicos de comentarios del Corán, y justo en medio, sobre las alfombras sintéticas que ya debían de haberse licuado, mis cajas de cartón, las Serie Negra que también salían volando, las Manchette, las Pronzini, las McBain, las Izzo y todas mis hermosas camisas, mis miríficos zapatos, mis afeites; el betún debía de arder bien, la loción capilar atizaría el fuego; si los bomberos no llegaban a controlarlo, la botella de gas de la cocina y la del cuarto de baño iban a explotar, haciendo saltar por los aires lo que quedaba de la institución del jeque Nuredine.

Los vecinos estaban allí, los reconocí; había uno en bata, había echado una manta isotérmica color plata brillante sobre los hombros de su mujer, que debía de estar en paños menores; algunos aguardaban silenciosos y se mostraban contritos, en cambio otros berreaban y gesticulaban como locos. A los bomberos parecía costarles dominar la literatura convertida en llamas.

Después de tres minutos de contemplación mórbida y boquiabierta, de repente sentí miedo; bajé la colina en dirección al centro de Tánger. Todo el barrio sabía que yo era el librero del Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico. Estaba claro que la policía iría a buscarme, sobre todo si, como yo imaginaba, el Grupo estaba vinculado de cerca o de lejos con el atentado de Marrakech. No tenía ningún sitio adonde ir. Únicas posesiones: una bolsa con un ordenador portátil, pasta y el ejemplar de *El pan desnudo* de Chukri que me había regalado Judit y que yo me había llevado para leer en el autobús.

Por lo menos, no tenía que preocuparme de mis cajas, no hay mal que por bien no venga. Cuando se inicia un viaje, decía el Profeta, uno debe arreglar sus asuntos como si fuese a morir. Yo había vuelto a ver al librero; la Difusión ardía, y con ella

todas mis posesiones; solo me quedaban mis padres. Tras varios días, y a pesar del altercado con mi hermano, tenía muchas ganas de volver a ver a mi madre. No ese día. No me quedaban fuerzas. Poco a poco me bajaba la adrenalina, en el autobús que me llevó hacia el centro me dormí. De repente, estaba agotado. No lograba pensar. Saber qué o quién había podido provocar el incendio me era completamente indiferente. Bajé a la altura del Gran Zoco, un tanto azorado. Vaya día raro. Ahora tenía que encontrar un lugar donde dormir; valoré la posibilidad de coger un cuarto en el mismo hotel que Judit, pero quizá resultase un poco violento que me encontrase instalado en la habitación de al lado de la suya cuando llegase a Tánger. Además, tampoco estaba seguro de que fuese a hospedarse en el mismo lugar, era probable pero no seguro. Escogí otra pensión, no muy lejos de allí, un poco más abajo hacia el puerto; el patrón me miró como si fuera un leproso, un joven, marroquí y sin maleta; me exigió que le pagase tres noches por anticipado y me repitió diez veces que aquel era un lugar respetable.

El tugurio no estaba mal, con un pequeño balcón de hierro forjado, una hermosa vista sobre el puerto y los tejados del casco antiguo y, sobre todo, con wifi. Busqué noticias del incendio en internet, no debía de ser un acontecimiento de primera magnitud, nadie hablaba de ello por el momento.

Le envié un *mail* a Judit, luego salí a comprar algo de ropa y a comer un bocado.

Estaba listo para partir. Hacía unos dos años que no tenía familia, dos días que no tenía amigos, y dos horas que no tenía equipaje. El inconsciente no existe; no hay más que migajas de información, pizcas de memoria no lo bastante importantes como para ser tratadas, fragmentos como en otro tiempo aquellas cintas perforadas de las que se alimentaban los ordenadores; mis recuerdos son esos trozos de papel, recortados y echados al aire, mezclados y remendados, que yo ignoraba que muy pronto iban a reorganizarse uno detrás de otro en un sentido nuevo. La vida es una máquina de arrancar el ser; nos despoja, desde la infancia, para repoblarnos sumergiéndonos en un baño de contactos, de voces, de mensajes que nos modificarán hasta el infinito, estamos en movimiento; una imagen instantánea no ofrece más que un retrato vacío, un nombre único y sin embargo múltiple que proyectamos sobre nosotros mismos y que nos fabrica, ya me llamen marroquí, moro, árabe, inmigrante o por mi nombre, llamadme Ismael, por ejemplo, o lo que prefieras; pronto una parte de la verdad iba a hacerme pedazos, y mírame cómo corría por Tánger, ignorante, sin comprender lo que acababa de arder con el Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico, agarrado a la esperanza de Judit y de mi nuevo trabajo como a las dos últimas naves en la arena. A veces tengo la impresión de reencontrarme con las artimañas y los pensamientos de aquel que era yo en esa época, pero es por supuesto una ilusión; aquel joven que se compra dos camisas negras, dos vaqueros, unas camisetas y una maleta es una imitación, igual que la ropa que adquiere; yo creía que la violencia que me rodeaba no me estaba afectando, que no tenía nada que ver conmigo, que no tenía la menor influencia sobre mí, no más que la de Trípoli, la de El

Cairo o la de Damasco. Cegado, ya no pensaba sino en la llegada de Judit, en esos versos tan sentimentales de Nizar Kabbani que copiábamos en el instituto en mensajes secretos para emocionar a las chicas, que yo ya le había recitado a Meryem, *عينك آخر مركبين يسافران فهل هنالك من مكان؟* mientras contemplábamos el Estrecho, sin osar cogernos de la mano, y sobre todo la continuación, *إنني تعبت من التسكع في محطات الجنون، ظلي معي*, el vagabundeo entre las estaciones de la lo cura; los ojos de Judit eran por una vez, como decía ese poeta para damas, los últimos barcos a punto de salir. Lo recuerdo, Meryem estaba preocupada; tenía miedo de nuestra relación, miedo de las consecuencias, miedo, miedo de lo que pudiese hacerle; no sabía cuál podría ser la solución de aquel amor adolescente, dudaba si confiarse a su madre, después de todo, ¿acaso no se había casado ella misma con su primo hermano?, recuerdo que un día, mientras me había deshecho de Basam para encontrarme con ella, lejos del barrio, ella me dijo que temía que la abandonase para emigrar, entonces yo trataba de calmarla con los versos de Kabbani, y la verdad, si existe, es que me preocupaba de Meryem como de un mal presagio, de ella, quiero decir de ella mucho menos que de la satisfacción de mi deseo, de mi goce, de conseguir desvestirla, acariciarla y cuando comprendí por fin, después de haber leído su última carta, en aquel viejo sobre recuperado en casa de Basam, cuando por fin comprendí que era responsable de su muerte, allá en aquel pueblo perdido, de su hemorragia en el transcurso de un aborto campesino y clandestino, porque yo no había respondido a su desesperación, no más que a la de su madre, que murió de tristeza unas semanas después, en ese paraíso del Marruecos moderno donde en teoría ninguna mujer sangra hasta morir ni ninguna se suicida jamás ni siquiera sufre nunca los golpes de macho alguno porque Dios, la familia y las tradiciones velan por ellas y nada puede sucederles, si son decentes, si solo ellas son decentes, como tan bien decía el jeque Nuredine, él que conocía la verdad, tal como había aprendido todo el barrio, Basam el primero; cuando supe que ya no podía escapar de aquella realidad porque era tan sórdida y tangible como la cifra sobre un billete de banco, tan precisa y efectiva como la abeja que libaba la flor de azafrán en la nueva moneda de diez céntimos que yo devolvía con cada uno de los libros que vendía; cuando la muerte, paralizada e inmutable lo mismo que aquellas monedas, me atrapó de la oreja para decirme ah compañero, has perdido tu oportunidad, has pasado dieciocho meses ignorándome, hubiese sido necesario que el mundo, que mi mundo, ya estuviese del todo destruido para no arruinarse todavía más, después de aquella deflagración; hubiese sido necesario que Judit estuviese a mi lado para no estallar en llanto, una vez pasó la sorpresa: todo aquello confirmaba una intuición; por supuesto yo también sabía, mi cuerpo sabía, mis sueños sabían que aunque en aquel momento, en el momento de la desaparición de Meryem en la otra punta del Rif, a mí me estuviesen dando una paliza en una comisaría de Casa o anduviese mendigando una manzana en un mercado, mis pesadillas, elucidadas, no se volvieron sino más dolorosas, más claras,

más insoportables todavía; mi conciencia, más confusa y cada vez menos segura de sí misma, desbordada por los remordimientos y por aquella terrible sensación que podía arrancarme lágrimas de pena vergonzosa, haberme acostado, en sueños, durante meses, con una muerta: con Meryem que desaparecía en el ataúd comedor de carne mientras yo la seguía viendo viva una estación tras otra; me había estado acompañando mientras ya no estaba y eso era tan misterioso, tan incomprensible en mi corazón todavía joven que veía en ello una asquerosa traición, una putada aún mayor que mi responsabilidad en su deceso, un odio que se volvía contra Basam, contra mi familia, contra los que me habían impedido llorar a Meryem y me habían forzado a desearla siendo un fiambre; como se retira despacio la mortaja de un cadáver para observar sus pechos. Sobre la mesa de mármol, yo había soñado con su vientre y con su pubis fríos. Ahí estaba, la vergüenza, ahí, en ese deslizamiento del tiempo; el tiempo es una mujer de cementerio, una mujer en blanco, que lava cuerpos de niños.

Me compré camisas cabizbajo, presintiendo la catástrofe, sin saber que ya había tenido lugar. Atribuía mi desasosiego al incendio, a la llegada de Judit, a la espera y la desaparición de Basam, sin darme cuenta de que lo más grave ya estaba allí; estuve un buen rato vacilando delante de un pijama, esperando que Judit me viese con él; tuve un pensamiento fugaz, aunque un tanto entristecido, por la única mujer que me había visto desnudo, sin saber que ya no existía.

La noche fue de las más largas.

La soledad y la espera.

Yo andaba metido en internet buscando noticias, noticias sobre cualquier cosa, sobre Basam, sobre el jeque Nuredine, sobre Judit, sobre el mundo, sobre Libia, sobre Siria. Las llamas estaban más altas que nunca. Salí a dar un paseo. La noche era tibia, había tumulto en la ciudad; en primavera, Tánger sabía ser inquietante y peligrosa. Todo se había vuelto contra mí; el olor a quemado se había apoderado de mi olfato y ocultaba el del mar. Los jóvenes caminaban de tres en tres, de cuatro en cuatro con aire febril, con cierta arrogancia; a la vuelta de una esquina, vi a un tipo de mi edad medio loco que atacaba violentamente un árbol en un tiesto, lo tiraba al suelo y gritaba insultos, sin razón, hasta que el propietario de una tienda la emprendió a puñetazos contra él, salió en tromba de su establecimiento; la sangre le salpicó la camiseta blanca, se llevó la mano al rostro, estaba boquiabierto, luego huyó gritando. Me acuerdo muy bien, el árbol era un naranjo o un limonero, tenía unas pequeñas flores blancas, el dueño de la tienda lo enderezó en su tiesto acariciándolo como si se tratase de una mujer o de un niño, creo que hasta le hablaba.

Yo estaba a dos pasos de la librería francesa, entré; miré un poco las estanterías, aquellos libros serios me resultaban intimidantes, caros e intimidantes, uno dudaba si abrirlos por miedo a manchar sus cubiertas color crema, dañar la encuadernación. Había una sección de literatura tangerina, y allí estaban todos, los autores de los que me había hablado Judit: Bowles, Burroughs, Chukri por supuesto, pero también un

español llamado Ángel Vázquez, que había escrito un libro titulado *La vida perra de Juanita Narboni*, lo que yo buscaba en los libros era olvidar mi propia vida perra, olvidar Tánger; encontré el estante de «novelas policíacas», había sobre todo unos libros cuyo formato me parecía gigantesco, desproporcionado en relación con mis viejos Serie Negra convertidos en humo, tan intimidantes como las novelas serias. Salí un tanto triste por no haber encontrado compañía, un libro desconocido con el poder de cambiar las cosas, de volver a poner el mundo en su sitio; ante la auténtica literatura me sentí minúsculo. Bajé hacia el mar, pensé en Basam; si era cierto que había sido cómplice del atentado de Marrakech, me pregunté si volvería a verlo alguna vez.

Los letreros de los bares me guiñaban el ojo, había tipos sentados en sillas y disfrutando de la primavera; tenían cara de contrabandistas. No podría haberme hallado más lejos de casa, ni siquiera en Barcelona, en París o en Nueva York; aquellas calles respiraban algo prohibido en la tarde peligrosa, tan lejos de los barrios de mi infancia, tan lejos de aquella infancia que apenas estaba abandonando y que aquellos callejones en pendiente traían a mi memoria por su diferencia radical. Me pregunté si alguna vez osaría entrar en uno de aquellos tugurios de luces rojas, oliendo a cigarrillo, a deseo y a desamparo, si alguna vez tendría la edad de esos lugares. Después de todo, ahora tenía un poco de dinero, y muchas ganas de echar un trago, quizá incluso de hablar con alguien. Apreciaba el alcohol por la imagen que me daba de mí, la de un tipo duro, adulto, que no teme la cólera de su madre ni la de Dios, un personaje, como aquellos a los que deseaba parecerme, los Montale, los agentes sin nombre, los Marlowe, los detectives privados y los polis de la novela negra. ¿Por qué nos cautivan esas ideas que fabrican para nosotros, esos ejemplos que nos modelan y saben quebrarnos al tiempo que nos construyen?, la identidad siempre en movimiento, el ser en eterna formación, mi soledad debía de ser tan grande aquella noche que entré en un bar minúsculo llamado El Pirata cuyo letrero marrón seguramente había conocido los tiempos gloriosos del estatus internacional, lo mismo que la encargada, una dama con el pelo alisado y teñido de rubio platino que me observaba preguntándose sin duda si yo tendría edad para estar allí. La saludé, me senté en un taburete de la barra, pedí una cerveza. La jefa me miró como si fuese a reñirme, pero me sirvió. Me pregunté qué se estaría imaginando, cómo un joven palurdo como yo había llegado allí, completamente solo; puede que simplemente no imaginase nada. Apenas cinco minutos más tarde, de detrás de una cortina salió una chica, estaba más flaca que un palillo, las piernas huesudas en sus pantys negros, las mejillas pálidas a pesar del maquillaje, se subió a un taburete a mi lado, era yo quien había entrado en aquel tugurio, ahora tenía que seguir con el juego; o acaso había entrado precisamente para eso, para hablar con alguien, encargada o puta, al contrario que los personajes de mis novelas aparté los ojos, un poco avergonzado, se llamaba Zahra, por lo menos, es lo que dijo; tenía marcas en el rostro, los labios muy estrechos, olía a jazmín, y bajo el perfume sus ropas exhalaban el incienso de cedro



del salón al cual me dejé llevar de la mano diez minutos más tarde, un sofá verduco desgastado bajo una lámpara halógena al mínimo, Zahra se sentó y se desabotonó la blusa, llevaba un sujetador blanco de encaje que se entreabría, dejando al descubierto sus pechos minúsculos con las areolas muy oscuras, me dijo dame doscientos dirhams, buscar en mis bolsillos me permitió no mirarla durante un instante, le tendí el dinero, ella lo puso bajo un cojín del diván, abrió las piernas y levantó su falda para mostrarme su sexo afeitado de piel casi negra, combinado con las puntillas de la ropa interior que ocultaban sus muslos óseos, yo me debatía entre la vergüenza y el deseo, ella me hizo una señal para que me acercase, yo no me moví, ella murmuró ven, no tengas miedo, me agarró la mano para llevarla a sus pechos mientras me acariciaba la entrepierna, su aliento remontaba mi vientre, empezó a tratar de desabrocharme el cinturón, yo retrocedí un paso rechazándola; ella me miró de un modo extraño, al final fue la vergüenza la vencedora, salí de allí. La dama detrás de la barra se rio con sorna «¿ya?», yo ni siquiera me volví.

La calle desierta, yo estaba un poco desorientado, el corazón me latía con fuerza. Un día asqueroso. Por un momento, pensé en Meryem, luego en Judit, mientras caminaba hacia mi pensión.

Mañana será otro día.

Traté de leer un poco de *El pan desnudo*, sin lograrlo, las imágenes del sexo de Zahra se inmiscuían entre el libro y yo. Allí permanecieron durante largo tiempo, en medio de la noche, hasta mucho después de que apagase la luz.

Cuando Ibn Battuta inicia su periplo, en el momento en que sale de Tánger en dirección al este, en 1335, me pregunto si cree que regresará a Marruecos o piensa que su exilio será definitivo. Pasa varios años en la India y en las Maldivas, al servicio de una sultana que lo nombra juez, cadí, seguramente porque era docto y sabía árabe; incluso desposa a la hija del visir. Al abandonar el archipiélago, después de su paso por una ciudad donde las mujeres tienen un solo pecho, encuentra a un hombre establecido en solitario en un islote con su familia, y lo envidia; él posee, dice, «algunos cocoteros y una barca con la que pesca y va a las islas próximas cuando así lo desea. Por Dios —dice—, cómo envidié a ese hombre, si esa isla me hubiese pertenecido a mí, allí me hubiese quedado hasta el fin de mi vida». Al final regresó a Marruecos, y me imagino que terminó sus días en un pequeño convento de derviches donde encontró la paz, puede que redactando el relato de sus viajes, o contando a quién quisiera escucharle sus aventuras más allá de los mares. No recuerdo que en sus recuerdos, tal como nos han llegado, se hable de prostitutas; Ibn Battuta tiene esclavos, cantantes, y algunas mujeres legítimas, con las que se casa en el transcurso del viaje, mientras que yo, más tarde, en Barcelona, entre putas y ladrones, en medio del humo de los contenedores en llamas, entre las porras de los polis con sus cascos, reconozco que el rostro flaco y el coño de Zahra volvieron a mí como un reproche, una tristeza más que añadir a la lista, un ambiguo remordimiento, qué clase de hombre era yo, pensaba desde mi juventud, si no era capaz de disfrutar de una mujer por la que ya había pagado y que me ofrecía, entre su ropa interior negra, aquella rugosa intimidad; más de una vez he dudado en pasarle veinte o treinta euros a la prostituta eternamente sentada en el umbral de la casa contigua a la mía, en el Raval, y subir con ella en busca solo de una estima, una confianza en mí que en gran parte se habían quedado la pequeña Zahra y la risa de su jefa. Afortunadamente, aquella no che en Tánger estaba solo; no me hubiese gustado nada que Basam se burlase de mí al verme huir del cuchitril con sofá verde tras dos minutos de reloj. Los hombres son perros que se restriegan en la soledad, solo la esperanza de Judit lucía entre tanta miseria, aunque tímido como era yo, asaltado por los recuerdos de Meryem, seguro que iba a temblar antes de abrazarla, a estremecerme antes de acostarme con ella, si es que se presentaba la ocasión, y cuanto más se acercaba aquel espejismo —solo unas horas me separaban de su regreso a Tánger, de pie al alba en mi balcón—, más me asustaba. Los acontecimientos de los últimos días me daban vueltas en la cabeza, los pedazos de pesadillas enrojecían las brumas del alba sobre el Estrecho.

El incendio de la Difusión me preocupaba, me preguntaba cuánto tiempo iba a pasar antes de que la poli me detuviese.

Tenía la sensación de ser un fugitivo.

A pesar de mi nuevo trabajo, del dinero que ya tenía, estaba desamparado, inquieto, tan desprovisto de todo como ante Zahra la víspera; el traje de la edad me iba demasiado grande. Me faltaban una madre, un hermano, un padre, un jeque

Nuredine, un Basam.

La llegada de Judit fue un auténtico desastre.

Quizá no debería haber ido a esperarla en la estación por sorpresa; no debería haberla saciado con palabras, no debería haber hecho como si tuviésemos una relación íntima, próxima, que no existía; fui demasiado rápido; me había inventado solo y rápidamente, al estilo Basam, sin preocuparme de lo que ella había podido vivir en Marrakech, una historia que no existía. Judit me veía como lo que era, un joven desconocido que la estrechaba demasiado. Tenía miedo, quizá; me dijo era horrible, aquel ambiente, después del atentado, aquella plaza tan viva donde todo el mundo hacía como si nada sin creérselo, donde de golpe la gran máquina de encantar a los turistas se había detenido en la muerte.

Me dijo de hecho, ¿sabes una cosa?, en Marrakech vi a tu amigo, Basam, el que estuvo con nosotros la otra noche.

Al decírmelo me miraba a los ojos. No estaba seguro de que ella pudiese pensar lo que significaba aquello. De todos modos, era inimaginable. Inimaginable pensar que ella podía haberse cruzado, algunas horas después, con uno de los que habían hecho explotar aquella bomba en el café. Yo mismo, a pesar de todos los indicios que tenía, no acababa de creérmelo. Que aquel atentado existiese realmente, más allá de las imágenes en la tele, era imposible. Que Basam hubiese podido participar en aquello sin apenas hablarme de ello, en el fondo era imposible.

Judit no dijo «es extraño que estuviese en Marrakech, teniendo en cuenta que lo vimos la noche anterior y no mencionó su viaje».

La acompañé a su pensión. Judit estaba distante, apenas abrió la boca durante todo el trayecto, yo traté de amueblar el silencio hablando todo el rato, lo que sin duda no fue una buena idea. Mi locuacidad pareció forzarla todavía más a un silencio irritado.

A veces sentimos que la situación se nos escapa, que las cosas patinan; nos asustamos y en lugar de mirar tranquilamente, de tratar de comprender, reaccionamos como el perro atrapado en un alambrado, que se agita con violencia hasta desgarrarse la garganta.

Mi cólera era en realidad pánico, su único objeto era vencer la frialdad de Judit. Tomé su regalo como blanco, el libro de Chukri del que había leído cinco páginas.

—Este libro es vergonzoso —dije—, que un musulmán marroquí haya podido escribir estas cosas es insultante.

Judit no respondió nada, llegamos al Gran Zoco y luego atravesamos la puerta del casco antiguo. Se limitó a lanzarme una mirada cortés que yo me tomé como una inmensa bofetada.

Me empantané en una diatriba idiota sobre aquella novela que no había leído y sobre su autor, un pobre tipo, un mendigo analfabeto, un degenerado, decía yo, y cuanto más absurdidades soltaba, más tenía la sensación de estar ahogándome, de abismarme en un mar de gilipolleces mientras Judit, siempre tan hermosa, caminaba

sobre las aguas. Yo sudaba arrastrando aquella maleta con ruedas, al final resulta que no llevaba una mochila sino una mierda de maleta con ruedas y como buen caballero le exigí arrastrarla yo. Estaba sofocado, no podía más que seguir con mi discurso que se volvía deslavazado, demasiados pensamientos en mi cerebro: los remolinos de mis movimientos desordenados alejaban la tabla de salvación. Me di cuenta de que ella solo tenía ganas de una cosa, llegar a su hotel para deshacerse de mí, olvidar el largo viaje en tren, olvidar Marrakech, olvidarme a mí y tomar su avión de regreso, y en el fondo, muy en el fondo, yo me daba cuenta de que te nía razón. Quería parecer literario e interesante, continué con mi discurso, ampuloso, machista, le dije a quien deberías leer es a Mutanabbi o Jahiz, he ahí la auténtica literatura árabe, Chukri no es para chicas. Acababa de dispararme no una bala en el pie sino en toda la cabeza, esta vez la mirada de Judit fue de un desprecio absoluto. Dijo sí sí distraídamente, y solo con ser un poco valiente me habría parado, habría lanzado un enorme juramento y le habría dicho perdón, hasta aquí hemos llegado, vamos a rebobinar, vamos a hacer como si no hubiese dicho nada desde el principio, como si no estuviese obsesionado por ti, como si en estos dos últimos días no hubiese sucedido nada, como si en Marrakech no hubiese explotado nada, como si todo ese fuego no nos alcanzase.

—Ayer mi casa ardió —le dije de sopetón.

Ella volvió el rostro hacia mí sin dejar de caminar.

—Ah, ¿sí?

Y no supe qué más decir; podría haber añadido «ayer también me fui de putas pero no conseguí follar»; me picaban los ojos, sin duda debido al sudor. Era un niño perdido pidiéndole ayuda a una extranjera desconocida.

—¿Qué sucedió?

—No lo sé, se quemó todo. He cogido un cuarto en una pensión.

Sus ojos me decían que le costaba creerlo; de repente caí en lo inverosímil de mi situación, sin familia, sin amigos, sin casa, solo en Tánger, ciudad a la deriva.

—Es una larga historia.

—Ya me imagino.

Miró al frente; me pareció que aceleraba el paso.

Por supuesto todo aquello había comenzado con el pecado original, desnudar a Meryem, pero a mí me parecía que se había convertido en un complot internacional, una enfermedad, una aberración, como los hijos monstruosos de padres consanguíneos.

—Hemos llegado.

Había algo de alivio en aquellas palabras pronunciadas al unísono; la mano de Judit agarraba la maleta mientras yo la sujetaba del otro lado, como si tuviese miedo de que me fuese con ella.

—Gracias por venir a buscarme a la estación, has sido muy amable.

Parecía sincera. Sincera y agotada.

—De nada, es lo normal.

—*Ilâ-l-liqâ'*, entonces. Hasta la próxima.

Hasta la vista le dije yo también, no le tendí la mano, ni la mejilla, ni nada, y me fui.

Yo mismo debía de estar reventado, hecho polvo, destruido psicológicamente, porque rompí a llorar. Empecé en la calle; la quemazón en los ojos se volvió más fuerte; sentí las mejillas húmedas, como cuando, de niño, sangras por la nariz y descubres que tienes la mano roja de sangre. No se trataba de sangre. Era agua, lágrimas que chorreaban, por más que las secase con la manga de la camisa no había nada que hacer, fluían de nuevo, cada vez más, tenía vergüenza de sollozar así en la calle, subí la escalera de mi pensión de cuatro en cuatro escalones, di un portazo detrás de mí, cerré con llave, me remojé un poco la cara con agua, era inútil, seguía lloriqueando como un crío; me hundí en la cama, aplasté la cara en la almohada para asfixiar aquellos llantos, me abandoné a la pena. Debí de adormecerme. Una o dos horas más tarde tenía la pinta de un boxeador después de un combate desigual, los párpados hinchados, los ojos rojos, pero me sentía mejor. Una ducha y lograría ocultarlo.

El sobre abierto estaba en el suelo junto a mi cama; la vieja carta de Basam, que su madre me había endosado por equivocación, no había duda, estaba escrita en un pedazo de página de cuaderno cuadriculado; comenzaba por *باسم الله الرحمن الرحيم، هذه رسالة لك يا أخي، إنا لله وإنا إليه راجعون* doblada en el interior se hallaba la carta de Meryem para mí, que él había guardado todo ese tiempo. Comprendí por qué no me la había dado; seguramente pensó en destruirla, que yo no supiese, que ignorase hasta el final de los tiempos lo que mi corazón ya había adivinado, que ella ya no estaba, ni siquiera conseguía decir que había muerto, pero ahí estaba, tenía la verdad ante mis ojos no existía nada más, yo había resquebrajado el Universo, la cólera de Dios había caído sobre mí, su rabia, su rabia poderosa y ciega aunque justa todo lo destruía a mi alrededor, me sentí minúsculo en mi habitación de hotel, perdido en el corazón del mundo, volví a estallar en llanto, en el balcón, mirando aquellos barcos idiotas atravesar el Estrecho.

Uno nunca se acuerda del todo, no de verdad; con el tiempo uno reconstruye los recuerdos en la memoria y estoy tan lejos, ahora, de aquel que fui en esa época que me resulta imposible encontrar la fuerza exacta de las sensaciones, la violencia de las emociones; hoy me parece que no resistiría aquellos mazazos, que me quebraría en mil pedazos. Que uno no debería sobrevivir a golpes tan fuertes.

Sin embargo, a pesar de estar persuadido de la muerte de Meryem, nunca la había sentido tan viva, descubría su voz en su escritura; su carta era un grito de socorro que resonaba en medio de las tinieblas, en el desierto. Un grito salido directamente de las grutas de Hércules, por donde sin duda se accede a los Infiernos; una putada de la Suerte. Me decía que me quería, me llamaba su amor, decía que teníamos que casarnos, de lo contrario tendría que abandonar al niño en el orfanato; su desesperación fue demasiado para mí, quemé la carta en el lavabo de la habitación de hotel, *إنا لله وإنا إليه راجعون*, junto con la de Basam. Jamás sabré qué sucedió allá entre Al-Hoceima y Nador, nadie jamás lo sabrá. En su caligrafía infantil, Basam me explicaba algunos detalles con palabras extrañas y médicas. No decía nada de sí mismo, pero está claro que para escribir una carta así ya sabría que también él iba a desaparecer; por qué, si no, decirme ahora lo que podría haberme explicado el día anterior de viva voz.

Yo daba vueltas en mi cuarto; la noche caía poco a poco. Me lie un porro, me lo fumé en el balcón, encendí el ordenador; busqué en internet información sobre el atentado, el Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico; nada nuevo. Detalles, precisiones sobre la bomba, el tipo de explosivo, pero ningún arresto. Encontré un suelto de dos líneas, incendio criminal en una librería religiosa, cientos de obras destruidas. Criminal. La policía debía de preguntarse por qué ninguno de los miembros de la asociación había aparecido.

El almuecín acababa de llamar a la oración de la tarde.

Recibí un mensaje de Judit, se excusaba por no haberse mostrado más locuaz, estaba agotada. Si me apetecía tomar un té por la noche, podía pasar a recogerla por el hotel.

Era extraño, pero ya no tenía ganas. No tenía ganas de nada.

Fui al lavabo, me lavé un buen rato, los pies, las manos, los antebrazos, la cara. Puse mi colcha sobre la alfombra, de cara al este, y recé. Hice cuatro prosternaciones sin pensar en nada más que en Dios.

La noche estaba allí, contemplando los trazos de fuego de los ferrys que iban a Tarifa.

Recitando la Fatiha, exhalando los versículos sin que ningún pensamiento los enturbiase, repitiendo las palabras santas, hallé la calma.

Había una fuerza íntima en el silencio, un canto precioso.

Quedaba eso en mí.

La costa española brillaba, a la izquierda de mi kibla improvisada.

Me pregunté si tendría bastante pasta para pagarme un pasaje clandestino a

España. Cada vez estaba más convencido de que el jeque Nuredine había dejado aquel dinero para mí. De otro modo, era inexplicable; sin duda había sentido lástima. Conocía la terrible historia de Meryem y de mi tía. Conmigo siempre había sido justo y bueno. En el fondo, yo esperaba que no tuviesen nada que ver con Marrakech, ni el Jeque, ni Basam; desgraciadamente, lo que había podido ver por mí mismo, las porras y los sermones, no me dejaban muchas esperanzas.

¿Qué iba a hacer yo en España? Es cierto que estaba mi tío, trabajaba en la provincia de Almería, pero no valía la pena ir a verlo. Además, allí tenían la crisis. No había trabajo. De todas formas, yo no disponía de papeles. ¿Partir a la aventura?

Pensé que París sería más amable. París o Marsella, ciudades de libros y de novelas de detectives. Las imaginaba bastante parecidas, pobladas por hijos de italianos gruñones, de argelinos pendencieros y de gandules hablando en argot. Llevaba cincuenta años de retraso, pero bueno, algo debía de quedar, después de todo Izzo había escrito *Total Keops* poco antes, creía yo. Pensé en hacerle una visita, enviarle un mensaje diciéndole «Querido señor, soy un joven fan marroquí y me gustaría mucho conocerle». Miré en Wikipedia y descubrí que estaba muerto. También Machette había muerto mucho antes. Aparte de algunos primos lejanos y retrasados, en Francia no conocía a nadie.

Lo primero era solucionar lo más urgente: encontrar un lugar donde vivir que no costase un ojo de la cara como aquel cuchitril, comprar ropa, empezar a trabajar. Aquella historia de copiado de textos me intrigaba. Pedir un pasaporte, por si acaso. Esperar noticias de la policía, que acabarían por llegar; leer todo lo que pudiese para formarme. Olvidar a Meryem, a Basam y al jeque Nuredine.

Organizar un programa. Tener un plan.

Trabajar de cara al futuro.

A fin de cuentas, veinte años es la edad más hermosa de la vida.

Tenía un nuevo mensaje de Judit en Facebook, enviado hacía cuatro minutos, decía ¿al final no pasas? Respondí ahora voy.

Lajdar, me dijo Judit en medio de la noche. Lajdar, y yo amaba su forma de llamarme, el punto de su acento español, su insistencia en el *dad*, esa letra que solo existe en árabe.

—Lajdar, no es muy frecuente, ¿no?

Yo tenía la cabeza apoyada en su hombro.

—No, en Marruecos es más bien raro. Pero en Argelia sí es corriente. A mi padre le gustaba ese nombre, no sé muy bien por qué.

—¿Qué significa, aparte de «el verde»?

—De hecho, Lajdar tiene dos significados, «verde», está claro, pero también «próspero». El verde es el color del islam. Puede que por eso lo escogiese mi padre. También es un profeta importante para los místicos. El Jidr, el Verde. Aparece en la sura de la Caverna.

—Lajdar. Voy a llamarte el Abejorro Verde.

—Eres más hermosa que Cameron Diaz.

Y tomó mi mano para llevarla hacia su bajo vientre.



Las semanas, los meses que vinieron después, hasta noviembre, y mis inicios como camarero en los ferrys de la compañía de navegación Comarit pasaron tan rápidamente que mis recuerdos son en la misma medida: breves y rápidos. El trabajo para Jean-François era penoso, árido y agobiante; mi habitación, a medio camino entre el centro y la Zona Franca, fría e inhóspita; compartía el apartamento con tres trabajadores un poco mayores que eran como si nunca hubiesen tenido mi edad. Me parecían de una debilidad extrema. Tan pronto como se hacían con unos pocos dirhams, se compraban un nuevo chándal, zapatillas de deporte, hachís; el máximo objetivo de sus vidas consistía en comprarse una cama doble en casa del vendedor de muebles de la esquina y un coche en el concesionario Nissan o Toyota; todos los días navegaban por [voitureaumaroc.com](http://voitureaumaroc.com) y soñaban con carros de lujo que nunca podrían permitirse, mira, hay un Jaguar de 1992 por cien mil dirhams; llevaban unas enormes gafas de sol que se les comían la cara y los auriculares del manos libres del teléfono siempre puestos. Eran simples, intercambiables y ruidosos. Pero eran una compañía, un movimiento humano a mi alrededor; ligaban con las obreras de la confección, sus pequeñas y dulces manos doloridas por el zumbido de las máquinas de coser, o en su defecto con las pescaderas de la fábrica de congelación, que olían a mero o a gamba desde la barbilla hasta lo más profundo del coño, todas ellas se mostraban sensibles a los vulgares avances de mis compañeros de piso con sus falsas Ray-Ban, quienes las llevaban con gran pompa, como a princesas, a zamparse una hamburguesa en esos grandes establecimientos americanos donde se permitían la ilusión de estar viviendo la vida, la vida de verdad, y no la de los sótanos, la de los catetos que no tenían la suerte de trabajar en la Zona Franca y que por tanto no solo ganaban menos, mucho menos, sino que además eran mucho menos distinguidos, y no tenían ni gafas de sol ni teléfono de lujo, y todo ese circo hacía el efecto de un gigantesco derroche, lejos, sin duda, muy lejos de los barrios donde yo había crecido, pero también y sobre todo de aquellos en los que quería vivir.

Sea como fuere, no tenía mucho tiempo libre, ni trataba demasiado con mis compañeros, el trabajo era terriblemente absorbente y se parecía al de los forzados de la máquina de coser o de las peladoras de gambas, aparte del olor: me pasaba de doce a dieciséis horas al día delante de la pantalla, la espalda doblada como un recogedor de judías, copiando escrupulosamente, con mis cuatro o seis dedos, libros, enciclopedias culinarias, cartas manuscritas, archivos, todo lo que el señor Bourrelier me pasaba. El nombre de aquel empleo era bastante correcto: entrada kilométrica, trabajo al kilómetro, más concretamente «entrada doble», ya que aquel estúpido trabajo se llevaba a cabo dos veces, por dos estúpidos distintos, luego se cruzaba el resultado para obtener un archivo fiable que ya podía entregarse al cliente. Los clientes del señor Bourrelier eran de lo más diversos: editoriales que querían digitalizar o reimprimir un viejo fondo, ministerios que tenían toneladas y toneladas de escrituras que administrar, ciudades, ayuntamientos cuyos archivos se desbordaban, universidades que enviaban viejas cintas magnéticas de clases

magistrales y conferencias para transcribirlas; uno tenía la impresión de que toda Francia, toda la palabrería de Francia aterrizaba allí, en África; el país entero vomitaba lenguaje sobre el señor Bourrelier y sus negros. Había que picar con rapidez, por supuesto, pero no con demasiada rapidez, ya que las correcciones las pagábamos de nuestro bolsillo: cada vez que el cruce de la doble entrada revelaba un error, se verificaba la palabra o la frase y se me descontaba la errata del salario. El primer libro que copié fue un relato de viaje por las costas de África, de finales del siglo XVIII; una historia de piratas y esclavos. Debía de haber un filón en ese tipo de literatura, pues luego viajé a Rusia, picando *Un francés en Siberia*, escrito en 1872; uno podría pensar que aquel trabajo era divertido, pero sobre todo era agotador, había que tener cuidado con la ortografía, con los nombres propios; uno se perdía en la carne de las palabras, en las letras, las frases, tan pegado al texto que en ocasiones me hubiese sido imposible decir de qué hablaba esta o aquella página que acababa de copiar. Por lo menos, me decía yo con acierto, tras unos pocos meses de semejante tratamiento, mi francés sería impecable, pero sobre todo resultaba frustrante; por supuesto no tenía tiempo de buscar las palabras que no conocía en el diccionario; las copiaba tal cual, sin entenderlas, de modo que muchas de mis erratas tenían que ver con mi incompreensión, mi desconocimiento de este o aquel término.

El señor Bourrelier era simpático conmigo; a menudo me decía ah, lo siento, sigue sin entrar ninguna de detectives, pero si aparece alguna te juro que será para ti. Yo era un buen trabajador, creo, trataba de ser serio y no tenía mucho más que hacer.

Un día, mi celo me valió un regalo envenenado: al llegar por la mañana, el señor Bourrelier me llamó a su despacho. Es taba exultante, reía como un niño, acaba de llegarme una excelente noticia, me dijo. Una noticia magnífica. Un encargo enorme del Ministerio de Antiguos Combatientes. Se trata de la digitalización de las fichas individuales de los combatientes de la Primera Guerra Mundial. Un contrato muy grande. Presentamos una oferta en la convocatoria y nos lo han asignado. Son fichas manuscritas, imposibles de tratar de forma automática, va a ser necesario picarlas a mano. Empezamos por los muertos.

—¿Todavía no están todos muertos? —pregunté con ingenuidad.

—Sí, sí, por supuesto que están todos muertos, no quedan combatientes franceses de la Primera Guerra Mundial vivos. Me refiero a que empezaremos por los «Muertos por Francia», que constituyen un lote de fichas aparte.

—¿Y cuántas hay?

—Un millón trescientos mil fichas en total. Luego quedan los heridos y los que salieron adelante, eso será más alegre.

Un millón trescientos mil putos muertos, uno no llega a hacerse una idea de lo que eso representa, pero os puedo asegurar que era un trabajo para la entrada kilométrica. Gigas y gigas de fichas escaneadas, un programa especial para introducir los datos, nombre, apellidos, fecha y lugar de nacimiento, número de registro, fecha, lugar y tipo de muerte, tal cual; *tipo de muerte*, no se entretenían con florituras en la

época, imaginad, tenían que rellenar cientos de miles de esas fichas. Todo manuscrito, con una hermosa caligrafía hecha con pluma: Achille Brun, soldado, 138.º regimiento de infantería, Muerto por Francia el 3 de diciembre de 1914 en el hospital de Châlons-sur-Marne, Tipo de muerte: herida de guerra (tachado) fiebre tifoidea (añadido), nacido el 25 de enero de 1891 en Mont bron, Charente; Ben Mullub, Belkacem ben Mohammad ben Umar, segunda clase, 2.º regimiento de tiradores argelinos, Muerto por Francia el 6 de noviembre de 1914 en Soupir, en Aisne, Tipo de muerte: muerto por el enemigo, nacido en 1884 en (ilegible), departamento de Constantine, y así un millón trescientas mil veces, incluso con el programa especial necesitabas uno o dos minutos por ficha, sobre todo para descifrar los nombres de puebluchos desconocidos, *douars* argelinos, poblaciones senegalesas, aldeas francesas que no me sonaban de nada; algunos de aquellos soldados han permanecido en mi memoria, como Achille Brun o Belkacem ben Mullub, era extraño pensar en todos aquellos fantasmas de peludos<sup>[1]</sup> haciendo un viaje póstumo a Marruecos, a Tánger, a mi ordenador.

Nos repartíamos el trabajo, mis colegas (en su mayor parte estudiantes de literatura francesa o jóvenes mecanógrafos) y yo: ciento cincuenta o doscientas fichas por la mañana, y un mínimo de sesenta páginas de libro por la tarde. El problema era que uno no podía abandonar una tarea por la otra; todo debía hacerse al mismo tiempo: copiar las memorias de Casanova para una editorial del Quebec era por lo menos tan importante como los Muertos por el enemigo. Los volúmenes de *Historia de mi vida* eran inmensos, interminables. Reconozco que me supuso un gran placer, a pesar de las noches en blanco, picarlas kilométricamente. Ese Casanova era divertido y simpático, cortés y tunante; se pasaba el tiempo despertando con el sexo ardiendo, para luego correr a cuidar sus enfermedades venéreas, que parecían no causarle la menor vergüenza; para él, el cuerpo, las mujeres y la juventud no tenían nada de vergonzoso. Había en él una inteligencia irónica que me recordaba a Isa ibn Hisham y Abu al-Faz al-Iskandari, los héroes de Hamadani, en más largo, claro está. Es uno de los pocos libros que leía de verdad mientras lo copiaba: más de tres meses de trabajo, sin parar.

Siempre me pregunté cuánto debía de facturar Jean-François Bourrelier por nuestros servicios, y cuál era por tanto su beneficio; nunca me atreví a preguntárselo. Lo que está claro es que los muertos por el enemigo o el señor Casanova no tocaban un céntimo, y que yo mismo, una vez comprobadas las cuentas (retenciones por correcciones, etcétera), apenas llegaba a cobrar más de quinientos euros al mes, por un mínimo de sesenta horas de trabajo semanal, lo cual constituía un salario extraordinario para un joven cateto como yo, pero estaba lejos de las decenas de miles de dirhams prometidos. Cuando llegaba el día de la paga, el señor Frédéric mostraba siempre un leve aire desolado, decía ah, ha habido muchas correcciones, o vaya, este mes no ha sido tan terrible, pero el mes que viene lo harás mejor, tienes que acostumbrarte a esas fichas de soldados y acelerar el ritmo.

Yo le contaba a Judit todas mis historias en interminables cartas, era como mi recreo, cada noche, cuando debería odiar mi ordenador y sobre todo su teclado escribía largo y tendido a Judit para explicarle lo que habíamos hecho durante la jornada, Casanova, los peludos y yo; le hablaba de Achille Brun el tifoideo y de Belkacem ben Mullub muerto a Soupir, de Casanova y Tireta asistiendo a una ejecución capital en la plaza de Grève desde una ventana en compañía de dos damas, sin atreverme a contarle los detalles escabrosos aunque hilarantes del error de tiro de Tireta.

También empecé a escribirle poemas, la mayor parte en francés y robados a Nizar Kabbani; la poesía francesa y española me parecía seca y poco florida. Siempre acababa mis misivas con un verso, *الحب يا حبيبتى قصيدة جميلة منقوشة على القمر*. «El amor, amor mío, es un hermoso poema bordado en la luna», y cosas por el estilo. Judit era más discreta en lo tocante a sus sentimientos pero yo sentía, en sus *mails* a veces en francés, a veces en árabe, que apreciaba nuestra correspondencia; me contaba su vida en Barcelona, su día a día, sus enfados por la nulidad de sus cursos, su aburrimiento en la universidad, donde los propios profesores parecían despreciar los textos que enseñaban como si fuera mal latín. A través de ella, yo empezaba a odiar a aquellos miserable arabistas en pantalón corto colonial que todos los días lamentaban que unos siglos antes España hubiese sido árabe, suspirando sobre unos textos andaluces donde no apreciaban sino la dificultad léxica. Ella me decía mira, ahora estudiamos tal poema de Ibn Zaydun, tal fragmento de Ibn Hazm que ellos llamaban Abenházam, y yo corría a una librería en busca del libro en cuestión; la mayor parte de las veces para mí era una maravilla, una joya de otros tiempos cuyo árabe colmaba mi boca y mis tímpanos de un placer inaudito. A pesar de los peludos machacados y de Casanova, gracias a Judit me sentía muy árabe; seguía sus estudios día a día: ella me hacía preguntas sobre gramática, yo abría las gramáticas y los comentarios clásicos para encontrar una respuesta; ella oía hablar de un autor y el día siguiente yo le libraba una ficha documentada con extractos y exégesis.

Desde luego, estas actividades eran incompatibles con el modo de vida de mis compañeros de piso, reunidos por una especie de solidaridad de las empresas francesas, que en la medida de lo posible trataban de encontrar un sitio donde vivir a su personal; Adel, Yacine y Walid procedían de Casablanca, eran «técnicos superiores» y trabajaban en una fábrica de piezas de recambio para automóviles, en la cadena. Todas la noches me veían sumergido en mis fichas de soldados muertos o en mis libros, y me tomaban por loco. A veces me gritaban Lajdar *juya*, vas a quedarte sordo y ciego, todo eso es peor que la masturbación, ven a dar un paseo al aire libre, ¡verás chicas! No, no, solo verá el mar, pero ¡eso no puede hacerle daño! *Mulay* Lajdar, estás pálido como el calzón de un prepúber, ¡ven a sentir el silenciador de nuestro carro! Y acababan por largarse, los auriculares en las orejas, hacia Tánger y sus delicias, a pasear en coche con la música de fondo durante horas para acabar comiéndose una hamburguesa hacia medianoche, volver excitados como pulgas y

revolcarse ante la tele fumando porro tras porro para el día siguiente volver a la fábrica.

Desde el atentado no sabía nada ni del jeque Nuredine ni del Basam, seguían sin aparecer; poco a poco mis temores de ver llegar a la policía se habían atenuado y el Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico parecía lejos, allá en aquellos suburbios interminables poblados por cientos de catetos como yo, y sin embargo tan cercanos; por supuesto, yo había estado atento a la información en la tele; habían acabado por arrestar a tres sospechosos, yo no conocía a ninguno: tenían unos caretos extraños que no reflejaban la menor inteligencia, aunque las fotos de criminales no suelen ser muy favorecedoras. Todos los días esperaba la noticia de la detención del jeque Nuredine y de Basam, que no llegaba.

Apenas unos días después de la partida de Judit, hubo otro horrible atentado que me afectó profundamente, como si yo mismo hubiese estado presente, posiblemente porque no hacía mucho habíamos estado en ese lugar. El Café Hafa se halla al lado del acantilado, suspendido sobre el Mediterráneo, perdido entre las buganvillas y los jazmines de las lujosas villas del barrio; es probablemente el lugar más famoso de Tánger y uno de los más agradables los días hermosos (una mesa un poco aparte, donde Judit me había tomado la mano antes de besarme, lo recuerdo, después lo he pensado a menudo, sentí vergüenza, mucha vergüenza, tenía miedo de que alguien nos viese, besarse en público es un delito), sobre todo cuando no hay mucha gente, a última hora de la mañana por ejemplo, uno tiene la impresión de disponer del mar y de todo el Estrecho para sí. Me enteré por el periódico de que un hombre había llegado al café, había sacado un largo puñal o un sable y había atacado a un grupo de jóvenes, sin duda porque había algunos extranjeros; murió un marroquí de mi edad, y alguien resultó herido en el muslo, un francés; había dos chicas españolas con ellos: todos eran estudiantes en la universidad de traducción de Tánger. El tipo huyó por el acantilado, perseguido por los clientes y los camareros del café, y consiguió escapar. Su retrato-robot estaba junto al artículo; tenía la cabeza redonda y la figura infantil de Basam, podría haber sido él. Quizá se hubiese vuelto loco de repente. Primero Judit se cruza con él en Marrakech poco después de la explosión y luego una cara que se parece a la suya aparece en *Le Journal de Tanger*. Yo no me lo imaginaba apuñalando a unos jóvenes estudiantes sentados tranquilamente en una mesa al sol; era imposible que hubiese cambiado tan rápidamente, y sin embargo, no podía dejar de recordar con qué facilidad había apaleado al librero. En mi opinión la cuestión sobre el *porqué* iba a quedar sin respuesta, aunque Basam hubiera ayudado a poner la bomba del Café Argan y hubiese clavado un gran cuchillo en la espalda de un marroquí de nuestra edad, si lo hubiese tenido ante mí, si le hubiese preguntado ¿por qué?, ¿para conseguir qué?, se habría encogido de hombros; habría respondido por Dios, por odio a los cristianos, por el islam, por el jeque Nuredine, qué sé yo, pero mentiría, yo sabía que mentiría y que ignoraba las razones exactas de su acto, pues, de hecho, no tenía ninguna, no más que las que había tenido para linchar al librero, era así, estaba en el

aire, la violencia estaba en el aire, soplaba ese viento; soplaba por todas partes y había arrastrado a Basam a la necedad. Pensé en lo que yo había desencadenado a mi pesar, la desgracia y la muerte; en cuanto a Basam, tenía el garrote y puede que el sable, pero las causas ideológicas que yo podía percibir desde lo alto de mis veinte años no me convencían: conocía a Basam, sabía que su odio a Occidente o su pasión por el islam eran absolutamente relativos, que unos meses antes de conocer al jeque Nuredine acudir a la mezquita con su padre le jodía más que otra cosa, que jamás se había sentido tentado de levantarse una sola vez al amanecer para la oración del *fajr*, que soñaba con ir a vivir a España o a Francia. Pero al reflexionar también era consciente de que, *al contrario*, por mucho que le gustasen las chicas o que soñase con Alemania y Estados Unidos, eso no le impedía hacer cualquier otra cosa. Yo sabía que el jeque Nuredine había crecido en Francia, y cuando hablábamos de ello él apreciaba ciertos aspectos del país y reconocía que, a pesar del riesgo de vivir en medio de los *kuffar*, los Infieles, valía más la pena vivir en Francia que en España o en Italia, donde, según él decía, el islam era despreciado, atropellado, reducido a la miseria.

Todos los meses que pasé con el Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico me habían acercado a Nuredine; era bueno conmigo y yo sabía (o me gustaba creer) que me había recogido sin ninguna intención oculta; me daba lecciones de moral, cierto, pero no más que un padre o un hermano mayor. A menudo repetía entre risas que mis novelas de detectives me pudrían el espíritu, que eran libros diabólicos que me empujaban hacia la perdición, pero jamás hizo nada para impedir que los leyese, por ejemplo, y si aquella noche no lo hubiese visto con mis propios ojos al mando del grupo de punición me habría resultado imposible imaginar un solo segundo que pudiese tener el menor vínculo, de cerca o de lejos, con un acto violento.

Al parecer, los tres animales del atentado de Marrakech habían actuado solos, por lo menos es lo que decía la policía; habían aprendido en internet cómo fabricar una bomba y hacerla explotar. Pero la presencia de Basam allí aquellos días, atestiguada por Judit, me permitía divisar redes, conexiones, conspiraciones paranoicas; incluso llegué a contemplar la idea de que el jeque Nuredine estuviese en realidad al servicio del Palacio, un agitador, un agente doble, cuya misión habría consistido en hacer fracasar las reformas y el progreso hacia la democracia, lo que explicaría el incendio de los locales del Grupo, para no dejar rastros, así como el hecho de que nunca viniese nadie a molestarme.

El asesinato del Café Hafa me parecía especialmente cobarde e inquietante, puede que porque la víctima podría haber sido yo, Judit y yo, puede que porque había tenido lugar en mi tierra, aquí y ahora, y no era solo un ruido, ciertamente furioso, pero a fin de cuentas lejano. Debo reconocerlo, durante mucho tiempo tuve miedo, al sentarme en un café en Tánger, de que apareciera Basam con un sable en la mano.

Tenía que dejar de pensar tanto en aquellas cuestiones si no quería volverme completamente paranoico.

Afortunadamente, los soldados muertos, Casanova y mis poemas para Judit me dejaban poco tiempo libre. «Tus ojos son el الجنون، ظلي معي إنني تعبت من التسكع في محطات عيناك آخر مر؟» «Porque estoy cansado de mis andanzas en los puertos de la locura. ¡Quédate conmigo! Para que el mar conserve su color», y así sucesivamente, siempre Nizar Kabbani. Por supuesto, mi idea era acabar componiendo mis propios versos sin ayuda de mis prestigiosos antepasados, pero todavía me faltaba mucho. Mi poema número uno, el primero que fue realmente mío, fue el siguiente:

*Inicio de la estación cálida heme aquí  
Explorador perdido bajo su ventilador un teléfono  
Un ordenador  
Un amor de cera cuyas gotas contemplo al caer  
Para sellar mis cartas  
Esta tarde voy a leer a Casanova  
Pensando en ti  
Voy a bañarme en tus ojos en cada página hay una mujer  
Que se parecerá a ti  
Cada tarde  
Asisto a un baile de máscaras en el fin del mundo  
Por los fantasmas crueles como tú.*

Judit hubiese preferido que le escribiese poemas en árabe, después de todo es tu lengua, decía, es la que mejor conoces, y por supuesto tenía razón, pero yo no lo conseguía: la poesía árabe es infinitamente más hermosa y más compleja que los versos franceses; en árabe, tenía la impresión de escribir bajo el peso de Kabbani, bajo el peso de Sayyab, bajo el peso del peso de Ibn Zaydun; mientras que en francés, como no había leído nada, ningún poeta o casi ninguno, aparte de Maurice Carême y Jacques Prévert en la escuela, me sentía mucho más libre. El ideal hubiese sido escribir en español, está claro: ya me veía componiendo una recopilación titulada *El libro de Judit*, pero no por el momento.

Para cambiar un poco de aires, los sábados me iba a la ciudad, por la mañana a la biblioteca del Instituto Cervantes y por la tarde a la del Instituto Francés, o al revés, y entre ambas, me paseaba por los cafés, observaba a la gente. No me sentía solo, tenía la impresión de no pertenecer ya a la ciudad, de que Tánger me dejaba, se iba. Estaba en el punto de partida. Judit me daba esperanzas. Yo presentía que iba a salir de Marruecos, que iba a devenir otro, dejar tras de mí una parte de la desgracia y la miseria pasadas, olvidar las bombas, los sables, mis muertos; olvidar a los fantasmas de los soldados muertos por el enemigo, las horas y horas pasadas copiando, hasta el infinito, nombres sin carne hasta desembarcar por fin, pensaba yo, en un país que no estuviese roído ni por el resentimiento, ni por la pobreza, ni por el miedo.

El 2 de mayo, el día siguiente del día del Trabajador, Osama bin Laden fue abatido de noche por unos comandos estadounidenses y su cuerpo fue arrojado desde un avión al océano Índico. La noticia estaba en todos los periódicos: el hombre flaco

de larga barba y mirada cautivadora había sido aplastado como una alimaña, entre sus mujeres y sus medicinas, atrapado en la trampa de su extraña villa, con murallas como una fortaleza; al menos eso daban a entender los periodistas. El terrorista más buscado del mundo estaba a cincuenta kilómetros de Islamabad, y desde hacía años, decía el artículo. Uno se preguntaba por qué se lo habían cargado hoy, y no ayer o mañana; por qué no lo habían detenido, por qué habían echado sus restos a los peces. Aquello no tenía demasiada importancia, uno sentía que Bin Laden había perdido su cuerpo, su presencia física hacía tiempo; se había convertido en una voz que hablaba de vez en cuando desde una gruta imaginaria, escondido en el fondo de los siglos; la propia realidad de su existencia parecía cada vez más dudosa y su inmersión acababa de transformarlo en un personaje, un demonio o un santo: alguien que para mí, en la confusión de la infancia, inspiraba horror y al mismo tiempo admiración, esperanza y pavor, el que había desafiado de forma victoriosa a Estados Unidos de América sembrando la destrucción se convertía ahora en un mito un tanto perturbador, un símbolo cojo que renqueaba entre la grandeza y la miseria. Me acordé de que en la escuela había sido uno de los héroes de Basam; en el patio jugábamos a ser combatientes afganos; hoy Basam había desaparecido y Bin Laden había encontrado su Destino bajo la forma de Navy Seals encapuchados de negro, focas, según su nombre, que lo habían arrastrado hasta las profundidades del abismo. En sí, aquello no tenía ningún sentido, aparte de un nuevo adiós al mundo del ayer.

Cuando Judit me dijo que iba a participar en un *stage* de prácticas de árabe en el Instituto Bourguiba de Túnez durante todo el mes de julio y me propuso que nos encontrásemos allí, pensé que sería un primer viaje, como Ibn Battuta, dejando Tánger por el este y deteniéndome en Túnez. También me apetecía mucho ver con mis propios ojos lo que era una revolución en vivo; me parecía que tenía la edad de la Revuelta y es cierto que me sentía mucho más próximo de un joven tunecino de veinte años que de cualquiera; imaginaba que Túnez debía de parecerse un poco a Tánger, que no me sentiría extranjero, los tunecinos eran magrebíes, árabes y musulmanes y además toda aquella juventud, mis hermanos, o más bien mis primos, habían conseguido deshacerse del dictador; la perspectiva de ver todo aquello de cerca me seducía. Así que corrí a negociar unas vacaciones con el señor Bourrelier; en mi ingenuidad imaginaba que debíamos de tener derecho a algún tipo de permisos, y efectivamente, ese era el caso, pero no era posible tomarlos (salvo en casos concretos vinculados al estado civil, matrimonio, nacimiento, defunción, que yo no podía argüir) hasta después de un año de trabajo. Jean-François estaba muy enojado. Me dijo que no podía hacer una excepción porque crearía un precedente, pero en cambio, añadió, y solo por una semana, podemos arreglarnos; usted se compromete a hacer sus fichas y sus páginas, y nosotros cerramos los ojos con respecto a su obligación de presentarse aquí durante cinco días. Si en algún momento uno de sus colegas pregunta, diremos que está usted enfermo y que trabaja en casa, y ya está. Pero sobre todo que no le suceda nada allí y no pierda el avión de regreso, ¿eh?, nos



veríamos obligados a echarlo.

Así pues me iba a tocar viajar con mis combatientes muertos y con Casanova, extraña compañía, pero bueno, Judit tenía clases durante todo el día, yo trabajaría al mismo ritmo que ella, y asunto solucionado. Y una semana era mejor que nada. Además, para viajar a Túnez, fraternidad magrebí obliga, no necesitaba visado, solo un pasaporte, y el viernes 15 de julio de 2011, a última hora de la tarde, tras hacer un agujero casi definitivo en mis ahorros, tomaba un avión por primera vez en mi vida. El aeropuerto Ibn Battuta está junto a la Zona Franca, fui a pie al salir del trabajo; me había vestido bien, había cogido una chaqueta y una camisa a pesar del calor; los zapatos embetunados, un tanto emocionado, debía de apestar a neófito aeroportuario. Traté de pasar por un habitual, como si el aeropuerto fuese una discoteca o un bar al que pudiesen negarte la entrada, impostando un desprecio cansino ante las formalidades, la obligación de desvestirse, la angustia en el corazón; temía que algo saliese mal, que el aduanero, al introducir mi nombre en su ordenador, se enterase de que estaba buscado por la policía, que su pantalla empezase a parpadear, que una sirena se pusiese a sonar y una escuadra de enormes polis con gorras grises se me echase encima, pero no, nada de eso, retuvieron mi pasaporte sin apenas mirarme y tras una espera que se me hizo demasiado larga ante los ventanales que daban a la pista, subí al avión, no cagado de miedo, no exageremos, pero tampoco tranquilo; a través de la ventanilla vi a un tipo con un casco en las orejas caminando junto al avión, que retrocedía, como si llevase un perro de la correa, era bastante extraño; quedé muy sorprendido por el ruido de los motores y la potencia de la aceleración cuando el Airbus rodó sobre la pista, me dije que aquella cosa jamás lograría despegar, cuando finalmente se separó del suelo experimenté un gran sobresalto, sentí una enorme exaltación cuando, inclinado sobre el ala, echado contra la ventanilla por el ángulo de la curva, Tánger y el Estrecho aparecieron, allí abajo, como jamás los había visto.

Judit había vuelto tres días a principios de junio, tres días de felicidad, de perfecta armonía y de placer que me habían dejado triste y más solitario que nunca cuando llegaron a su fin y regresé con mis compañeros de piso. Yo no había querido recibirla en mi casa, primero porque solo tenía una cama simple, luego porque estaba celoso, no quería que otro marroquí se le acercase, y mucho menos los tres energúmenos que compartían mi vida cotidiana. Solo con imaginarlos viendo a Judit en pijama, quién sabe si espiándola en el cuarto de baño, me entraban ganas de cometer un asesinato. La idea de no ser yo el único árabe de Judit, me volvía loco. Yo sabía que ella ya había tenido novios, como ella decía, que tenía compañeros de universidad, amigos, por supuesto, pero en mi cabeza aquellos catalanes eran una categoría aparte. Yo era otra cosa. Era su árabe. Quería ser el único árabe en la vida de Judit. (Recelaba, hay que reconocerlo, de su estancia en Túnez; la imaginaba como el blanco de los incesantes avances de las hordas de jóvenes tunecinos frustrados; estaba bien situado para saber lo que podían sentir). Así que me las arreglé para dar con dos habitaciones

pared con pared en un pequeño hotel; la ley marroquí, campeona de las buenas costumbres, nos prohibía tomar una sola habitación sin estar casados. Nuestros balcones se comunicaban, y por lo menos no estábamos obligados a salir al pasillo para encontrarnos. Era bastante divertido, tenía una parte aventurera. Pero aun así, cuando Judit me preguntaba por qué no podemos tener una habitación doble, a mí me daba un poco de vergüenza responderle que era porque yo era marroquí: de haber sido extranjero nadie nos hubiese molestado.

Durante esos tres días no salimos mucho del hotel, aparte de algunas excursiones, al cabo Spartel, a las grutas de Hércules, al museo de la Alcazaba y al cementerio de Marshan para ver la tumba de Chukri; los comentarios de los camareros, los empleados de museo o hasta de los transeúntes, cuando me veían solo con Judit, no me animaban a salir: aquella mezcla de desprecio, de envidia y de crasa vulgaridad era tan agradable como una patada en el culo, me entraban ganas de rebotarme y mentarles la madre o la hermana a los interesados. Pasear con Judit suponía recibir, en cada esquina, una considerable cantidad de escupitajos simbólicos, porque era joven, marroquí y deambulaba en compañía de una europea sin aparentemente pertenecer a la clase social que frecuentaba las playas privadas o los bares de los palacios, pues esos sí que podían permitírselo. Hasta Judit se daba cuenta, y yo notaba que lo sentía por mí, lo cual todavía me entristecía más. Incluso en la tumba de Chukri vino a jodernos un cretino de mi edad; me preguntó en árabe qué hacíamos allí, lo cual en un cementerio no deja de ser una tontería de pregunta; yo le respondí venimos a que nos entierren, claro, aunque tenía ganas de decirle «Venimos a tu entierro, cabrón», pero no me atreví. A fin de cuentas, puede que fuese sincero, quizá trataba de ayudarnos.

Creo que me convertí un poco en un salvaje, la verdad. Encerrado en mis libros, en soledad, a solas con Judit, ya no tenía contacto alguno con el exterior, aparte de mis tres compañeros de piso, a los que no podía llamarse un auténtico «mundo exterior».

Entretanto, había leído *El pan desnudo*, y también la continuación, *Tiempo de errores*; me vi obligado a excusarme ante Judit: ese Chukri era algo fuera de lo común. Su árabe era seco como los golpes que le había dado su padre, duro como el hambre. Una lengua nueva, un modo de escribir que me pareció revolucionario. No tenía miedo, lo contaba todo sin ocultar nada, ni el sexo, ni la violencia, ni la miseria. Por momentos, sus andanzas me recordaban mis meses de vagabundeo; la sensación era tan fuerte que me veía obligado a cerrar el libro, igual que se aleja uno de un espejo cuyo reflejo no le conviene. Judit estaba contenta de que me hubiese rendido a la evidencia; me contaba la historia excepcional del texto de *El pan desnudo*: publicado primero en traducción, en Marruecos estuvo prohibido en árabe durante casi veinte años. El porqué no era difícil de imaginar: la miseria, el sexo, la droga, no debían de ser del gusto de los censores de la época. La ventaja hoy día es que los libros tienen tan poco peso, se venden tan poco, se leen tan poco que ya no vale la

pena prohibirlos. Chukri fue enterrado con todos los lujos, con ministros y representantes del Palacio, en Tánger, hace unos veinte años; como si todos aquellos notables festejasen su muerte acompañándolo a la tumba.

La partida de Judit, después de nuestros tres días y tres noches, me hundió en la tristeza y la soledad; yo las combatía como de costumbre, con trabajo, lectura hasta quemarme las pestañas y poesía amorosa. Pensaba en los cuarenta y cinco días que me separaban de mi viaje. Miraba páginas y páginas de información sobre Túnez y la Revolución. Ibn Battuta no le dedicó a Túnez más que unas pocas líneas, según sus palabras, había muchos ulemas importantes; estuvo allí cuando se cumplía el fin del Ramadán, y participó en la fiesta. Yo mismo estaría allí antes del inicio del ayuno, lo cual me daba apenas un mes de diferencia sobre mi ilustre predecesor.

Como si fuese a propósito, tuve un nuevo golpe de suerte: dos días antes de tomar el avión, recibí el primer *mail* de Basam. Reconozco que ya no pensaba tan a menudo en él y en el jeque Nuredine, que no había regresado al barrio desde el incendio del Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico, que vivía un poco como en el exilio hasta que una mañana, echando una ojeada como siempre al levantarme a mi bandeja de entrada para ver si ya tenía respuesta de Judit a mi misiva de la víspera, encontré un mensaje extraño que al principio tomé por uno de esos correos que te proponen alargar cinco centímetros tu virilidad sin esfuerzo alguno, o comprar Viagra a buen precio para reforzarla; el remitente tenía por nombre «Cheryl Bang» o algo parecido. Lo que me intrigó fue el tema del correo: noticias, y lo abrí; era un texto de solo tres líneas:

Mi muy querido hermano, ¿cómo te va? Yo estoy lejos y resulta difícil pero *In cha' Allah* nos veremos pronto en esta tierra o en el Paraíso. Cuídate, *juya*, piensa en mí y todo irá bien.

No estaba firmado, y por un momento me pregunté si no sería un *spam*, pero no sé, tuve la impresión de oír a Basam en aquellas líneas, estaba seguro de que era él. ¿Por qué un mensaje así? ¿Para tranquilizarme? Estaba lejos, era difícil, ¿dónde podía haberse metido? ¿En Afganistán? ¿En Mali? No, allí seguro que no había internet. Quién sabe, quizá los combatientes de Al Qaeda del Magreb Islámico tenían wifi en sus tiendas. O acaso me escribía desde una prisión secreta. O puede simplemente que aquellas pocas palabras no fuesen tuyas, sino generadas automáticamente por una máquina, y me estaba equivocando por completo.

Confieso que estuve tentado de responder a aquel Cheryl; no lo hice. Tenía miedo; después de todo, si me había escrito desde aquella extraña dirección y sin firmar su mensaje seguro que era por algo. Lo imaginé en su País de Tinieblas, con el Jidr que traía sus mensajes hasta mí, ese País de Tinieblas donde él manejaba el sable, el fusil o la bomba, enardecido por los rezos, junto con otros combatientes como él, una cinta ceñida a la frente, tal como aparecen en los vídeos en internet. Pero está claro que era muy diferente, las montañas desérticas de Afganistán o los rincones más perdidos del Sáhara.

«Cuídate, *juya*, piensa en mí y todo irá bien», partí hacia Túnez con esa frase en mente.

A Judit no le conté nada.

Y eso que se lo había explicado todo, en medio de la noche, aquellas primeras noches, Meryem, Basam, el jeque Nuredine, mis meses de vagabundeo, el apaleamiento de libreros y ella había tenido lástima de mí, me había acariciado en la oscuridad como pone uno el bálsamo mágico de un beso sobre los dolores de un niño que llora; le había confiado mis temores acerca del atentado de Marrakech, ella me confesó que también ella lo había pensado cuando se encontró de bruces con Basam saliendo de su hotel. Al principio, dijo, creí que estaba contigo, que me habías preparado esa sorpresa, viajar hasta Marrakech con él. Y luego tuve un poco de miedo, eso es, me dio miedo, estaba extraordinariamente nervioso, decía, febril, como si estuviese enfermo. Miraba todo el rato a su alrededor. Durante un tiempo me pregunté si, en nuestras conversaciones en Tánger, habríamos mencionado el nombre de aquel hotel. Puede ser, aunque no me acuerdo. Todo eso resulta bastante espantoso.

Yo estaba de acuerdo, todo aquello resultaba un tanto espantoso; por *mail* yo le había hablado del atentado en el Café Hafa y cuando volvió a Tánger le enseñé el retrato-robot. Ella se limitó a decirme es él, es horrible, hay que hacer algo.

Es él, es atroz, es Basam, se ha vuelto loco, tienes que ir a la policía a contarle.

Yo traté de convencerla, no es él, si estuviese en Tánger lo sabría, de un modo u otro se habría puesto en contacto conmigo, y se calmó un poco.

Estamos jugando a darnos miedo, dije.

No quería preocuparla más diciéndole que había recibido ese *mail* enigmático. Quería que Túnez fuese perfecto, mágico, como mágico había sido Tánger seis semanas antes; quería estar allí para ella, ayudarla en sus cursos, hablarle durante horas de gramática y de literatura árabes, besarla lo más a menudo posible y ver lo que había ocurrido con la Revolución.

Nada más.

Judit vino a buscarme al aeropuerto; los aduaneros tunecinos se parecían a los marroquíes, grises y toscos; me montaron un pollo porque no había rellenado la ficha de desembarque, de la que yo ignoraba hasta que existía, pero sintieron lástima y me dejaron salir sin tener que hacer la cola otra vez.

Judit me esperaba justo a la salida, vacilé un segundo sin decidirme a abrazarla; después de todo estábamos en el aeropuerto de un país revolucionario. Dejé mi pequeña maleta, tomé a Judit por el talle, ella echó sus manos alrededor de mi cuello y nos abrazamos, hasta que fue ella, un tanto molesta, quien puso fin a tanta efusión.

Acababa de tomar un avión por primera vez y por primera vez estaba en el extranjero. Judit hablaba mucho, muy rápidamente, de Túnez, de sus cursos, de la ciudad, de donde estaba viviendo, de sus compañeros; yo la miraba, sus largos cabellos aclarados por el verano, sus rasgos finos, precisos, una cierta redondez alrededor de los pómulos; sus labios, que todos aquellos sonidos saliendo de su boca no dejaban jamás tranquilos.

La noche caía.

Judit había decidido regalarme un taxi para ir a la ciudad; a nuestro izquierda veíamos la laguna, el lago de Túnez; el cielo todavía un tanto enrojecido al oeste.

Vivía en un apartamento minúsculo bastante encantador a diez minutos a pie del instituto donde tomaba sus cursos; en la planta baja, al lado de un edificio, dos habitaciones blancas que daban a un pequeño patio también blanco, embaldosado de loza azul: un cuarto con un gran colchón en el suelo y una pequeña mesa de despacho, y una cocina-comedor-sala de estar; todo junto no debía de medir más de treinta metros cuadrados, pero las proporciones eran perfectas; reconozco haber sentido un gran placer al retomar cada mañana a mis peludos reventados mientras contemplaba cómo en el patio menguaba la sombra y cómo más tarde el sol del verano estallaba sobre las baldosas azuladas; por la tarde, cuando Judit volvía, regábamos el suelo y nos echábamos sobre las baldosas, desnudos en la falsa frescura de la humedad, hasta que caía la noche.

El sábado, Judit me hizo visitar el centro de Túnez y el casco antiguo; el calor era menos sofocante de lo que creíamos: un poco como en Tánger, una ligera brisa soplaba desde el mar. Sin embargo, la reverberación era tan poderosa que la laguna parecía una inmensa extensión de sal, de un blanco brillante. El dialecto tunecino me resultó divertido, más melodioso que el marroquí o el argelino, ya con algo oriental, me pareció. La Medina era un vasto laberinto que devoraba a los turistas, había que perderse en sus callejones para que dejaran de llamarte cada dos minutos, «amigo, amigo, ¿un té, amigo? ¿Una alfombra, un souvenir?». Yo me sentía bastante orgulloso porque en compañía de Judit la mayoría de las veces se dirigían a mí en francés.

La víspera, día de mi llegada, habían habido violentos enfrentamientos entre manifestantes y policías ante el palacio del gobierno, en la plaza de la Alcazaba; todo el barrio había sido cercado, y la sentada de jóvenes que entre otras cosas pedían la dimisión del ministro del Interior había sido dispersada a porrazos y con gases lacrimógenos. Las webs llamaban a hacer revivir la Revolución, pues parecía estar muriendo, o acabándose, eso según, y las elecciones, en octubre, tal como estaba previsto, devolvieron el poder a los islamistas de Ennahda. Los jóvenes se daban cuenta de que iban a robarles los frutos de la revuelta, y que el motín iba a alumbrar un gobierno más de conservadores, por no decir reaccionario; democrático, eso era cierto, pero uno no iba a poder reírse mucho más que en tiempos de Ben Ali. Llegando a la plaza de la Alcazaba todavía con barricadas, atestada de coches de polis y de hombres con casco, yo me imaginaba notando el olor punzante de los lacrimógenos, las lágrimas ácidas de los revolucionarios. Los combates de la víspera se habían extendido a una buena parte del país y a Sidi Buzid, bastión de la protesta, la policía había llegado a disparar con balas reales, pretextando que era para asustar a la muchedumbre, pero no obstante un chaval de catorce años había resultado muerto por una bala perdida. Según lo que pude leer en internet, muchos militares pensaban

que la concentración del viernes había sido organizada por los islamistas.

En el calor del verano, los tunecinos se quejaban más de la ausencia (relativa) de turistas que del gobierno provisional. Todos ellos se agarraban a la fecha del 23 de octubre, que pondría un término democrático, según parecía, a los gases y a los porrazos.

En mi opinión, quizá por ser extranjero, había una cierta tristeza en aquella transición, en la post Revolución, Túnez parecía como paralizada, petrificada en el humo de las granadas y la blancura del verano.

Yo no era Ibn Battuta: no iba a reunirme con los ulemas importantes, ni a escuchar los sermones en las mezquitas, aunque no me hubiese disgustado, pero habría tenido que ir solo: en Túnez, así como en Marruecos, las mezquitas les están prohibidas a los no musulmanes. Como a Judit esta medida le parecía bastante discriminatoria —ella aseguraba que en El Cairo o en Damasco no era así en absoluto—, investigué el motivo, y resulta que fueron los franceses, más concretamente el primer general residente en Marruecos, Lyautey, quien instauró esa ley, que luego se extendió en todo el Magreb bajo dominación francesa, para asegurar el respeto entre las diferentes comunidades religiosas. No sé si está bien o mal, pero a mí me parecía extraño que los turistas pudiesen entrar libremente en la mezquita de los omeyas o en la de Al-Azhar y no en Kairuán o en Zituna, sin mencionar que Judit, sin ser musulmana, se sabía de memoria numerosos pasajes del Corán y era absolutamente respetuosa en temas de religión. Así pues, por solidaridad, no entré a ver el famoso patio de las columnas antiguas y las salas de oración de la mezquita más célebre del Magreb, por eso que no quede. En el fondo yo no había ido allí más que para estar con ella, la semana pasó rápidamente; a mí me parecía que nuestros vínculos eran cada día más fuertes, más íntimos, hasta el punto de que pronto iba a ser muy difícil separarnos. Hablábamos una lengua que solo nos pertenecía a nosotros, una mezcla de árabe literario, dialecto marroquí y francés; día a día, Judit hacía enormes progresos en árabe. Y en efecto, cuando tuve que dejar Túnez, tras siete días de soldados muertos, de Casanova —Judit me miraba mientras trabajaba por encima del hombro, se reía de mis peludos y la lengua del veneciano le parecía bastante difícil de entender—, de sesiones de piscina de pobre en el patio, de paseos a La Goleta, a Cartago y a La Marsa, cuanto más se acercaba la hora de partir más deprimido me sentía por volver a Tánger, sobre todo considerando que esa vez no teníamos ninguna perspectiva de volver a vernos próximamente, ningún proyecto. Judit me prometía que volvería en otoño, aunque no sabía ni cuándo ni cómo, seguro que no tendría dinero.

Aun así, hubo que resolverse a partir.

—Ahora me toca ir a mí —dije tomándola entre mis brazos en el aeropuerto de Túnez.

—Eso estaría bien...

—Voy a buscar una solución para ir a Barcelona. *Allah karim*.

—*Sahih*. Entonces te espero.

—*In cha' Allah*.

—*In cha' Allah*.

Y así me fui, con el corazón en los zapatos.



La vuelta fue muy dura, tuve que arremangarme y trabajar duro porque no había conseguido mantener mi ritmo con los fiambres; ya no tenía dinero; estaba hasta los cojones de mis compañeros de piso, agotado de su gilipollez; yo contaba con el Ramadán para animarme un poco pero el ayuno, en medio de tanto calor, en los largos días de aquel verano, resultaba penoso y yo mismo, más allá de las circunstancias, no conseguía, estando solo, dar con el lado festivo y espiritual que habrían hecho soportables el hambre y la sed; no dejaba de pensar en el Ramadán anterior, con Basam, el jeque Nuredine y los compañeros del Pensamiento Coránico, nuestro *iftar* en el pequeño restaurante de al lado, las lecturas del Corán hasta bien entrada la noche y el sabor de la infancia, el sabor familiar y a familia que tenía el mes del ayuno y que ahora me venía a la memoria, cierto, pero para hundirme en una triste melancolía. Allí solo, el *iftar* no era más que un momento de tristeza y, aunque nos esforzábamos por permanecer juntos, mis terribles compañeros y yo, las sopas liofilizadas, las latas de sardinas o los fideos (por no mencionar sus comentarios) ahondaban en esa tristeza. Luego me sumía solo en mi Corán y mi Ibn Kazir, pero sin lograr concentrarme, los nombres de los peludos y las memorias de Casanova me bailaban ante los ojos; por más que probase a romper el ayuno en el restaurante e ir a la mezquita a escuchar las lecturas, no conseguí nada.

Al cabo de dos semanas dejé de ayunar, furioso contra mí mismo, pero qué más da, mejor no fingir. Pasaba más tiempo en la oficina, porque el aire acondicionado era agradable para trabajar: en mi casa sudaba sobre el teclado incluso sin camisa. Imaginaba a mis combatientes sufrir de sed en verano, en las trincheras, el lodo debía de secarse y endurecerse, era sorprendente la cantidad de muertos, todos tenían un nombre, un lugar, a veces consultaba la base de datos para ver quiénes habían muerto en el mismo sitio, a medida que avanzábamos introduciendo datos íbamos entendiendo la dimensión de la catástrofe, Verdún, la Somme y el Camino de las Damas estaban a la cabeza de las matanzas, de pronto, después del trabajo me sorprendía mirando en internet documentales sobre la Primera Guerra Mundial: el infierno de los obuses, la vida en las trincheras, las decisiones militares llenas de terror y de cinismo. Con los documentos que estábamos digitalizando, yo reconstruía la campaña de Belkacem ben Mullub y muchas otras:

Diario de marcha y de operaciones del 3.<sup>er</sup> regimiento de tiradores argelinos, noviembre de 1914. El 5 de noviembre del 14: A la 1 hora ataque alemán en el frente de las secciones más avanzadas. Este ataque ha sido detenido por nuestro fuego. A las 6 violento ataque alemán sobre todo el frente del 2.<sup>o</sup> batallón. Este ha quemado casi todos sus cartuchos, se repliega pero se aferra a las antiguas trincheras a lo largo del camino ocupadas por él el 3. El 3.<sup>er</sup> batallón se instala en sus galerías de comunicación frente al norte. La 12.<sup>a</sup> compañía es enviada como refuerzo pero no puede detener totalmente el movimiento de repliegue. Lucha ardiente toda la jornada. Los refuerzos que le son enviados llegan demasiado tarde: el enemigo detectó el punto débil y atacó con fuerzas muy superiores. Pero el alemán no pudo franquear el canal del Yser. 6 de noviembre a las 14: a las 5 violento tiroteo sobre toda la línea acompañado por un violento cañoneo. Ningún movimiento de tropas. La 9.<sup>a</sup> compañía tiene tres muertos por fuegos de filas [...]

Y entre ellos Belkacem, que ya no verá el fin de la guerra, no volverá a

Constantine.

Recibí un segundo mensaje de Basam, esta vez estaba completamente seguro de que se trataba de él: «¡Ramadán *karim*, Lajdar *juya*! Aquí sufrimos, pero resistimos».

El *mail* lo enviaba desde un remitente igualmente extraño, pero diferente, Robert Smith o algo por el estilo.

Siempre misterioso.

A veces, para aclarar las ideas, a última hora de la tarde iba a bañarme a una de las playas del otro lado del aeropuerto; el Atlántico estaba frío y agitado, era agradable, yo pensaba mucho en Judit y soñaba que venía a visitarme de improvisto, o que era yo quien iba a su encuentro. Ella estaba de vacaciones con sus padres en algún lugar de España, y no escribía mucho, solo algún mensaje de vez en cuando, desde su móvil. Yo temía que me abandonase, que se cansase, que encontrase a otro.

Tenía que partir. Tánger me resultaba insoportable.

Había decidido hablar de ello con el señor Bourrelier, quizá a él se le ocurriese algo, a fin de cuentas, entre aficionados a las novelitas de detectives hay que ayudarse mutuamente. Le pedí si por casualidad podía conseguirme un trabajo en su empresa en Francia. Me miró asombrado: ¡en Francia! Precisamente, si estamos implantados aquí es porque cuesta más barato, ¡no para enviar a los trabajadores a Francia! Además, tu novia, ¿no está en España? (Cuando estábamos solos había empezado a tutearme). Yo asentí, diciéndole que no hablaba demasiado bien español, y que de todos modos, con un visado Schengen, uno podía ir por todas partes.

—Imposible —me dijo—, si en Marruecos hubieseis hecho la Revolución, ahora podríais desembarcar por miles en Ceuta o en Tarifa como los tunecinos en Lampedusa. Luego Zapatero os hubiese pasado los papeles para enviaros hacia el norte, como regalo a Sarkozy, igual que Berlusconi... Es una lástima...

Al cabrón le divertía.

—Efectivamente, no hubiese sido mala solución. Pero aquí la Revolución ha terminado. La Reforma de la Constitución ha sido adoptada, y va a haber elecciones para elegir un nuevo gobierno.

—¿Y estás contento?

—No sé. Lo único que quiero es ser libre para viajar, para ganar dinero, para pasearme tranquilamente con mi novia, para besarla si me apetece, para rezar si me apetece, para pecar si me apetece y para leer novelas de detectives si me da la gana sin que nadie tenga nada que decir aparte del propio Dios. Y eso, eso no va a cambiar tan fácilmente —le dije.

Él me miró con aspecto grave; de repente tuve la impresión de que me tomaba en serio.

—Sí, por eso, no está ganado.

—Todos los jóvenes son como yo —añadí. De repente me sentía inspirado—. Los islamistas son viejos conservadores que nos roban nuestra religión, cuando debería pertenecernos a todos. No proponen más que prohibiciones y represión. La izquierda



Aquella noche volví a caer en manos de mis pesadillas. Soñé que abofeteaba a Judit, muy duro, que la golpeaba porque estaba celosa de Meryem; le pegaba con todas mis fuerzas, y ella gritaba, aullaba resistiéndose a los golpes, pero no huía; al cabo de un momento yo me encontraba con Meryem en su habitación, empezaba a acariciarla, a desnudarla, le ponía la mano entre las piernas, estaba tibio, entonces me volvía hacia un viejo Jeque que estaba junto a la cama, y él me decía es normal Lajdar, al cabo de cierto tiempo la muerte calienta los cadáveres, es así, y a su vez yo le decía es un poco fastidioso, con toda esa sangre que sale de ahí, y él me respondía pero es de ti de donde sale toda esa sangre, y yo me miraba la verga, un líquido rojo fluía de la uretra, de forma continua: cuanto más me excitaba al contacto con el cuerpo ardiente de Meryem, al contacto con sus despojos devenidos incandescentes por la larga muerte, más sangre surgía; penetré a Meryem, mi sexo se consumía en el suyo; ella seguía con los ojos cerrados. Judit había reemplazado al Jeque en su lado de la cama: ella decía sí, sí, así, dale, ¿te das cuenta?, la estás llenando, está bien, mira, y efectivamente la sangre salía de los labios inmóviles de Meryem, desbordaba por su nariz sobre sus blancos dientes, yo estaba asustado pero no podía detenerme, iba y venía dentro de ella en una húmeda tibieza.

Me desperté con el bajo vientre pegajoso de semen, el corazón a cien por hora.

Me dije que estaba loco, aquejado de una terrible enfermedad mental; me acurruqué en la noche como un chucho, gimiendo de angustia.

II

*BARZAJ*

Por todo rastro material de mi infancia me quedan dos fotos que he llevado siempre en mi cartera, una de Meryem cuando era pequeña, de vacaciones en el pueblo, sentada contra un árbol, y otra de mi madre con mi hermanita Nur en sus brazos. Nada más. Durante mucho tiempo me he preguntado qué habría sucedido si en lugar de huir siempre más lejos, en lugar de tratar de escapar de las consecuencias de mis actos, hubiese regresado a casa de mis padres, si hubiese insistido, si hubiese intentado imponerme a cualquier precio, hacer penitencia, aceptar todos los castigos, todas las humillaciones, durante mucho tiempo me he preguntado si al final me habrían aceptado, si habría podido recuperar mi lugar junto a ellos. Está claro que más vale no preguntar, hay que aceptar los viajes, que son el otro nombre del Destino. Del mismo modo que aquellos soldados de 1914, que salieron de sus pueblos o de su *douars* sin saber lo que les esperaba, el 21 de septiembre de 2011 yo subía a bordo del transbordador *Ibn Battuta* de la compañía Comanav-Comarit en el puerto de Tanger Med para mi primera travesía cruzando el Estrecho con destino a Algeciras, como camarero en el bar y chico para todo, fundamentalmente chico para todo. Grumete, vamos. El nombre del buque, *Ibn Battuta*, me pareció una Señal, un buen presagio. La tripulación miraba divertida al enchufado que no había puesto nunca un pie en el agua, pero bueno, pensaba yo, la cuestión sería conseguir que me aceptasen poco a poco. Trataba de ser servicial y de responder con gentileza a las miradas de desprecio, con lo cual corría el riesgo de pasar por un simple o un imbécil, pero qué íbamos a hacerle, estaba en el mar, de camino a España. Evidentemente, no disponía de visado para salir del puerto de Algeciras; de momento debía hacer viajes de ida y vuelta, círculos en el Estrecho que, no obstante, un día u otro acabarían por permitirme desembarcar.

No tenía plan.

El amigo de Jean-François había aceptado contratarme por un sueldo miserable que apenas me llegaba para pagar el alquiler en Tánger, pero no te preocupes, dijo, están las propinas, las primas, los extras. El señor Bourrelier sintió que me fuese, todavía quedaban kilómetros de muertos a los que darles una existencia informática y libros que esperaban una nueva vida electrónica, pero en el fondo estaba contento por mí, creo yo. Bueno pues, que tengas suerte, me dijo tendiéndome la mano, y sobre todo no lo olvides, si quieres volver serás bienvenido.

El *Ibn Battuta* no era el *Pequod*, nada de un solo mástil, nada de aceite de ballena: era un viejo navío británico de ciento treinta metros de largo construido en 1981, que podía transportar mil pasajeros y doscientos cincuenta coches a diecinueve nudos, y eso a pesar del buen metro de espesor de las diferentes capas de pintura que a la fuerza debían de hacerlo más pesado. Se tardaba entre una hora y media y dos horas en llegar a Andalucía, hacíamos dos rotaciones al día; o bien empezaba a ayudar en el embarque de camiones y coches a las seis de la mañana y volvía a las seis de la tarde, o bien empezaba a las once de la mañana, en cuyo caso estaba de regreso en casa a las once de la noche.

Me acordaré toda la vida de mi primera travesía. Yo había visto el mar todos los días desde que nació: me había pasado horas enteras observando cómo aquellos transbordadores atravesaban el Estrecho y ahora estaba a bordo de uno de ellos. Estábamos en septiembre, la temporada de la migración hacia el norte todavía no había terminado, el barco estaba lleno de marroquíes que volvían a sus casas, en España, en Francia o en Alemania. Cajas cargadas a fondo, remolques, familias enteras (abuelo - abuela - padre - madre - hijo - hija y hasta a veces tío - tía - primos) se apiñaban a menudo en dos o hasta en tres coches, en caravana, su deseo de regresar parecía inversamente proporcional a su edad: los jóvenes estaban tan impacientes que hacían suspirar a los viejos. Para aquella gente, la travesía era un pequeño recreo antes de la larga ruta que les esperaba, doce, veinte o hasta treinta horas en coche.

Era el primer día y yo no sabía hacer nada; se suponía que debía ayudar a los que maniobran los vehículos, pero, como no sabía guiar a los conductores para que aparcasen, el responsable de carga no tardó en librarse de mí diciéndome que me largase a otra parte, de hecho lo hizo de la forma más vulgar, así que subí al puente superior, donde estaba la cafetería, y ayudé al camarero a llenar las cámaras con Pepsis, hasta que también él me mandó a paseo cuando se me rompió una botella. Fui a acodarme en la borda a la espera de zarpar. El puente olía a una mezcla de marea y gasóleo, el metal vibraba despacio bajo mis brazos, al ritmo de los motores; la fila de coches y de camiones disminuía, iban desapareciendo en el vientre del *ferry*, era prodigioso ver la cantidad de materia, viva e inerte, que podía transportar aquel gigantesco bicho sobre el que nos hallábamos. El oficial que me había acogido tenía unos cuarenta años, él fue quien me dio la bienvenida a bordo, era el segundo del navío; yo no sabía absolutamente nada de barcos, aquello era un poco ridículo. Sobre todo, el nombre de las cosas. La marina es ante todo un vocabulario. Proa, popa, babor, estribor. Durante esos cuatro meses me dieron más patadas en el culo, reales y figuradas, que en el resto de mi vida. Pero acabé aprendiendo, por lo menos un poco; al final sabía hacer que los vehículos aparcasen como si fuesen sardinas; sabía orientarme por aquel inmenso bajel, desde las máquinas hasta la pasarela, y sobre todo poco a poco conseguí si no que los marinos me apreciaran, por lo menos sí que me aceptasen.

En el *Ibn Battuta* había pocos jóvenes. La inmensa mayoría de la tripulación había sobrepasado los cuarenta. Hay que decir que para un navío de ese tamaño no éramos muchos; la ausencia de servicio de cabina, así como de restauración (en fin, en la cafetería yo vendía bocadillos y patatas fritas, esto sí) permitía trabajar con un equipo reducido: la travesía era demasiado corta para andarse con esos detalles.

Yo no era Simbad, eso está claro. A pesar de la calma del mar, los movimientos del barco me provocaban una sensación extraña, como si hubiese fumado demasiados porros; no me sentía exactamente enfermo, pero tampoco del todo bien. Mi cuerpo, y en particular mis piernas, no parecían obedecer a las mismas leyes que en tierra

firme, tomadas por una ligera ondulación, o más bien una oscilación, un ritmo nuevo que hacía que hasta el más anodino de los movimientos —subir por una escalera, recorrer un puente— requiriese una atención diferente a la habitual: de repente, el desplazamiento ya no era un fenómeno tan natural como para ejecutarlo sin necesidad de pensar, al contrario, todo te recordaba que tenías que ser terriblemente consciente a riesgo de zigzaguear, de resbalar ligeramente o incluso, en noviembre, durante los dos o tres temporales que padecí, de caerte directamente de culo, proyectado sin contemplaciones contra el suelo por culpa del hipo de la embarcación.

Pese a todo, estar allí era magnífico: el paisaje era embriagador. Por la mañana, cuando el sol todavía estaba bajo, las colinas de Marruecos se alejaban, brillantes, hasta convertirse en manchas verdes y blancas, en promontorios para gigantes, para Hércules, del lado del cabo Spartel la luz parecía jugar con sus columnas; luego se acercaba la costa andaluza, y entonces pensaba en la expedición de Tareq ibn Ziyad, el conquistador de España, y en aquellos bereberes que aplastaron a los visigodos: yo comandaba mi propio ejército de camiones, de viejos Renault, de Mercedes; íbamos a reconquistar juntos Granada, y no iba a ser la Guardia Civil del puerto de Algeciras quien nos lo impidiera. Primero anestesiaríamos a todo el país con unas cuantas toneladas de hachís rifeño, lanzado en paracaídas sobre las grandes ciudades, nuestra ofensiva aérea; algunos regimientos de gnauas harían temblar con sus instrumentos las murallas de las últimas ciudades hostiles y por último mis vehículos de carga pesada y mis coches de emigrados saldrían del vientre del *Ibn Battuta* en un glorioso desfile para dirigirse hacia la Alhambra: España volvería a ser marroquí, tal como nunca debería haber dejado de ser.

Los polis del puerto de Algeciras debían de compartir mi punto de vista, puesto que desconfiaban de nosotros como de la peste; sospechaban que tratábamos de timarlos, que hacíamos contrabando, que dejábamos pasar a los ilegales. Es decir, digo nosotros pero me estoy refiriendo a los marinos más viejos del barco: en mi caso, se contentaban con despreciarme. Al llegar al muelle empezábamos con el desembarco; entonces me hallaba en suelo europeo, y al principio esa sensación me resultaba extraña; hasta que las alambradas y las barracas de la Aduana a mi espalda me mostraban a las claras que en realidad no estaba en ninguna parte.

A finales de octubre, mientras los tunecinos acababan de llevar democráticamente a los islamistas de Ennahda al poder, los españoles se preparaban para elegir a los católicos del Partido Popular, y los marroquíes, más o menos en el mismo momento, estaban a punto de ir a las urnas, yo empecé a cansarme de aquellas estériles idas y venidas por el Estrecho. Mi salario tardaba en llegar, no me pagaban, mis ahorros iban menguando hasta casi quedarme sin nada; el curro era bastante cansado y monótono. Aunque es cierto que hice un amigo entre la tripulación, Saadi, un viejo marino de unos sesenta años que había navegado por todos los mares del globo, y estaba en el Estrecho a punto de jubilarse. Me contaba historias inauditas, relatos dignos de novelas de aventuras, y yo hacía como que me los creía; por lo menos



matábamos el tiempo.

Ya no tenía tiempo para seguir con mi carrera de poeta: a casa llegaba demasiado reventado como para ponerme a escribir, e incluso leer se convirtió en una actividad dominical, cuando no trabajaba. Mi apartamento estaba muy lejos del puerto de Tanger Med y me pasaba tres buenos cuartos de hora en el bus para ir al trabajo o volver. Al final me preguntaba si dejar al señor Bourrelier no habría sido una soberana gilipollez. Hasta mi correspondencia con Judit se había resentido. Pensaba en ella, de hecho muy a menudo; al principio aprovechaba la escala en Algeciras para enviar una carta manuscrita a Barcelona —«Te escribo desde Andalucía»— pero enseguida nos dimos cuenta de que aquellas misivas y aquellas postales tardaban tanto en llegar como si las hubiese remitido desde Tánger. Judit cada vez se comprometía más con la contestación antisistema, como ella decía; se había unido a un grupo de reflexión vinculado al movimiento de los Indignados, estaban preparando varias acciones de envergadura para después de las elecciones. Lo que me contaba de la situación en Cataluña era bastante horroroso; según decía, la derecha nacionalista en el poder estaba cargándose de forma sistemática todos los servicios públicos, con la universidad en primer lugar: se suprimían asignaturas y los profesores veían cómo les bajaban el sueldo trimestre tras trimestre. Estaba preocupada: la calidad ya no es extraordinaria, así que no sé adónde iremos a parar, decía. Se hallaba en un punto muy delicado, en su último año de licenciatura, y debería escoger una orientación, seguramente un máster, o una larga estancia en el mundo árabe; dudaba si hacerse intérprete, estaba un poco perdida, y cada vez más indignada.

Yo había recibido uno o dos *mails* de Basam, siempre igual de enigmáticos, enviados cada vez desde direcciones distintas. No me preguntaba qué tal me iba; no me contaba qué hacía él; solo se quejaba de la dificultad de la existencia y citaba versículos coránicos. Un día, la sura de la Victoria: «Cuando vendrá la victoria de Dios y la Conquista», etcétera; otro la sura del Botín: «Y tu Señor reveló a los Ángeles: “Estoy con vosotros: fortaleced, pues, a los que creen. Yo infundiré el terror en el corazón de los que no creen. Golpeadles en la nuca”».

El atentado del Café Hafa no había sido reivindicado y los periódicos ya no decían nada. Solo las elecciones retenían el interés de la prensa, las elecciones en Túnez, en Marruecos, en España, uno tenía la impresión de que una ola de democracia recorría nuestro rincón del mundo.

Yo estaba suspendido, habitaba el Estrecho; ya no era de aquí y todavía no era de allá, eternamente en la línea de salida, en el *barzaj*, entre la vida y la muerte.

Mis pesadillas eran recurrentes y me pudrían la vida; o bien soñaba con Meryem y con ríos de sangre, o bien con Basam y con el jeque Nuredine; veía atentados, explosiones, combates, matanzas con arma blanca. Recuerdo que una noche especialmente horrible soñé que Basam, la mirada vacía, una cinta en la frente, degollaba a Judit como a un cordero sujetándola por los pelos. Esa escena atroz me

estuvo atormentando varios días.

Cuando tenía tiempo, trataba de rezar a horas regulares, para reposar el espíritu; con las prosternaciones rituales y la recitación recuperaba un poco la calma. Dios se mostraba clemente, me consolaba un poco.

Tenía que encontrar el modo de hacerme de nuevo con un fondo de novelitas de detectives, la única que me quedaba era el regalo de despedida de Jean-François: un ejemplar de *La morgue está llena*, de Manchette, que me dio porque lo tenía repetido. Era un buen libro, muy bueno de hecho, escrito en primera persona, la historia de un exgendarme llamado Eugène Tarpon convertido en detective privado sin trabajo, un bebedor de Ricard que tiene como única perspectiva regresar a lo más recóndito de Francia. Desesperadamente divertido, eso me aclararía las ideas.

Judit no tenía dinero para venir a visitarme; yo no tenía visado para tomar el bus en Algeciras y subir a verla. No podía dejar de mirar hacia España desde detrás de las rejas de la Aduana, igual que cientos de tipos como yo miraban las alambradas alrededor de Ceuta o Melilla; la única diferencia residía en que yo estaba en el continente. Durante mucho tiempo pensé en esconderme en un camión o tratar de pasar como quien no quiere la cosa entre la fila de coches, y puede que lo hubiese conseguido, pero para qué. Empezaba a perder la energía. La fuerza que me había dado la presencia de Judit, el cuerpo de Judit en Túnez se difuminaba poco a poco. Me contentaba con dejar pasar los días, con navegar, sin demasiada esperanza, dispuesto a pasarme la eternidad entre las dos orillas del Mediterráneo.

Sucedió en enero. Un golpe del Destino, uno más; no veíamos un céntimo de nuestro salario desde septiembre, yo a punto estaba de desesperar, planteándome muy seriamente reengancharme con los peludos muertos, Judit ya casi no me decía nada o respondía a mis mensajes muy lacónicamente hasta el punto que empecé a sospechar si no habría encontrado a algún otro, hasta que una tarde, cuando llegamos a Algeciras por la mañana como de costumbre y tras esperar todo el día la orden de hacernos a la mar sin comprender por qué no nos íbamos, el capitán nos convocó. En la cafetería éramos treinta y dos. Él tenía una cara rara, puede que sorprendido, o abatido, o las dos cosas a la vez. No se anduvo con rodeos. Dijo muchachos, los barcos están retenidos por la justicia española. No podemos movernos de aquí hasta nueva orden. La compañía debe millones de euros de carburante y de derechos portuarios. Así están las cosas. Alzó la vista hacia la sala. Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo. Él respondió a las preguntas de los que estaban más cerca. Sí, podéis volver a Tánger en un transbordador de la competencia, os cogerán, por supuesto. Pero eso será considerado como una desertión, una ruptura del contrato y perderéis todos vuestros derechos sobre vuestros salarios impagados en caso de que se vendan los buques. En fin, eso es lo que me ha parecido entender.

Aquello resultaba completamente absurdo. Estábamos atrapados en el puerto de Algeciras. Pues bueno, volveré, pensé. De nuevo con el señor Bourrelier y la Gran Guerra, de donde no debería haberme marchado.

El capitán continuó respondiendo preguntas.

—Por suerte los depósitos están llenos, tenemos carburante para electricidad y calefacción para mucho tiempo. También deberíamos poder arreglárnoslas para no morir de hambre. En el peor de los casos pediremos a los colegas que nos abastezcan desde Tánger.

»Yo estoy obligado a quedarme, sí. Pero vosotros... vosotros haced lo que queráis.

»Puede que dos semanas. Puede que menos. Bastaría con que la compañía pagase una parte de deuda para que nos levantasen el bloqueo.

»Sitio precisamente no nos faltará. Tenemos todas las cabinas... Hasta debe de haber sábanas y colchas extra.

»Yo qué sé, podemos jugar a las cartas. Si estuviésemos en la marina militar aprovecharíamos para pintar el casco.

Se echó a reír. Por otra parte, había varios tipos riendo. Pero también otros a los que aquello no les pareció tan divertido. Los que tenían mujer e hijos en Tánger, por ejemplo. Era una sensación extraña, estar encerrados allí, a diez millas de nuestra casa: menos de una hora en bicicleta en terreno llano.

El día siguiente, la noticia aparecía en el periódico local, que nos trajeron los estibadores españoles:

Un nuevo drama laboral en el sector marítimo recalca en el puerto de Algeciras. Un total de 104 marineros, los que componen la tripulación de los buques *Ibn Battuta*, *Banasa*, *Al-Mansur* y *Bughaz*,

afrontan una situación muy precaria, abandonados a su suerte por la naviera marroquí Comarit, que se encuentra en graves problemas económicos que están motivando un drama social que salpica también a otros puertos del Mediterráneo.

Había una foto del *Ibn Battuta*; en el puente se veía a varios marinos, entre ellos yo. Era la primera vez que aparecía en el periódico, me hubiese gustado pasarle el link a Judit por internet, pero evidentemente no teníamos conexión. Le envié un SMS para avisarla, me respondió casi inmediatamente «¡Es cierto! ¡Increíble! ¡Tenme al corriente!».

Durante un tiempo imaginé que tomaba un bus y venía a verme, a fin de cuentas ella podía entrar en la zona de la aduana sin ningún problema. Soñé que era el último marino en el *Ibn Battuta*; que teníamos el barco para nosotros solos, yo preparaba la cabina más hermosa y pasábamos unas vacaciones de ensueño, un magnífico crucero inmóvil, viendo cómo trajinaban los contenedores bajo las grúas y el vaivén de los transbordadores.

Pero bueno, había por lo menos treinta marinos entre mis sueños y yo. No me veía diciéndole al capitán o a Saadi «Necesitaría una cabina doble, he invitado a mi novia a pasar unos días con nosotros», como si nuestro *ferry* fuese una casa de campo. Recibíamos algunas visitas —periodistas o estibadores, sobre todo—, pero claro, nadie se quedaba a dormir.

El tiempo pasaba muy despacio. Por la mañana iba a dar una vuelta por el puerto, en la Zona; saludaba a los españoles que trabajaban allí, a menudo me ofrecían un café y charlábamos cinco minutos; entonces me preguntaban alguna novedad, y yo respondía invariablemente nada nuevo por el momento. Ellos me decían menuda locura, por lo menos podrían darte un visado para ir a dar un paseo por la ciudad, yo siempre respondía sí, no estaría mal, pensando sin demasiada confianza en que un buen día uno de ellos tomase la iniciativa y fuese a hablar con los de la Policía Nacional. Que te envíen naranjas de casa, es la temporada, decía uno que acababa de descargar un cargamento de cítricos, y se reía, y enseguida otro, más solidario, lo regañaba, le decía eso no debe de hacer ninguna gracia, ponte en su lugar, si nos hubiesen bloqueado a nosotros en el puerto de Tánger seguro que no te parecería tan divertido.

Después del café continuaba con mi paseo por las dársenas, registraba mentalmente los movimientos de los buques, había barcos para todo, de formas diferentes según su contenido; gallineros que transportaban miles de gallinas cacareadoras en jaulas; navíos cargados de plátanos y piñas que olían tan fuerte que uno tenía la sensación de sumergir la cabeza en un zumo de frutas; refrigerados que rebosaban productos congelados en contenedores especiales; inmensas gabarras cargadas de vías de tren, de arena o de cemento; graneleros como silos flotantes y portacontenedores modernos, auténticos inmuebles multicolores de diez pisos. Algunos venían de muy lejos vía Suez o el Atlántico, otros de Marsella, del Havre o de Europa del Norte; normalmente no permanecían en el muelle más de unas pocas

horas. Unos eran nuevos o estaban recién pintados, otros, además de su flete, cargaban con toneladas de óxido, uno se preguntaba por qué milagro no se quebraban a la primera ola.

Luego volvía al *Ibn Battuta*, siempre había algún trabajo que hacer, doméstico, lavado de puente, colada, pelar patatas; no habíamos llegado a pintar el casco, como sugirió el capitán, pero nos aburríamos tanto que si un alma caritativa nos hubiese ofrecido la pintura creo que nos hubiésemos puesto a ello. Estaba descubriendo la vida a bordo, o en el muelle, más bien.

La plaga de la marina son las cucarachas. Ellas son las auténticas propietarias del barco. Las hay por todas partes, por miles, en todos los pisos; salen por la noche, al punto que más vale no despertarse a las tres de la mañana y encender la luz: entonces siempre descubres a tres o cuatro, una o dos encima de tu colcha, una en la pared y una tranquilamente instalada en la frente de tu vecino de la litera de delante, entonces te imaginas que mientras tú dormías harían lo mismo, pasearse despacio sobre tus párpados cerrados, algo que al principio me aterrorizaba, hacía que me estremeciese de horror, pero al final te acostumbras. Vienen de los puentes inferiores, del calor de las máquinas; allí son superiores en número, los mecánicos viven con ellas. No tengo ni idea de cómo se alimentan, supongo que se sirven de nuestras reservas y comen en nuestros platos. Toda tentativa de erradicación está condenada al fracaso: tan pronto como un barco es contaminado por las cucarachas está jodido, ya no hay nada que hacer. Por más que lavásemos a fondo el puente y las crujías con lejía, y pusiésemos trampas en nuestras cabinas, allí estaban siempre. Saadi me contó que podían domesticarse, un poco como las aves. Me confesó que en otros tiempos, por la noche, en su carguero, durante las largas horas de espera, les había hablado.

Saadi, por así decirlo, me había adoptado: compartíamos una cabina, y durante el eterno aburrimiento de aquellas noches a bordo su compañía era mágica. Era maquinista; se ocupaba de los dos motores Crossley del buque. Escucharlo era como ojear un libro infinito del que uno jamás se cansaba, porque su contenido era ingente y ligeramente distinto cada vez. Me hablaba de los mares del Sur, de las islas de Sotavento, que son, que Dios me perdone, o eso decía él, la versión terrestre del Paraíso; los hombres que las han visto guardan para siempre esa herida en su corazón y no paran hasta que logran volver. También conocía los grandes puertos del mar de China, Hong Kong, Macao, Manila. Singapur es la ciudad más limpia del mundo; Bangkok la más ruidosa, la más turbadora también. Me contaba la interminable alineación de prostíbulos y de locales de striptease de Patpong, dónde los estadounidenses llegan por cientos; muchos hacen el viaje por solo eso, uno diría que en Estados Unidos no hay putas.

Había visto las Célebes con forma de gato, Java y Borneo, la larga Malasia y el estrecho de Malaca, donde los barcos son tan numerosos que hacen cola como coches en un atasco.

Me hablaba de las vacas de Bombay, que cualquiera puede ordeñar en la calle

para servirse leche directamente en la taza de té, y del puerto de Karachi, la ciudad más peligrosa del planeta, decía, tú no sobrevivirías allí ni un solo día. Es el reino del contrabando, la droga, las armas. La aduana no existe. Todo se paga en botellas de *whisky*. Las putas de Karachi son tan maltratadas que todas tienen cicatrices, moratones, quemaduras de cigarrillos.

Saadi había atravesado no sé cuántas veces el canal de Suez, había cruzado el ecuador para ir a Brasil, a Argentina, a Sudáfrica. Había visto tempestades tan violentas que un inmenso buque carguero podía bailar como una barcaza de pescadores y donde todo el mundo se ponía enfermo, todo el mundo, hasta el piloto, que gobernaba con un cubo a su alcance para vomitar en él; había visto a marinos muriendo en la mar, cayendo al agua, desapareciendo en la turbulenta inmensidad o palmándola a causa de una fiebre, de una súbita tristeza sin tiempo para llegar a tierra firme y ser atendido: entonces el cuerpo era lanzado al agua, o a veces se metía el cadáver bien comprimido en un congelador, según el parecer del capitán; había visto a marinos borrachos que no podían navegar sin una botella en la mano, a otros pelearse a cuchilladas por una mujer o una mala palabra y hasta piratas, en el golfo de Adén, inspeccionando su buque y luego abandonándolo después de una batalla campal contra una fragata militar, dejando a toda la tripulación encerrada en lo más profundo de la bodega. Lo raro es que los lugares de los que hablaba con mayor emoción eran Amberes, Rotterdam y Hamburgo, le gustaban los puertos del Norte, inmensos, activos, serios, situados junto a grandes ciudades donde había todas las comodidades modernas, metro, burdeles de gran lujo, escaparates, supermercados, bares de todo tipo donde la cerveza era barata; uno podía pasearse por allí sin miedo a una cuchillada en la espalda como en Karachi.

Imagina decenas de kilómetros de dársenas, decía, de una profundidad de más de veinte metros, a las que pueden acceder los barcos más grandes del mundo; barcos de alta mar que normalmente nunca ven puerto alguno: cuando nos cruzábamos con ellos en los canales con nuestros contenedores, parecía que fuésemos simples barcas, aficionados náuticos en comparación con aquellos mastodontes. Y las ciudades, oh, hijo mío, desgraciadamente nunca nos quedábamos mucho tiempo, pero tú no has visto jamás tantas torres, edificios de todo tipo, de todos los colores como en Rotterdam, por ejemplo. Nunca había visto tantos inmigrantes, de todas las nacionalidades posibles. Imagínate, no estoy seguro de haberme cruzado con más de dos holandeses. Por ejemplo, había un puticlub lleno únicamente de tailandesas. Recientemente he sabido incluso que el alcalde de Rotterdam era marroquí. Para que te hagas una idea de hasta qué punto respetan a los extranjeros, allá arriba. Un poco como en el Golfo, le dije yo. Eso le hizo reír. Pobre tonto. Veo que no me escuchas: Rotterdam y Doha, ¡nada que ver, imbécil! ¡Y Hamburgo! En Hamburgo hay supermercados de putas y lagos en medio de la ciudad. En Amberes, en el centro, tienes la impresión de estar en la Edad Media. Pero nada de una Edad Media mugrienta como en la medina de Marrakech o de Tánger, no, una Edad Media

elegante y ordenada, con plazas magníficas y edificios que te dejan sin respiración.

—Entonces sería más bien el Renacimiento —dije para joderlo un poco, para demostrarle que también yo sabía ciertas cosas.

—¿Y eso qué coño importa? Te aseguro que no has visto en tu vida un puerto como Amberes, Rotterdam o Hamburgo. Rotterdam fue completamente destruida durante la guerra, y mírala ahora. En nuestro país hacen falta dos años para volver a tapar un agujero en una avenida, imagínate cuántos siglos necesitaríamos para reconstruir Tánger si alguna vez la bombardeasen, Dios no lo quiera.

Saadi se había pasado treinta años en el mar, en una decena de navíos diferentes, y desde hacía cuatro años recorría el Estrecho a bordo del *Ibn Battuta*. Saadi se había divorciado y se había vuelto a casar con una mujer muy joven que acababa de darle un hijo del que estaba muy orgulloso.

—¿Por eso no te quedaste en alguna parte en Europa?, ¿por la familia?

—No, hijo, no. Es porque cuando te pasas meses y meses en una barcaza de acero lo único que te apetece es regresar a tu butaca, a tu casa. Europa está bien, es hermosa, es agradable visitarla en escala. Pero Tánger, eso es distinto, es mi ciudad.

Por mi parte, mi experiencia en la marina acababa de quedar cancelada con aquel naufragio en el fondo del puerto de Algeciras, nada muy glorioso. Le pregunté a Saadi si había visto antes algún caso parecido, algún barco atascado en el fondo de un puerto. Me contó que un buque de carga ucraniano fue abandonado por su armador en Barcelona al no poder pagar la carena y las reparaciones: toda la tripulación se fue salvo un marinero, que se quedó allí para cobrar la venta del buque y llevarle el dinero a sus compañeros. El ucraniano se pasó más de dos años solo en su barco, decía Saadi, viviendo de la caridad y de algún que otro billete que le enviaba desde Odessa la antigua tripulación. Todo el mundo en el puerto lo conocía; era un auténtico héroe. En aquel momento hacíamos la línea El Pireo-Beirut-Lárnaca-Alejandro-Túnez-Génova-Barcelona, a eso le llamábamos hacer el autobús. Cada dos semanas veía a aquel ucraniano. Era muy buena gente, con una voluntad increíble. Todos los días iba a joder a los de las oficinas de armadores y a las autoridades en busca de un comprador para su montón de chatarra para evitar así la subasta, donde lo hubiese perdido casi todo; créeme, Lajdar, un viejo buque de carga, incluso más o menos reparado, se vende casi como un Peugeot 205. Yo le echaba una mano para hacer girar los motores; me acuerdo, eran unos magníficos modelos soviéticos, unos auténticos relojes, hasta con sus miles y miles de horas de rodaje podrían haber dado la vuelta al mundo. La barcaza estaba en mal estado, eso está claro, hubiese sido necesario cambiar el eje de la hélice y rehacer una parte del sistema eléctrico, pero alguien iba a comprarlo, era solo cuestión de tiempo. Así que el ucraniano esperó. Tenía toda una serie de trucos para subsistir. Como estaba allí a tiempo completo, conoció a todos los estibadores, a toda la gente de la capitania, jugaba a las cartas con ellos, organizaba pequeños trapicheos con los barcos que estaban de paso, cigarrillos, alcohol y hasta cajas de caviar ruso que revendía a un tendero de lujo de la parte alta

de la ciudad. Un tío majo. Frecuentaba siempre el mismo prostíbulo y acabó casándose con una prostituta colombiana; un día, cuando atracamos como de costumbre en Barcelona, el barco ya no estaba allí. Había sido vendido a una compañía griega. Y todavía navega, no hace mucho me crucé con él. El tipo organizó una juerga de dos pares de cojones para celebrar que se largaba; invitó a docenas de conocidos a un oscuro tugurio y montó una juerga extraordinaria, créeme, legendaria, las amigas de la novia bailaban medio desnudas, todo el mundo acabó con una borrachera de muerte; al final de la noche, completamente ebrios, nos anunció solemnemente que iba a instalarse con su mujer en Bogotá, gracias a los millones de pesetas que había conseguido con la venta del barco; en Odessa dejaba novia y compañeros; se iba a América, bien lejos, con su hermosa mulata.

Según las malas lenguas, con la pasta tenía previsto meterse en el mundo del contrabando.

Más tarde se supo que lo habían matado de un tiro en la cabeza en plena calle en Barranquilla, sin que los rumores dejaran claro si lo alcanzó la venganza de los marinos de Odessa, si un traficante colombiano ajustó algún tipo de cuenta o si simplemente fue víctima de la mala suerte.

Es la única historia que conozco de alguien que haya permanecido tanto tiempo en un puerto excepto nosotros, hijo.

Era tranquilizador.

Las historias de Saadi tenían siempre un lado oscuro y trágico, nunca llegué a saber si aquel era el aspecto más sombrío de su personalidad o si, realmente, la vida de los marinos comportaba esa cara tenebrosa; nosotros éramos un centenar atrapados en Algeciras, en cuatro ferrys; yo dudaba que ninguno de nosotros llegase a huir a Colombia o a Venezuela con un solo centavo: las noticias no eran buenas; la compañía de navegación tenía una deuda gigantesca, en España, en Francia y en Marruecos; estaba claro que no íbamos a ver nuestros salarios perdidos. Al cabo de un mes de espera, desmoralizados, muertos de frío y de aburrimiento, cuando nadie parecía interesarse por nuestra suerte de náufragos económicos, se nos ocurrió la idea de dirigirnos a la prensa para llamar la atención de la opinión pública. El sindicato de estibadores nos echó una mano. Hubo varios artículos en los periódicos:

Del mismo modo que sus colegas bloqueados en Sète, los marineros de la Comanav-Comarit están pasando unos momentos difíciles en Algeciras. Desde principios de enero, la línea Tánger-Algeciras ya no está a cargo de esta compañía. Bloqueados en Algeciras, los marineros ven cómo su situación empeora día a día. Falta de víveres y de combustible, falta de salarios desde hace varios meses, falta del pago de las cotizaciones sociales...

Sin embargo, al contrario que los hombres de mar actualmente en puerto francés, los marineros de Algeciras se dirigen a los medios de comunicación. Con el apoyo de los españoles, han celebrado recientemente una rueda de prensa. Son bastantes y quieren volver a sus casas. Se trata de hombres que, por lo general, han dejado a mujer e hijos en Marruecos, los cuales, en ocasiones, viven en condiciones deplorables.

Así es como un centenar de marineros permanecen en el puerto de Algeciras, donde hay un total de cuatro ferrys detenidos: el *Banasa*, el *Bughaz*, el *Al-Mansur* y el *Ibn Battuta*, sometidos el pasado mes de enero a embargo preventivo por razones de impago.



Todo para nada. Lo único que conseguimos fue una visita más de la señora cónsul.

Lo que más me desesperaba era no tener internet. Mi ordenador se había quedado en Tánger, en mi habitación; es cierto que en el puerto había un locutorio con cabinas telefónicas y dos ordenadores, pero había que pagar, y el dinero nos hacía falta. En el extranjero no podía retirar pasta de mi cuenta en Tánger. El crédito de mi tarjeta de teléfono se había agotado en SMS a Judit. Estaba en la ruina. Una asociación caritativa española nos trajo ropa; a mí me tocaron dos vaqueros remendados, unas camisas demasiado grandes, un jersey a rayas y una vieja parka caqui forrada de lana sintética.

Judit parecía haber perdido todo interés por mí. Al pensarlo me daba cuenta de que en los seis últimos meses nuestra relación se había resentido; no nos escribíamos tan a menudo, hablábamos menos por teléfono, y ahora, encerrado en el puerto de Algeciras, apenas tenía noticias tuyas, lo cual me sumergía en una tristeza melancólica. Yo le contaba a Saadi mis sinsabores, él me compadecía y me animaba a olvidarla; tienes veinte años, decía, ya te enamorarás de otra. Me hablaba de putas, de burdeles del mundo entero donde había experimentado el placer y hallado compañía, una familia inmensa esparcida por los cuatro costados del mundo. Se acordaba del nombre de todas las chicas con las que había estado. Me decía ¿sabes?, cuando haces la misma ruta, regresas de forma regular a los mismos puertos, y entonces te encuentras con los mismos golpes, las mismas putas, los mismos clientes. Te enteras de lo que le ha sucedido a este o a aquel la semana anterior; te tomas unas copas, juegas a las cartas; no es solo echar un polvo.

Reconozco que en mi desvalida soledad, mientras escuchaba todo aquello, soñaba con tener mis propias costumbres en un puticlub amistoso, donde las chicas me amarían y una madre *madame* de gran corazón se ocuparía de mí; luego pensaba en Zahra, la putita de Tánger a la que no me había atrevido a tocar, y entonces aquellos sueños, como todos los otros, se desvanecían en el aire. No debe de haber más amor en los burdeles que pelos en el coño de una puta marroquí.

Saadi era un poco como un hermano mayor o como un padre, se preocupaba por mí, me hacía preguntas; yo le contaba mi vida, y él exclamaba vaya, vaya, ¿en serio?, Lajdar, hijo mío, te han dado bien por lo que veo; compadecía a mi padre, según decía, por tener tan poco corazón; compartía mis dudas con respecto a Basam y al jeque Nuredine. Decía en voz baja si quieres mi opinión, todo eso es culpa de la religión, que Dios me perdone. Si no existiese la religión, la gente sería mucho más feliz.

Entendía que yo quisiese emigrar, salir de Tánger; me decía con este barco precisamente, lo cierto es que no has escogido la forma adecuada.

A medida que pasaban los días yo me decía qué le vamos a hacer, me voy a Barcelona, me las arreglo para salir del puerto y que sea lo que Dios quiera. Y unas horas más tarde pensaba qué le vamos a hacer, vuelvo a Tánger y voy a ver al señor Bourrelier.

Lo más penoso era no tener nada que leer aparte del periódico en la cafetería del puerto; no podía releer una y otra vez *La morgue está llena*. Me había hecho con un minúsculo Corán que un alma caritativa me había dado, me quemaba las pestañas para aprenderme de memoria algunas suras, la de José, la de la Gente de la Caverna, era un buen ejercicio.

Un aprendizaje de la prisión.

Nosotros no habíamos cometido ningún crimen, era el armador quien lo había cometido por nosotros, pero lo cierto es que estábamos en chirona. Pronto se cumplirían dos meses sin pagar mi alquiler, me preguntaba si al volver no encontraría mis maletas delante de la puerta o más bien en el cubo de la basura. Si es que volvía.

El silencio de Judit me estaba volviendo loco. Febrero fue glacial; un viento helado se precipitaba sobre el Estrecho, el mar estaba invariablemente de un verde grisáceo y cubierto de espuma. Todos mis compañeros estaban deprimidos. El mismo Saadi ponía mala cara, su barba blanqueaba, ya no se afeitaba. Se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo.

—No podemos quedarnos así hasta el día del Juicio —dije.

Él se sobresaltó en su litera, se incorporó.

—No, es verdad, pequeño, no podemos. Es decir, tú no puedes. Yo, ya lo sabes, podría quedarme así hasta la jubilación. Acabarán por dar con una solución. Esto no tiene sentido, un centenar de marinos y cuatro ferrys inmovilizados en un puerto.

—¿No echas de menos a tu mujer? ¿No tienes ganas de volver a tu casa?

—¿Sabes?, me he pasado las nueve décimas partes de mi vida lejos de casa. Esto no es muy distinto. Estoy acostumbrado.

—Tengo la impresión de estar en chirona. No puedo más. Voy a volverme loco, aquí, dando vueltas entre los barcos y haciendo la colada.

Me miró con cierta ternura.

—Sí que te veo volviéndote loco, sí. Es una posibilidad, vamos. Me acuerdo que, en los tiempos en que navegaba en el *Kairuan*, uno de los marinos se volvió loco. No podía abandonar la pasarela o el puente. Era imposible hacerlo volver a las crujías o bajar a las máquinas, imposible. De repente se había vuelto terriblemente claustrofóbico. Decidimos hacer como si nada, no nos ocupábamos de él, hacíamos su trabajo. Esperando a que se curase, ¿sabes? Hasta que la cosa empeoró: se acurrucó formando una bola en un rincón del puente. Allí estaba, fuera, sentado, todo el tiempo mojado por las salpicaduras, por la lluvia. Le pusimos a la fuerza un impermeable de hule sobre los hombros. El capitán empezó a preocuparse, dijo pero este está completamente chalado, va a coger una neumonía, hay que hacer algo, bajadlo a la enfermería. Respondimos que seguramente encerrarlo no era una buena idea, por su súbita claustrofobia, pero los oficiales no quisieron saber nada. Hicieron falta cinco forzudos para transportarlo porque no se dejaba, se apuntalaba en las cañerías, se agarraba desesperadamente a las puertas. Al final conseguimos meterlo, cuando cerramos la puerta aullaba de terror, estuvo dando puñetazos durante horas

suplicando que le abriésemos, aquello resultó insoportable; vi a varias buenas personas a punto de llorar mientras lo oían, hasta que finalmente el capitán ordenó que lo liberasen enseguida. Cuando entramos ya no era más que una bola de nervios gimiente, se había meado encima, temblaba como un epiléptico. Lo tomamos con cuidado para volverlo a llevar al aire libre, pero era demasiado tarde, estaba totalmente roto: en cuanto lo soltamos saltó por la borda y se lanzó al agua; no pudimos sacarlo.

—Qué historia más terrible. Espero no volverme así de loco. Por otra parte, si me tiro al puerto, no me habré librado más que para disfrutar del fueloil hasta el fin de mis días, poca cosa más.

Él me miraba y se reía desde lo alto de su litera.

—Hijo, creo que efectivamente ya es hora de que tomes el portante.

Organizar «mi evasión», como decía Saadi, tomó más tiempo del previsto, pero una vez más, la suerte, el Destino o el Diablo me sonrieron y dos semanas más tarde, a mediados de febrero, caminaba por primera vez sobre suelo europeo y no entre contenedores; me acuerdo de haber ido a pie, sin equipaje, hasta el centro de la ciudad de Algeciras, allí me gasté mis primeros euros en un bar en una cerveza y un bocadillo de atún. Nadie se fijaba en mí, nadie me miraba, era un pobre moro como otro cualquiera; traté de leer el periódico, pero estaba demasiado nervioso para concentrarme. La cerveza tenía el sabor de la felicidad, que Dios me perdone. En mi pasaporte tenía un visado de un mes, concedido «por razones humanitarias», es decir, para irme a tomar viento fresco; no podía trabajar ni pasar a otro país europeo; solo podía arrastrarme hasta Tarifa para embarcar en un *ferry* hacia Tánger. Pero antes quería ir a Barcelona a ver a Judit.

Al salir del bar le pregunté al dueño dónde había un cibercafé, me señaló una especie de oficina de telecomunicaciones con ordenadores en autoservicio. El lugar lo llevaban unos marroquíes; no sé por qué, pero sentí un poco de vergüenza, hubiese preferido que los propietarios fuesen españoles. Le envié un *mail* a Judit: «*Ya habibati*, voy a ir, si te parece bien. Tengo un visado, he salido del puerto. Puedo tomar un bus desde Algeciras y mañana estoy en Barcelona. Si quieres». No le estaba planteando todas las preguntas que me roían por dentro a causa de su silencio, pero la formulación un tanto desconsolada del mensaje me pareció que lo hacía por mí. Luego estuve dando vueltas por Algeciras; miraba las tiendas, el aspecto que tenía la gente. Me regalé una segunda cerveza en un bar que me pareció bastante chic. Había mujeres en aquel café; todo tipo de mujeres. Un grupo de chicas jóvenes discutía con sus compañeros; otras un poco mayores parecían tomar una copa al salir del trabajo. Y hasta una camarera, que debía de tener mi edad; fue ella quien me sirvió una cerveza. Yo trataba de pasar desapercibido, de hacer como si todo aquello no fuese nuevo para mí, la lengua, las caras. Tenía la impresión de haberme metido dentro del televisor y de repente, con mi parka caqui un tanto ennegrecida en los codos, me imaginé que todo el mundo me miraba porque había adivinado que me la había regalado Cáritas.

Dos horas más tarde volví para ver si Judit había dado señales de vida, sin respuesta. Decidí darle un poco más de tiempo, recorrí la ciudad en busca del hotel más barato; lo encontré. Era mísero, por no decir asqueroso; había cabellos en la almohada, pelos de culo en la ducha,apestaba a fritura del restaurante de abajo y había que pagar por anticipado, pero las tarifas eran casi marroquíes.

La libertad sabía a tristeza. Pensé en Saadi y en los compañeros del barco, en Jean-François Bourrelier, en el jeque Nuredine, en Basam, en todos aquellos que me habían ayudado antes de desaparecer. En Judit también, por supuesto.

Había vuelto a hacer una estupidez enorme, estaba solo, con doscientos euros que me había prestado Saadi, no tenía más que un Corán, una novelita de detectives y una parka podrida, tenía que empezar de cero, con un visado de caridad, obtenido como

trato de favor gracias a las autoridades del puerto. Mi vida me parecía extraordinariamente frágil; volvía a verme mendigando por los mercados, como dos años antes, volvía a estar en el punto de partida.

Pasé la tarde en el bar El Estrecho, cuyo nombre no desmerecía, angosto como el propio Estrecho; había una tele, el Real Madrid empató en Moscú, con eso tuve para pasar la tarde.

De regreso volví a echarle una ojeada a mis *mails* y al Facebook, seguía sin tener noticias de Judit. Decidí llamarla al móvil, eran las once y media de la noche; en el locutorio había una serie de cabinas telefónicas. Marqué su número, descolgó casi enseguida.

—Hola, soy Lajdar —dije—. Estoy en Algeciras.

Trataba de controlar la voz, de parecer animado, de que no entreviese mi angustia.

—Lajdar, ¿qué tal? Kayfa-l hal?

—Todo bien —dije—. Tengo un visado, ¿has visto mi mensaje?

Sentí que estaba preocupada, que algo no iba bien.

—No... espera, sí, he visto tu mensaje... —dudó un momento—, pero no he tenido tiempo de responderte.

Supe enseguida que mentía.

La conversación estaba llena de silencios, ella se esforzaba por preguntarme cómo me iba la cosa, de repente yo ya no sabía qué decir.

—¿Quieres... quieres que vaya a Barcelona?

Ya conocía la respuesta, pero esperé, como un desertor ante el pelotón de fusilamiento.

—Eh... sí, claro.

Estábamos humillándonos el uno al otro; ella me humillaba mintiendo y yo la humillaba obligándola a mentir.

Traté de sonreír mientras hablaba; no te preocupes, te llamaré dentro de unos días, mientras tanto nos escribimos; y mientras normalmente tardábamos largos minutos en resolvernos a poner fin a la conversación, esa vez sentí su alivio cuando dijo hasta la próxima pues, luego colgó.

No salí enseguida de aquella minúscula cabina telefónica; me quedé un buen rato mirando el auricular, la cabeza vacía. Luego pensé que fuera, los marroquíes estarían burlándose de mí, llamándome joven cateto cornudo y muriéndose de risa; los ojos me ardían y tenía vergüenza. Salí de aquel reducto para pagar.

Compré dos cervezas en un colmado todavía abierto y regresé a mi palacio, bebí, acostado sobre la cama, pensando que ahora sí que estaba solo de verdad. Arranqué unas páginas de una vieja revista turística que había por allí para tratar de escribir un largo poema o una carta a Judit, pero fui incapaz de hacerlo.

Estaba con otro, uno esas cosas las siente; poco a poco mi rabia fue creciendo con el alcohol, una rabia desconsolada, en el vacío y el rumor de un continente que acababa de perder su sentido, ya no me quedaba más que aquella lastimosa

habitación, toda la vida se resumía a aquel cuartucho de mierda, seguía estando encerrado, no había nada que hacer, nada, uno nunca se libera, siempre hay algo más, siempre topa con las paredes. Pensé en este mundo en llamas, en Europa que un día volvería a arder como Libia, como Siria, un mundo de perros, de mendigos abandonados; es muy difícil resistir a la mediocridad, en la continua humillación en que nos tiene la vida, sentía rencor hacia Judit, sentía rencor hacia Judit por el dolor del abandono, la negrura de la soledad y la traición que imaginaba tras sus confusas palabras, el futuro era un cielo de tormenta, un cielo de acero, plomizo en el norte, el Destino se juega a base de pequeños golpes, a base de pequeños movimientos, una suma de minúsculos errores de rumbo que te arrojan contra los rompientes en lugar de llevarte a la tan deseada isla paradisíaca, a las islas de Sotavento o a Célebes la felina: pensé en Saadi, en Ibn Battuta, en Casanova, en los viajeros afortunados; yo estaba solo, agarrado a una cerveza tibia en el corazón de la tristeza, en las tinieblas occidentales, y no había faro en la noche de Algeciras, ninguno, las luces de Barcelona, de París estaban apagadas, no me quedaba más que volver a Tánger, Tánger y la entrada kilométrica de nombres de soldados muertos, vencido por demasiados naufragios.

Toda esa serie de coincidencias, de azares, no sé cómo interpretarlas; llamémoslas Dios, Alá, el Destino, la predestinación, el karma, la vida, la suerte, la desgracia, como se quiera. No fui a Barcelona de forma inmediata, no corrí a encontrarme con Judit porque estaba convencido de que estaba con otro tipo, es verdad, pero también porque tenía miedo, miedo de volver a caer en el vagabundeo, en la pobreza, sin duda porque era un poco cobarde, que sé yo. Estaba cansado. Sin revolución, sin libros, sin futuro. No quería regresar a Tánger porque sabía que ya no podría volver a salir, no hacia el norte por lo menos, o en tal caso de forma clandestina; en el *Ibn Battuta* había oído muchas historias, terribles historias de exilio, de ahogados en el Estrecho o en la costa atlántica, entre Marruecos y Canarias; los africanos preferían las Canarias porque el archipiélago era más difícil de vigilar. Como todos aquellos negros que andaban merodeando por las calles sin nada que hacer no eran buenos para el turismo, el gobierno canario los enviaba en avión a que los atrapasen en otro lugar, al continente, ellos pagaban el viaje, de forma que los subsaharianos, los moros, los nigerianos y los ugandeses se encontraban en Madrid o en Barcelona, dispuestos a probar fortuna en un país donde el paro era el más elevado de toda Europa; las chicas se hacían putas, los hombres acababan en campamentos clandestinos y miserables en el campo, en Aragón o en La Mancha, escondidos entre dos árboles, llevando una vida campestre en medio de la basura, de bidones reventados, del frío, y desarrollando magníficas enfermedades de piel, abscesos, parasitosis, sabañones, a la espera de que algún agricultor les diese un poco de trabajo penoso a cambio de su pan duro y de la mondadura de sus patatas para una sopa, despedregaban los campos en invierno, recolectaban cerezas y melocotones en verano; poco para mí, gracias. Siempre hay alguien más miserable que tú, en comparación con aquellos galeotes, yo era un privilegiado, tenía un poco de educación, un poco de dinero y un país en el que, en el peor de los casos, uno podía ir tirando; era un niño de ciudad, había leído libros, hablaba lenguas extranjeras, sabía utilizar un ordenador, al final seguro que me salía algo, y efectivamente no tardé en encontrar un trabajo al lado de Algeciras, gracias a Saadi por supuesto, a mí nunca se me hubiese ocurrido indagar en ese ramo, suponiendo que en realidad exista tal ramo laboral: mientras languidecía en mi hedionda pensión a unos centenares de metros del *Ibn Battuta* imaginando a Judit con su nuevo amiguito, Saadi me envió un SMS pidiéndome que le llamase, lo hice de inmediato. En el puerto había hablado con un «empresario» de la región que necesitaba a un marroquí para un trabajito, y así fue como entré a trabajar para Marcelo Cruz, pompas fúnebres: la Fortuna me tenía preparado un nuevo giro, no había tenido suficiente, siempre quería más. El señor Cruz me citó en un café del centro de Algeciras, tenía un 4x4 negro, aparcó en doble fila sin el menor escrúpulo, me reconoció por mi parka verde, me dijo ¿eres Lajdar?, yo respondí soy Lajdar, soy el amigo de Saadi, él me preguntó ¿de quién? Yo dije del marino del *Ibn Battuta*, él dijo ah, sí, bueno pues, ¿quieres trabajar para mí?, yo respondí sí, sí, por supuesto, ¿de qué se trata? Es un trabajo muy simple, dijo, se trata de ocuparse de los muertos.

El señor Cruz tenía una cara grave y sudorosa, camisa abierta hasta la barriga y cazadora negra de cuero.

Aparte de mi experiencia con los peludos, no acababa de ver qué podría significar aquello, ocuparse de los muertos, pero evidentemente acepté.

Marcelo Cruz tenía un *business* floreciente; durante años se había ocupado de recoger, almacenar y repatriar todos los cuerpos de los clandestinos del Estrecho, los ahogados, los muertos de miedo o de hipotermia que la Guardia Civil se encontraba en las playas, desde Cádiz hasta Almería. Después de pasar por jueces y forenses, cuando se aseguraban de que uno o varios de esos pobres diablos la habían palmado, la cara agrisada por el mar, el cuerpo hinchado, llamaban a Marcelo Cruz; entonces este metía los restos mortales en su cámara frigorífica y trataba de averiguar la procedencia del fiambre, lo cual no era divertido, como él decía. «No es un oficio sencillo», me repetía el señor a Cruz durante el trayecto en 4 x 4 a la empresa de pompas fúnebres, a unos pocos kilómetros de Algeciras en dirección a Tarifa. Si no había pistas materiales ni testigos supervivientes, si era imposible ponerle un nombre al cadáver, el muerto acababa enterrado a cargo del Estado en un nicho anónimo de uno de los cementerios de la costa; cuando se establecía su procedencia, ya fuese porque llevaba un pasaporte encima, una carta manuscrita o un número de teléfono, se guardaba al fresco hasta su posible repatriación en un hermoso ataúd de cinc emplomado: el señor Cruz se subía entonces en su coche fúnebre, tomaba el *ferry* en Algeciras y llevaba al difunto a su última morada. Conocía Marruecos como la palma de su mano, la inmensa mayoría de sus «clientes» eran marroquíes; pueblos enteros rompían a llorar cuando veían llegar su furgón de la muerte. Según él mismo decía, Marcelo Cruz era allí tristemente célebre.

Evidentemente, en los últimos tiempos, la crisis y los radares más competentes en el mar habían empeorado el asunto, así que repatriaba sobre todo a trabajadores fallecidos en España de forma completamente legal, accidentes, enfermedades o vejez, todo aquello que tenía a bien confiarle la Chata, que segaba a mis compatriotas como a los otros, gracias a Dios; pero a finales de cada invierno siempre esperaba un buen cargamento de cadáveres ilegales, en ese momento las aguas del Estrecho eran peligrosas, las pateras salían desde más lejos hacia el este para evitar las patrullas y asumían más riesgos: navegaban cuando la marejadilla entorpecía la observación del radar. Mi trabajo iba a ser simple, consistiría principalmente en el mantenimiento, carga, descarga, introducción en el ataúd, etcétera; necesitaba a un musulmán para que los restos mortales fuesen tratados con el debido respeto religioso; el imán de la mezquita de la esquina vendría a echarme una mano.

Yo sería, pues, su musulmán para todo. Pagado en negro. Alojado allí mismo. Reemplazaba a otro joven marroquí que lo había dejado hacía algún tiempo para probar fortuna en Madrid.

Pensé en el cabrón de Saadi, que no me había avisado de la naturaleza de aquel trabajo. Trescientos euros alojado, alimentado y limpio. No estaba tan mal.



La idea de enviar a Marruecos auténticos cadáveres después de haber importado virtualmente soldados muertos al mismo lugar me resultaba bastante agradable, la verdad. Nunca había visto un cadáver. Me preguntaba cómo iba a reaccionar. Pensé en Judit, no estaba nada seguro de que me apeteciese contarle en qué consistía mi nuevo oficio. Aunque qué iba a importarle a ella.

Las semanas que pasé con el señor Cruz fueron un abismo de desgracia. Viví en la muerte. Vivía en una cabaña de jardín en la parte trasera de la empresa, un cuchitril abarrotado de herramientas y botes de herbicida que olía a la gasolina del cortacésped; el motor de la cámara frigorífica estaba contra mi mismo tabique y sus vibraciones me despertaban todas las noches. El señor Cruz me encerraba en el recinto cuando se iba por la tarde y me liberaba al llegar por la mañana; salvo raras excepciones, limitaba al máximo mis desplazamientos, por miedo a los controles de los polis o de la Seguridad Social. Cuando necesitaba algo —ropa, artículos de aseo— él mismo me lo compraba. No recibía visitas. Después de las siete de la tarde, cuando el señor Cruz se subía en su 4x4 para volver a casa, me quedaba solo con los ataúdes.

Nunca conseguí acostumbrarme al contacto con los cadáveres, afortunadamente no llegaban muchos; había que desembalarlos, sacarlos de sus bolsas de plástico con una máscara en la nariz; la primera vez a punto estuve de desvanecerme, era un pobre ahogado, un joven, en un estado horrible; afortunadamente, Cruz estaba allí; fue él quien depositó el cuerpo despacio sobre la mesa de acero inoxidable, quien colocó los restos en la caja estanca de cinc, quien sacó el destornillador eléctrico para sellar el ataúd, todo en silencio. Me faltaba el aire. La máscara especial me impedía respirar, aquella peste a alcanfor o lejía se mezclaba en mi garganta con el olor a humedad del Estrecho, con la fetidez cadavérica de la tristeza, con la carroña olvidada y hoy día, años más tarde, a veces el olor de los productos de limpieza todavía me trae al fondo de la boca el tufo de los recuerdos de aquellas pobres bestias que Cruz manipulaba sin pestañear, sin temblar, respetuosamente, de forma pausada.

Luego venía el imán y rezábamos ante los restos mortales o el ataúd, dependiendo del estado del cuerpo, uno detrás del otro, como hay que hacerlo; Cruz nos dejaba solos. El imán era un marroquí de Casablanca, un hombre de mediana edad al que aquella solemnidad de la tarea le confería el aspecto envejecido y lustroso de las cosas serias, sin una sonrisa, sin un gesto de simpatía ni de antipatía, tal vez convencido de que todos somos iguales ante Dios.

Rezar por muertos desconocidos, vagos restos de existencias totalmente extranjeras, resultaba tristemente abstracto. En algunos casos, en realidad no estábamos del todo seguros de que fuesen musulmanes; era solo una presunción, quizá estuviésemos enviándolos al Dios equivocado, a un Paraíso en el que una vez más iban a ser clandestinos.

Tras la oración, colocábamos los ataúdes estancos de cinc en la cámara frigorífica, donde se reunían con otros fallecidos «en espera». El más antiguo estaba allí desde hacía tres años, era otro ahogado del Estrecho.

El gobierno pagaba sesenta euros por cuerpo y día de almacenamiento: ahí estaba el beneficio del señor Cruz.

Cuando el señor Cruz había recibido el dinero de la repatriación o determinado la procedencia de un desconocido, organizaba «un cargamento»; metía dos o tres cajas

macabras en su furgoneta y tomaba el *ferry* en Algeciras; las formalidades de aduana eran puntillosas, había que hacer emplomar las cajas mortuorias, declarar el cargamento, etcétera.

La empresa de pompas fúnebres estaba rodeada por unas altas paredes rematadas por cascos de botella que delimitaban un pequeño jardín; la casa del señor Cruz estaba a unos cientos de metros de allí; por la noche me quedaba encerrado con los muertos, en aquel suburbio junto a la nacional, y eso era triste, triste y horroroso.

También me ocupaba de cuestiones domésticas y de mantener el jardín; lavaba el coche del señor Cruz y daba de comer a sus perros, dos hermosos chuchos polares con los ojos azules y aspecto de lobos de las estepas; unas bestias salvajes y dulces que parecían llegadas de otro mundo. Yo me preguntaba cómo soportaban los tórridos veranos de Andalucía con aquel pelaje. Cruz era un misterio, sombrío y esquivo; la cara amarillenta, ojeras enormes; en la empresa de pompas fúnebres, cuando no llegaban cuerpos, se pasaba el día tras su mesa de despacho, con un *whisky* en la mano, escuchando distraídamente la frecuencia de radio de la policía para ser el primero en llegar en caso de que se descubriese algún muerto; no bebía más que Cutty Sark, hipnotizado por internet y cientos de vídeos, reportajes de guerra, clips de accidentes atroces, muertes violentas: no parecía que aquel espectáculo lo excitase, al contrario; se pasaba el tiempo en una especie de letargo, de apatía informática, solo su mano en el ratón parecía aún con vida; se entregaba a la barbaridad y al *whisky* durante todo el día; al atardecer, se tambaleaba un poco al levantarse, se enfundaba su cazadora de cuero y se iba sin decir nada, cerrando con dos vueltas de llave. Al dirigirse a mí me llamaba su pequeño Lajdar; tenía una voz fina que contrastaba con su gran talla, su corpulencia, su gruesa figura: hablaba como un niño y ese detalle todavía lo hacía más siniestro.

Era un pobre tipo, no sé si me inspiraba horror o piedad; me explotaba, me encerraba como a un esclavo; inspiraba una tristeza terrible, despedía el olor de la podredumbre del alma en soledad.

Tenía que largarme de allí; la primera vez que me permitió ir una tarde a dar una vuelta por la ciudad, estuve tentado de desaparecer sin dejar rastro, subirme a un autobús hacia el norte o a un *ferry* para volver a Marruecos; pero no tenía nada, ni dinero ni papeles, él se había quedado con mi pasaporte, que yo había sido lo bastante idiota como para entregarle, así que si me localizaban era probable que me detuviesen y me metiesen en chirona para luego expulsarme.

Me confié al imán de la mezquita que venía a rezar por nuestros muertos; le expliqué que ese señor Cruz era más bien raro, lo cual él no negó, encogiéndose de hombros con un aire de impotencia. Me contó que en su opinión mi predecesor había huido por esa excelente razón, porque Cruz era un ser extraño, pero que mostraba respeto por los muertos y por la religión. Eso fue todo.

Desde allí, las largas jornadas en el *Ibn Battuta* tenían un cierto regusto a paraíso.

Consideré la posibilidad de saltar la pared, después de todo no era tan difícil,

Cruz no iba a llegar al extremo de salir tras de mí; pero antes tenía que recuperar mis papeles y el dinero.

Un día, el señor Cruz salió al amanecer en su coche fúnebre; volvió con un cargamento de muertos, diecisiete, una patera había zozobrado a la altura de Tarifa y la corriente había sembrado las playas de cadáveres. Estaba muy contento con aquella cosecha, una extraña felicidad, sobre todo no quería parecer feliz por haberse hecho con todos aquellos fiambres, pero tras su gesto de circunstancias, su forma de acariciar a los perros, de decirme mi pequeño Lajdar, yo sentía que estaba arrebatado por la recuperación del negocio, aun sintiendo vergüenza por ello.

Diecisiete. Es un gigantesco pequeño número. Cuando oyes en la radio o en la tele el número de cadáveres que ha causado tal o cual catástrofe no te das cuenta de lo que representan diecisiete cuerpos. Dices ah, diecisiete, no es mucho, dime mil, dos mil, tres mil cadáveres, pero diecisiete, diecisiete no es nada extraordinario en absoluto, y sin embargo, sin embargo, es una enorme cantidad de vida desaparecida, de carne finiquitada, resulta embarazoso, tanto en la memoria como en la cámara frigorífica, son diecisiete caras y más de una tonelada de carne y de hueso, decenas de miles de horas de existencia, miles de recuerdos desaparecidos, cientos de personas tocadas por el duelo, entre Tánger y Mombasa.

Envolví llorando a aquellos tipos en sus mortajas, uno por uno; la inmensa mayoría eran jóvenes, de mi edad, incluso menos; algunos tenían los miembros destrozados o equimosis en la cara. La gran mayoría parecían árabes. Entre aquellos cuerpos había el de una chica. Se había tatuado con henna un número de teléfono en el brazo, un número marroquí. Tenía el pelo largo y muy negro, la cara gris. Yo estaba violento; no quería entrever sus pechos, su sexo; normalmente no me hubiese tocado meterla en el ataúd a mí, debería haberse ocupado una mujer. Yo temía mi propia mirada en aquel cuerpo femenino; me imaginaba a Meryem muerta, era a ella a quien metía en un ataúd, ella a la que por fin estaba enterrando; solo en la noche de mis pesadillas, me imaginé a la policía llamando a ese número de teléfono tatuado, descolgaba una madre o un hermano, una voz casi mecánica les informaba, repitiendo bien alto para hacerse comprender, del final de su hermana, de su hija, tal como un día debió de sonar el teléfono en casa de mi tío para anunciarle la noticia terrible, como también sonará un día por nosotros, unos detrás de los otros, y con ternura, de forma fraternal, deposité a aquella desconocida en un sarcófago de metal con vergüenza y precaución.

Puede que uno no imagine realmente la muerte sino viendo su propio cadáver en el de los otros, jóvenes como yo, marroquíes como yo, candidatos al exilio como yo.

Durante la tarde escribía poemas para todos aquellos desaparecidos, poemas secretos que luego deslizaba en su ataúd, unas pocas palabras que desaparecerían con ellos, un homenaje, una *riza*; les daba un nombre, trataba de imaginarlos vivos, de adivinar sus vidas, sus esperanzas, sus últimos instantes. A veces los veía en sueños.

Jamás olvidé sus caras.

Mi odio contra Cruz aumentaba; era irracional; aparte de mi semicautividad, no era tan malo; se derrumbaba bajo el peso de los cadáveres; solo tenía aquella extraña perversión que consistía en mirar, en escudriñar durante todo el día vídeos extraordinariamente violentos; degollaciones en Afganistán, ahorcamientos que databan de la Segunda Guerra Mundial, todo tipo de accidentes de coche, cuerpos calcinados por un bombardeo.

Tenía que largarme lo antes posible.

Todos los días echaba de menos a Casanova y a mis soldados. Pensaba en Judit, le enviaba SMS y a veces le telefoneaba; casi nunca respondía a los mensajes ni descolgaba y yo tenía la impresión de estar en el limbo, en el *barzaj*, inaccesible entre la vida y el más allá.

Los únicos libros que tenía eran el Corán y dos novelitas de detectives españolas compradas de segunda mano en la ciudad, no eran extraordinarias pero bueno, con ellas mataba el tiempo. Luego tuve tres días de vacaciones porque Cruz salió a entregar una carga de cadáveres al otro lado de Estrecho. No podía dejarme encerrado todo ese tiempo, así que me dio un poco de dinero de bolsillo (hasta entonces todavía no había visto ni un céntimo de mi salario) para ir a divertirme a la ciudad, como él decía. Me pasé esos días en las terrazas de los cafés, tranquilo, leyendo mientras me tomaba alguna cervecita.

Fui a consultar mis *mails* y sorpresa: un mensaje del jeque Nuredine. Me escribía desde Arabia, donde trabajaba para una fundación piadosa; me preguntaba qué tal me iba. Le respondí que estaba en España, sin precisar mi triste actividad. Dudé si hablarle del incendio de la Difusión del Pensamiento Coránico, me preguntaba si estaría al corriente. Su carta era amable, hasta fraternal; de pronto mis sospechas en cuanto a su posible participación en el atentado de Marrakech me parecieron ridículas, aunque el misterio de su súbita desaparición seguía sin resolverse; le pregunté si sabía dónde estaba Basam.

Recordé con nostalgia las largas sesiones de lectura en la Difusión, echado sobre las alfombras. Tánger estaba lejos, en otro mundo.

Escribí largo y tendido a Judit para explicarle un poco mi vida de forzado en Algeciras; no mencioné los cadáveres, solo el mantenimiento, las tareas del hogar y al extraño Cruz. Le decía que esperaba verla pronto.

Telefoneé en Saadi para que viniese al centro de Algeciras a tomar un café conmigo; él tenía un visado, podía ir y venir como le diese la gana, he ahí la injusticia de la administración: cuanto más viejo es uno y menos le apetece hacerlo, más fácil resulta desplazarse.

Se alegró de verme, y yo también. Le pregunté si había noticias de la compañía, él me explicó que el gobierno marroquí iba a encontrar una solución cualquier día de esos. Según él, yo todavía estaba a tiempo de aprovechar la ocasión.

Vacilé. Era una forma de dejar a Cruz; también implicaría despedirme de Judit. Estaba seguro de que si regresaba a Tánger me iba a ser casi imposible volver a

España.

Saadi adivinó la razón de mis dudas, no insistió.

Le conté mis días con Cruz, la gran tristeza de aquel horrible trabajo, él escuchaba con asombro y movía su cabeza gris; dijo si lo llego a saber, hijo, no te envío a esa cloaca; yo traté de tranquilizarlo, sin gran convicción, diciéndole que por lo menos conseguía un poco de pasta para largarme a Barcelona al cabo de un mes o dos.

Allí nos quedamos toda la tarde, sentados en la misma terraza, disfrutando de la brisa, del lento movimiento de las palmas que arrojaban un poco de sombra sobre la plaza. Y luego se fue. Me tomó en sus brazos y me dijo ¿seguro que no quieres volver al barco conmigo? Me da no sé qué volver a enviarte allí.

Vacilé un segundo, quedarme con él resultaba tentador, regresar a la jaula flotante del *Ibn Battuta*, donde nada podía sucederme aparte de aplastar con un pie descalzo alguna que otra cucaracha.

Al final decidí que no, prometí llamarlo muy pronto y tras un último abrazo me fui a coger el bus.

También aproveché la ausencia de mi jefe para tramar un plan. Sabía que el señor Cruz tenía siempre una cierta cantidad de dinero en una pequeña caja fuerte —por lo menos cuando estaba allí, para los pagos en metálico—, que esa caja fuerte se abría con una llave, y que él la guardaba en su manojo.

La idea del robo me la dio la novelita que estaba leyendo, todas las novelitas de detectives que había leído; después de todo, acaso no estaba yo encerrado en una novela negra, y muy negra; era lógico que fuesen esas mismas lecturas las que me sugiriesen una forma de escapar.

Cuenta Ibn Battuta en sus viajes que cuando visita La Meca se cruza con un extraño personaje, un mudo al que todos los mecenos conocen y al que llaman Hassan el Loco, tocado por la demencia en extrañas circunstancias: cuando todavía estaba sano, Hassan daba sus vueltas rituales alrededor de la Kaaba por la noche, y cada vez se cruzaba con un mendigo en el santuario; jamás se veían durante el día, solo por la noche. Así pues, una noche, el mendigo se dirigió a Hassan: Eh, Hassan, tu madre te echa de menos y llora, ¿no te gustaría volver a verla? ¿Mi madre? Claro que sí, respondió Hassan, cuyo corazón se estremeció con el recuerdo, claro que sí, pero eso no es posible, está lejos. Un día el mendigo le propuso que se vieran en el cementerio, y Hassan el Loco aceptó; el mendigo le pidió que cerrase los ojos y se agarrase a sus ropajes y, cuando los abrió de nuevo, Hassan estaba delante de su casa, en Irak. Pasó quince días junto a su madre. Dos semanas más tarde, se cruzó con el mendigo en el cementerio del pueblo; este le propuso devolverlo a La Meca, a casa de su señor Najm Ed-Din Isfahâni, por el mismo medio, los ojos cerrados, las manos aferradas a las ropas de tiritaña, haciéndole prometer que nunca revelaría nada acerca de ese viaje. Isfahâni estaba preocupado por la larga ausencia de su servidor, quince días, nada menos; Hassan acabó por contarle la historia del mendigo e Isfahâni quiso ver al hombre en cuestión aquella misma noche: Hassan lo llevó a la Kaaba y señaló al vagabundo gritándole a su señor, ¡es ese!, ¡es ese! El mendigo posó enseguida la mano en la garganta de Hassan y dijo por Dios, ya no hablarás nunca más, y así fue; el mendigo desapareció y Hassan, loco y mudo, dio vueltas alrededor del santuario durante años, sin decir sus oraciones, sin hacer sus abluciones: la gente de La Meca se ocupaba de él, lo alimentaban como a un extraño santo, pues la bendición de Hassan aumentaba las ventas y los beneficios; Hassan el Loco daba vueltas y vueltas alrededor de la piedra negra, en órbita, en el silencio eterno, por haber querido volver a ver a su madre, por haber traicionado su secreto, y en mis tinieblas, junto a los cadáveres de Cruz, entre los perros, yo rezaba para que un mendigo mágico me sacase de mi oscuridad y me llevase atrás, a la luz de Tánger, a casa de mi madre, a los brazos de Meryem, de Judit, hasta dejar que me arremolinase como un frágil meteorito alrededor del planeta durante años. Hoy día pienso en aquel negro paréntesis, en aquella primera reclusión en Algeciras, aquella antecámara, mientras a mi alrededor orbitan los perdidos, deambulando, ciegos, sin el socorro de los libros; Cruz en realidad se aprovechaba de las posibilidades del mundo, de los fastos de la muerte; vivía como esos escarabajos peloteros, esos gusanos, esos insectos que pululan sobre los cadáveres, y tenía para sí su conciencia, sin duda, creía estar haciendo el Bien; prestaba un servicio; parasitaba la miseria: tanto como reprocharle a un perro que muerda. Era el guardián del castillo, el barquero del Estrecho, un hombre perdido, él también, en el fondo de su selva mortal, que daba vueltas hasta el infinito en la oscuridad.

Puede que fuese aquel contacto prolongado con los cadáveres lo que me facilitó las cosas; aquellos dos meses de muerte hicieron que la perspectiva de desvalijar al señor Cruz no me resultase tan extraña; tal como estaba previsto, regresó tres días después, agotado, dijo, por el trayecto en camión hasta el fondo de Marruecos. Estaba contento de volver a verme.

Me contó su viaje, que había transcurrido bien, había devuelto cinco cadáveres en la parte de Beni Melal, por suerte en el mismo lugar, lo cual era práctico y atroz. Como de costumbre, las mujeres habían llorado terriblemente, los yuyues le habían taladrado los oídos, los hombres habían cavado las tumbas y ya está. Apenas había tenido tiempo de detenerse en Casa una noche para zamparse un buen festín, decía aquellas palabras con tal tristeza en su voz aflautada, un buen festín, que muy bien podría haberse tratado de su última cena.

Cruz se sirvió un *whisky*.

Me hizo sentar frente a él en una butaca, me ofreció un vaso, yo lo rechacé.

No decía nada, toda la escena parecía preparada para conversar, hacerse confidencias, pero él callaba; bebía su Cutty Sark echándome de cuando en cuando una ojeada, yo cada vez me sentía más nervioso.

Traté de hablar, de hacerle alguna pregunta sobre su viaje a Marruecos, pero sus respuestas eran solo monosílabos, si es que respondía.

Acabó su vaso, me ofreció otro con educación, y volvió a servirse.

Al cabo de un interminable cuarto de hora de silencio, mirando ahora mis rodillas ahora su rostro, le pedí que me excusase, tenía que dar de comer a los perros y me fui; él me hizo una señal con la cabeza, acompañada de una breve sonrisa.

Una vez en el patio suspiré, estaba temblando como una cosa frágil. A través del cristal, vi la gruesa figura de Cruz nimbarse del azul eléctrico de la pantalla del ordenador y reanudar su embrutecida contemplación de las formas de la muerte.

Me sentí en peligro; el miedo se apoderó de mí, poderoso, irracional; fui a arrodillarme entre los perros, sus hocicos buscaban mis axilas, la dulzura de su pelaje y de su clara mirada me reconfortaron un poco.



Cruz siempre parecía vacilar al borde de la palabra.

Nunca antes me había encontrado con la locura, si es que Cruz estaba loco; no lanzaba diatribas irracionales, no se golpeaba la cabeza contra la pared, no se comía sus propios excrementos, no era presa del delirio, de visiones; vivía en la pantalla, y en la pantalla había escenas terribles; viejas fotos de suplicios chinos, donde los hombres sangraban atados a postes, el pecho despellejado, los miembros amputados por verdugos de largos cuchillos; decapitaciones afganas y bosnias; lapidaciones, destripamientos, defenestraciones e innumerables reportajes de guerra; a fin de cuentas, la ficción estaba mucho mejor rodada, era mucho más realista que el documental o las viejas imágenes de principios de siglo, por eso me preguntaba por qué, en sus imágenes, Cruz buscaba sobre todo el componente «real»; quería la verdad, pero cuál podía ser la diferencia: tenía su cámara frigorífica llena de cadáveres reales, los conocía íntimamente, hacía años que los frecuentaba y todavía hoy me pregunto qué podía incitarlo a aquella enfermiza observación virtual, debería haberse curado de la muerte y sin embargo ingurgitaba kilómetros de imágenes de torturas y de matanzas, ¿qué buscaba en ellas?, una respuesta a sus preguntas, a las preguntas a las que los cadáveres no respondían, una interrogación sobre el momento de la muerte, sobre el instante del traspaso, quizá; o puede que simplemente la propia imagen se lo hubiese tragado, los cuerpos le habían hecho abandonar la realidad y escarbaba en vano en la realidad cibernética para encontrar allí algo de vida.

Cada día estaba más asustado, sin razón; él era la más inofensiva de las criaturas; era amable conmigo, amable con sus perros, respetuoso con los muertos. Cada día me sentía tentado de pedirle mi pasaporte y coger mis bártulos, poco me importaba la pasta, adiós señor Cruz, adiós a los ahogados y a la luz azulada de las torturas en YouTube, que sea lo que Dios quiera; pero cada tarde, en mi cuchitril, tranquilizado por la compañía de los perros, por la dulzura de su pelaje, por su calma jadeante, volvía a soñar con el robo, con los dos o tres mil euros que quizá encontrase en la caja fuerte de Cruz. Había tramado un plan, uno de tantos que solo funcionan en los libros, hasta que los pones a prueba: ir a la ciudad para comprar una llave parecida, seguramente se trataría de un modelo común, y sustituirla en el manajo, que él a menudo dejaba en la entrada; por supuesto, la nueva llave no abriría la caja fuerte, pero para cuando él se diese cuenta, con un poco de suerte, yo ya estaría lejos.

Todos los cadáveres que lavaba y metía en sus cajas justificaban mi hurto, pensaba yo; sin embargo el señor Cruz tenía un oficio honrado, él no mataba a esa pobre gente, era caritativo, no sangraba a las familias de los difuntos, su presa era el Estado, la Comunidad Autónoma de Andalucía que le pagaba su *per diem* por la carroña de mis compatriotas, pero toda la riqueza que yo le veía acumular, sus sortijas de oro, sus cadenas alrededor del cuello, sus camisas negras, su coche, sus dos perros de trineo con los ojos azules a la sombra de su enredadera, todo aquello me parecía robado a los Muertos, me parecía que pertenecía a aquellos fiambres sin nombre que durante un instante habían soñado con una vida mejor, que como yo mismo habían

confiado en hacerse un sitio en su mundo, y por respeto hacia ese sueño, yo pensaba que podía apropiarme de una parte de su pasta, como una pequeña venganza de aquellos mártires que habían conocido la angustia del ahogamiento, la agonía en la negra soledad del oleaje.

Cuanto más aumentaba mi determinación, más me costaba dormir ante la perspectiva de pasar a la acción; de qué forma me haría con la llave de la caja fuerte, a qué hora huiría, cómo; tenía que ir a pie hasta la parada del bus, a trescientos metros, y luego esperar a la buena voluntad de los muy erráticos transportes interurbanos andaluces. Ese sería el momento en que estaría más vulnerable, como en las novelas. Los libros y las prisiones estaban llenos de tipos que cometían unas enormes pifias y a los pillaban sin dificultades, así, en una parada de bus o en la terraza de un café. No sería mi caso. El bus, la estación, el autocar de las once de la noche y al día siguiente estaría en Barcelona, perdido entre la muchedumbre.

No lograba decidirme a actuar. Cruz estaba cada vez más hipnotizado por internet; se quedaba hasta tarde, a veces hasta las diez de la noche, explorando sus vídeos mortales; había descubierto un sitio titulado *faces of death* con cientos de muertes violentas: una joven manifestante iraní muerta por las fuerzas del orden, revolucionarios egipcios asesinados por la policía, militares libios quemados vivos en su *jeep*, niños sirios masacrados, la actualidad llenaba internet de documentos para Cruz.

Un día particularmente negro, el Estrecho vomitó un viejo cadáver bastante dañado que unos paseantes descubrieron en la playa; el juez se desplazó y notificó que podían retirar aquellos detritus de la arena, el forense determinó muerte por ahogamiento y Cruz se precipitó con su coche fúnebre para encargarse de los restos antes que la competencia: aquello era muy triste y asqueroso, el tipo se había tatuado «Selma» en árabe sobre el corazón, eso era todo lo que podía servir para identificarlo: ya no tenía cara, en fin, nada reconocible, lo encerramos rápido, muy rápido en su caja de cinc para no volver a verlo. El señor Cruz tiró a la basura sus guantes de plástico, luego su máscara; tenía una pequeña lágrima en el rabillo del ojo derecho que borró frotándose la cara contra el bíceps, el brazo tenso. Suspiró, se volvió hacia mí, sin decir nada atravesó el patio en dirección a mi cuchitril, los perros lo siguieron coleando, pensando que quería jugar con ellos o darles de comer; volvió a salir de la cabaña del jardín con una botella en la mano, me pregunté si habría escondido allí un litro de *whisky* en el que yo no me habría fijado, pero el recipiente parecía mucho más pequeño que su eterno Cutty Sark. Me hizo una señal para que lo acompañase a su oficina; dijo con su voz minúscula:

—Bien que nos hemos ganado un vaso, ¿eh, Lajdar?

Se sentó como de costumbre tras su pantalla, sacudió el ratón, introdujo su código; yo permanecí de pie.

—Siéntate, siéntate, vamos a echar un trago y a charlar un rato.

Yo busqué una excusa para escaparme, pero no encontré ninguna; estaba

demasiado reventado tras meter aquel cuerpo en el ataúd como para pensar con claridad; cada vez el mismo olor a lejía.

Me instalé en la sofá. Miré la botella que había dejado sobre su mesa de despacho; era un frasco de vidrio de medio litro, la etiqueta estaba mirando hacia su lado. El señor Cruz necesitaba algo fuerte; su larga figura estaba pálida, sus mirada ojerosa. Puso un vídeo, por reflejo; se quedó un segundo mirando la pantalla y enseguida detuvo el desfile de las imágenes de muerte que yo no veía.

—Bueno, Lajdar, ¿un *whisky*?

De repente se mostraba extraordinariamente nervioso, fue a la cocina, volvió con dos vasos y hielo en uno cubo de metal.

Yo no quise humillarlo, así que acepté. Puede que también a mí me viniese bien.

Inmediatamente cogió una botella de Cutty de la estantería, la abrió, sirvió el *whisky* en un segundo, meneó dos cubitos de hielo en cada cáliz y se trincó el suyo de un trago antes incluso de que yo pudiese coger el mío. Soltó un aaah de alivio, volvió a servirse, me tendió mi vaso y se arrellanó en la butaca con aire descansado.

Yo también vacié la mitad del líquido de un golpe. Jamás había bebido *whisky*. Para mí era una bebida de leyenda que había que degustar en un bar en Londres, o en París, con una chica a tu lado. Gusto a chinche aplastada, sensación de quemazón en el esófago. Difícil de comprender el interés de mis autores por aquel brebaje. Sobre todo en tales circunstancias.

Cruz me observaba, como de costumbre, a punto de abrir la boca; siempre parecía a punto de decir algo que jamás llegaba, tartamudo eterno. Comenzaba una frase con mi nombre, decía ¿Lajdar?, yo respondía sí señor Cruz, y luego ya nada, me miraba en silencio.

Recé por salir de allí cuanto antes. No importaba el dinero, nada importaba; iba a recuperar mi pasaporte y a largarme. Volvería a Marruecos, a Tánger, me olvidaría de Algeciras, me olvidaría de los muertos, me olvidaría de Judit y de Barcelona.

Iba a decirle inmediatamente a Cruz que quería volver a mi casa. Era un buen momento, parecía un poco más sereno por el alcohol; todavía vaciló, articuló ¿Lajdar?, sin decir nada más. Cogió el pequeño frasco, se sirvió un buen trago, añadió una buena dosis de *whisky* hasta llenar el vaso en sus tres cuartos. Luego fijó su mirada en aquella mezcla; removió los cubitos de hielo que todavía no se habían derretido.

Yo me levanté, no aguantaba más allí sentado. Dije señor Cruz... Él me miró con tal cara de pena, era tal el sufrimiento que de repente recorrió su gruesa figura, que murmuré que tenía que ir a dar de comer a los perros.

Se pasó las manos por la cara, como para secar un sudor inexistente.

Dijo:

—¿Lajdar?

—¿Sí, señor Cruz?

—Vuelve enseguida, te espero.

Y se sopló el cóctel, hasta el final, con un gesto de alivio.

Mantuvo uno de sus silencios, como si todavía quisiese añadir algo, y luego soltó:

—Tienes suerte, ya lo verás.

Era una frase oscura; jugando un poco con los huskys antes de sacarles su comedero, imaginé que Cruz había entendido que quería irme, que me deseaba buena suerte para el futuro.

Cuando después de alimentar a los perros volví a la oficina ya no estaba allí; oí un ruido en los aseos, como vómitos; él salió titubeando.

—¿Algo va mal, señor Cruz?

Tragaba con dificultad, la boca retorcida, su cara parecía tan tensa que sus ojos rodaban como bolas.

—Esto empieza, Lajdar.

Está bien borracho, me dije.

Se sentó en el sofá frente a la mesa de despacho; parecía como si le costase respirar; se cruzó de brazos agarrándose el vientre, parecía sufrir mucho.

—No durará mucho... Fíjate bien...

Los labios completamente estirados, apretaba los dientes; la cara cada vez más roja, los hombros recorridos por temblores, encogió las rodillas contra los intestinos para aliviar su pena.

—¿Señor Cruz? ¿Está usted enfermo?

Hizo como que quería responder, pero en su garganta no llegó a formarse ningún sonido; levantó la barbilla hacia mí, sus manos se golpeaban nerviosamente una contra la otra. Su frente se cubrió de un rocío de sudor, una gota de sangre manó de su nariz, sus labios se volvieron morados, empezó a sacudir la cabeza de derecha a izquierda, se inclinó hacia delante, como para expulsar el sufrimiento, como si no pudiese creer lo que le estaba sucediendo; pero el movimiento se transformó en una terrorífica contracción de las cervicales, primero hacia delante, luego hacia atrás; su nuez subía y descendía, vibraba a lo largo de su garganta tensa como un gran insecto.

De repente fue presa de un inmenso calambre que lo tiró al suelo, los brazos extendidos, las piernas arqueadas como si quisiera arrastrarse, empezó a gritar, yo me acerqué:

—Señor Cruz, ¿me oye?

Él no conseguía responderme, yo estaba asustado; ya no lograba tragar, tenía la nuca rígida, el pecho alzado, la espalda arqueada, los ojos a punto de estallar. Su cuerpo era un cable de acero tensado por el sufrimiento, trataba de hablar, trataba de agarrarme pero sus grandes manos abiertas se retorcían hacia el exterior, los dedos horriblemente estirados; la crisis duró unos veinte segundos, puede que un poco más, y se ablandó; se ablandó al suspirar, gimiendo, respirando muy fuerte, yo le grité señor Cruz, ¿cuál es el número de urgencias?, el número para llamar a la ambulancia, él no respondió, yo me precipité al teléfono, lo intenté febrilmente con el 15, como en Marruecos, pero sin el menor resultado; miré enseguida sobre la mesa de despacho

por si encontraba una agenda, nada.

De repente Cruz sufrió una segunda convulsión, todavía más violenta que la primera, si es que era posible; sus párpados estaban casi por completo en el interior de las órbitas, desaparecían tras los globos oculares, ver aquello era horrible, su cara tenía un tono violáceo, sus pies lograban doblegar el grueso plástico de las suelas como si se tratase de cartón, se levantó, movido por la tensión absoluta de todos sus músculos, en un grito agudo que parecía venir del mismo fondo de su caja torácica; noté las primeras lágrimas en los ojos, señor Cruz, señor Cruz, no sabía qué hacer, pensé en ir a avisar a algún vecino, salí corriendo dispuesto a recorrer los doscientos metros que nos separaban de la casa más próxima o a detener un coche que pasase por la carretera, pero una vez en el patio recordé que aquella puta reja siempre estaba cerrada, en lugar de jugármelo todo y escalar preferí volver sobre mis pasos y coger la llave del bolsillo de Cruz, para poder abrir y pedir auxilio.

Cruz descansaba sobre el costado izquierdo, su cuerpo formaba un horrible semicírculo, la espalda arqueada como un arco sin cuerda, la pelvis adelantada, los pies extraordinariamente convexos; era un monstruoso bailarín cuya nuca redondeada y cuya boca enormemente abierta completaban la atroz posición. Incluso la extremidad de sus falanges participaba de aquella contracción paralizada en la que ya no se percibía la menor energía. Estaba muerto. Me acerqué, no me vino nada a la mente, ni siquiera una oración.

Cruz se había reunido con los ahogados del Estrecho.

El único movimiento en aquella masa de carne era el segundero de su reloj, que señalaba las seis y cuarenta y tres.

Me quedé alelado unos minutos, me arrodillé ante el cuerpo inerte y poco a poco me recuperé, por supuesto no entendía nada, me ha llevado muchos años tratar de entender la lepra que corroía a Cruz en la soledad; me había rociado con su muerte, me había regalado su agonía, un obsequio atroz; me di cuenta de que se había envenenado ante mis ojos; fui a remojarme la cara, miles, millones de pensamientos contradictorios me aturdí, y ahora qué, observé la pequeña botella sobre la mesa, en la etiqueta había una calavera blanca sobre fondo rojo. Estuve dando vueltas durante un momento, venga, ahora hay que actuar; cogí el manojito de llaves de Cruz. Registré concienzudamente los cajones de la mesa del despacho, no encontré nada importante aparte de mi pasaporte; abrí la pequeña caja fuerte con la ayuda de la llave en forma de cruz, contenía un montón de papeles que no me servían de nada y unos cinco mil euros en efectivo. Me estaba convirtiendo en un ladrón. Tenía lo suficiente para vivir un tiempo en Barcelona o en cualquier otro lugar. El dinero de los muertos, ese es el tipo de gilipolleces que me decía.

Por supuesto, estaba la policía. Había dejado mis huellas dactilares por todas partes, hasta en la botella de veneno, era un imbécil absoluto.

Recogí mis cosas y las metí en una bolsa de deporte bastante ridícula, amarilla y azul con el escudo del club de fútbol de Cádiz, que encontré en mi cobertizo.

Empecé a sentirme menos angustiado. Evité echarle una última mirada a Cruz, acaricié un buen rato a los perros para decirles hasta la vista y me fui a esperar el bus.

Un poco más tarde en sus viajes, cuando se encuentra en la ciudad de Bulghar, Ibn Battuta desea visitar el País de las Tinieblas, del que se habla en la leyenda de Alejandro Magno; finalmente renuncia a ir, cuando se entera de que hay que llegar en trineo, tirado por enormes perros, para atravesar los hielos que lo rodean; se contentará con escuchar lo que de él se cuenta, con descubrir que los comerciantes de pieles iban allí a negociar con sus misteriosos habitantes, que vivían en la noche completa: «Tras cuarenta días de travesía a lo largo de aquel desierto de hielo, los viajeros llegan al País de las Tinieblas. Los vendedores dejan las alforjas de mercancías a cierta distancia de su campamento. Al día siguiente, vuelven a revisar sus bolsas y en su lugar descubren pieles de marta, de ardilla y de armiño. Si quedan satisfechos con las pieles, las toman, y si no, las dejan una noche más. En tal caso los habitantes del País de las Tinieblas aumentan la cantidad de pieles o, si no están de acuerdo con los términos del intercambio, vuelven a dejar allí las mercancías de los viajeros. Así es como se comercia en el País de las Tinieblas, y los que allí van ignoran si están tratando con hombres o con *djinns*, pues nunca ven a nadie».

Partí de Algeciras con la sensación de que el mundo estaba vacío, poblado exclusivamente por fantasmas que aparecían por la noche para morir o matar, para dejar o tomar, sin verse ni comunicarse jamás entre ellos, y durante la larga noche de autocar que me llevó hasta Barcelona, ciudad del Destino y de la Muerte, tuve la terrible sensación de estar atravesando el País de las Tinieblas, las auténticas, las nuestras, y cuanto más avanzaba el bus por la autovía en medio del desierto, entre Almería y Murcia, más se instalaba en mí el horror del que acababa de ser testigo; el rostro de Cruz, húmedo y morado en sus contracciones, se me aparecía entre los destellos de los faros de los camiones, en medio de los reflejos de mi ventanilla.

Cruz habitaba entre las sombras, y yo también.

Incapaz de cerrar los ojos, perseguido por imágenes funestas, por cuerpos podridos en el mar y por la cara de Cruz que proyectaba su agonía contra mí, esperé a la liberación del alba, cuando el autocar se acercaba a Alicante.

### III

## CALLE DE LOS LADRONES



Llegué a Barcelona el 3 de marzo; hacía más de cuatro meses que había salido de Tánger. No sabía adónde ir. Entre la parka verde y la bolsa de deporte de los años ochenta, debía de tener el aspecto de un pobre entre los pobres, ojeras enormes, barba negra; si la poli me paraba y me registraba me iba a costar justificar los miles de euros en efectivo que llevaba encima. Después del dinero del jeque Nuredine llegó el de Cruz, como si Dios se las arreglase de una forma u otra para proporcionarme los medios necesarios para continuar con mi viaje; comía de la mano del Destino.

El autobús bajó por la avenida Diagonal, las palmeras acariciaban los bancos, los nobles inmuebles de siglos pasados se reflejaban en el vidrio y el acero de los edificios modernos, los taxis amarillos y negros eran como innumerables avispa que se dispersaban bajo el ruido de claxon de los coches; los peatones elegantes y disciplinados esperaban pacientemente en los cruces, sin hacer uso de su superioridad numérica para invadir la calzada; los propios coches respetaban los pasos de peatones, cuidadosamente detenidos ante una luz amarilla intermitente, y dejaban pasar a los que iban a pie cuando les llegaba el turno. Todos los escaparates me parecían lujosos; la ciudad resultaba intimidante, pero, a pesar del cansancio, haber llegado finalmente me llenaba de una energía nueva, como si el gigantesco falo centelleante de aquella torre coloreada, allá al fondo del paisaje, divinidad pagana, me transmitiese su fuerza.

Entorné los ojos bajo la luz del mediodía; cogí mi bolsa; al parecer la estación del Norte, la estación del Nord, lindaba con un gran parque; un poco más abajo hacia el mar se hallaba la estación de Francia y enseguida, a la derecha, el puerto. Vi una cabina telefónica y llamé a Judit, descolgó y al oír su voz, debía de estar agotado hasta tal punto que rompí a llorar como un niño. Dije soy yo, Lajdar, estoy en Barcelona. Parecía contenta de oír mi voz, a pesar de mis resoplidos; me preguntó dónde estaba, le respondí en la estación del Nord; me propuso que nos viésemos no muy lejos de allí, en un barrio llamado del Born, aunque enseguida dijo no, demasiado complicado, no llegarías nunca, no te muevas, voy a buscarte, dame un cuarto de hora. Le dije gracias, gracias, y colgué, sufrí un leve mareo, tuve que sentarme en el suelo, al pie de la cabina. Le di gracias a Dios, dije una breve oración, sentí un poco de vergüenza por dirigirme a Él.

Y así me quedé, con los ojos cerrados y la cabeza entre las manos durante largos minutos, hasta que recuperé el sentido. Quería estar fuerte cuando llegase Judit; me sentía sucio, tenía la impresión de apestar a cadáver, a morgue, a odio; no la había vuelto a ver desde el verano anterior, ¿me reconocería?

Hasta que recuperé la energía de la Torre Única.

La del deseo.

Los primeros minutos fueron muy extraños.

No nos abrazamos, pero nos sonreímos; estábamos los dos igual de violentos. Intercambiamos algunas trivialidades, ella me miró de arriba abajo, sin concluir nada, o por lo menos sin revelar nada acerca de sus conclusiones; solo me dijo ¿quieres

comer? Me pareció un poco raro, pero respondí sí, por qué no, y echamos a andar en dirección al centro de la ciudad.

Le conté las últimas semanas en casa de Cruz, evidentemente sin abordar su horrible final. Ella me compadeció, mi cobardía era tal que tenía ganas de que se apiadase de mí, de enternecerla. Verla de nuevo me aceleraba el corazón; solo tenía ganas de que me tomase en sus brazos; quería acostarme a su lado, contra ella, y dormirme así, en su calor, durante por lo menos un par de días. De camino pasamos junto a un arco del triunfo de ladrillos rojos que abría un ancho paseo bordeado por palmeras y edificios elegantes. Yo esperaba secretamente que el lugar al que íbamos no fuese demasiado chic, no quería sentir vergüenza por mi pinta. Afortunadamente, me llevó a un bar en una hermosa placita tranquila y sombreada. Tuve que forzarme a comer.

No me atrevía a preguntarle nada a Judit, por lo menos no a hacerle las preguntas que me hubiese gustado; la interrogué sobre Barcelona, sobre la geografía de la ciudad, los barrios, nada de temas personales; todo aquello resultaba terriblemente artificial. Ella evitaba mirarme a los ojos. Empezó a invadirme la tristeza. Tenía la impresión de que el suelo se movía bajo mis pies, el tiempo se volvía espeso, materia pesada y tangible, la cara de Judit parecía haberse ensombrecido, su pelo era ahora más corto, lo que le daba un aire más duro. Me hablaba sobre todo de política; de la crisis en Europa, de su dureza, del paro, de la miseria que reaparecía como llegada del mismo fondo de la historia de España, dijo, de los conflictos, del racismo, de las tensiones, de la insurrección que se estaba gestando. Hacía meses que estaba muy comprometida con el movimiento de los Indignados. También con el de los okupas, dijo. La represión jamás había sido tan violenta. El otro día un estudiante de unos veinte años perdió un ojo por una bala de goma cuando la poli desalojaba una sentada pacífica, dijo. España va hacia su fin, y Europa también. La propaganda ultraliberal nos hace creer que no podemos oponernos al dictado de los mercados. Pronto aquí ya no se atenderá a los pobres, ni a los viejos, ni a los extranjeros. Por el momento la rebelión no estalla porque está el fútbol, el Real Madrid, el Barça; pero cuando eso ya no baste para compensar la frustración y la miseria, llegará el motín, dijo.

Yo la miraba, tenía ganas de tomar su mano, no de hablar de la crisis. Por momentos me venía a la memoria el rostro de Cruz, se inmiscuía entre Judit y yo; entonces tenía que sacudir la cabeza para hacerlo desaparecer.

En la facultad se aburría. Estaba en su último año, tenía pocas asignaturas, no demasiadas horas de clase, y la impresión de seguir siendo igual de nula en árabe, decía. No sabía muy bien qué hacer, le apetecía pasar un tiempo en el extranjero, puede que en Egipto o en el Líbano, ya que Siria estaba en llamas; me hirió que no mencionase Marruecos, debí de poner una cara rara, ella cambió de tema enseguida.

—Y tú, ¿qué proyectos tienes? ¿Qué vas a hacer, vas a tratar de quedarte aquí?

—No sé, depende un poco de ti.

Ella bajó los ojos, y entonces supe que todo lo que había imaginado era verdad,

estaba con otro.

De repente parecía bastante preocupada.

Ya no decía nada.

Yo estaba tan cansado, tan angustiado, tan roto por el tiempo pasado con Cruz, por las largas horas de vigilia en el autobús y por la emoción de ver de nuevo a Judit que me puse nervioso, era la primera vez que le levantaba la voz, le grité algo como podrías decirme que ya no quieres saber nada de mí, mierda, y me medio levanté de la silla; los de la mesa de al lado (pareja burguesa, gafas de sol en el pelo, camisa de cuadros, jersey de cuello en V a los hombros) se volvieron hacia nosotros, yo les grité que se metiesen en sus asuntos, caras ofendidas.

Judit me miró a los ojos con aire de decir venga vuelve a sentarte, deja de hacer teatro. Yo me sentí ridículo y me senté de nuevo.

—Escucha, ponerse así no sirve de nada.

Hablaba en voz baja. Tenía vergüenza. Yo saqué fuerzas de flaqueza, las fuerzas que a ella le faltaban.

—Estás con otro, ¿es eso?

Ella dijo que no. Movié la cabeza repitiendo pero no pero no.

—Eres una asquerosa.

Había sacado mi vocabulario de novelita de detectives, bien malvado, para hacerla reaccionar. Ella no debía de conocer la palabra, porque no se ofendió. Ahora mismo no me apetece estar con nadie, eso es todo; eso me pareció una soberana gilipollez, un embuste, una putada.

Miré la pequeña plaza oval. Enfrente, bajo los árboles, había una hermosa puerta de cochera de madera de otra época, un restaurante chic; delante de mí una bonita fuente con los grifos dorados en forma de vaso; pasó una señora mayor tirando de un carrito.

Nos quedamos un momento en silencio, yo ya no sabía qué hacer, qué decir.

Ella sentía remordimientos por dejarme así, lo sentía.

—¿Dónde vas a dormir?

—Y a ti qué te importa.

Ni siquiera me hizo falta añadir «perra» o «guarra», hasta tal punto sonó aquella frase como un puñetazo.

—No te pongas así, no seas tonto. Solo trato de ayudarte.

Yo ya no sabía qué quería, me sentía muy mal por hacer que se enfadase. La señora con su carro había atravesado toda la plaza; del carrito sobresalía una barra de pan; la pareja con gafas de sol de nuestro lado pidió la cuenta.

Ella solo pensaba en una cosa, irse de allí, yo lo sabía; la culpabilidad debía de estar atormentándola; me vi a mí mismo, con mi careto de moro mal afeitado, con mi sucia parka, sin objetivos, sin nada, ni siquiera el mundo era el mundo, era un decorado de televisión, una falsificación. Me vino una bocanada de recuerdos, Tánger, nuestro barrio, Meryem y Basam, me pregunté qué coño estaba haciendo allí,

en aquella plaza tan bonita, tan mona, frente a Judit que no quería nada conmigo, solo Dios sabía por qué.

Empecé a hablar en marroquí.

Le supliqué, sin articular, muy rápidamente; le hablé del amor, de mi cansancio, del *Ibn Battuta*, de Cruz, de las tinieblas de Algeciras, de nuestra semana en Túnez, de los recuerdos de nuestro balcón en Tánger, le dije que no podía tirar todo eso por la borda con tanta facilidad, que me estaba matando.

Ella me miraba, parecía apenada. Yo no estaba seguro del todo de que hubiese entendido lo que acababa de contarle.

Me tomó la mano; hubo una frase un tanto definitiva, del tipo «No me siento con fuerzas» que en árabe sonaba dramática y teatral; tenía la impresión de estar actuando en una serie egipcia.

Estaba demasiado reventado, le dije como quieras, no te molestaré más; solo dime dónde puedo encontrar una mezquita y ya está.

Judit me miró con los ojos abiertos: ¿una mezquita?

Una mezquita, un librero de viejo y un hotel no demasiado caro, añadí.

El supermercado lo encontraré yo solo.

Llamé al camarero, saqué todo un billete de cincuenta euros bien nuevo y no dejé que Judit pagase aunque insistió.

Las ciudades se domestican, o más bien nos domestican; nos enseñan a comportarnos bien, poco a poco nos hacen perder nuestro caparazón de extranjero; nos arrancan nuestra corteza de cateto, nos funden en ellas, nos modelan a su imagen; no tardamos en abandonar nuestra conducta, dejamos de mirar hacia arriba, de vacilar al entrar en una estación de metro, tenemos la cadencia adecuada, avanzamos a buen ritmo, y por más que uno sea marroquí, paquistaní, inglés, francés, andaluz, catalán o filipino, al final Barcelona, Londres o París nos adiestran como a perros. Un buen día nos sorprendemos esperando la luz verde en el paso de peatones; aprendemos la lengua, las palabras de la ciudad, sus perfumes, su clamor; Barcelona se despertaba con el estrépito de una llave del doce repiqueteando contra una bombona de gas, con los gritos del paquistaní de turno gritando butaaanooooooooo y uniformado de naranja, color de la maldición, el peor oficio del mundo, y es que había que cargarse al hombro las bombonas de treinta kilos y subirlas por escaleras estrechas de edificios sin ascensor hasta el cuarto o el quinto a cambio de una minúscula comisión por botella vendida: en mi barrio los «paquis», ya fuesen paquistaníes o bien bangladesíes, indios y hasta srilanqueses, eran los vendedores ambulantes del gas, vendedores de rosas, de cerveza cuando caía la noche, tenderos o telefonistas en los locutorios, esa mezcla de despacho de telecomunicaciones con cabinas telefónicas y de cibercafé. Al principio yo iba con cierta frecuencia a uno de esos establecimientos en la rambla del Raval, a dos pasos de mi casa, para consultar internet; las tarifas eran irrisorias, allí te encontrabas con todos los países, todas las nacionalidades: marroquíes, argelinos, saharauies, ecuatorianos, peruanos, gambianos, senegaleses, guineanos y chinos que llamaban a sus familias o enviaban pasta al país mediante un sistema de transferencia internacional de dinero en metálico, de mano a mano, un sistema que poco distaba del chantaje, tan elevadas como eran las comisiones, pero que participaba de la poesía del mundo moderno: tú entregabas cien, doscientos o mil euros en una ventanilla de Barcelona con la identidad del destinatario, e inmediatamente esa misma cantidad estaba disponible en Quito o en Lahore; el parné no conocía las mismas fronteras que sus propietarios, sabía cómo desmaterializarse en las alcantarillas de internet, algo que los propios emigrantes todavía no podían hacer, para transformarse en electrones, en impulsos, en correo electrónico, partir de Dhaka y aparecer, de forma instantánea, en un ordenador en Barcelona.

Mi calle era una de las peores del barrio, una de las más pintorescas si se quiere, respondía al nombre florido de carrer Robadors, calle de los Ladrones, el quebradero de cabeza del Ayuntamiento del distrito; calle de las putas, de los drogadictos, de los borrachos, de los perdidos de todo tipo que se pasaban el día en esa estrecha ciudadela con olor a orines, a cerveza rancia, a tajín y samosas. Era nuestro palacio, nuestra fortaleza; se entraba por la pequeña bocana de la calle Hospital y desembocaba en una explanada de modernos inmuebles en la esquina con Sant Rafael, la cual se abría a la rambla del Raval; enfrente, al otro lado de la calle Sant Pau, comenzaba la calle Sant Ramon, otra fortaleza; entre ambas estaba la nueva

Filmoteca, que se suponía habría de transformar el barrio mediante las luces de la cultura y atraer así a los burgueses del norte, a los pudientes del Eixample, que, sin las iniciativas geográfico-culturales de la Ciudad, jamás hubiesen bajado hasta allí. Por supuesto, había que proteger a los enamorados del cine de autor y a los clientes del hotel de cuatro estrellas de la rambla del Raval no solo del torrente de la plebe, sino también de la tentación de irse de putas o de comprar droga, de forma que la zona estaba patrullada veinticuatro horas al día por la poli, que solía aparcar su furgoneta a la salida de nuestro Palacio de los Ladrones: su presencia, lejos de resultar tranquilizadora, transmitía la sensación de que aquella zona estaba bajo vigilancia, de que había un peligro real, sobre todo cuando la patrulla era numerosa, armada hasta los dientes y con chaleco antibalas.

Durante el día, la actividad de las putas estaba presente pero era bastante reducida; de noche la cosa cambiaba, los turistas extranjeros borrachos como cubas se perdían por nuestros callejones y a veces se dejaban tentar por una hermosa negra a la que se tiraban por detrás, en el hueco de una puerta, al raso: muchas veces, tarde por la noche, he visto el reflejo movedizo de unas blancas nalgas desgarrando la penumbra de los rincones.

Nuestro edificio estaba al principio de la calle de los Ladrones, en su parte estrecha, muy cerca de la calle Hospital; era un edificio típico del barrio, antiguo y ruinoso; uno de los muchos que, a pesar de los esfuerzos de los propietarios y del Ayuntamiento, parecían reacios a toda renovación: los peldaños de la escalera habían perdido la mitad de sus baldosas, la carpintería cedía, las paredes se desprendían de su revestimiento en grandes placas cuyos restos obstruían los rellanos; los cables eléctricos colgaban del techo, los viejos casquillos de cerámica no habían visto el culo de una bombilla desde hacía lustros y los buzones, herrumbrosos y abollados, bostezaban, desjuntados o abiertos de par en par, en el caso de que conservaran la puerta. El hueco de la escalera estaba poblado por cucarachas y por ratas y no era raro, cuando subías por la noche, sorprender a un gran roedor negro mamando de la aguja de una jeringuilla abandonada, chupando la pequeña gota de sangre; el bicho huía entonces por el agujero de una pared al interior de una vivienda, y entonces te estremecías al pensar que eso mismo podría suceder en la tuya.

Los drogadictos venían de un centro de ayuda social especial para ellos que había un poco más lejos en la calle, buscando un lugar donde pincharse; muchos revendían en las calles adyacentes la metadona de la que los abastecía la administración. Entraban en los edificios cuyas puertas no cerraban bien y subían hasta donde sus condiciones físicas les permitían llegar, a veces hasta el terrado, donde no corrían el riesgo de que los habitantes los desalojasen a patadas o escobazos. Daban lástima. La inmensa mayoría eran despojos de una delgadez estupefaciente; tenían abscesos en los brazos, pústulas en la boca; muchos hablaban solos, maldecían, imprecaban, golpeaban las cajas de cerveza que vaciaban en cadena mientras esperaban algo mejor; a veces los veías titubeando, silenciosos, saliendo con aspecto plácido de un

edificio cualquiera, y sabías que acababan de inyectarse, deprisa y corriendo, sentados entre las cucarachas, su dosis de felicidad. Cuando tenían con qué pagar, se regalaban una sopa en el restaurante marroquí un poco más allá en la misma calle, y se quedaban allí un buen rato viendo la tele como ausentes; los que llevaban el restaurante eran generosos y toleraban a aquellos fantasmas que pagaban y apenas robaban alguna cucharilla; solo les prohibían entrar en los aseos. Los drogadictos hasta tenían un pequeño parque, un escondrijo de verdor que nadie les disputaba, ni siquiera el Ayuntamiento: un poco más al sur, muy cerca del puerto, contra las murallas de las atarazanas góticas, tras un terraplén que debía de proteger un antiguo foso, a dos metros de profundidad había un cuadrado de hierba que desde la calle resultaba invisible; los encargados de la limpieza municipal no bajaban muy a menudo allí, y ni siquiera los polis, partiendo de la base de que todo lo que es invisible no resulta molesto y por lo tanto no existe, molestaban demasiado a los toxicómanos. Había tanto mujeres como hombres, aunque a veces era complicado saber a qué sexo pertenecían; vivían entre ellos, se insultaban entre ellos, morían entre ellos, y aunque es cierto que no estaban entre los más elegantes ni los más limpios de los habitantes del barrio, se contaban, junto con los roedores y los insectos, entre los más anodinos.

Aunque a veces, como un perro acorralado puede enseñar los dientes y tratar de morder a un agresor, alguno de ellos se volvía violento; me acuerdo de una crisis de locura increíble, un día, mientras yo estaba tranquilamente en el balcón observando lo que sucedía en la calle, uno de esos tipos sacó el bocal de metadona hecho una fiera; empezó a gritar, luego a aullar incomprensibles maldiciones, a golpear la pared con el puño, luego se puso a pegarle a un paquistaní que pasaba por allí y que no entendió a qué venía aquella lluvia de hostias; llegaron dos personas en su auxilio: a pesar de su delgadez, el drogadicto tenía una fuerza inconmensurable, casi divina, ni entre tres hombres jóvenes conseguían controlarlo, mientras trataban de acorralarlo solo lograron arrancarle la ropa, mucho menos resistente que él; primero se desgarró su camiseta y luego se le soltó el cinturón, él resistía como un demonio y logró deshacerse de sus agresores a base de fuertes patadas vengadoras en las tibias, en los cojones, hasta quedarse en calzoncillos, se peleaba en calzoncillos como un guerrero insignificante, fino y flaco, las piernas cubiertas de heridas, los brazos rebozados de cortezas y tatuajes, hasta que hicieron falta cinco personas, dos polis y una ambulancia para reducirlo: los polis consiguieron esposarlo, los hombres de blanco le pincharon para luego atarlo a una camilla y llevarlo Dios sabe adónde; había una belleza auténtica y triste en aquel último combate del pobre hombre desnudo desposeído de su cerebro y de su cuerpo por la heroína; se peleaba contra sí mismo, contra Dios y los servicios sociales, que para él eran idénticos.

Las putas también daban lástima, pero de otra forma. Algunas eran más malas que la tiña, lobs avispadas y peligrosas que no vacilaban en asaltar a los clientes o en dejar tuerto con sus uñas al mal pagador; insultaban copiosamente a los machos que

rechazaban sus ofrecimientos, los trataban de maricas, de gallinas, de impotentes. La inmensa mayoría venían de África, pero también las había rumanas y hasta una o dos españolas, entre ellas la que solía sentarse bajo un soportal a la entrada de la calle, María, un poco la portera de nuestro palacio. María tenía unos cuarenta años, más bien redondita, bastante sonriente, no demasiado hermosa pero simpática; estaba allí sentada ante su puerta toda la tarde y toda la noche; cuando pasábamos por delante de ella abría las piernas y nos mostraba su tanga llamándonos sus pequeños queridos: yo siempre le respondía educadamente buenos días María, liquidando rápido su bromita, eso no hacía daño a nadie, eran relaciones de buena vecindad. Jamás me atreví a subir con ella, debido en primer lugar a la diferencia de edad, que me intimidaba, pero también al triste recuerdo de Zahra, la putita de Tánger. La inmensa mayoría de los clientes habituales eran inmigrados, extranjeros sin un céntimo que le regateaban el precio, algo que a María la ponía negra: entonces escupía al suelo y gritaba como un cordero ¡por ese precio vete con las negras! Al parecer, también por el culo, era la crisis. María vivía con un tipo que era camionero, o marino, ya no me acuerdo, en cualquier caso no solía estar por allí. Las africanas tenían chulos, mafiosos a los que habían vendido su cuerpo ya en su país de origen por el precio del billete a Europa: ignoro cuánto tiempo tenían que dejarse joder por pobres y por turistas antes de recuperar su libertad, si es que algún día lo conseguían.

Había también un tipo que arreglaba bicicletas, una pollería, frigoríficos clandestinos para los paquis vendedores de cervezas, almacenes de rosas para los paquis vendedores de rosas, familias de marroquíes pobres, familias de bengalíes pobres, señoras mayores españolas (que conocían el barrio desde antes de la guerra y aseguraban que aparte de la nacionalidad de las putas y los ladrones poco habían cambiado las cosas) y jóvenes clandestinos como nosotros, la mayoría marroquíes, algunos de ellos menores, chiquillos que andaban rondando a la espera de un mal golpe para distraerse, para buscarse la vida: desvalijar a los turistas, venderles falso hachís o robar alguna bicicleta.

Y justo en la esquina, una mezquita, la mezquita Tariq ibn Ziyad, el glorioso conquistador de Andalucía, que fue la razón de mi llegada al barrio: era a la única que conocía Judit, una de las más antiguas de Barcelona, situada en una tienda en la planta baja de un edificio rehabilitado. Era limpia y bastante grande.

También había dos librerías de viejo no demasiado lejos, un gran supermercado subterráneo a dos pasos y el mercado del libro de ocasión todos los domingos bastante cerca, estaba contento. Triste, el corazón desgarrado por Judit, pero contento.

Busqué información sobre la muerte de Cruz; todo lo que encontré fue este minúsculo informe del *Diario Sur*:

DRAMA EN ALGECIRAS  
ENVENENADO POR UNO DE SUS EMPLEADOS

El propietario de la empresa de pompas fúnebres Marcelo Cruz ha sido hallado muerto en su lugar de



trabajo a resultas de un envenenamiento con estricnina. Fue uno de sus vecinos y colaboradores, imán de la mezquita de Algeciras, quien alertó a las autoridades. Todavía no se conocen las circunstancias exactas del drama, pero según la Policía Nacional, el señor Cruz habría sido envenenado por uno de sus empleados, que habría huido tras desvalijarlo.

Así pues, me buscaban por robo con homicidio.

No fue ninguna sorpresa, pero al verlo en el periódico tragué saliva. Afortunadamente, Cruz no había informado de mi presencia a las autoridades; no tenía permiso de trabajo, ninguna fotocopia de mis papeles, ningún indicio, aparte, eso sí, de mis huellas dactilares y mi ADN; el imán no conocía mi apellido: a pesar de todo podía describirme, indicar que me llamaba Lajdar y que venía de Tánger. Era mucho más de lo que iba a necesitar la poli para identificarme en caso de detención, sobre todo con un nombre tan poco común como el mío.

Pensé en los perros de Cruz, me pregunté quién iba a ocuparse de ellos. Posiblemente porque eran el único rayo de luz en la oscuridad de las últimas semanas, echaba de menos su mecánica ternura, su pelaje, su respiración.

Para no ser arrestado, tenía que quedarme prudentemente escondido en la calle de los Ladrones.

Todo me parecía lejos.

A Judit, más próxima que nunca, la veía lejos.

Tánger estaba lejos.

Meryem estaba lejos, Basam estaba lejos; los soldados de Jean-François Bourrelie estaban lejos; Casanova estaba lejos; había encontrado una nueva prisión en la que esconderme, calle Robadors; seguía sin salir de mi encierro.

La vida estaba lejos.

Los primeros días fueron difíciles, me alojé en un hotel para estudiantes, fui un inconsciente: había tenido que entregar mi pasaporte en recepción, la poli podría haberme encontrado sin mayor dificultad y venir directamente a pillarme en la cama. Pero nada sucede jamás como en los libros. Sea como fuere, bien escondido en el Raval, en los bajos fondos, entre putas y ladrones, me parecía que no tenía nada que temer.

La mezquita Tariq ibn Ziyad estaba en manos de los paquis; también te cruzabas con algún que otro árabe, pero pocos en comparación. El imán era del Punjab. Al principio pasé allí bastante tiempo para verme con gente y relajarme en la oración y la lectura. Cuando uno no tiene casa, cuando no conoce a nadie, hay que empezar por algún sitio: por los bares o las mezquitas; y yo hice bien: fue gracias a la mezquita como encontré mi habitación en aquel piso ruinoso pero agradable, en el corazón de la fortaleza Raval: treinta metros cuadrados, un cuarto largo con un pequeño balcón. Compartía el apartamento con un tunecino llamado Munir. Pagaba trescientos euros al mes, todo incluido; de hecho, no teníamos ni idea de quién se ocupaba de la electricidad, si es que había una factura de electricidad; en cuanto al agua, venía de unos grandes depósitos instalados en el tejado, y no había contadores. Jamás conseguí

saber quién era el propietario, pagábamos el alquiler en efectivo en un bar de la calle Sant Ramon, sin más. Cuando una vez Munir no pudo pagar, a finales de abril, dos tipos le dieron una buena paliza, lo cual lo animó a buscarse las habas rápidamente hasta que se las arregló para robar cuatro hermosas bicicletas que luego malvendió, nada más.

Mi relación con Judit era extraña. Nos veíamos casi a diario. Me ayudaba en todo; hasta llegó a abrir una cuenta en una caja de ahorros, a su nombre, para que depositase mi pasta en ella; me dio la tarjeta y el código, teniendo en cuenta dónde vivía, aquello era mucho más seguro que tener la pasta en efectivo. Fue ella quien hizo el depósito; no me preguntó de dónde salía aquel dinero ni yo se lo expliqué.

Judit me parecía la más hermosa y noble de las mujeres, aunque, por alguna oscura razón, ya no me quería. Enseguida se las arregló para encontrarme trabajo: profesor de árabe. Dos veces a la semana, daba una clase particular a Judit, Elena y Francesc, uno de sus compañeros, por diez euros la hora. Estaba muy orgulloso. Les explicaba las sutilezas de la gramática; comentaba versos clásicos con ellos; a menudo yo había aprendido por la mañana en un libro lo que les explicaba por la tarde; de repente leía mucho en árabe para preparar las clases, era agradable. Nos aprendíamos de memoria poemas de Abu Nuwas, en mi opinión el más grande, el más subversivo y el más divertido de los poetas árabes; les explicaba, casi línea a línea, las grandes novelas de Naguib Mahfuz o de Tayeb Saleh que yo no había leído antes pero que figuraban en su programa.

Judit vivía en casa de sus padres, en la parte alta de la ciudad, en Gràcia; era un barrio más bien burgués, un antiguo pueblo incorporado a Barcelona en el siglo XIX, con calles estrechas y sitios agradables; la tradición local había querido que los jóvenes de esos burgueses fuesen más bien rebeldes y alternativos: los movimientos asociativos eran numerosos, incluso había una casa okupa en pleno centro del barrio; cosas de la juventud. Allá arriba, también los árabes eran más chic, más burgueses; los restaurantes eran en su mayor parte sirios, libaneses o palestinos; justo al lado de la casa de Judit había un establecimiento mesopotámico y otro fenicio; todo aquello me intimidaba un poco, y arrinconado entre la catalanidad y la Antigüedad, yo prefería refugiarme en las tinieblas de mis callejones. Judit, por supuesto, se sentía muy cómoda allí arriba. Es donde tenía a sus amigos, su instituto, las calles en que había crecido; a veces, después de la clase de árabe, insistía en llevarme a comer a uno de aquellos restaurantes nobles y antiguos: el dueño del fenicio no es que hubiese salido de un sarcófago de Sidón, era un libanés de la montaña; habló un momento de política con Judit, de Siria, principalmente de la guerra civil en curso, del turbio papel que en ella jugarían Turquía, Arabia Saudí y Qatar; todo aquello era un poco deprimente, yo tenía la impresión de que hiciesen lo que hiciesen los árabes estaban condenados a la violencia y la opresión. Hay que admitir que era bastante inteligente y muy simpático, aquel fenicio, lo cual no hacía sino acrecentar mis celos; no abrí la boca, debió de tomarme por un oso o un retrasado.

Judit estaba cada vez más misteriosa. Parecía triste, algunas veces profundamente triste, como ausente, yo no podía entender por qué; otras, al contrario, desbordaba energía, se reía, me hablaba de sus proyectos, me proponía salir a dar una vuelta o a tomar una copa. Al principio yo no dejaba de pincharla para que reconociera que estaba con alguien, pero ella seguía negándolo, hasta que acabé conociendo tan bien en qué empleaba su tiempo que tuve que rendirme a la evidencia: no había nadie más en su vida, aparte de sus compañeros de universidad y yo.

Lo cual era tanto más incomprensible.

Me dije que había que darle tiempo, que acabaría por volver conmigo. A veces, cuando salíamos, le tomaba la mano; ella no la retiraba, yo tenía la impresión de que simplemente le daba igual. En cierta ocasión, solo una vez, hasta nos acostamos juntos: una tarde la invité a venir a ver mi nueva y gloriosa habitación; ella se dejó abrazar y desvestir sin oponer resistencia; digo bien «sin oponer resistencia», mecánicamente, y ni todas mis caricias ni todo mi amor lograron nada, hasta tal punto que una vez mi asunto estuvo concluido, mientras ella volvía a vestirse en silencio, sentí vergüenza, vergüenza y culpabilidad como si la hubiese violado. Ella me tranquilizó diciéndome que era ridículo, que en aquel momento no le apetecía, que eso era todo.

—Ya te lo he dicho, ahora mismo no me veo con fuerzas para estar con nadie.

Para mí, aquello resultaba del todo insondable, debía de tratarse de una enfermedad. De pronto yo lo estropeaba todo; le escribía poemas, le regalaba libros, le recordaba los momentos perfectos de Tánger y de Túnez. Aquellos recuerdos la sumergían en la melancolía. Tenía un aspecto frágil, como si pudiese derrumbarse en cualquier momento.

Yo no le quitaba el ojo de encima.

Barcelona era hermosa y salvaje, me gustaba la elegancia, el ritmo, los sonidos de la ciudad, la diversidad de los barrios, de Gràcia al Poble Sec, desde el puerto hasta la montaña, la extraña unidad que había en sus diferencias y sus escondrijos, las sorpresas que ofrecía la ciudad; a dos pasos de mi casa, por ejemplo, oculto tras unas murallas, tras una puerta abovedada de piedra, se hallaba el hospital de la Santa Cruz y su magnífico jardín, con sus naranjos, su hermosa fuente y las maravillosas escaleras de piedra de la Biblioteca de Cataluña; en cuanto aparecían los primeros rayos de sol, me sentaba allí para leer en un banco entre el aroma de las flores de azahar; las guapas estudiantes de la escuela de artes aplicadas salían para fumarse un cigarrillo, se sentaban en los escalones, mirarlas de tanto en tanto resultaba agradable; a unos pasos de allí, bajo los pórticos del antiguo monasterio, un grupo de vagabundos se trincaba sus buenas cervezas y sus litros de tintorro, también a ellos parecía que el lugar les complacía, lo mismo que a los drogadictos de la calle de los Ladrones, los vendedores de costo, los desvalijadores de turistas, a todo el mundo le gustaba aquel lugar, a cada cual por sus propias razones. En el fondo, el hospicio medieval continuaba cumpliendo su función, albergaba cosas pobres: libros, artistas, borrachos y ladrones.

Por la tarde, cuando a Judit le daba pereza salir, yo caminaba un rato por la rambla del Raval, plaza larga y oblonga llena de palmeras y salpicada de bancos, con un gigantesco gato de bronce, estatua improbable, en su extremo; los pakis deambulaban en sus *salwar kameez*, las familias paseaban a sus hijos, las mujeres y las niñas indias llevaban sus hermosos vestidos de colores, los gitanos sacaban sillas y discutían en la acera, delante de un restaurante donde cenaban antes de hora algunos británicos que uno adivinaba, por el color de su piel, que se habían pasado el día en la playa; todo aquel pequeño mundo tomaba el fresco, disfrutando de la tregua de la tarde; subiendo y bajando la rambla del Raval, uno hubiese podido creer que no había antagonismos, ni odio, ni racismo, ni pobreza; aunque la ilusión no duraba mucho tiempo; generalmente un árabe empezaba a joder a un paqui, o a la inversa, y acababas por oír sus gritos que a veces iban a más.

Cuando el sol ya estaba bajo volvía a casa; tenía un nuevo ritual: me compraba una botella de vino tinto catalán en el supermercado, unas aceitunas y una lata de atún; me instalaba en mi minúsculo balcón en el cuarto piso, abría la botella, la lata, el paquete de aceitunas, tomaba un libro y esperaba que la noche cayese, despacio, era el rey del mundo. Mejor que Abu Nuwas en la corte de Bagdad, mejor que Ibn Zaydun en los jardines de Andalucía, me tomaba un pequeño anticipo del Paraíso, que Dios me perdone, solo me faltaban las huríes. Leía una novelita de detectives española (a falta de pan buenas son tortas) o poesía árabe clásica, con la ayuda del diccionario que me había prestado Judit; descifrar un verso oscuro de palabras olvidadas era un inmenso placer.

Había descubierto el vino. Un pecado, cierto, no lo niego, pero uno de los más placenteros y el más barato: según la botella que escogía, me costaba entre un euro

cincuenta y tres euros. El poderoso reino de Marruecos tasaba los alcoholes sin piedad, allí tenía que contentarme con café con leche; aquí la bella España ponía el fruto de sus vides al alcance de todos los bolsillos.

El sol acababa desapareciendo casi frente a mí, hacia la iglesia de Sant Pau, entonces me quedaba todavía una media horita de día, luego en el balcón estaba demasiado oscuro para leer, entonces observaba un momento la calle; el fin de semana, decenas de personas hacían cola delante del local de la secta evangelista, o adventista, o no sé qué otra herejía minoritaria, nuestros vecinos; tenían mucho éxito entre los indigentes porque después del oficio distribuían comida. Desde luego, uno no puede prejuzgar la sinceridad de la fe que animaba a aquellos andrajosos fieles, si eran o no auténticos protestantes. En todo caso, aquella iglesia (una antigua carnicería) siempre estaba atestada; se los oía entonar cánticos; luego hablaban de amor, del Señor y de sus corderos, de Cristo que volvería el día de la Resurrección para traer consigo la justicia.

Era extraño pensar que en el fondo todas nuestras religiones eran unos relatos: fábulas que unos suscribían y otros no, un inmenso libro de historias donde cada uno podía tomar lo que más le convenía; había una recopilación llamada *Islam* que no acababa de coincidir con las versiones contenidas en *Cristianismo* que a su vez difería del conjunto *Judaísmo*; aquellos protestantes cantores para pobres también debían de tener su propia versión; yo me hice con uno de sus instrumentos de evangelización, era un cómic en color de una docena de páginas y trazo simple; todos los personajes eran negros, salvo Cristo, dorado y aureolado, con barba y pelo largo; había un hombre construyendo una casa de madera con un martillo, casándose, teniendo una familia; sus hijos crecían alrededor de su cabaña; todos trabajaban la tierra. Luego el hombre envejecía, su cabello se tornaba blanco, al final moría y un Jesús todo brillante lo acompañaba hacia los cielos, entre los ángeles.

Las putas aparecían con el encendido de las farolas. Se disponían a la salida de la calle, en el lado de la explanada; la mezquita Tariq ibn Ziyad debía de ser la única en el mundo ante la cual unas amazonas negras como la noche, armadas con minifaldas de lamé, con sujetadores brillantes y con tacones altos captaban a los fieles; estos por otra parte no les prestaban la menor atención. Las putas formaban parte del decorado, como los polis que cuando caía la noche también empezaban a hacer su ronda, en grupos de tres o cuatro, en fila, orgullosos, muy orgullosos de exhibir toda la fuerza del orden y la dureza de la ley. Lo cierto es que de ese modo aceleraban la inmensa mayoría de las actividades ilegales: tan pronto como doblaban la esquina, uno sabía —como se sabe de la aguja de un reloj o de un astro—, que iban a tardar sus buenos cinco minutos en volver. Había cámaras de vigilancia, por supuesto, pero en la calle nunca oí decir que hubiese que preocuparse por eso: del mismo modo que Dios nos mira a todos, el señor alcalde podía observarnos desde su despacho en la plaza Sant Jaume; nadie tenía nada que decir, ni los borrachos que se trincaban sus cervezas gritando locuras prácticamente bajo la cámara en cuestión, ni el vendedor de costo,

todo el santo día en el mismo sitio, ni los negros, propietarios de una escuadra entera de meretrices que curraban por su cuenta un poco más abajo, ni los drogadictos que se insultaban ante el centro de ayuda social cerrado, ni los pakistaníes que llegaban más tarde a buscar cervezas en sus frigoríficos clandestinos. A nadie parecían molestarle aquellas cámaras blancas, perfectamente visibles, fijadas a cada lado del callejón. Constituían el precio de la gloria.

Luego, a eso de las once o a medianoche, me iba a dar una vuelta con Munir, mi coinquilino. Munir era uno de los escapados de Lampedusa, uno de los tunecinos que habían aterrizado en Francia cuando la Revolución gracias a la generosidad de Berlusconi, con gran perjuicio para el gobierno francés, dispuesto a compartirlo todo salvo las deudas y los indigentes. Munir había pasado unos meses en París, aunque en París sería decir demasiado, en los suburbios, más bien, escondido en un baldío junto a un canal, pelándose de frío y muriéndose de hambre. Esos franceses no me dieron ni un bocadillo los muy cabrones, ¿te das cuenta? ¡Ni un bocadillo! ¡Ah, qué hermosa que es la democracia! Imposible encontrar trabajo, nos pasábamos el día errando, por Stalingrad por Belleville por République, estábamos dispuestos a aceptar cualquier trabajo para sobrevivir. Nada, nada que hacer, allí nadie te ayuda, los primeros los árabes, piensan que ya son demasiados, que un pobre moro de más es malo para todo el mundo. La Revolución tunecina, vista desde lejos, les parece hermosa, pero te dicen precisamente ahora que habéis hecho la Revolución quedaos allí, en vuestro paraíso de jazmín lleno de islamistas y no vengáis a jodernos con vuestras bocas inútiles. Si quieres mi opinión, Lajdar, todas esas revoluciones árabes no son más que maquinaciones estadounidenses para tocarnos todavía un poco más los cojones.

Exageraba en cuanto a los franceses: me contó que había sobrevivido gracias a los Restaurantes del Corazón y los Comedores Sociales, donde si hacías cola durante el tiempo suficiente acababas por comerte un plato de judías o irte de allí con un paquete de pasta sin que nadie te hiciese ninguna pregunta. Tal como pintaba París, no daban ganas de ir; batallones de pobres a los que se les proporcionaban tiendas individuales para que durmiesen en la mismísima acera, al raso en la calle; interminables suburbios dejados de la mano de Dios y la de los hombres, donde todo el mundo estaba en paro, donde no había nada que hacer aparte de quemar coches para entretenerse el fin de semana; y sobre todo, el odio, decía, el odio y la violencia que se respira en esa ciudad, ni te lo imaginas. Cada día las noticias hablan del aumento del odio. Te lo aseguro, no se dan cuenta, van directos a la hecatombe.

Exageraba un poco, está claro, pero eso no resultaba tranquilizador. La derecha francesa quería cerrar las fronteras, vendarse los ojos con una bandera tricolor y permanecer estanca a todo, excepto a la guita.

Al final Munir se fue de París asqueado para probar fortuna más al sur; ¿y Marsella, viste Marsella? Yo tenía mis recuerdos de las novelas de Izzo y la impresión de conocer Marsella. Pero no, Munir no se había detenido en Marsella, dos tipos le partieron la cara delante de la estación de Montpellier, lo agredieron así, por

puro placer, decía. Desde entonces ya nunca salgo sin un cuchillo, añadía, y era verdad: siempre llevaba encima una navaja bastante corta pero bien afilada.

La auténtica suerte de Barcelona, lo único que hacía que la ciudad fuese todavía una ciudad y no un conjunto de guetos a sangre y fuego, eran los turistas. Una bendición divina. De un modo o de otro, todo el mundo vivía de ellos. Los restaurantes vivían de ellos, los hoteleros vivían de ellos, las cafeterías y los vendedores de camisetas de fútbol vivían de ellos, los charcuteros vivían de ellos y hasta los librereros, que tenían sus sucursales en los museos para llevarse su tajada de ese oro color rosa bronceado que irrigaba el centro de la ciudad. Los vendedores ambulantes de cervezas vivían de ellos, los vendedores de reclamos, de pitos, de trompos mágicos y de pins intermitentes vivían de ellos; también Munir vivía de ellos. Después de todo, como él decía, todo el mundo roba a esos turistas. Todo el mundo los desvalija. Pagan sus cervezas a ocho euros en las Ramblas. No veo por qué razón cogerles una cámara de fotos, un monedero o una mochila debería ser forzosamente peor. Porque es *haram*, precisamente, es robo. No, respondía él, si Al Qaeda permite degollar a los infieles, no veo por qué iba a estar prohibido asaltarlos, y estallaba en una gran risa.

La verdad es que era difícil contradecirlo: a veces uno tenía la impresión de que era el mismo Dios (que Él me perdone) quien enviaba a aquellas criaturas a nuestros callejones, con su aspecto inocente, mirando hacia arriba mientras Munir metía tranquilamente la mano en su mochila.

Era el maná. Los más pobres sobrevivían gracias al turismo, la ciudad sobrevivía gracias al turismo, siempre quería más, siempre atraía más, aumentaba el número de hoteles, de pensiones, de aviones para traer a esas ovejas y esquilarlas, todo aquello me recordaba a Marruecos, porque en ese período en el metro de Barcelona había una campaña de promoción del turismo de Marrakech, una fotografía de aire orientalista con un bonito eslogan del tipo «Marrakech, la ciudad que viaja en ti» o «Donde te lleve tu corazón», y yo me decía que el turismo era una maldición, como el petróleo, un cebo que generaba falsa riqueza, corrupción y violencia; en el metro de Barcelona pensé en la explosión de Marrakech, en el jeque Nuredine viviendo en alguna parte en Arabia y en Basam, en algún lugar del País de las Tinieblas, en el atentado de Tánger donde aquel estudiante halló la muerte de un sablazo; por supuesto, Barcelona era diferente, representaba la democracia, pero uno sentía que todo aquello estaba a punto de cambiar, que no hacía falta gran cosa para que el país entero cayese también en la violencia y el odio, que Francia la seguiría, que Alemania la seguiría, que Europa al completo ardería como el mundo árabe, y la obscenidad de aquel cartel en el metro era la prueba, ya no quedaba nada que hacer por Marrakech aparte de gastarse la pasta en campañas publicitarias para invocar el maná perdido, incluso si uno sabía perfectamente que era el dinero del turismo lo que provocaba el subdesarrollo, la corrupción y el neocolonialismo, como en Barcelona, poco a poco aumentaba el resentimiento contra la pasta del extranjero, del interior o del exterior;

el dinero enfrentaba a los pobres unos contra otros, la humillación se trocaba suavemente en odio; todos odiaban a los chinos que compraban uno por uno los bares, los restaurantes, los bazares con dinero de familias enteras que procedía de regiones en las que uno no podría creer el nivel de pobreza; todos despreciaban a los currantes británicos que venían aquí para hartarse de cerveza barata, follar en el hueco de un portal y luego tomar, todavía borrachos, un avión de regreso que les había costado el precio de una pinta de ale en su oscuro suburbio; todos esos jóvenes nórdicos del color de la tiza deseaban en silencio que la diferencia de temperatura les permitiese estrenar sus minifaldas y su chanclas en febrero; un cuarto de la población de Cataluña estaba en paro, los periódicos estaban llenos de terroríficas historias de crisis, de familias desahuciadas de unas viviendas que ya no podían pagar y a las que los bancos ponían de patitas en la calle mientras les seguían reclamando su deuda, de suicidios, de sacrificios, de desaliento: uno sentía cómo aumentaba la presión, cómo aumentaba la violencia, tanto en la calle de los Ladrones refugio de los pobres entre los pobres, como en Gràcia entre los hijos de los burgueses, uno sentía la ciudad dispuesta a todo, tanto a la resignación como a la insurrección.

Munir me hablaba de Sidi Buzid, del gesto de desesperación que había desencadenado la Revolución: había que alzar la mano contra uno mismo para hacer reaccionar a las masas, como si finalmente solo ese último movimiento pudiese desencadenar las cosas; hacía falta que alguien se destruyese a sí mismo a través del fuego para dar con el valor para actuar; hacía falta la irreversibilidad de la muerte de otro para entender que uno mismo no tenía nada que perder. Esa cuestión me atormentaba; me devolvía a Marruecos, a mi expedición aquella la noche con Basam y el jeque Nuredine, a mi cobardía, movimiento exactamente opuesto al de Sidi Buzid, como si solo existiese el suicidio o la dictadura del garrote, como si el mundo entero estuviese a punto de bascular del lado de la dictadura del garrote y no quedase sino la perspectiva de inmolarsse en el fuego; o de quedarse en un balcón leyendo libros, los que por ese entonces todavía no hubiesen sido quemados, o ir con Munir a revenderle una cámara de fotos a su contacto, saludando en voz muy baja a la poli cuando nos cruzábamos con ellos.

En aquel momento, en Francia, en Toulouse, un pirado mató a tres niños y un adulto en una escuela judía, con una pistola, a sangre fría; unos días antes, se había llevado por delante a unos militares desarmados de la misma manera; era imposible encontrarle un sentido a todos aquellos disparos que resonaban en el mundo entero. En los periódicos de Barcelona la historia ocupaba dos o tres páginas. Un perro rabioso se había alzado y había asesinado antes de palmarla él mismo, qué más podía decirse, aparte de que el chiflado llevaba por nombre el del Profeta y que había intentado participar en la Yihad Dios sabe dónde; a Munir le pareció que los polis que se lo cargaron habían sido demasiado amables con aquel degenerado, que tendrían que haberlo empalado muy lentamente en la plaza mayor; o descuartizarlo como a Damien, el regicida de las memorias de Casanova, puede ser, pero ¿qué hubiese



cambiado eso? Pensé en Basam, perdido en alguna parte en su Yihad personal, posiblemente asesino de un estudiante a sablazos en Tánger, a veces explicarse no sirve para nada; no hay nada que entender en la violencia, la de los animales, locos en su propio miedo, en el odio, en la ciega necesidad que impulsa a un tipo de mi edad a ponerle a sangre fría el cañón de una pipa en la sien a una niña de ocho años, en una escuela, a cambiar de arma cuando la primera se encasquilla, con la calma que eso supone, la calma y la determinación, y a disparar para hacerse merecedor del respeto de alguna rata en una cueva afgana. Recordé las palabras del jeque Nuredine, provocar el enfrentamiento, desencadenar represalias que soplarían sobre las brasas del mundo, que lanzarían los perros los unos contra los otros, con los periodistas y los escritores a la cabeza, pues se precipitaban a *comprender* y a *explicar*, como si hubiese algo realmente *interesante* entre los meandros paranoicos de los limitados sesos de una escoria que ni siquiera Al Qaeda había querido.

Munir pensaba que aquellos atentados los había preparado en secreto la extrema derecha fascista para atizar el odio, la desconfianza hacia el islam y justificar la caza del árabe en un futuro; yo me acordé de la expresión de Manchette en ya no sé qué libro, eran «las dos mandíbulas de la misma tontería».

Un cielo de un negro infinito, he ahí lo que nos esperaba; hoy en mi biblioteca, donde los muros ensordecen el furor del mundo, observo la serie de cataclismos como quien, en un refugio que sabe seguro, siente cómo vibra el suelo, cómo tiemblan las paredes, y se pregunta cuánto tiempo todavía logrará conservar la vida: fuera, todo parece oscuridad.

«No se puede vivir sin amar», eso le repetía yo a Judit, había dado con esa frase en una hermosa novela, negra y compleja; ella necesitaba rehacerse, recuperar su energía, su fuerza, yo solo quería una cosa, ofrecerle esa chispa, el fuego de esa ternura que a mí me desbordaba; regalárselo en los libros, en los poemas, en los gestos del día a día; ya había dejado morir a Meryem, no quería que Judit se hundiera en sus propias tinieblas. Un día, mientras bajábamos juntos después de la clase, a pie por las calles de Gràcia de nombres tan extraños —calle «del torrente de la olla», calle «del diluvio», calle «del peligro»—, comenté el tema con Elena y estuvo de acuerdo conmigo, no veía a Judit demasiado bien, le parecía cada vez más ausente, como recluida, encerrada en sí misma; le había propuesto irse otra vez de viaje, en Semana Santa, viajar a algún lugar del mundo árabe, por qué no a El Cairo, o a Jordania, pero sin el menor éxito, Judit decía que no quería pedir dinero en casa, su padre poseía una pequeña empresa de construcción floreciente hasta la fecha pero que ahora estaba al borde de la quiebra y a su madre, profesora en la universidad, el año anterior le habían bajado el sueldo dos veces. Pero no creo que sea una cuestión de pasta, decía Elena; es otra cosa, ya nada le interesa. Ni siquiera el árabe, continúa con sus estudios, ya lo has visto, pero sin pasión. Ha dejado de buscar másters y escuelas de interpretación para el año que viene. Casi ni sale, aparte de alguna que otra vez contigo. El año pasado todavía íbamos a discotecas, a conciertos, ahora ya nada. Se había comprometido con los okupas, participaba en las reuniones de los Indignados, en fin, un montón de actividades hoy casi olvidadas. Todavía va a clase, pero eso es todo. Tengo la impresión de que la mayoría de las veces se queda encerrada en su cuarto, da un paseo por el barrio para que le dé el aire y ya está. Elena parecía triste y preocupada por su amiga, ya que no veía qué podría haber provocado semejante cambio de actitud. A su regreso de Túnez, decía, solo hablaba de ti, de vosotros, de Marruecos, de los enormes progresos que estaba haciendo en árabe, todo el rato; y en otoño todo empezó a ir peor; se preocupaba porque le escribías poco, y eso que por supuesto sabía que estabas en tu barco y casi siempre sin internet; poco a poco se fue cansando de los Indignados, el movimiento le parecía un poco vacío; el lado festivo del movimiento okupa también le molestaba, cada vez iba menos a la casa okupada en la plaza del Sol. Total, que poco a poco ha ido dejando de hacer cosas, se ha ido hundiendo en la tristeza.

Aquello, como descripción, me parecía un poco exagerado, seguro que se le pasaba.

En cuanto a mí, aunque estaba contento de mi nueva vida en Barcelona, aunque disfrutaba de mis lecturas en el balcón, de la vida del barrio, de los cursos de árabe y de todo lo que iba descubriendo de la vida en Europa —las lenguas, los periódicos, los libros—, mi situación no era precisamente sencilla. Debían de estar buscándome por el asunto de Cruz, no podía bajar e ir a preguntarle a la poli cómo iba la investigación ni explicarles que no había asesinado (tal como probablemente sospechaban) a aquel buen hombre: eso significaba que estaba acorralado en

Barcelona, encerrado una vez más, pero en un territorio más grande. Esa ausencia de futuro me resultaba un poco pesada: me hubiese gustado matricularme en la universidad, pero sin permiso de residencia no debía de ser posible; trabajar legalmente tampoco. Había que esperar, tenía por delante una larga espera de varios años, para que la policía me olvidase y la situación económica en Europa fuese a mejor, lo cual no parecía inminente. Como quien sufre una lenta enfermedad, casi indolora al principio, y no le cuesta olvidarla en su vida cotidiana, todas esas cuestiones no me atormentaban; no muy a menudo, por lo menos. Cruz se había incorporado al mundo de mis pesadillas, de mis muertos. De vez en cuando me fumaba algún porro, en medio de la noche, cuando un sueño demasiado horrible me impedía volver a dormirme: siempre los mismos temas, la sangre, el ahogamiento y la muerte.

Echaba de menos la sonrisa de Basam cuando mirábamos el Estrecho, esa jeta suya de cateto guasón.

A falta de universidad, trataba de cultivarme, de no perder el tiempo. Era consciente de que a través de los libros había vivido mis mejores momentos, en la Difusión del Pensamiento Coránico y con el señor Bourrelier; sentía de forma confusa que me conferían una dolorosa superioridad con respecto a mis compañeros de infortunio, clandestinos como yo; sin hablar de un placer casi gratuito. El fútbol y la televisión no eran mucho más caros, cierto, pero me costaba apasionarme por la epopeya del Barça, que ve a saber por qué se había convertido en el equipo de los Justos y los Oprimidos frente a los malvados Blancos del Madrid. De vez en cuando acompañaba a Munir a ver un partido en el bar, pero sin gran entusiasmo.

Iba a la biblioteca y leía ensayos sobre la historia de España, de Europa, tomaba notas en un gran cuaderno; trataba de aprender un poco de catalán, tenía una libreta de vocabulario en la que apuntaba palabras, trozos de frases, verbos. Dios sabe por qué, pero el catalán me parecía una lengua muy antigua, una pequeña lengua muy vieja, hablada por caballeros medievales y despiadados cruzados; puede que debido a todas esas x y esos fonemas extraños.

También mejoraba mi español y mantenía mi francés, aunque me costaba bastante encontrar libros; a pesar de todo daba con alguno que otro en las librerías de segunda mano. Había pensado comprarme un lector electrónico, pero todavía no me había decidido. En la red había miles de títulos disponibles de forma gratuita, toda la literatura francesa, más o menos. Eso me hacía soñar, aunque según mis investigaciones no había muchas novelas de detectives. Bajo el seudónimo de Eugène Tarpon, a veces participaba en un foro dedicado a la «Literatura policíaca»; allí encontré compañeros que conocían todos los recursos de literatura detectivesca de la web.

Así pues estaba medianamente ocupado, el intelectual de la calle de los Ladrones. A aquel ritmo, pronto iba a necesitar gafas.

Y entonces el 29 de marzo empezó la insurrección, como estalla cuando nadie lo espera una olla a presión olvidada sobre el fogón.

La noche anterior, Munir me había llevado a ver el partido del Barça, que jugaba la Copa de Europa contra el Milan, 0-0, un espectáculo bastante fastidioso pero en agradable compañía: éramos cuatro árabes sentados a la mesa en un bar, bebiendo cervezas, diciendo tonterías y comiendo patatas bravas, no estuvo mal, aunque a los seguidores les hubiese gustado ver algún gol y que su equipo ganase. Lo que siempre me impresionó de esos bares de fútbol es que había chicas, jóvenes muy guapas con la camiseta del Barça que bebían cerveza a morro y gritaban tanto o más que los hombres, era maravilloso; lo comentábamos entre nosotros en un sabir mezcla de marroquí, tunecino, francés y español que es la lengua del mañana, una lengua nueva, nacida en los bares de los bajos fondos de Barcelona; todos coincidíamos entre risas en que no estaría mal que en los tugurios de nuestros países también hubiese chicas delante de la tele; es porque no sabemos jugar al fútbol, decía Muhammad el rifeño con su acento berberisco, cuando tengamos un club como el Barça, también tendremos chavalas bebiendo cerveza y viendo los partidos. Eso es así. Va junto.

La explicación parecía efectivamente convincente, pero Munir le puso un pero: eso no tiene nada que ver, mira en Francia. Allí no saben jugar al fútbol, no tienen ningún equipo a la altura, y sin embargo también hay chicas con cervezas en los bares.

—En efecto, es raro —dije—. Pero Francia ya ha ganado el Mundial. Así que se puede establecer una correlación entre el nivel futbolístico general y el número de hembras en los bares.

—Y la Copa de África, ¿qué? ¿No cuenta?

—Para los tunecinos, puede que sí; seguro que los marroquíes perdisteis la final porque no había bastantes chavalitas en los bares, fijo. Por otra parte, nosotros ahora tenemos la libertad, y vosotros no.

—Es verdad; por otra parte, Egipto ha ganado tantas veces la Copa de África que El Cairo es célebre por sus seguidoras en biquini, gritando y alzando sus cervezas ante la pantalla durante las retransmisiones.

—Ya ves, los setenta aficionados muertos del último partido en Egipto, eran todo mujeres, y majas, además, por lo que parece.

—Pero ¿quién ha ganado la Copa de África este año?

—Zambia.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Y eso dónde está, Zambia?

—Seguro que los cafés están llenos de mujeres, allí.

Nos reímos mucho. Estaba bien olvidar los hurtos cotidianos, los platos sucios en las cocinas de los restaurantes, los sacos de cemento o simplemente el exilio.

La unidad del mundo árabe no existía más que en Europa.

Al día siguiente por la mañana, me despertó el ronroneo de un helicóptero. Un helicóptero que sobrevolaba el centro de Barcelona bastante bajo; íbamos a estar

oyéndolo veinticuatro horas. Con toda aquella tontería de las cervezas, las chicas y el fútbol nos habíamos acostado tarde, hasta nos habíamos fumado un par de porros juntos antes de dormir y así sin más había olvidado que era la huelga general. Una idea extraña, por otra parte, esa de la huelga general, prevista, organizada para una fecha concreta y solo durante veinticuatro horas. Si la negativa al trabajo puede tener algún peso, pensaba yo desde lo alto de mis veinte años, no es más que manteniéndola en el tiempo, amenazando con una continuidad. No en España. Aquí los sindicatos se enfrentaban con el poder un día y nada más que uno, y a golpe de cifras: sus dirigentes veían la huelga como un *éxito* o un *fracaso* no porque hubiesen obtenido esto o aquello, lo cual hubiese supuesto un éxito real, sino por el porcentaje de trabajadores que la hubiesen secundado. De forma que la huelga fue un éxito inmenso para los sindicatos (ochenta por ciento de huelguistas, cientos de miles de manifestantes) pero también para el gobierno: no tuvo que tocar ni una coma de sus políticas, y no propuso negociar ni siquiera un solo punto. Por otra parte no sé si era una idea extendida. El principio de la huelga era que nadie fuese a trabajar, que todo el mundo se manifestase, y ya está. Aunque se veía que España estaba más allá de la política, en un mundo posterior donde los dirigentes no se andaban con chiquitas y se limitaban a presentar la meteorología, como el rey de Francia en tiempos de Casanova: señoras y señores, la caja está vacía, ahora les toca pagar el pato a los funcionarios. Han vivido demasiado bien durante años, les ha llegado la hora. Mañana, tiempo revuelto para la sanidad. Tormenta sobre la escuela. Lleve a sus hijos a un cole privado. Los últimos empleados de la industria pesada que no habían muerto de cáncer fueron despedidos. El mercado de trabajo se había flexibilizado, los contratos fueron reformados. Se estableció un período de prueba de un año: si te echaban a la calle al cabo de trescientos sesenta y cuatro días no tenías derecho a indemnización por despido. Esa idea retrógrada del salario mínimo es profundamente izquierdista y les ata las manos a los empresarios, que querrían crear empleo y no les dejan, hay que acabar con ella. El precio mínimo por hora de trabajo ya está al nivel de Marruecos, que acaba de revisarlo al alza: es demasiado para luchar eficazmente con la competencia. Para luchar con la competencia hacen falta esclavos, esclavos católicos y contentos de su suerte. Los descontentos no deberían votar. Los descontentos son peligrosas alternativas y como tales se excluyen a sí mismos de la democracia, no merecen más que porrazos y detenciones en masa. La Conferencia Episcopal Española recomienda a los católicos que sean cuidadosos en temas de fecundación, porque una natalidad alta en tiempos de crisis aumenta irresponsablemente los gastos del Estado: Su Santidad el papa Benedicto preconiza toda una serie de medidas ecuménicas como la misa y la flagelación para paliar los excesos de deseo.

Todas esas cosas estaban en los periódicos, en las cadenas de televisión; un día incluso vi un reportaje que afirmaba que «las manos de los negros, que *no brillaban por la calidad de su manicura*, no debían manejar un condón porque era peligroso,

corrían el riesgo de reventarlo, y que por esa razón el papa les había prohibido a los negros que utilizasen preservativos; además —añadía el comentarista—, no saben leer, así que no están en condiciones de comprender el modo de empleo, lo cual explica —decía— que haya más sida donde se distribuyen preservativos que donde no los hay».

Una auténtica gilipollez. Al oír semejantes tonterías, no era la huelga lo que amenazaba, era la Revolución. Los medios de comunicación parecían estar fabricando el reino del odio, de la mentira y de la mala fe. Los españoles deberían haber hecho su Primavera Árabe, empezar a inmolarsse en el fuego, puede que todo hubiese sido distinto.

Había algo que me costaba entender: ¿estaba admitiendo Europa que no tenía los medios para su desarrollo, que era solo un señuelo, que de hecho España era uno más de los países de África y todo lo que veíamos, las autopistas, los puentes, las torres, los hospitales, las escuelas, las guarderías infantiles, eran solo un espejismo comprado a crédito que corría el riesgo de volver a manos de los acreedores? ¿Iba a desaparecer todo, a arder, iban a tragárselo los mercados, la corrupción y los manifestantes? De ser así, muchos acabarían en la calle de los Ladrones; muchos iban a caer, a cambiar de vida, a morir jóvenes por falta de dinero para curarse, a perder sus ahorros; sus hijos no heredarían más que una patada en el culo, ya no irían a hermosas escuelas sino a graneros donde se apretujarían alrededor de una estufa de leña; nadie veía eso. Había que venir de lejos para imaginar lo que iba a suponer aquella transformación, venir de Marruecos, venir del jeque Nuredine, venir de Cruz y de sus cadáveres.

El helicóptero no estaba allí por nada, visto desde el cielo todo debía de ser más hermoso, aquel día estaba despejado. En la calle era otra cosa. Yo no había renunciado a mi clase de aquel día: era un esquirolo. Tenía que subir a pie, no había metro. Eran las diez de la mañana y ya había gente reunida, grupos de tipos con gorras, banderas, megáfonos y polis por todas partes. La mitad de las calles de la ciudad estaban cortadas. Las grandes cadenas estaban cerradas, solo algunos pequeños comerciantes desafiaban a los piquetes; no fue una buena idea: vi cómo una decena de sindicalistas descontentos le cerraban el establecimiento a un panadero mientras gritaban «¡Huelga, huelga!» y lo amenazaban con joderle el escarapate a garrotazos, no tardó ni dos minutos en abdicar y darles el día libre a sus empleados. En cambio, explicarle a los chinos de los bazares de la Ronda el concepto «piquete de huelga» fue más complicado:

—Hoy no se trabaja.

—¿No se trabaja?

—No, hoy es huelga general.

—Nosotros no hacemos la huelga.

—Sí, es la huelga general.

—Nosotros no hacemos la huelga.

—De eso se trata, tenéis que cerrar.

—¿Tenemos que hacer la huelga?

Pero finalmente, acostumbrados a las luchas proletarias del Partido Único, los chinos también sabían reconocer un buen garrote cuando veían uno, y acababan por bajar las persianas, por lo menos durante unas horas.

Su trabajo se volvía todavía más clandestino de lo normal.

En Gràcia, todo parecía tranquilo. Las calles estaban bañadas por la frescura azulada de una mañana de primavera; Judit me esperaba para la clase, yo llegué un poco sofocado. Elena y Francesc no estarían, vivían demasiado lejos para venir a pie. La madre de Judit estaba allí, era la primera vez que la veía; fui presentado como «Lajdar, mi profesor de árabe». Parecía mucho más joven de lo que yo había imaginado; llevaba unos vaqueros ajustados, una camiseta azul donde podía leerse «I'd prefer not to» y se llamaba Núria. Entonces pensé en mi propia madre, debían de tener más o menos la misma edad; no la misma vida, solo había que verlas.

La clase mano a mano fue bien, aunque Judit estaba un poco ausente. Leímos un pasaje de Ibn Battuta que me parecía de actualidad. Ibn Battuta está en la India, con el sultán Muhammad Shah, y cuenta que un jeque llamado Chihabud-din, muy poderoso y muy respetado, se niega a acudir al sultán cuando este lo convoca; el jeque le dice al enviado de la corte «que él jamás serviría a un tirano». El sultán lo mandó traer por la fuerza:

—¿Dices que soy un tirano?

—Sí —respondió el jeque—, usted es un tirano, y entre sus tiranías están esta y aquella.

Y empezó a enumerar algunas de ellas, como la destrucción de la ciudad de Dehli y la expulsión de sus habitantes.

El sultán le tendió su espada a su visir y le dijo:

—Si soy un tirano, ¡córtame la cabeza!

—Este que os trata de tirano es un hombre muerto, pero vos mismo sabéis perfectamente que lo sois —interrumpió el jeque.

El sultán lo hizo arrestar y lo encerró catorce días sin comer y sin beber; cada día lo llevaban a la sala de audiencias, donde los jueces le pedían que retirase lo que había dicho.

—No retiraré mis palabras. Tengo madera de mártir.

El decimocuarto día el sultán le hizo llegar una comida, pero el jeque la rechazó:

—Mis bienes ya no son de este mundo, llévate esos alimentos.

Cuando el sultán se enteró, ordenó que obligasen al jeque a ingerir cuatro libras de materia fecal; unos indios idólatras se encargaron de la ejecución: le abrieron la boca al jeque con unas tenazas, mezclaron los excrementos con agua y lograron que se lo tragase todo.

El día siguiente, fue llevado ante una asamblea de notables y embajadores extranjeros para que se arrepintiese y retirase lo que había dicho; él se negó una vez más, y fue decapitado.

Que Dios se apiade de su alma.

Una vez hubimos traducido el texto a modo de ejercicio, discutimos en árabe literario sobre la determinación del jeque y sobre esta cuestión: ¿hay que ceder ante los poderosos? Yo dije que no me parecía que el sacrificio del jeque hubiese servido para mucho. Sin duda hubiese sido más útil de haber seguido con vida, si hubiese continuado luchando podría haber insistido en su propósito. Judit era más sabia que yo, puede que también más valiente:

—En mi opinión su sacrificio sí fue útil, los tiranos tienen que saber que lo son. La determinación del jeque hasta la muerte le enseñó al sultán que existen ideas y personas que uno no puede vencer. Además, si el jeque se hubiese retractado, Ibn Battuta no hubiese contado esta historia y nadie hubiese sabido de su lucha, en cambio ahora su ejemplo es valioso.

Se expresaba bien, su árabe era fluido, con hermosas expresiones, sin faltas de gramática.

Empezamos a hablar de política; pensé en los sirios, torturados y bombardeados día tras día, y en el valor que les hacía falta para seguir luchando, en la larga guerra contra su sultán; también él debía saber pertinentemente que era un tirano.

Me despedí de Judit a eso de la una; le pregunté si quería ir a dar una vuelta, a tomar un café; ella declinó con una hermosa sonrisa. Había quedado por la tarde para ir a la manifestación con unos compañeros.

De pronto era libre como un pájaro, fui a la plaza del Sol a sentarme en un banco, pasé unas horas leyendo una novela de Vázquez Montalbán; su detective, Pepe Carvalho, era el tipo más desengañado, presuntuoso y antipático de la tierra; sus intrigas eran de un aburrimiento absoluto, pero al final su pasión por el papeo, el sexo y la ciudad volvían sus libros agradables. A fin de cuentas, me enteraba de bastantes cosas sobre España, sobre Barcelona, palabras y expresiones nuevas siempre útiles. Cuando me acabé el libro, decidí volver al centro. El helicóptero seguía allí, más bien bajo; el viento traía un olor a quemado, capas de humo espesaban el aire; lejanas sirenas de la policía estriaban la calma aparente de los callejones y al llegar a la esquina con la avenida Diagonal, delante de uno de los más grandes hoteles de Barcelona, me topé con cientos de personas con pancartas; las banderas anarquistas negras y rojas flotaban sobre el obelisco, blandidas por decenas de manifestantes subidos al pedestal; la muchedumbre parecía ocupar todo el Passeig de Gràcia. El escaparate del Deutsche Bank había estallado en mil pedazos a martillazo limpio; vi cómo un grupo de jóvenes atacaba la caja de ahorros de al lado, cantando, pintando grafitis de bombas rojas; el helicóptero ahora estaba muy cerca, encima de nosotros, debía de observar a los activistas; más abajo, hacia la plaza Cataluña, unas inmensas columnas de humo se elevaban hacia el cielo y se apreciaba el resplandor de las llamas; la ciudad ardía al son de los megáfonos que gritaban eslóganes, cánticos, músicas de todo tipo, sirenas, era un espectáculo ensordecedor, brutal, deslumbrante, que hacía que el corazón te latiese al unísono con cientos de miles de espectadores



inmóviles, incapaces por su propio número de desplazarse; cuanto más descendía hacia el corazón de Barcelona por las calles adyacentes, más hogueras me encontraba; en medio de una avenida, una barricada de contenedores de basura acababa de consumirse con un olor infernal. Plaza Urquinaona, allí estaba la batalla; entre las llamas y el humo, una multitud de jóvenes, compacta y movediza, avanzaba contra dos furgones de policía y les arrojaba los mástiles de sus banderas, latas, desperdicios, luego refluía en desorden cuando los vehículos se ponían en marcha, dos enormes bichos azul marino con los ojos cubiertos por rejas de metal que no tardaron en escupir a sus ocupantes, protegidos con casco y máscara antigás: algunos llevaban fusiles, empezaron a disparar a la multitud, las detonaciones iban acompañadas de unas pavesas que salían del cañón de sus armas; los jóvenes retrocedieron ante las balas de goma y los gases lacrimógenos; algunos, con un pañuelo en la cara para protegerse de los gases, continuaron su ofensiva; ya no tenían nada que lanzarles excepto insultos.

Yo estaba en un costado de la calle, refugiado con otros transeúntes en un hueco. Frente a nosotros, un coche de bomberos trataba de controlar el incendio en un Starbucks Café, sin duda un símbolo del capitalismo a la americana de cuyos escaparates pendían, como colgajos, extrañas tiras de vidrio quebrado. De cuando en cuando, un poli se adelantaba, encaraba y apuntaba con su arma pausadamente antes de replegarse hacia sus colegas, como un cazador o un soldado y uno se preguntaba cuál podría ser el efecto de aquellos proyectiles, al ver lo extraordinariamente violentos que eran los disparos, escalofriantes.

Para llegar a la calle de los Ladrones, tenía que cruzar; o eso o volver sobre mis pasos, caminar hacia la Universidad y desde allí meterme en el Raval, pero imaginaba que la plaza Universidad también debía de estar tomada por el fuego, si no lo estaba por la sangre y el fuego.

A los activistas de la subversión iban a pegarles una buena paliza, uno sentía cómo aumentaba la violencia y el odio de la poli: estaban nerviosos, se movían, blandían sus largas porras, sus fusiles, sus escudos; enfrente, los jóvenes se bajaban los pantalones para enseñarles el culo, trataban a los polis de maricones y de hijos de puta; un pequeño grupo desmontaba unos cubos de basura metálicos para lanzarlos, otros de forma extraña atacaban a un árbol, quién sabe si para hacerse una lanza gigante. El enfrentamiento era desigual y me recordaba a un combate de conquistadores, con armaduras y arcabuces contra una tropa de civiles mayas o aztecas que había visto en un grabado en un libro de historia. La conquista estaba en marcha.

En el momento en que me había decidido a pasar por detrás de las fuerzas del orden para tratar de cruzar empezó la carga. Una quincena de polis se adelantó corriendo porra en mano; otros cuatro cubrían sus flancos así que se dirigieron hacia nosotros, nos hicieron girar sin contemplaciones, un señor bastante respetable de unos cincuenta años empezó a gritar diciendo que vivía al otro lado de la calle; el madero

enmascarado aullaba apártate, apártate, le metió un buen porrazo en la espalda al señor y este acabó por largarse a toda prisa, indignado, con lágrimas de rabia en los ojos; nos tocó replegarnos hacia la parte alta de la ciudad, es decir, exactamente el lado opuesto del lugar al que me dirigía. La violencia y el odio; yo sentía cómo la cólera se apoderaba de mí, la cólera y el miedo; traté de llamar a Judit al móvil para saber dónde estaba; ninguna señal. La policía debía de haber cortado las redes para impedir que los manifestantes se coordinasen vía SMS.

La ciudad oscilaba entre la insurrección y la fiesta popular; la Gran Via estaba a tope de gente, me crucé con una señora mayor que llevaba un cartel «Quien siembra miseria cosecha rabia», con una niña pequeña tirando del hilo de un globo de helio donde se podía leer «Basta de recortes presupuestarios», con estudiantes que cantaban «Rajoy, chulo, te damos por culo», y otras gracias por el estilo, entre el tufo de basura quemada y gas lacrimógeno; de forma extraña un pequeño bar escondido detrás de un andamiaje seguía abierto, decidí descansar hasta que todo aquello se calmase un poco. Me tomé un café que hice durar; la tele mostraba en directo los acontecimientos de la jornada, vi la escena de la batalla a la que acababa de asistir en la plaza Urquinaona, tomada desde otro ángulo; era una sensación extraña pensar que tras aquellos policías, a la izquierda, en la esquina con Pau Claris, podría haber aparecido yo. La televisión era el periscopio de un submarino perdido.

La noche caía. Yo tenía miedo de ser detenido por mala suerte con un grupo de activistas, así que decidí dar un gran rodeo para llegar a mi barrio, mi fortaleza, el Palacio de los Ladrones: ir por la calle Diputació hasta Villarroel, bajar hasta el mercado de Sant Antoni y entrar en el Raval por la calle Riera Alta. Un rodeo de tres cuartos de hora, pero que debía evitarme que me encontrase por casualidad en medio de una horda de maderos garrote en mano. En Diputació, en cada esquina, quinientos metros más abajo a la izquierda, alrededor de la plaza Cataluña se advertían las blancas emanaciones de gases mezcladas con el humo negro de los contenedores de basura en llamas. Conseguí localizar a Judit, había dejado la manifestación para subir hacia su casa cuando los polis cargaron en la esquina de Diagonal con el Passeig de Gràcia; tenía la voz ronca; le pregunté si todo iba bien, me respondió sí, sí, por supuesto, no insistí.

El rodeo había sido una buena idea, aparte de los policías locales en moto que impedían que los coches bajasen hacia el centro solo me crucé con algunos grupos de comerciantes que discutían ante sus tiendas medio cerradas o con jóvenes de rostro grave y asustado que subían desde la plaza Universidad.

Los dos edificios provisionales del mercado de Sant Antoni eran la puerta de unas murallas imaginarias; detrás se abría el Raval y, en su corazón, la calle de los Ladrones; estaba fuera de peligro. Dios sabe por qué, el barrio estaba oscuro. No había iluminación pública. Posiblemente un efecto de la huelga, o una coincidencia; algunas tiendas permanecían abiertas y proyectaban sobre el asfalto una extraña luz inestable, confiriéndole un aspecto todavía más medieval a nuestro castillo de los

pobres. En carrer Robadors, nada había cambiado: dos negros acechaban en la esquina, esperando Dios sabe qué que nunca llegaba; María estaba delante de su puerta, la falda subida hasta la mitad de los muslos; unas grandes cucarachas gruesas huyeron a mi paso por la escalera; Munir estaba delante de la tele, los pies sobre la mesa, en calcetines. Me hundí a su lado en el sofá, estaba reventado; había caminado durante unas cuatro horas.

La televisión pasaba en bucle las imágenes del día.

Automáticamente empecé a jugar con la navaja que Munir había dejado, como de costumbre, sobre la mesa; era un arma corta pero ancha y muy puntiaguda; una pieza de metal impedía que la hoja se replegase una vez abierta, un resorte muy poderoso que había que desbloquear para poder cerrar el ingenio. El mango era corto, de acero cubierto por dos placas de madera roja. Sólida, afilada, peligrosa. Le pregunté a Munir si ya la había utilizado, me dijo no, tú sueñas, ni siquiera he llegado a sacármela del bolsillo delante de alguien. Es solo por seguridad, por si acaso. Uno nunca sabe.

Uno efectivamente nunca sabía.

En la tele los comentarios seguían siendo los mismos.

Los sindicatos se regocijaban con el gran éxito de la huelga.

El gobierno se regocijaba porque, a partir del día siguiente, podría retomar sus indispensables reformas de la economía.

A lo lejos, el helicóptero continuaba dando vueltas.

Al día siguiente la ciudad se despertó febril e incrédula; por la mañana la onda de violencia seguía vibrando; los curiosos observaban los escaparates rotos, en pequeños grupos, haciendo comentarios en voz baja; los equipos de limpieza trataban de borrar lo más deprisa posible todo rastro de incendio; en los periódicos, solo se hablaba del importe de los daños, del número de detenidos.

La diferencia con Túnez, me decía Munir, puede que la única diferencia, es que en Túnez el desorden continuó el día siguiente, el siguiente y el siguiente. Aquí, es como si no hubiese pasado nada. Se reparan las fachadas de los bancos, el gobierno continúa con su trabajo, los revolucionarios regresan a sus monopatines y los turistas recuperan el control sobre la plaza Cataluña.

Aquí todo el mundo tiene todavía demasiado que perder para lanzarse a la insurrección, créeme.

Por supuesto, en aquel momento, no se podía saber.

Munir procuraba desesperadamente ganar pasta, más pasta; asumía riesgos insensatos para robar cámaras de fotos cada vez más caras, carteras que nunca estaban lo suficientemente provistas, le propuse una especie de asociación, para evitar que tuviese que robar tanto, tuve una idea, sacada de las memorias de Casanova; el veneciano era como Munir, también él necesitaba dinero continuamente y, en París, había inventado por cuenta del rey de Francia algo extraordinario: la lotería, es decir un juego con dinero donde todo el mundo salía ganando, es decir, casi todo el mundo. Le expliqué a Munir cómo se podría ganar la vida organizando la lotería de los Ladrones, sana y clandestina; estábamos en una terraza del carrer del Cid que nos gustaba por lo tranquila que era, a quinientos metros del carrer Robadors, y le hacía reír con mis historias de la lotería, a él le costaba creer que aquello pudiese funcionar. Si no probamos nunca lo sabremos, le dije. Eso sí, los juegos de azar son un pecado, pero para el jugador, para quien lo organiza no, supongo.

¿Crees que en Arabia Saudí hay lotería?

Me parecía extraordinariamente extraño y divertido que fuese el viejo Casanova quien nos proporcionase aquella magnífica idea. Estaba claro que iba a ser necesario invertir, por lo menos para las ganancias del primer tiraje, si es que llegábamos a vender bastantes billetes a la primera. Nosotros íbamos a ser mucho menos golosos que el Estado y a revertir gran parte de nuestras rentas, quedándonos solo con un beneficio del veinte por ciento de las apuestas; el resto sería para quien tuviese el billete ganador.

Munir no las tenía todas consigo sobre que los clientes confiaran en nosotros, pero los cálculos le hacían salivar: mira, si se venden pongamos que 50 billetes a 10 euros, eso hacen 500 euros. Entregamos 400 euros de ganancias, y nos quedamos con 100 euros. Si 10 euros te parece mucho, podemos pedir 5.

Munir empezaba a entender la magia de aquella hermosa invención. Calculaba. Ya ves tú, era un pillo, tu Casanova. ¿De verdad fue él quien se inventó esto? Sí, creo que sí, respondí. Por lo menos es lo que él cuenta.

Desde luego, la puesta en marcha del proyecto fue más compleja de lo previsto, pero una semana más tarde habíamos impreso los billetes para nuestra lotería clandestina; yo era el inversor, así que me había encargado de la parte material del asunto. Finalmente, nos pareció que sería más simple utilizar un sorteo ya existente que organizar el nuestro, lo cual tenía además la ventaja de darnos una cierta legitimidad: todo el mundo podría comprobar si había ganado o perdido en un periódico o en un establecimiento autorizado.

Según me explicaron, aquella actividad era muy española: en Navidad, todo el mundo (asociaciones, comercios, supermercados, administraciones) organiza numerosas loterías. La nuestra tendría la particularidad de estar fuera de temporada y ser casanoviana.

Por supuesto, aquella iniciativa fue un fracaso casi absoluto: vendimos tres billetes, dos en el restaurante marroquí de la calle de los Ladrones y un tercero a la madre de Judit, lo cual fue un poco vergonzoso; por su parte, Munir no consiguió deshacerse ni de uno solo pasando por todos los comercios chinos del Raval, y eso que se suponía que la (supuesta) pasión de los chinos por el juego iba a estar de nuestro lado.

A pesar de todo, nuestros billetes eran preciosos, de colores y en catalán, porque a mí me pareció que así sería más serio: por otra parte, puede que «Loteria Robadors» no fuese el mejor título del mundo.

Lo cierto es que aquella acción casanoviana nos rindió treinta euros (después de verificar que ninguno de los billetes era ganador, lo cual habría sido una catástrofe, o mejor, una bancarrota), de los cuales hubo que descontar algunos euros de fotocopias en color para la impresión de los cien billetes: nos tomamos unos cafés, comimos Munir y yo copiosamente, y ya está.

Definitivamente, estaba lejos de ser Casanova.

El encierro a la espera de la violencia: abril pasó entre lecturas, unas pocas excursiones a la playa (paraíso poblado por británicas de pechos rosados, nórdicas rubias como la arena y brasileñas con unos alarmantes tangas) y algunas decepciones futbolísticas bastante graves para mis compañeros pero que a mí no me afectaron demasiado; me instalé en la rutina; aun así traté de mantenerme alerta y no salir demasiado del barrio. No había que bajar la guardia: Munir había tenido la mala suerte de ser detenido en la plaza Cataluña cuando trataba de birlarle la cartera a un turista. Por supuesto no llevaba el pasaporte encima, declaró no tener domicilio y ser palestino de Gaza, con lo cual, en su opinión, debería haberse ganado la simpatía del policía y hacer más difícil que lo expulsasen.

Pasó un día en el trullo, luego lo soltaron con una citación para que compareciese el día siguiente a la cual obviamente nunca acudió; me la enseñó, estaba dirigida a Munir Arafat. Cuando le pregunté por qué había escogido semejante pseudónimo me respondió que era el único apellido puramente palestino que le sonaba, con lo que nos reímos mucho. El intérprete enviado a la comisaría, claro está, se había percatado del enredo, dijo Munir, pero era un tipo enrollado, un sirio, y no levantó la liebre.

Munir quedó bastante sorprendido: él se esperaba que lo moliesen a palos, pero aparte de algún bofetón de buena fe y una o dos humillaciones, los polis habían sido más bien civilizados.

Así pues, Munir pasaba a estar como yo, fugitivo por partida doble, clandestino y ladrón oficialmente.

Sabía que la próxima vez no iba a irse de rositas.

Aparte de esos regocijos judiciales, tenía otra cosa por la que preocuparme, otra cosa más grave: el estado de Judit se volvía cada vez más alarmante. Ya casi ni se alimentaba, se pasaba los días en la oscuridad porque, según decía, la luz le daba jaqueca; el médico dudaba entre una sinusitis y una alergia al polen que explicaría la congestión, todo agravado por un estado depresivo. La tenían atiborrada de medicinas de todo tipo y se pasaba gran parte del día durmiendo. Ya no le llegaban las fuerzas para concentrarse en nuestras clases de árabe: yo me contentaba con visitarla y quedarme una o dos horas a su lado. Le leía algunos textos, le contaba alguna historia de los viajes de Ibn Battuta y a menudo se dormía en el sofá, mecida por mi voz, para despertarse solo cuando me iba. Me explicaba que a menudo tenía sueños extraños, donde creía que la despertaban y ella luchaba por conciliar el sueño: esa obsesión la perseguía hasta que se despertaba realmente y comprendía que aquel insomnio era un sueño.

Dejar a Judit era muy triste; yo volvía a bajar siempre a pie al carrer Robadors, para evitar un posible control en el metro, mundo subterráneo hostil, poblado por vigilantes y perros con bozal, y necesitaba todo el trayecto para sacudirme un poco la pena, el dolor que me provocaba su estado. A pesar de que, según su médico, no había de qué alarmarse, solo una debilidad pasajera, fruto de diferentes factores; aquella enfermedad era una putada injusta que me privaba de la única presencia que

me importaba.

De resultas, había vuelto a ponerme a escribir; poemas tan malos comparados con los de mis modelos que los destruía inmediatamente, lo cual convertía aquella actividad en algo por lo menos tan desesperante como la ausencia de Judit, retenida en su eterno adormecimiento.

El mundo estaba como suspendido, detenido; yo esperaba que diera la vuelta, que sucediese algo; su destrucción en las llamas de la Revolución, o un nuevo golpe del Destino.

A menudo comía solo en el pequeño restaurante marroquí de la calle de los Ladrones, donde uno podría creerse en Tánger: el mismo papeo, los mismos camareros, los mismos colores, aquello me recordaba a la cantina donde el jeque Nuredine nos llevaba a comer el viernes después de la mezquita, salvo que ahora iba solo; en la sala un par de yonquis pidieron una *çorba* para dos, se sentaron codo con codo para sostenerse, y apenas llegaron a acabarse aquel plato único.

El lugar me sumía en la nostalgia, y cada vez me arrepentía: si había deseado venir a Barcelona no era para lloriquear ante mi plato recordando Tánger. Pensaba en mi madre, en mi familia, por supuesto en Basam.

Me daba cuenta de que ya no iba muy a menudo a la mezquita, solo el viernes al mediodía, y ni siquiera todos los viernes, solo de cuando en cuando. A veces leía el Corán y su comentario, es cierto, pero cada vez menos. Me costaba hallar la concentración que exige la oración; tenía la impresión de ya no estar disponible para Dios, de cumplir con un simulacro mecánico. La fe era una piel muerta que Cruz y las lecturas me habían arrancado; no me quedaba más que la práctica religiosa y me parecía vacía, simples prosternaciones sin eco.

A veces me imaginaba en París, o en Venecia; de haber tenido el pasaporte en regla me hubiese gustado visitarlas: París para comprar novelas y ver el Sena; Venecia para visitar la ciudad de Casanova, buscar los lugares de sus locuras y navegar por la laguna.

A lo largo de sus viajes, Ibn Battuta no habla en ningún momento de pasaporte, de papeles, de salvoconducto; parece viajar a su aire y no temer más que a los bandoleros, como Saadi el marino que temía a los piratas. Era desesperante pensar que hoy día, por poco que uno fuese asesino, ladrón o incluso solo árabe, no podía visitar tan fácilmente la Serenísima o la Ciudad de la Luz. En cierto momento pensé en utilizar las redes de la calle de los Ladrones para conseguir una nueva identidad, pero por pura experiencia libresca sabía que en los tiempos que corrían era muy difícil y a menudo poco eficaz, a menos que escogieses un pasaporte libio, sudanés o etíope, los cuales sin la pegatina cobriza y tornasolada del visado Schengen no servían para nada. De no ser por Judit, creo que me hubiese jugado el todo por el todo para regresar a Algeciras, hubiese tratado de atravesar clandestinamente la aduana del puerto en sentido opuesto, algo que no debía de ser muy complicado, y una vez en Marruecos solo hubiese tenido que rezar para que los aduaneros de la madre patria

nunca hubiesen oído hablar de mí y me dejasen volver al redil. Luego, me instalaría en Tánger con mis ahorros y regresaría a mis soldados muertos y a Jean-François Bourrelier, el campeón de la entrada kilométrica. Y unos años más tarde, una vez mis crímenes hubieran prescrito, enriquecido a costa de un millón trescientos mil peludos machacados, pediría un visado de turista para ir a Venecia y a París, y ya está.

Pero yo tenía la esperanza de que alguno de mis besos sacase a Judit de su enfermedad, que un día despertase y decidiese volver conmigo de nuevo, a tiempo completo. Además, a pesar de las condiciones, a pesar de la gran miseria de la calle de los Ladrones, tampoco estaba tan mal; lo único es que tenía la sensación de estar de paso; la auténtica vida todavía no había comenzado, relegada sin descanso para más tarde: aplazada en la Difusión del Pensamiento Coránico que se consumió entre las llamas; diferida en el *Ibn Battuta*, embarcación perdida; retrasada en casa de Cruz, perro entre los perros; suspendida en Barcelona a la buena voluntad de la crisis y de Judit. Siempre en fuga. Había algunas cuentas pendientes y hoy, en mi ruidoso monasterio, mi convento de derviches ladrones, mientras afuera todo arde, Europa, el mundo árabe, mientras las llamas devoran los libros y el odio nos invade, destruyendo el mundo del ayer con el encarnizamiento propio de la estupidez, mientras los perros riñen, se lanzan los unos contra los otros para matarse ciegamente, las últimas semanas en la calle de los Ladrones se me aparecen como una sombría felicidad, el filo de una navaja de afeitar que no se sabe qué garganta acabará rebanando: del mismo modo que el equilibrista debe despreciar la posibilidad de la caída para concentrarse en sus pasos —mira ante sí, maneja despacio la pértiga que lo preserva del abismo y avanza hacia lo desconocido—, caminaba yo sin pensar en la fatalidad que me había llevado hasta Barcelona; como un buen animal, presentía la tormenta que se cernía, a mi alrededor, en mí, olvidándola para intentar de ese modo atravesar el vacío.



Fue el jeque Nuredine quien me avisó, con un breve mensaje; una de esas cosas extrañas de la vida, un misterioso arreglo, una lógica desapiadada para un destino fútil. Venía a visitarme. Tenía que pasar por Barcelona para una reunión, por asuntos. Aquello me alegró, lo reconozco, verlo de nuevo; también me preocupó un poco, un año después, el eco del atentado de Marrakech seguía resonando. Lo mismo que el incendio del Grupo para la Difusión del Pensamiento Coránico. Cuestiones a las que le había dado muchas vueltas durante todo ese tiempo; poco a poco habían ido perdiendo sentido.

El jeque Nuredine era poderoso; desaparecía a su criterio para volver cuando mejor le parecía, desde Arabia o Qatar, brazo desarmado de una fundación piadosa, sin problemas de pasaporte, de visado, de dinero. Siempre elegante, trajeado, con una camisa blanca, sin corbata por supuesto, barba corta y bien arreglada, una pequeña maleta negra; hablaba pausadamente, sonreía, incluso a veces se reía; su voz sabía pasar de la dulzura de la fraternidad a los gritos del combate, a veces todavía los oigo en mis sueños, aquellos discursos sobre la batalla de Badr, «En verdad os auxiliaré con mil ángeles que descenderán sucesivamente», *الْمَلَائِكَةِ مُرْسِلِينَ إِذْ نَسْتَعِينُونَ رَبِّكُمْ فَاسْتَجَابَ لَكُمْ أَنِّي مُمِيتُكُمْ بِأَلْفٍ مِّنْ*, teníamos la impresión de que se sabía el Corán en tero de memoria, *وَلَقَدْ نَصَرَكُمُ اللَّهُ بِبَدْرٍ وَأَنْتُمْ أَذِلَّةٌ*, «Dios os ha concedido la victoria en Badr a pesar de ser vosotros los más débiles», y el Texto resplandecía en su boca, brillaba con las mil luces de esos ángeles prometidos por el Señor; nos contaba durante horas la historia de Bilal, el esclavo torturado por su Fe, que se convirtió en el primer almuecín del islam y cuya voz, la voz sola, podía hacer brotar las lágrimas de los habitantes de Medina cuando llamaba a la oración; y todos aquellos relatos nos llenaban de fuerza, de alegría o de cólera, según sus temas.

Reencontrarme con el jeque Nuredine era una Señal: una parte de mí, de mi vida, de mi infancia reaparecía en Barcelona, y a pesar de las dudas, los misterios, la vergüenza vinculada con aquella expedición de apaleamiento nocturno en Tánger, en la calle de los Ladrones entraba un poco de luz.

Le conté todo eso a Munir, sin abordar los detalles más turbios, e incluso a él, que era de todo menos religioso, conseguí transmitirle un poco de la energía del jeque Nuredine, estaba ansioso por conocerlo. Yo esperaba secretamente que el objeto de su viaje fuese la apertura de una oficina-librería en Barcelona, de la que yo podría haberme ocupado, como en Tánger; eso explicaría por qué había retomado el contacto. Me imaginaba una pequeña tienda en el Raval, con libros en español, en árabe y por qué no, en francés; un milagro. Una librería cuyo fondo estaría formado mayoritariamente por obras llegadas de Arabia, pero con una o dos estanterías de novelitas de detectives y un estante en honor a Casanova, es decir, un lugar que se parecería a mí. Sí, por supuesto yo era un clan destino y la policía me buscaba, pero en mi sueño me veía inscribiendo esos pequeños negocios a nombre de Judit y que dándome allí durante años, entre el particular olor —tinta, polvo, viejos pensamientos— de los libros, confiando en que la policía no se interesase demasiado por la cosa

escrita y, en general, dejase a los libreros tranquilos, como hoy aquí, que apenas me molestan en mi biblioteca: es el único espacio de libertad, donde a veces hasta los carceleros vienen a charlar tranquilamente. Pocos lectores, muchos libros. Por supuesto nuestro talego está lejos de ser el más importante de los de España, pero es sin duda uno de los más modernos; a mi alrededor los perros deambulan en los pasillos.

La vida es la tumba, es la calle de los Ladrones, Terminal Norte, una promesa sin objeto, palabras vacías.

La llegada del jeque Nuredine coincidió con el diagnóstico del tumor de Judit. El médico sospechaba que las alergias, la sinusitis o Dios sabe qué depresión podían ser los síntomas de una afección más grave; sus padres habían pagado el escáner de su bolsillo para evitar la lentitud de la Seguridad Social y llegó el resultado, algo estaba creciendo junto a su cerebro. Todavía había que esperar para saber si esa «cosa» era curable, operable, maligna, benigna, si había una esperanza o si su «pronóstico vital era comprometido», como dicen los matasanos; yo encajé la noticia como un puñetazo. Y eso que Judit me lo anunció con dulzura, como si estuviese más preocupada por mí que por ella misma, un efecto de la enfermedad, quizá. A su madre le costaba contener el llanto, sus ojos parecían vibrar continuamente. Echada en su sofá, Judit me tomaba amablemente la mano, también yo sentí ganas de llorar, de gritar, de rezar, pensaba *ya Rabb*, no te lleves a Judit hacia la muerte, por favor, no puedes llevarte a todas las mujeres a las que he amado, pensé en Meryem, igual era yo quien les transmitía la enfermedad de la muerte, piedad Señor, dejad vivir a Judit, yo hubiese trocado enseguida mi sucia existencia por su vida, pero sabía bien que ese intercambio no valía.

De regreso pasé a consultar internet, miré decenas de páginas sobre tumores cerebrales, había de todo, horribles descripciones de la evolución de los síntomas en ciertos casos, hermosas historias de curación en otros, me decía es imposible, Judit tiene veintitrés años, según las estadísticas a esa edad los cánceres graves son muy poco habituales, seguro, todo esto no es más que una falsa alarma, hasta tal punto estaba absorbido por aquella búsqueda macabra en las descripciones de los escondrijos de la muerte que llegué tarde a mi cita con Nuredine, cerca de la plaza Cataluña, jadeante, tenso, triste y preocupado.

El Jeque no había cambiado, estaba sentado a la mesa en la terraza de delante de un café, aspecto noble, bien vestido; lo acompañaba un tipo joven, cabeza rapada y barba negra; al acercarme se levantó y se echó en mis brazos: Basam, Basam en nombre de Dios, una gran alegría se apoderó de mí, Basam, eres tú, Basam, él me dijo Lajdar mi hermano, me abrazó fuerte, por poco me olvido de saludar a Nuredine, que reía al ver el calor de nuestro reencuentro, dije Basam amigo mío no te reconocería ni tu madre, él respondió y tú con tus canas, se diría que te has hecho molinero. Qué alegría verte, gracias a Dios.

Totalmente emocionado, también le di un cariñoso abrazo al Jeque; y enseguida

ya no sabíamos qué decirnos, por dónde empezar. Basam se había sentado de nuevo, ya no sonreía; tenía la mirada perturbada de los ciegos o de ciertos animales de ojos asustados y frágiles que siempre parecen mirar a lo lejos. El jeque Nuredine empezó a interrogarme sobre mi vida en Barcelona; quería saber cómo había llegado hasta aquí. Les conté más o menos mis aventuras; por supuesto les escatimé el final del episodio Cruz. Cuando mencioné el incendio de la Difusión del Pensamiento Coránico, el Jeque meneó la cabeza con un mohín de asco: la cobarde venganza de un impío, de algún despojo que aprovechó nuestra ausencia para emprenderla contra el propio Libro, menudo deshonor. Había dejado escapar esa frase a quemarropa, con acentos de cólera en la voz; de repente recordé al librero, su muda sorpresa cuando me vio aparecer en su tienda; quizá se hubiese vengado. Era posible. La vida no es más que una serie de falsas respuestas y malentendidos.

Basam continuaba sin decir nada; de cuando en cuando meneaba la cabeza, contemplaba a los transeúntes, miraba las piernas de las chicas, los ojos igual de vacíos.

Yo tenía una maleta llena de preguntas para Basam y Nuredine; me atreví a lanzar la primera, ¿qué había sucedido? ¿Por qué habían desaparecido de repente? El Jeque pareció sorprendido, pero si eres tú quien ya no está allí, hijo. Cuando volvimos de aquella reunión en Casablanca, descubrí nuestros locales incendiados; no habías dejado ninguna dirección. Hasta llegamos a sospechar de ti. Luego supe por Basam (al oír su nombre se movió un poco, como si se despertase) que tenías una relación con una joven española y que te habías largado sin dejar rastro. En tono de reproche, para luego añadir pero esa es una historia antigua, te hemos perdonado.

Yo estaba tan aturdido que busqué en mi memoria el recuerdo de una reunión en Casablanca, sin éxito. Aun así me excusé de ese malentendido; dije que después del atentado de Marrakech y del incendio me había asustado.

El jeque desechó todo aquello con un gesto de la mano.

Comprendí que no iba a enterarme de nada más.

Le pregunté a Basam dónde había estado durante todo ese tiempo; me miró con sus ojos vacíos, sus ojos de ciego, sus ojos de perro. Fue Nuredine quien respondió en su lugar: estaba conmigo, perfeccionando su formación.

Basam meneó la cabeza.

Luego el Jeque nos invitó a comer en un restaurante libanés cerca de la plaza Universidad. Basam nos siguió. Era un fantasma; quizá estaba agotado por la diferencia horaria, pensé.

Delante del papeo se rehizo un poco: por lo menos no había perdido el apetito, eso me tranquilizó. Se comió un plato de humus, una ensalada y tres pinchos como si su vida dependiese de ello; entre bocado y bocado apareció en su cara una vaga sonrisa.

Durante la comida, discutimos sobre todo de política, como de costumbre, como en los tiempos de la Difusión; la victoria del islam en las elecciones de Túnez y

Egipto era una gran noticia; en Siria, el Jeque preveía una derrota del régimen a medio plazo, *in cha' Allah*, después de una guerra sangrienta. Curiosamente, no habló de Marruecos, como si ese terreno hubiese dejado de interesarle. Le pregunté qué lo traía a España; nada de especial, me respondió. Una reunión de asociaciones caritativas, de donantes. Una cena de gala. En un hotel de gran lujo. Con futbolistas del Barça. Por iniciativa de la reina de España.

Me extrañó mucho. Nuredine en un hotel de lujo con príncipes para una velada de caridad.

La fundación para la cual trabajo ahora incluye todo tipo de actividades, añadió sonriendo.

Le pregunté a Basam cuánto tiempo pensaba quedarse; él se sobresaltó, como si mi pregunta lo sorprendiese, para luego responder no sé, unos días por lo menos.

Era una buena noticia.

Convencí a Basam para que renunciase a su hotel y se viniese conmigo a la calle de los Ladrones; ganaría en amistad lo que perdería en comodidad. El jeque Nuredine lo animó, más vale descubrir una ciudad con sus habitantes, dijo riéndose. A mí me costaba imaginar que aquella misma noche él estaría en medio de una multitud de personas nobles y ricachonas en elegantes salones, un vaso de zumo de naranja en la mano, estrechándole la mano a todos esos borbones; él el apaleador de infieles, el hombre que nos inflamaba y nos incitaba a la rebelión iba a cenar quizá en la misma mesa que Juan Carlos, de quien se hablaba en todos los periódicos: el rey se había distinguido recientemente en el transcurso de una cacería de elefantes, en África, y las fotos del monarca en compañía de un paquidermo muerto habían dado la vuelta al mundo; eso me recordó las memorias de Casanova, parecía de otra época. Como si las monarquías no pudiesen desembarazarse de la violencia y la crueldad; el Destino se las imponía: en su juventud, Juan Carlos había matado accidentalmente a su hermano de un disparo; su nieto acababa de dispararse desdichadamente en un pie; todo un regimiento de elefantes muertos atestiguaba la real pasión por las armas de fuego. Por lo menos, a su lado, el rey de Marruecos tenía el mérito de la discreción.

Yo me preguntaba qué causa justificaría el viaje de Nuredine desde el golfo Pérsico para asistir a esa cena de gala sacada directamente del siglo XVIII, no me atreví a preguntárselo.

Me había devuelto a Basam, y eso para mí bastaba.

Decidimos dar un paseo antes de ir al carrer Robadors, Basam parecía ir saliendo de su letargo y abría bien los ojos para descubrir la ciudad, con el tiempo que hacía que soñaba con eso, el muy bribón, soltaba continuamente oh joder joder delante de las tiendas de lujo, las avenidas, los edificios; se volvía ante las chicas en bicicleta cuyas faldas se levantaban al ritmo de las pedaladas, ante los maniqués en los escaparates, ante las transeúntes maquilladas, levantaba la vista hacia los edificios modernistas, movía la cabeza con aire incrédulo ante todo aquel lujo y aquella libertad, daba gusto verlo así, yo casi olvido la enfermedad de Judit; como en otros tiempos, Basam me comunicaba su entusiasmo infantil, no dejaba de exclamar vaya alucine, qué locura, pero mira esa, menuda hembra, Dios mío qué buena está, esto es una locura y yo le respondía pues espera, no has visto nada, colega, esto no es nada, espera y verás. Volvimos a bajar tranquilamente por Rambla Catalunya, bajo los árboles; le pagué un café en una terraza para que disfrutase tranquilamente la visión de todas aquellas señoritas y la templanza de la primavera, yo tenía la impresión de haber vuelto atrás en el tiempo, de haber regresado al bendito tiempo de nuestra adolescencia, de habernos transportado al sueño de Basam cuando contemplábamos el Estrecho; entonces me hablaba de las luces de Barcelona, de las chicas de Barcelona, de los bares de Barcelona: gracias a su presencia tenía por fin la impresión de estar allí, de estar en alguna parte, de haber llegado a mi destino. Él solito se divertía como un niño, y para mí era un auténtico placer ver de nuevo su cabezota de cateto barbudo sonriéndole al mundo.

—Entonces, ¿qué?, ¿dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué eran esos mensajes del tres al cuarto que me enviabas?

—¿Qué? Joder... pero mira qué tetas. Nada, estaba en Oriente, con Nuredine.

—Pero ¿por qué desapareciste así? ¿Qué coño hacías en Marrakech?

—¿En Marrakech? Querrás decir en Casablanca. ¿Has visto esas piernas? Es alucinante.

—No, no, en Marrakech, ¿no te acuerdas, el día del atentado? Judit te vio allí.

—El atentado de Marrakech, sí, por supuesto que me acuerdo. Yo qué sé, creo que íbamos de camino hacia el sur.

Imposible sacarlo de su contemplación urbana. No importaba, ya hablaríamos más tarde.

Nos fuimos de nuevo hacia la parte baja de la ciudad, y un poco más allá Basam se quedó pasmado frente al escaparate de una galería de arte, ante una fotografía inmensa de dos metros por tres: una escena extraña, ocho personajes detrás de una mesa llena de botellines de cerveza vacíos, vasos usados, botellas de vino, restos de papeo, tazones y cucharas sucias, embalajes arrugados, alcohol, bricks de zumo de frutas, ceniceros hasta los topes de colillas, cerillas quemadas: dos chicas de pie en sujetador con un porro en la mano; tres tíos con el torso desnudo, uno de ellos muy velludo, en segundo plano, subido a una silla y cortado a la altura de los hombros; un barbudo pensativo, a la derecha, con un cigarrillo, la cabeza vuelta hacia los otros, absorto en la contemplación del desastre y frente a él, en el extremo izquierdo, un tipo en pelotas sonriendo a la cámara, tocado con un sombrero y, a su lado, una pareja elegante —chaqueta, camisa clara, la mujer con chaleco negro—, parecían tan borrachos que tenían que sostenerse el uno al otro, hombro con hombro, como los drogadictos de la calle de los Ladrones. Al fondo a la izquierda, un cristal dejaba pasar una luz anaranjada, una iluminación apocalíptica que no acababas de saber si venía de una puesta de sol, de un amanecer o de la bombilla del hueco de una escalera. El conjunto, en esas proporciones gigantescas, desprendía una fuerza extraordinaria; desde la sonrisa del tipo del sombrero subía una diagonal de movimiento hasta el pecho velludo en la esquina opuesta; los pelos brillaban sobre las pieles amarillentas, las latas rojas de cerveza estallaban sobre la mesa; las chicas en sujetador dentado tenían michelines, el rostro cansado, los pechos firmes; la rubia, bien vestida, cerraba los ojos ojerosos, su larga cabellera rubia vomitada sobre la mugre de la mesa, los restos de tabaco, las patatas fritas reblandecidas, las manchas de vino.

Basam estaba muy cerca de la imagen, observaba a cada uno de aquellos personajes y luego meneaba la cabeza con aire incrédulo, murmurando; retrocedió para contemplar la foto entera y se volvió hacia mí, inquisitivo; me preguntó con un deje de asco ¿qué es?, ¿una publicidad?; yo respondí riendo no creo, es arte, colega. Basam no se reía, parecía asustado, me dijo Lajdar si te quedas aquí vas a acabar como ellos, eso todavía me hizo reír más, yo dije estás como una cabra, él dijo ¿no lo

ves?, es una parodia de la sura de la Mesa Servida, «Oh Dios Señor Nuestro, dijo Isa, hijo de Maryam, haz que descienda del cielo una mesa servida que sea una fiesta, para el primero de nosotros como para el último», es una ignominia, parecía hablar completamente en serio, asustado y encolerizado al mismo tiempo.

Yo no sabía mucho de arte, pero aparte de la mesa, evidentemente, era difícil ver en aquella imagen nada religioso, al contrario, era absolutamente decadente, obscena y decadente.

—Amigo, tú deliras; venga, vámonos.

Pero él no lograba separar sus ojos de la imagen; miraba a las chicas en ropa interior, las botellas de vino y al hombre del sombrero con odio; de haber podido seguro que hubiese destrozado el escaparate.

—¿Quieres que la compremos, eso es? ¿Quieres que les pregunte si pueden hacerte una copia en pequeño y te la llevas a casa? ¿La fotografío con mi teléfono?

Entonces me miró con aire furibundo, eso es una ofensa a Dios, este país es una ofensa a Dios, y alzó la mirada al cielo.

—Venga, va, nos vamos.

Empecé a caminar y él acabó por seguirme; mascullaba imprecaciones.

Yo sabía muy bien dónde llevarlo para que se le pasase. Tanto peor por los riesgos del transporte público, tomamos un autobús en dirección a la Barceloneta; cuando Basam me preguntó adónde íbamos le respondí al Paraíso. Tampoco le hizo la menor gracia, me riñó secamente con un deja de blasfemar y volvió a su mutismo del principio de la tarde.

Al llegar, no pudo retener un silbido de admiración ante el inmenso hotel en forma de vela, en la otra punta del dique, cuya fachada brillaba al sol, y el teleférico que atravesaba el puerto, a la derecha, para perderse en el verdor de la colina de Montjuïc.

—Espera, pues, que todavía no has visto nada.

Yo sabía que siendo sábado la playa iba a estar a tope de gente. Me quité los zapatos y llevé a Basam hacia el mar.

—¿Qué coño haces, no irás a bañarte?

Yo caminaba delante, sobre la arena ardiente; a pesar de que era por la tarde, la luz era deslumbrante; el sol todavía no se había puesto, allá al oeste, tras la calle de los Ladrones. Sabía que al ir delante me estaba perdiendo la jeta y las exclamaciones de Basam; los cuerpos estaban tan apretados que debíamos caminar uno detrás del otro, entre los pechos desnudos y los muslos aceitosos. Encontré un espacio libre, a unos diez metros del agua; me tiré al suelo. Basam se sentó con las piernas cruzadas, de cara al mar; el tema está en el otro lado, le dije. Vuélvete y verás.

Le estaba regalando generosamente la más hermosa colección de culos de la tierra. Acostadas en la misma dirección, aprovechando la ligera pendiente de la playa, la cabeza en la parte más alta, en filas, boca bajo en su inmensa mayoría pero algunas boca arriba, las tetas al aire o no, algunas en tanga, otras en castos trajes de baño de

una pieza, todo un arco iris de chicas se desplegaba ante nuestros ojos; blancas como la leche poniéndose crema; rubias con sombrero para protegerse el rostro; ligeramente bronceadas, bronceadas, negras, toda una gradación de nalgas, pubis redondeados por los bañadores, pechos de todas las formas y colores; me acosté en la arena con las manos en la barbilla: a un metro de mí tenía a una nórdica con los muslos ligeramente entreabiertos sobre una toalla multicolor cuyo culo bien redondo empezaba a sonrosarse a ambos lados del bañador; se adivinaba cómo su sexo plegaba ligeramente el tejido, cómo lo repujaba en olas de dulzura tras las que apuntaba, por entre el borde de la tela, contra la carne, algún que otro pelillo minúsculo y rubio; sus pies eran encantadores, los dedos bien plantados en la arena; me parecía tener la cabeza entre sus piernas y me pregunté si mi mirada tendría algún tipo de efecto en aquel coño tan cercano; si mirándolo durante mucho rato llegaría a recalentarlo, como incendia la paja el sol con la insistencia de sus rayos; quién sabe si con unas gafas a modo de lupa. La chica del norte se rascó la parte baja de la espalda, como si yo la hubiese molestado, e instintivamente miré hacia otro sitio por un reflejo idiota; a menos que Odín hubiese provisto a sus criaturas de inéditos poderes, el ojo único que me observaba desde detrás del poliéster granate seguía ciego.

Me detuve en mi contemplación: Basam sonreía con arrobo, todavía sentado con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas; barría la playa con su mirada igual que un faro, de un lado al otro; por la escollera pasaban skaters y ciclistas; los vendedores ambulantes recorrían la arena por la orilla ofreciendo unos cervezas y sodas, otros tatuajes de henna, joyas de pacotilla, gafas de sol, pegatinas del Barça, gorras, toallas, grisgrís africanos, masajes en la planta de los pies o todo a la vez, era imposible quedarse más de cinco minutos cerca del mar sin que alguien aprovechara para tratar de venderte algo; esos cientos de personas acostadas constituían un depósito infinito de clientes potenciales y reventados por el sol. Basam miraba todo aquello, todos aquellos culos, todos aquellos pechos, todos aquellos senegaleses cargando sus mercancías, todos aquellos neohippies que pasaban por la escollera; a la izquierda, el mastodonte brillante del Hotel Vela protegía a aquellos personajes con su vela de acero y cristal; a la derecha, al otro extremo del paseo, cerca del puerto Olímpico, una ballena de metal parecía fundirse sobre la playa, y la torre Mapfre y el Hotel Arts; a lo lejos, las chimeneas de la central de Badalona se perdían entre un halo de polución tras la placa de cemento brumoso del Fórum de las Culturas.

De repente pensé en Judit, en ese tumor, en esa injusticia de cuerpo. Esa impotencia me resultaba tan amarga como el veneno de Cruz.

Nos quedamos allí un buen rato, absortos por la belleza de la ciudad, del mar infinito que los veleros cabrilleaban de blanco, hasta que el sol se hundió detrás de Montjuïc y las mujeres bronceadas se vistieron una a una: algunas solo se ponían un vestido encima del bañador; otras, más elegantes, de mayor edad o más burguesas, se entretenían en lentas metamorfosis, escondidas tras una toalla; uno podía ver su ropa interior, tendida por la mano caritativa del marido o de la amiga, el desequilibrio en el



momento de ponerse las bragas, sobre una sola pierna, extrañas aves torpes sosteniendo el pareo contra el pecho. Se alzó una suave brisa, le dije a Basam que ya era hora de ir a la calle de los Ladrones, esta vez a pie. Él estornudó para sacarse de encima la arena y empezó a caminar, como desorientado; desde que habíamos llegado no había dicho una palabra, hasta el punto que creí que se había dormido, sentado con las piernas cruzadas, como un Buda meditabundo.

Durante el paseo también siguió callado; la mirada fija en el macadán, la cabeza baja, levantándola solo de vez en cuando para verificar que yo seguía a su lado.

Entramos en el Raval por las Atarazanas, la puerta del barrio por el lado del mar, para subir hasta Sant Pau y la Rambla. De repente Basam parecía más interesado; los pakis se paseaban en pequeños grupos; los árabes discutían en el trozo de hierba que hay delante de los bares de bocadillos; los niños jugaban junto al gato gigante de metal, se suspendían irrespetuosamente de sus bigotes de acero, probaban a guiarlo como a un elefante encaramados entre sus orejas. Había pensado invitar a Basam a cenar en el restaurante marroquí de carrer Robadors, como recuerdo de Tánger y de los viejos tiempos; primero había que subir a dejar su bolsa. Había cargado con ella toda la tarde sin rechistar. Era una bolsa de viaje muy sencilla, de tela con dos asas de cuero; no sé por qué, eso me hizo pensar en el atentado de Marrakech, aquella bolsa. Me di cuenta de que no sabía qué había venido a hacer Basam a Barcelona. Ni adónde se iría luego. Ni siquiera exactamente de dónde venía.

En la esquina de Robadors, donde la mezquita Tariq ibn Ziyad, dos putas negras apoyaban el culo sobre unos bolardos; minifaldas de skay azul, tacones, sujetadores, pechos medio al aire.

Al verlas, Basam pareció haber chocado contra un muro invisible; cambió de acera.

La entrada de nuestro edificio le hizo reír. Ya veo, colega, la clase de tu hotel. Todo un palacio, *juya*. Ni siquiera en casa los hay tan podridos, *la samah Allah*.

Yo hice como si nada. Solo esperaba que no nos cruzásemos con ninguna rata de paseo.

Lo introduje como corresponde en nuestro apartamento; le presenté a Munir, que se rascaba tranquilamente los dedos del pie con la punta de su navaja delante de la tele; Basam apenas le dirigió la palabra. Apenas un saludo, una fórmula vacía, una mano sobre el pecho, la mirada lejana. Munir me interrogó con la mirada. Un amigo de infancia, le dije. Va a dormir unos días en el sofá.

Basam dio tres vueltas al piso, se asomó al balcón, observó la calle.

Le propuse ir a comer un bocado y le pareció bien.

Al salir, nos tropezamos con dos borrachos que meaban copiosamente contra la fachada, provocando las airadas protestas de los mendigos que esperaban a que los evangelistas abriesen para sus cánticos y sus tentempiés.

Era sábado, en el cruce la actividad de las meretrices estaba en su punto álgido; dos o tres camellos deambulaban en la oscuridad; un yonqui con el mono vomitó un

chorro de bilis al pie de una farola, salpicando a dos cucarachas gruesas como ranas que salían perezosamente del restaurante vecino.

El bareto estaba casi vacío; saludé calurosamente a los encargados, les presenté a Basam, un amigo de infancia de Tánger. Le dieron la bienvenida a Barcelona. Nos instalamos en una mesa a un costado; al fondo de la sala, Al Jazeera transmitía una y otra vez imágenes de matanzas diversas, en Siria o en Palestina, entrecortadas con manifestaciones violentas, en Grecia o en España.

—Está bien que estés aquí.

Él tenía prisa por encargar la cena.

La perspectiva de un papeo casero había devuelto la sonrisa al rostro de Basam. Tenerlo frente a mí, así, como en otros tiempos, me trasladaba a Tánger, a Meryem. Yo no sabía por dónde empezar. Bajo la mesa, mi muslo se movía nerviosamente.

—Tu madre me dio por casualidad una vieja carta dirigida a mí. Con la de Meryem en su interior. Podrías habérmelo contado.

Pareció muy sorprendido, de golpe tenía los ojos enloquecidos, no se esperaba eso en absoluto; acabó por declarar:

—Tenía miedo de hacerte daño. Cuando volviste no me atreví. Después era demasiado tarde. Debería haber destruido todo eso, que no te enterases nunca.

Se quedó mirando el mantel.

—Al final todo acaba por saberse —le dije tontamente.

Y sentí vergüenza de evocar así la memoria de Meryem, de traicionarla, como si su muerte fuese una noticia banal, una especie de parte del tiempo o el resultado de la lotería de los ladrones.

—¿Está bueno el tajín?

—Mejor que el que hacen en tu casa, cabrón.

Eso lo divirtió.

—Tampoco es tan difícil —observó él.

Las raciones eran gigantescas, marroquíes. Basam se echó sobre la comida como un lobo.

—Judit está enferma —dije.

Él me miró un instante, entre dos bocados, sin llegar a comprender; al final no me apetecía explicárselo. Me hubiese gustado contarle al detalle lo del *Ibn Battuta*, el puerto de Algeciras, Cruz, los cadáveres; la agonía de Cruz que tanto tiempo había mantenido en secreto.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

Repetí la pregunta tres o cuatro veces, al ritmo de su cuchara; él se tragó la mitad de su Coca-Cola y acabó por decir nada especial, no me hagas más preguntas, para luego regresar a la ingestión regular de las verduras, a roer como un tragón los huesos de pollo; todavía tenía hambre, pidió una ración de arroz con frutos secos; yo alcé la cabeza hacia el televisor, por reflejo, dónde habría ido, a Yemen, a Afganistán, a Mali, a la misma Siria, puede que sí, quién sabe, había tantos lugares donde se podía

combatir, por qué causa, la de Dios sin duda, la primera causa, me costaba imaginar a Basam de maniobras en el ardiente desierto con un fusil en la mano; físicamente, no había cambiado mucho, puede que estuviese un pelín más flaco, pero nada sorprendente cuando uno se acostumbraba a su cabeza rapada; era el mismo, el mismo en más silencioso, en más tenso, en más viejo. Todo aquello era irreal. Sus ojos de perro abatido volvieron a sumergirse en el plato, acaso pensaba en la guerra, no, debía de contentarse con masticar, la cabeza vacía.

Me vino a la mente el nombre de aquel francés, gran exterminador de niños judíos en Toulouse; imposible asociar a Basam con algo tan despreciable; por un momento me imaginé que un periodista me preguntaba sobre él, habría respondido que era un tipo simpático, más bien divertido, que le gustaba mirar a las chicas y comer bien.

Si es que todavía era el mismo.

—¿Fuiste tú, en Tánger, el del Café Hafa?

Alzó la cabeza de su plato, plantó sus ojos vacíos en los míos, yo miré hacia otro lado.

Ya no tenía ganas de saber.

No tenía ganas de saber lo que era la guerra, su guerra; no tenía ganas de conocer sus mentiras, o su verdad.

Pensé en Cruz, hipnotizado por los cuchillos de los yihadistas ante su pantalla.

Le hice una última pregunta:

—¿Qué has venido a hacer aquí?

Había una gran pena en su rostro, de repente, una gran tristeza o una gran indiferencia.

—Nada especial, *juya*, verte. Ver Barcelona.

Imposible adivinar si se sentía herido por mis sospechas o si su propio destino lo entristecía, como una enfermedad incurable.

El alejamiento, en la amistad como en el amor. Basam se alejaba; también yo me alejaba, sin duda; ya no era el niño retrasado de Tánger, lleno de sueños mediocres; estaba en camino hacia mi prisión, ya encerrado en la torre de marfil de los libros, que es el único lugar sobre la tierra donde resulta grato vivir. Judit desaparecía en la enfermedad; me hacía falta un esfuerzo sobrehumano para ir al Hospital Clínico, donde estaba ingresada; el olor de los pasillos, la cínica distancia del personal, el falso silencio de esas habitaciones que zumban secretamente a muerto me provocaban una angustia atroz, terrible; la pequeña morgue de Cruz me volvía a la memoria, los cuerpos ya no me abandonaban; veía el hospital como una gigantesca fábrica de carne apagada: mujeres y hombres entraban por la puerta principal y volvían a salir por detrás, perros acabados que eran arrastrados para quemarlos un poco más lejos; no quería que Judit desapareciese, era imposible. Compartía habitación con una señora de unos cincuenta años que tenía todo un regimiento de plañideras en su cabecera y que fue trasladada bastante rápidamente a otra parte del edificio: en el hospital hay que estar agonizando para conseguir una habitación individual, y evitar deprimirse por los estertores del moribundo y los gemidos de la familia de la vecina que todavía lucha por conservar su vida; aunque el tumor de Judit fuese benigno, tendría que seguir toda una serie de tratamientos antes de la operación propiamente dicha; por poco no me puse a rezar, si no hubiese estado convencido, cada vez más, de la injusticia de Dios, que tanto se parece a una ausencia. A pesar de todo, Judit parecía tener la moral alta; abrigaba esperanzas, los médicos eran optimistas y solo su madre, Núria, a quien yo veía en cada una de mis visitas, parecía envejecer a marchas forzadas. Casi nunca salía de la habitación de su hija, recibía a las visitas, daba explicaciones sobre la evolución de la enfermedad, como si la sufriese ella misma; a veces Judit estaba encamada, a veces sentada en una butaca; yo me quedaba un cuarto de hora y luego me iba. Charlábamos de todo y de nada, hablábamos del tiempo, del estado del mundo árabe, de la guerra en Siria, de nuestros recuerdos, también; de Tánger, de Túnez, volver a pensar en aquella felicidad desaparecida hacía que la voz me temblase de forma ridícula, que los ojos me titubeasen, entonces me iba, saludaba a Núria y abrazaba despacio a Judit que me apretaba mucho entre sus brazos, recorría los pasillos que apestaban a muerte, entre las enfermeras, los enfermos con goteros que vagaban, que bajaban a fumarse un cigarrillo fuera en la lonja, toda una tropa de tipos en camión, apoyados cada uno sobre su horca que llevaba en su extremo una botella de cristal cuyo tubo se hundía en sus venas, en la muñeca o el antebrazo, fumaban discutiendo de esto y de lo otro acompañados por algunos enfermeros o médicos bonachones, era el festival de la cura y la cicatriz, de los catéteres pendientes y las blusas verdes, entonces yo huía, huía soñando con poder llevarme a Judit conmigo a un cuarto bien guardado del carrer Robadors, con Basam dando vueltas sin perfusión entre la mezquita, el restaurante marroquí, los ladrones de bicicletas y las putas, a quienes observaba de lejos, como una fauna atractiva y extraña, los elefantes del rey de España. Yo en casa tenía mi pequeño zoo: Basam y Munir se odiaban.

Ideológicamente, personalmente, todo los alejaba; Munir no veía en Basam más que al islamista estricto, taciturno y salvaje; Basam despreciaba a Munir porque era un fracasado, un ladrón, un infiel. En cierto sentido los dos tenían razón; yo pensaba que podrían haberse encontrado en otros aspectos, las chicas, el fútbol, la vida, pero no, nada que hacer; no se dirigían la palabra más que por obligación, y Munir me preguntaba casi cada día cuándo se iba a marchar Basam. La vida vacilaba, y yo me daba cuenta; Basam se sumergía en la oración y la espera; Judit tenía que ser operada de un día a otro; la crisis precipitaba el ritmo de las huelgas, las manifestaciones, los ruidos de helicópteros; el primer calor de finales de la primavera enloqueció a los drogadictos, a los pobres y a los chiflados; cada día florecían nuevos cadáveres en alguna parte, un banco se hundía, un cataclismo se llevaba un nuevo pedazo de este mundo en ruinas, o puede que sea yo quien hoy se siente tentado de leer aquellos acontecimientos a la luz de esa deriva; de pensar que lo peor estaba por llegar, que lo peor ha llegado; todo danzaba ante mis ojos, Judit en el hospital, Basam en la mezquita Tariq ibn Ziyad, Meryem en la tumba, el mundo reclamaba algo, un movimiento, un cambio, un paso más hacia el Destino; presentía que pronto habría que escoger un bando, que un día u otro hay que escoger un bando, que solo a mí me incumbía rebelarme, tener por una vez un único gesto, un auténtico gesto decisivo, por supuesto hoy es sencillo pensar así, desde mi biblioteca carcelaria, rodeado por toda la certeza de los libros, de cientos de textos, por la fuerza de mis lecturas, porque el hombre de ayer ha desaparecido; Lajdar de la calle de los Ladrones ha desaparecido, se ha transformado, procura devolverle el sentido perdido a sus actos; él reflexiona, yo reflexiono, pero doy vueltas en mi prisión porque nunca podré encontrar a aquel que fui, el amante de Meryem, el hijo de mi madre, el niño de Tánger, el amigo de Basam; después sucedió la vida, Dios desertó, la conciencia se abrió su camino, y con ella la identidad; soy lo que he leído, soy lo que he visto, tengo en mí tanto de árabe como de español y de francés, me he multiplicado en esos espejos hasta perderme o construirme, imagen frágil, imagen en movimiento. «No se puede vivir sin amar», le decía a Judit, y me equivocaba, sí se puede vivir sin amar, el amor es un libro más, un espejo más, un trazo sobre nuestra tabla de cera, marcas en las manos, líneas de vida, huellas digitales que aparecen una vez que todo ha sucedido, cuando ya ha terminado la partida; me gusta ver de nuevo a Judit, viene hasta aquí una vez a la semana, charlamos largo y tendido, nos mandamos largas cartas cibernéticas en las que todavía le hablo de literatura árabe, de la belleza infranqueable de Ibn Zaydun, del inmenso Jahiz, de Sayyab el triste, muerto de una extraña enfermedad solo al alcance de los poetas, y sé que Judit no me visita o me escribe más que por fidelidad a lo que fuimos, a aquel hotel de Tánger, a aquel apartamento de Túnez, que solo existen para nosotros. Todavía pienso a menudo en esa historia de Hassan el Loco que cuenta Ibn Battuta cuando se halla en La Meca; a riesgo de estar dando vueltas por toda la eternidad, a mí me hubiese gustado que fuese por regresar quince días a casa de mi madre, o al pasado, revivir las semanas de

Tánger o de Túnez con Judit; posiblemente volverá, el tiempo de los locos y de los mendigos prodigiosos, un día, un día cuando el petróleo se habrá secado, cuando La Meca volverá a estar a un mes de caballo y de velero; un día de gloria, en que saldré de nuevo al aire libre, en que detendré mis sordas circunvoluciones para encontrar de nuevo los brazos de Judit.

También Basam daba vueltas en círculo; apenas abría los ojos y la boca cuando María aflojaba los muslos, en su umbral en la entrada de la calle de los Ladrones; permanecía allí tres, cinco, diez incluso quince eternos segundos, asombrado, la mandíbula colgante como un retrasado, la mirada perdida entre sus piernas, y María tenía que acabar burlándose de él o insultándolo para que siguiese su camino, renegando; yo le decía que quedarse así, allí plantado y atónito, no era correcto, que bastaba con que se gastase unos cuantos euros para subir con ella, hubiese visto, tocado, penetrado y gozado, y ya está, pero no, él sacudía la cabeza como un niño al que pillan con la mano en el confite, como si hubiese visto al diablo, no no, Lajdar *juya*, decía él, nosotros no pagamos por este tipo de cosas, y yo estaba más bien de acuerdo, nosotros no pagamos, no tanto por el dinero como por el triste recuerdo del olor a muerto de Zahra la putita de Tánger, a quien él no conocía. Entonces él volvía al restaurante a zamparse un tajín, luego iba a la mezquita, las manos en los bolsillos, escupía a los drogadictos y a los ladrones, miraba de reajo a las putas negras con una mezcla de desprecio y de ansiedad, trataba de olvidarlas haciendo sus abluciones, rogaba, charlaba luego con algunos pakistaníes, siempre los mismos, sus amigos decía él, luego volvía, se pegaba al televisor y ahuyentaba a Munir sumido en su pedicura ritual; este entonces cerraba su navaja suspirando, se levantaba y cerraba la puerta de su habitación con gran estruendo.

El jeque Nuredine no se había quedado más que tres días, como estaba previsto; se había reunido con la flor y nata de la sociedad de Barcelona, incluidos príncipes y futbolistas, se había cebado de pastelitos en un hotel de lujo y se había ido, no sin antes invitarnos a Basam y a mí una última vez a comer; yo tenía la impresión de compartir la comida de un tío de América; él estaba muy elegante, con una chaqueta azul oscuro y una camisa blanca de cuello rígido; tenía dinero, facilidad retórica y un billete de vuelta al Golfo por negocios. Yo me sentía un poco el cateto de turno; no podía abstenerme de hablar marroquí con él, mientras que él nos contaba sus tardes de caridad en árabe clásico mezclado con oriental. Basam permanecía en silencio; su mirada exhalaba admiración, servidumbre sin límite. No sé por qué, aquel día odié al jeque Nuredine; puede que porque aquella misma mañana había ido a ver a Judit al hospital, y aquello me había descompuesto un poco, quién sabe. En todo caso, en el momento de decirle hasta la vista estaba contento. Me acuerdo bien de sus últimas palabras, antes de que tomase un taxi para pasar por el hotel a recoger su equipaje: no lo dudes, dijo, si quieres unirme a nosotros no lo dudes, siempre tendremos un trabajo para ti. Yo le di las gracias sin atreverme a hablarle de mi sueño, esa pequeña librería religiosa y a la vez pagana en el Raval, en Barcelona. Luego pensé que ese perro

había hecho y deshecho mi vida, que tenía un pasaporte válido lleno de visados, que jamás había conocido a Cruz, ni la calle de los Ladrones, y que se merecía una buena patada en las posaderas, para que supiese lo que es la vida; Basam se le echó al cuello como si se tratase de su padre; a mí me pareció entreoír las palabras que el jeque le decía en voz baja, «sé fuerte, puede que la Hora esté próxima», لَعَلَّ السَّاعَةَ تَكُونُ قَرِيبًا , eso me recordó un versículo del Corán, resultaba muy extraño y solemne como adiós. Nuredine se dio cuenta de que lo había oído, sonrió diciendo sed prudentes, no olvidéis a Dios y a vuestros Hermanos, y se fue en un taxi amarillo y negro.

Basam lo miró irse como si quien desaparecía fuese el propio Profeta.

Era el momento de volver a cogerlo de la mano, como en los viejos tiempos; le dije bueno, ahora vamos a tomarnos unas cervezas en una terraza y a mirar a las chavalas, invito yo.

Se quedó infinitamente triste, se meció de un pie al otro como si de repente tuviese ganas de mear, tomó mi mano como una niña perdida.

Venga, va, ya te lo he dicho, nos vamos de juerga.

Se dejó llevar como el cachorro o el niño que nunca había dejado de ser.

«Si la gente te pregunta respecto a la última Hora, responde: “Solo Dios tiene ese conocimiento”. ¿Que puedes saber tú? Puede que la Hora esté próxima. Dios ha maldecido a los infieles y les ha preparado una hoguera, permanecerán allí toda la eternidad, sin encontrar auxilio ni socorro.»

يَسْأَلُكَ النَّاسُ عَنْ

السَّاعَةِ قُلْ إِنَّمَا عِلْمُهَا عِنْدَ اللَّهِ وَمَا يُدْرِيكَ لَعَلَّ السَّاعَةَ تَكُونُ

يَجِدُونَ وَيَلِيًّا وَلَا نَصِيرًا قَرِيبًا/ إِنَّ اللَّهَ لَعَنَ الْكَافِرِينَ وَأَعَدَّ لَهُمْ سَعِيرًا/ خَالِدِينَ فِيهَا أَبَدًا لَا

estuve buscando en el Corán desde el día siguiente, después de una tarde que vi zozobrar a Basam en el mutismo delante de una Coca-Cola, mientras disfrutábamos de las terrazas atestadas alrededor del MACBA, en medio del ruido extraordinario de los skaters, cascada de tablas golpeando el adoquín, el choque interminable y desordenado; Basam observaba a los patinadores con aire incrédulo, y es verdad que para un neófito su actividad era de lo más desconcertante; apenas recorrían unos metros en la plaza, probaban una figura, un bote o un saltito que parecía irrisorio y se saldaba siempre con el mismo resultado: la tabla se volvía del revés, caía al suelo y su propietario debía caminar otra vez hasta volver a subirse a su ingenio y empezar de nuevo, igual que Hassan el Loco daba vueltas eternamente; el rumor de aquellas decenas de skates entrecrocados llegaba desde la plaza con una regularidad feroz; los espectadores sentados en el brocal de mármol disfrutaban del espectáculo continuo de esas evoluciones sonoras, turistas descansando con las piernas colgando, provistos de cámaras de fotos y mochilas, adolescentes trincándose cervezas, fumando porros, vagabundos pulgosos soplándose sus litronas sobre unas mantas atiesadas por la roña, maderos de paseo vigilando a toda aquella buena sociedad con un ojo tan dubitativo como el de Basam; al cabo de un momento el ruido acababa por marear a un santo; continuo pero irregular, era imposible acostumbrarse. Basam miraba de reojo aquel circo con un deje de desprecio; no decía gran cosa, se contentaba con hacerme una señal cuando pasaba un pantalón corto ajustado, una minifalda o un pecho particularmente desarrollado. Yo trataba de hablarle, pero los temas de conversación se agotaban uno tras otro; él se negaba a comentar el pasado, aparte de nuestros años de infancia en Tánger y algunas anécdotas del colegio o el instituto, como si fuésemos unos viejos.

Cuando dije que quería ir a acostarse me sentí aliviado.

Al día siguiente busqué en un archivo informático las palabras pronunciadas por Nuredine, لَعَلَّ السَّاعَةَ تَكُونُ قَرِيبًا, el versículo pertenecía a la sura *Al Ahzâb*, Los Aliados; hablaba de la última hora, de la hora del Juicio, cuando un fuego eterno habría de caer sobre los no creyentes. Me pregunté si no me estaría volviendo paranoico, una vez más; me pareció que ese versículo anodino, en la boca de Nuredine, era un mensaje cifrado; Basam debía esperar la hora para desencadenar las llamas del Apocalipsis, lo que justificaría que se pasase el tiempo dando vueltas por Barcelona sin que me explicase qué se traía entre manos; yo sabía que tenía un visado de turista de un mes; fue incapaz de contarme por medio de qué milagro lo había obtenido.



Me imaginaba un atentado, una explosión, con sus amigos pakistaníes de la mezquita, como él decía; una venganza por la muerte de Bin Laden, un buen golpe para desestabilizar todavía más a Europa en un momento en que parecía vacilar, agrietarse como un hermoso pero frágil vaso, represalias por los niños sirios muertos, por los niños palestinos muertos, por los niños muertos en general, toda esa absurda retórica, esa espiral de estupidez, o simplemente por el placer de la destrucción y de las llamas, yo qué sé, observaba a Basam en su soledad y su encierro, rebotando como una bola de billar en la calle de los ladrones contra las putas tristes, los drogadictos, los piojosos y los barbudos de la mezquita, lo veía de nuevo absorbido por el resentimiento ante aquella fotografía decadente de Rambla Catalunya, لَعَلَّ السَّاعَةَ تَكُونُ قَرِيبًا, lo veía mirando de reojo el sexo de María al pasar por delante de su puerta, lo imaginaba portador de maletas en Marrakech, asesino con sable en Tánger, combatiendo en Mali o en Afganistán, o puede que nada de todo eso, puede que solo un hombre totalmente perdido como yo en el remolino del calle Robadors, un hombre hueco, un hombre-tumba, un hombre que buscaba en las llamas el fin de un mundo que ya estaba muerto, un guerrero de teatro de sombras, que sentía confusamente que a su alrededor ya no había nada real, nada tangible, nada de verdad, y que se debatía, movido por un último soplo de odio, en un vacío algodónoso, una nube, un hombre mudo, un hombre sordo que estallaría en un tren, en un avión, en un vagón de metro, por nadie, لَعَلَّ السَّاعَةَ تَكُونُ قَرِيبًا, puede que la Hora estuviese próxima, veía esa cabezota redonda de Basam rezando, yo ya no esperaba más respuestas a mis preguntas, ninguna respuesta, pronto un cirujano desconocido abriría el cráneo de Judit para extirpar la enfermedad, a nuestro alrededor la gente se chamuscaba y ahí estaba Basam, de pie como una serpiente encantada, un hombre vacío cuya hora estaba a punto de llegar, un soldado de la desesperanza que llevaba sus cadáveres en los ojos, exactamente igual que Cruz.

لَعَلَّ السَّاعَةَ تَكُونُ قُرَيْبًا, los días eran largos y silenciosos; Basam seguía su ritual, sin decir nada, esperaba, esperaba una señal o el fin del mundo como esperaba yo la operación de Judit, que se presentaba más larga y más difícil de lo previsto; por la tarde salía a dar una vuelta con Munir por la tibia humedad de Barcelona que me recordaba a la de Tánger, a la de Túnez; dejábamos con alivio a Basam en la calle de los Ladrones para ir a nuestra pequeña terraza un poco más al sur, en la calle del Cid; allí nos tomábamos unas cervezas, bien escondidos en aquel callejón olvidado, Munir era para mí un gran consuelo, siempre conseguía arrancarme una sonrisa: a pesar de su delicada situación, conservaba su sentido del humor, su energía, y lograba transmitírmela un poco, hacerme olvidar todo lo que había perdido, todo lo que se había roto, a pesar del mundo a nuestro alrededor, España que se hundía en la crisis, Europa que se desmoronaba ante nuestros ojos y el mundo árabe que no lograba superar sus contradicciones. Munir estaba aliviado por la victoria de la izquierda en las elecciones presidenciales en Francia, ahí veía una esperanza, era optimista, nada que hacer, él el pequeño ladrón, el traficante, pensaba que la Revolución todavía estaba en marcha, que no había sido definitivamente aplastada por la estupidez y la ceguera, y se reía, se reía de los millones de euros engullidos por los bancos o por los países condenados, se reía, era confiado, todas aquellas desgracias no eran nada, su miseria en París, su miseria en Barcelona, le quedaba la fuerza de los pobres y de los revolucionarios, decía un día Lajdar, un día podré vivir decentemente en Túnez, Milán quedará atrás, como París, como Barcelona, un día ya lo verás, y yo que por el contrario nunca había querido dejar realmente Tánger, que nunca había compartido esos sueños de inmigración, le respondía que siempre estaríamos mejor escondidos en el Raval, en nuestro Palacio de los Ladrones, viendo cómo el mundo se derrumbaba, لَعَلَّ السَّاعَةَ تَكُونُ قُرَيْبًا, y eso le hizo reír.

Cada vez estaba más convencido de que la Hora estaba próxima; de que Basam esperaba una señal para poner su granito en el fin del mundo; él desaparecía una gran parte del día, al ritmo de las oraciones; cuando yo le proponía ir a dar un paseo, cambiar de barrio, disfrutar un poco de la ciudad que nos abría los brazos, él fingía estar contento; pero no aguantaba así —extasiándose con una o dos chicas y tres escaparates— más que una media hora, luego volvía a su silencio, atrapado en sus recuerdos, sus proyectos o su odio. Cuando le tiraba de la lengua él me miraba con su cabezota de cateto, los ojos incrédulos, como si no entendiese en absoluto a qué me refería, y yo dudaba, me decía que estaba exagerando, que el ambiente, la calle de los Ladrones y la enfermedad de Judit me estaban sacando de mis casillas, entonces me prometía a mí mismo que no volvería a recordárselo; hasta que llegaba la tarde, él desaparecía dos o tres horas Dios sabe dónde en compañía de sus amigachos paquistaníes salidos de la nada y volvía, mudo, con la mirada perdida y vibrante de alguien que pide auxilio, para quitarle el sitio a Munir en el sofá, y las dudas y las preguntas volvían de nuevo a asaltarme. Un día me di cuenta de que había llegado con una bolsa de plástico, cosa rara en alguien que nunca se compraba nada, que prácticamente no poseía nada, aparte de alguna ropa que lavaba a mano de forma ritual todas las noches antes de acostarse; cuando fue a mear le eché una ojeada, había allí cuatro teléfonos móviles nuevos de un modelo muy simple, entonces me acordé del modus operandi del atentado de Marrakech, por supuesto no pude resistirme, se lo pregunté, no parecía enfadado porque hubiese hurgado en sus asuntos, solo un poco por mis sospechas, me respondió simplemente es un pequeño trapicheo de mis amigos de abajo, si quieres puedo conseguirte uno gratis; la naturalidad de su respuesta me desarmó, así que me callé.

No había duda de que me estaba volviendo loco, completamente paranoico.

Un día no pude aguantarme más y se lo comenté a Judit. Seguía hospitalizada, la operación había sido aplazada sin fecha: los recortes parciales del presupuesto habían forzado al hospital a cerrar una parte de los quirófanos; y seguía habiendo pacientes más urgentes a los que operar.

Núria no estaba allí, estábamos los dos solos en su habitación; ella sentada en la butaca de los visitantes, y yo en el suelo a su lado. Estuve dudando durante un buen rato, hasta que le dije ¿sabes?, me pregunto si Basam no estará preparando algo.

Ella se inclinó hacia mí.

—¿Quieres decir algo peligroso?

—Sí, algo como Marrakech o Tánger. Pero no estoy seguro. Es solo una conjetura.

Pensé en la nueva mirada de Basam, tan vacía, tan perdida, tan dolorosa.

Judit suspiró, nos quedamos así en silencio un momento.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

Se inclinó para acariciarme la frente, y luego se sentó a mi lado, en el suelo, con la espalda apoyada contra la cama, me estrechó fuerte y nos abrazamos un buen rato.

—No te preocupes, sé que tomarás la decisión correcta.

Tuvo que acabar echándome amablemente para que me fuese a la calle de los Ladrones, dejando tras de mí la horda de fumadores intubados en la lonja del hospital.

Que fuese el desamparo o la violencia, qué más daba. Basam vagaba desnortado, roído por una lepra del alma, la enfermedad de la desesperanza, abandonado; qué podía haber hecho o visto allá en Oriente, qué había sucedido, qué horror lo había destruido, no tengo ni idea; acaso se trataba de los sablazos en Tánger, de los muertos de Marrakech, de combates, de ejecuciones sumarias en un maquis afgano o nada de todo eso, nada aparte de la soledad y el silencio de Dios, esa ausencia de dueño que enloquece a los perros; me parecía que me llamaba, que me pedía algo, que su mirada me buscaba, que quería que lo curase, que había que impedir el fin del mundo, había que impedir que las llamas fuesen avivadas, que lo invadiesen todo, y Basam era una de esas aves del Apocalipsis que dan vueltas, como Cruz miraba sus vídeos de muertes violentas en internet durante todo el día, nada me parecía claro, nada aparte de esa llamada, esa fuerza de la violencia; esa pregunta que hacía Cruz al tragarse el veneno delante de mí, al decidir acabar del modo más horrible, me parecía encontrarla en la mirada de Basam. Esa voluntad de terminar. A veces, cuando las llamas se vuelven demasiado altas, demasiado urgentes, hay que actuar; vi volver a Basam de la mezquita después de la oración, decir dos palabras, buenas noches Lajdar mi hermano, echarse en el sofá; Munir se encerró en su cuarto; yo comenté dos trivialidades con Basam y me refugié en mi reducto a mirar durante horas el circo de la calle de los Ladrones, toda aquella gente que deambulaba por la noche.

Sus ojos estaban cerrados.

Acaricié su cabeza rasposa, pensé en Tánger, en el Estrecho, en la Difusión del Pensamiento Coránico, en el Café Hafa, en las chicas, en el mar, vi Tánger chorreando bajo la lluvia, en otoño, en primavera; nos imaginé caminando, recorriendo la ciudad, del acantilado hasta la playa; transité nuestra infancia, nuestra adolescencia, no habíamos vivido mucho tiempo.

Munir salió de su habitación dos horas más tarde, vio el cuerpo, miró su cuchillo ensangrentado en el suelo, horrorizado, gritó pero yo no lo oía; lo veía gesticular, enloquecido; recogió sus cosas a toda prisa, vi cómo se movían sus labios, me dijo algo que no entendí y salió de allí pitando.

Yo me dormí, en el sofá, junto al cadáver.

Por la tarde llamé a la poli desde mi móvil. Di la dirección casi sonriendo, calle de los Ladrones 13, cuarto izquierda.

Por la noche, en comisaría, supe por su madre que habían operado a Judit, que estaba fuera de peligro. No podía ser una coincidencia.

Dos o tres días más tarde, Núria vino a verme a la cárcel.

Me aseguró que Judit me visitaría tan pronto como saliese del hospital.

Fui interrogado; tejieron, uno por uno, todos los hilos de mi existencia en interminables papeles.

El psiquiatra declaró que estaba bien de la cabeza.

Y unos meses más tarde, en cuanto el fiscal hubo pronunciado su larga y lúgubre requisitoria donde brillaba la perfidia de la premeditación, después de que mi abogada me hubiese defendido, arguyendo que era un niño perdido, joven, demasiado joven para pasar veinte años en prisión, que yo había procurado defender a la sociedad, que había, según dijo, «luchado mal por el bien», lo cual merecía la indulgencia del jurado, cuando el presidente me preguntó si quería añadir algo, desoyendo los consejos de mi defensora que movía los ojos furiosos tras sus gafas me levanté; miré a Judit entre el público, Judit más hermosa que nunca a pesar de su palidez, con una sonrisa de ánimo inquieta en los labios; me volví hacia los jueces y dije pausadamente, esperando que mi voz no temblase demasiado:

«No soy un asesino, soy más que eso.

»No soy un marroquí, no soy un francés, no soy español, soy más que eso.

»No soy un musulmán, soy más que eso.

»Haced de mí lo que os plazca».

En el camino de regreso, Ibn Battuta vuelve a pasar por Siria; allí trata de encontrar a su hijo, nacido poco tiempo después de su partida de Damasco, veinte años antes; el país está siendo diezmado por la Gran Peste, dos mil cuatrocientas personas mueren cada día y, desde Gaza hasta Alepo, la región ha sido devastada por la epidemia; el hijo de Ibn Battuta también había muerto. El viajero descubre por un viejo originario de Tánger al que le pide noticias de su país que su padre había dejado este mundo quince años antes y su madre acababa de fallecer, allá en occidente. Luego llega a Alejandría, donde la peste mata a mil cien personas en un solo día, luego a El Cairo, donde veinte mil, según cuenta, ya han perecido; ninguno de los jeques con los que se había encontrado a la ida sigue con vida. Llega a Marruecos y pasa por Tánger para recogerse en la tumba de su madre y luego instalarse definitivamente en Fez.

Hoy que la peste está ahí de nuevo, que su aliento ruge sobre gran parte del mundo, que veo girar en el patio a los sucesores de Hassan el Loco, todos aquellos a los que les gustaría volver a ver a su madre antes de que expire, su ciudad, su mundo antes de que sea borrado, en la dulce compañía de los libros, de la vida monásticamente ordenada de la prisión, me miro en el espejo; me fijo en los hilos de cabello blanco en mis sienes, mis ojos negros, mis manos de uñas roídas; me interrogo sobre mi culpabilidad, a veces, después de una pesadilla más poderosa que otra, un sueño sangriento, una visión de colgado, de mujer escarbada por los instrumentos de un cirujano, de cadáveres de adolescentes ahogados, me escruto en silencio y no tengo ninguna certeza, ninguna; pienso en Cruz; pienso en Basam, en la última mirada de Basam; pienso en Meryem, en Judit, en Saadi el marino; mis remordimientos se descartan mutuamente, se disipan; he visto mundo. La vida todo lo consume; los libros nos acompañan, como mis novelas de baratillo, esos proletarios de la literatura, compañeros de viaje, en la rebelión o la resignación, en la fe o el abandono.

Los hombres son perros con la mirada vacía, dan vueltas en la penumbra, corren tras de una pelota, se enfrentan por una hembra, por un rincón en el nicho, permanecen horas acostados, la lengua colgando fuera de la boca a la espera de que acabemos con ellos, en una última caricia; por qué, en cierto momento, tomamos una decisión, por qué hoy, por qué ahora, puede que sea él quien ha decidido y no yo, Basam parecía mirarme, sentado, la espalda recta, en el salón; la luz de la calle proyectaba su sombra sobre la puerta cerrada de Munir, no decía nada, me había visto salir de la habitación; la luz del fanal se reflejaba sobre su cabeza rapada, su cara a contraluz era un brillo de zafiro: formas silenciosas en lugar de pómulos, círculos de tinieblas alrededor de los ojos, inmóvil; estaba esperando, en silencio; estaba esperando a Dios, estaba esperando la Hora, me estaba esperando; me miraba en la noche, las manos sobre las rodillas, inmóvil oración.

Me pareció comprender lo que me pedía; solo yo podía alzarme, de pie, en medio de las llamas invisibles. Tal vez nuestras vidas valen para un solo instante, un solo momento lúcido, un solo segundo de coraje. No reflexioné, ya no pensé, lo sabía;

Basam se sobresaltó al oír el chasquido de la navaja que cogí de encima de la mesa: se agitó un poco, sus manos se cerraron sobre sus muslos, apartó los ojos, su perfil sobrepasado por la sombra, no luchó, no gritó, apoyó su mano en mi espalda, puede que para ayudarme, se contrajo cuando la hoja entró en su pecho, se retorció de dolor, alzó la cabeza para observarme, para lanzar un último enigma, reconocimiento, tristeza o sorpresa, cayó sobre su costado cuando retiré el metal de su corazón; también yo me hundí; a nuestro alrededor, empezaba a arremolinarse el alba.





MATHIAS ÉNARD (Niort, Francia 1972). Tras cursar estudios de árabe y persa y pasar largas estancias en Oriente Próximo, se establece en Barcelona en el año 2000, donde participa activamente en varias revistas culturales, entre ellas la extinta *Lateral*. Miembro del consejo de redacción de la revista *Inculte* en París, en 2005 fue elegido escritor residente en la prestigiosa Villa Médicis de Roma, y hasta 2009 ejerció de profesor de árabe en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Mathias Énard es autor de las novelas: *La perfección del Tiro*, *Remontando el Orinoco*, *El manual del perfecto terrorista*, *Zona*, *Habladles de batallas, de reyes y elefantes*, y *El alcohol y la nostalgia*.

# Notas

[1] Sobrenombre que reciben en francés los soldados franceses que combatieron en la Primera Guerra Mundial. En su origen, el término hace referencia a la virilidad de estos combatientes. (*N. del T.*) <<